Clemens Brentano, Bernardo E. Overberg y Guillermo Wesener

# Visiones y Revelaciones



## BEATA ANA CATALINA EMMERICK

EN LOS ESCRITOS DE CLEMENS BRENTANO

TOMO V

DESDE EL EL FIN DE LA PRIMERA PASCUA HASTA LA PRISION DE SAN JUAN BAUTISTA

EDITORIAL SURGITE!

Clemens Brentano, Bernardo E.
Overberg y Guillermo Wesener

# Visiones y Revelaciones



## BEATA ANA CATALINA EMMERICK

EN LOS ESCRITOS DE CLEMENS BRENTANO

TOMO V

DESDE EL EL FIN DE LA PRIMERA PASCUA
HASTA LA PRISION DE SAN JUAN BAUTISTA

EDITORIAL SURGITE!

# LA VIDA DE JESUCRISTO Y

## DE SU MADRE SANTÍSIMA

## (Desde el fin de la primera Pascua hasta la prisión de San Juan Bautista)

***Según las visiones de la***

# Beata Ana Catalina Emmerick

**- Editado por Revista Cristiandad.org**

**y Editorial Surgite! -**

# INDICE

**Número y título del Capítulo**

**Página**

**I**

# La carta del rey Abgaro

esde Betania, donde Jesús estuvo algún tiempo como oculto, se D dirigió al bautisterio, cerca de Ono. Los arreglos que allí se habían hecho los custodiaba un encargado. Al saber que Jesús iba allá se reunieron los discípulos y mucha gente de los alrededores. Mientras Jesús estaba hablando a la turba, que escuchaba en rueda, parte de pie y parte sentados sobre bancos de madera, se acercó un extranjero con seis acompañantes, montados sobre mulos, y llegando a cierta distancia del sitio donde hablaba Jesús, se detuvo, y levantó una tienda. Era un enviado del rey de Edesa, Abgaro, que estaba enfermo. El mensajero le traía regalos y una carta, rogándole fuese allá, para darle la salud. El rey Abgaro tenía un tumor en los pies y caminaba rengueando. Algunos viajeros le habían hablado de Jesús, de sus milagros, del testimonio de Juan y del enojo de los fariseos en la última Pascua, y todo esto lo había llenado de deseos de verlo en su propio país y obtener de Él su curación. El/ joven mensajero del rey sabía pintar y tenía la orden, si Jesús no podía o no quería acudir, de llevarle por lo menos su rostro en una pintura. He visto que este hombre se esforzaba por acercarse a Jesús y no lo podía conseguir: buscaba ya de un lado, ya de otro de introducirse entre la multitud para escuchar la enseñanza de Jesús y al mismo tiempo pintar su fisonomía. Entonces Jesús mandó a uno de los discípulos que trajese a ese hombre y le diese lugar en una tarima cercana.

El discípulo llevó al mensajero al lugar señalado, como también a sus acompañantes, para que pudiesen oír y ver. Los regalos que traían consistían en lienzos, en placas de oro muy finas y unos graciosos corderitos.

El mensajero, muy contento de poder ver a Jesús, desplegó su tablero y poniéndolo sobre sus rodillas comenzó a contemplar con admiración a Jesús, mientras trataba de pintar su rostro. Tenía delante de su vista un tablero blanco como de madera de boj. Comenzó primero por grabar con una punta el contorno de la cabeza y de la barba de Jesús, sin el cuello; después pareció que ponía sobre la tabla algo como cera blanda, imprimiéndole forma con los dedos. De nuevo grabó sobre el tablero, dándole forma y aunque trabajó largo tiempo no llegaba a terminar su trabajo. Cada vez que miraba el rostro de Jesús parecía que, lleno de admiración, rehacía el trabajo una y otra vez. Cuando vi que Lucas pintaba, no lo hacía en esa forma, sino que usaba pinceles. El trabajo de este hombre era de altorrelieve, de modo que se podían tocar los contornos del

dibujo.

Jesús continuó algún tiempo más enseñando y al fin envió a un discípulo que dijese al hombre que se acercase para poder cumplir su mensaje.

Entonces el hombre se acercó a Jesús, seguido por los acompañantes, que traían los regalos y los corderitos, detrás de su principal. Llevaba este hombre un vestido corto, sin manto, parecido a uno de los Reyes Magos. En el brazo izquierdo traía su dibujo en forma de un escudo, sostenido por una correa. En la mano derecha llevaba la carta de su rey. Se echó de rodillas ante Jesús, se inclinó profundamente, y dijo: "Tu siervo es el criado del rey Abgaro, de Edesa, que está enfermo y te manda esta carta pidiéndote que recibas sus regalos". Al decir esto se acercaron los siervos con los regalos.

Jesús contestó que le agradaba la buena voluntad del rey, e indicó a algunos discípulos que recibiesen los regalos para repartirlos más tarde entre los pobres de esos contornos. Jesús tomó luego la carta, que desplegó ante si, y leyó. Recuerdo sólo que, entre otras cosas, decía la carta: Ya que Él era poderoso para resucitar muertos, le rogaba fuese adonde él se encontraba y le sanase de su dolencia. La carta era, en el medio, donde estaba escrita, más consistente, y los bordes, más blandos, como si fuesen de piel suave, o seda, cerraban la carta misma. Vi que había una cinta colgando. Cuando Jesús leyó la carta dio vuelta al sobre o superficie de la carta y escribió con un punzón, que sacó de sus vestidos y del cual extrajo algo, trazando algunos caracteres al otro lado del pergamino. Las palabras escritas eran bastante grandes; luego cerró la carta. Después hizo traer agua, se lavó el rostro y se pasó la parte más blanda del envoltorio del mensaje sobre su rostro y se lo devolvió al mensajero, el cual lo apretó contra el tablero de su dibujo. Vióse entonces un dibujo perfecto y acabado. El pintor estaba tan contento que tomando el tablero que colgaba de su lado, lo volvió a los espectadores que estaban mirando la escena, se echó delante de Jesús y se marchó en seguida.

Algunos de sus acompañantes se quedaron y siguieron luego a Jesús, el cual, después de esto, salió de allí y se dirigió al segundo bautisterio que Juan había abandonado pasando el Jordán. Estos extranjeros se dejaron bautizar ahí mismo. Yo vi que el mensajero llegó a un lugar delante de una ciudad donde había edificios de piedras y hornos de ladrillos y pasó la noche allí. A la mañana siguiente algunos trabajadores vieron una luz, como un incendio y acudieron muy temprano, y vieron que esa maravilla provenía del lienzo que llevaba el

mensajero. Se produjo por esta causa un tumulto: tantas fueron las gentes que acudieron allí. El pintor les mostró el cuadro y entonces vi que también el lienzo que Jesús había usado llevaba la misma impresión. El rey Abgaro le salió al encuentro algún trecho en su jardín, y al ver el cuadro y leer la carta de Jesús, quedó muy conmovido. De inmediato cambió de vida y despachó a las muchas mujeres con las cuales pecaba. Más tarde he visto 'que después de la muerte de ese rey y de su hijo, por causa de un sucesor malo, el cuadro, que estuvo siempre a la veneración del público, fue sustraído por un piadoso obispo junto con una lámpara que ardía delante, y amurallado, y que después de mucho tiempo se volvió a encontrar, y que la figura había quedado grabada también en el ladrillo que lo había ocultado1.

# II

## Jesús en los confines de Sidón y Tiro

esde Ono se dirigió Jesús con sus discípulos hacia el lugar medio de D los bautismos, arriba de Bethabara, enfrente de Gilgal, y allí hizo bautizar por medio de Andrés, Saturnino, Pedro y Santiago. Se había congregado una gran multitud. Esta corrida de la gente excitó la admiración de los fariseos. Mandaron cartas a todos los jefes de sinagogas con orden de que les enviasen a Jesús donde quiera lo encontrasen, y detuviesen también a sus discípulos, y los interrogasen sobre su doctrina. Jesús acompañado por algunos discípulos se dirigió, por el camino de Samaria, a los confines de Tiro; los demás discípulos se marcharon cada uno a su pueblo.

Por este tiempo Herodes mandó traer a Juan a Kallirrohe y lo tuvo preso en una especie de bóveda del palacio por el término de seis semanas; luego lo dejó en libertad. Mientras Jesús se dirigía a Samaria, pasando por los campos de Esdrelón, volvió Bartolomé del bautisterio de Juan y se dirigió a su pueblo de Dabbeseth, cuando se encontró con algunos discípulos. Andrés le habló con mucho entusiasmo de Jesús. Bartoloméí2 oía con gusto lo que le contaban y con cierto temor reverencial. Andrés, que gustoso solía instruir a otros hombres para hacerlos discípulos, se acercó a Jesús y le dijo que Bartolomé de buena gana le seguiría si lo permitía. Como en ese momento Bartolomé pasaba cerca de Jesús, Andrés señaló a Bartolomé, y Jesús, mirándolo, dijo: "Lo conozco; él me seguirá. Veo mucho de bueno en él y a su tiempo lo llamaré". Este Bartolomé vivía en Dabbeseth, no lejos de Ptolemaida, y era de oficio escribiente. He visto que después se unió con Tomás, y hablando con él de Jesús, lo ganó para la causa aficionándolo al Salvador.

En estos viajes apresurados Jesús padeció necesidad. He visto a menudo que Saturnino o algún otro discípulo sacaba un pan de la canastilla y que Jesús lo mojaba antes en agua para poder comer su corteza ya reseca. Llegando a Tiro entró Jesús con los suyos en un albergue cerca de la puerta del campo.

Se había retirado a un peñasco alto, porque Tiro es una ciudad grande, edificada tan arriba que mirando desde allá parece que resbalara hacia abajo.

Jesús no entró en la ciudad. Se mantuvo en esa parte, junto a los muros, donde había poca gente. El albergue estaba metido en esos gruesos muros, junto a los cuales venía un camino vecinal. Jesús llevaba un vestido pardusco y un manto blanco de lana. Entraba solo en las casas de los más pobres para visitarlos. Con él habían llegado Saturnino y otros discípulos.

Los demás apóstoles, Pedro, Andrés, Santiago el Menor, Tadeo, Natanael Chased y todos los discípulos que habían estado en las bodas de Cana, iban llegando de uno a uno a un albergue que estaba en otra parte de la ciudad de Tiro, donde había un sitio de reunión de los judíos. Un dique ancho llevaba a esa parte de la ciudad y estaba cubierto de árboles. A esta casa a la cual estaba unida también la escuela pertenecía un gran parque o lugar de baños, que llegaba hasta el mar y separaba parte de la ciudad de la tierra firme. El parque estaba cercado por una muralla y dentro de él corría un cerco de plantas vivas, recortado en forma de figuras. En medio del parque estaba la cisterna con aguas vivas rodeada de columnas formando un pórtico, con pequeños cuartitos alrededor. Se podía entrar en la cisterna, en cuyo fondo se alzaba una columna con gradas y agarraderas de modo que se podía estar en el agua hasta la profundidad que uno deseaba. Unos judíos viejos vivían en este lugar; provenían de una descendencia despreciada y formaban entre ellos una secta; eran gente buena.

Me causaba alegría y emoción el modo con que Jesús saludaba a los discípulos que iban llegando: les daba la mano a cada uno. Ellos se mostraban reverentes y lo trataban con confianza, pero como a un hombre extraordinario y sobrenatural. Se mostraban muy contentos de haberlo encontrado de nuevo. Jesús enseñó largo tiempo delante de ellos y ellos iban contando lo que les había pasado a cada uno. Todos juntos hicieron una comida consistente en panes, frutas, miel y pescados traídos por los discípulos. Éstos habían sido molestados y llamados a juicio por los fariseos, algunos en Jerusalén, otros en Gennebris, preguntándoles en grandes asambleas acerca de la doctrina de Jesús, de sus designios, y por qué le seguían. En estos juicios he visto a Pedro, Andrés y a Juan con las manos atadas; pero ellos lograron desatarse de sus ligaduras con una facilidad que les pareció milagrosa. Se les dejó luego en libertad secretamente y ellos se retiraron a sus respectivos hogares. Jesús los animó a la perseverancia diciéndoles que poco a poco se desobligasen de sus oficios y esparciesen sus enseñanzas entre el pueblo. Les dijo que pronto volvería a estar entre ellos y proseguir su vida pública no bien llegase con ellos a Galilea.

Después de haberse despedido de estos discípulos Jesús llevó a cabo una

enseñanza y una exhortación muy grande en la escuela y en el lugar de los baños, delante de los 'numerosos hombres, mujeres y niños que se habían reunido. Les habló de Moisés y de los profetas y de la proximidad del reino de Dios y del Mesías. A este propósito recordó que la sequía de la tierra, la oración de Elías pidiendo lluvia y la nube aparecida y la lluvia misma que siguió, eran señales y figuras de esta proximidad. Habló de la purificación por las aguas y les dijo que fueran al bautismo de Juan. Sanó a varios enfermos que le habían traído en camillas. Vi que a los niños los sumergía, teniéndolos en sus brazos en el agua, donde Saturnino había antes echado un poco del agua que traía en un recipiente y que Jesús bendijo. Los discípulos bautizaban y como había otros más crecidos se introdujeron en el agua, sujetándose de los sostenes allí puestos, y así fueron bautizados. He visto que aquí hacían en el bautismo algo diferente que en otras partes. Muchos de los ya crecidos tuvieron que permanecer alejados. Estos trabajos continuaron hasta la entrada de la noche.

# III

### Jesús en Sichor-Líbnath

uando Jesús dejó Tiro anduvo sin acompañantes porque había C despachado a los dos discípulos con mensajes a Cafarnaúm y a Juan el Bautista. Jesús se dirigió a la ciudad de Sichor-Libnath, a diez u once horas de viaje desde Tiro hacia el Sudeste: era el mismo camino que había hecho al ir a Tiro. El lago Merom con las ciudades de Adama y Seleucia quedaron al Este, a su izquierda. La ciudad de Sichor-Libnath, o Amichores, llamada ciudad "del agua de lluvia", está a pocas horas de Ptole-maida, junto a un lago pequeño y triste, al cual no se podía llegar de un lado por las altas montañas que lo rodean. De este lado sale el arroyo arenoso de Belus, que se echa en el mar, cerca de Ptolemaida. La ciudad me pareció tan grande que me maravilla que se hable tan poco de ella. La ciudad judía de Misael no está lejos de allí. Es este el país que el rey Salomón regaló al rey Hiram de Tiro. Sichor es un lugar libre, bajo el protectorado de Tiro. Hay mucho comercio de animales; veo grandes ovejas de fina lana que nadan en las aguas. Se hacen aquí finos trabajos de lana, que tiñen los de Tiro. No veo agricultura fuera de los árboles frutales. En el agua se cría una especie de cereal de gruesos tallos, del cual hacen pan: creo que no lo siembran. De aquí parte un camino hacia Siria y Arabia; pero no hay hacia Galilea. Jesús había andado por caminos y sendas vecinales hasta Tiro. Delante de Sichor había dos puentes bastante grandes: uno muy alto, servía para pasar cuando todo se inundaba; en otro puente se podía andar por las arcadas que tenía.

Las casas estaban situadas en altura, contra las inundaciones. Los habitantes son en su mayoría paganos. Veo varios edificios con puntas y banderitas o pendones que me parece indican templos de ídolos.

Me maravilla ver como aquí también viven algunos judíos en grandes casas, a pesar de constituir ellos la minoría y estar oprimidos. Creo que eran judíos huidos de su patria. La casa donde entró Jesús estaba delante de la ciudad; pero lo he visto pasar el río. En la cercanía de la casa había una sinagoga; Jesús había hablado a estas gentes ya antes cuando pasó para ir a Tiro, porque parecía que esperaban su llegada y le salieron al encuentro recibiéndolo respetuosamente. Eran judíos, entre ellos un hombre de edad, con numerosa familia, que habitaba una casa muy hermosa parecida a un palacio, con muchos otros edificios más

pequeños adheridos. Este hombre, por respeto, no llevó a Jesús a su propia casa sino a una habitación de al lado, donde le lavó los pies y le sirvió alimento. He visto aquí una gran hilera de gente que venía a buscarse su alimento; eran trabajadores de todas clases, hombres, mujeres y jóvenes, una mezcla de pueblos paganos, donde había mestizos y negros, quizás esclavos de este hombre, que volvían de su trabajo y se reunían en un amplio lugar. Estos hombres traían palas e instrumentos de labor, carritos y pequeños barcos que tenían en el medio un asiento, remos y toda clase de instrumentos de pesca. Habían estado empleados en trabajos de puentes y en la ribera. Estos hombres recibían su alimento en recipientes, aves y hierbas; entre ellos había algunos que comían carne cruda.

Jesús se hizo llevar a su presencia. Les habló cariñosamente, y ellos se alegraron mucho de conocer a semejante Hombre. Dos judíos ancianos vinieron luego a Jesús con rollos, y mientras comían preguntaban muchas cosas con curiosidad, porque eran maestros de la juventud. El judío rico, dueño de la casa, se llama Simeón y es de Samaria. Él o sus antepasados se interesaron por el templo de Garizim y se juntaron con los Samaritanos: por esto fueron desterrados y se establecieron aquí. Jesús enseñó todo el día en un lugar público rodeado de columnas en el cual se podía extender una tienda junto a la casa de aquel hombre. El dueño iba de un lado a otro. Se habían reunido muchos judíos de toda clase y condición. No lo he visto sanar, porque no había aquí baldados o enfermos. Los hombres son de aspecto seco, flacos, pero de gran estatura. Jesús, enseñando sobre el bautismo, les dijo que vendrían discípulos que bautizarían. Después fue Jesús con ese hombre al camino por donde volvían los esclavos de su trabajo; les habló, los consoló y les dijo una parábola. Entre ellos había algunos buenos que se sintieron conmovidos. Recibieron su paga y su alimento. Pensé en la parábola donde el dueño de la viña paga a sus trabajadores. Estos peones vivían en casitas apartadas de allí como a un cuarto de hora. Trabajaban para Simeón pagando una especie de tributo.

Al día siguiente, habiendo Jesús enseñado todo el día, se acercaron, cuando ya todos los judíos se habían alejado, unos veinte paganos que desde varios días antes querían ser recibidos. La casa de Simeón estaba como a media hora de camino de la ciudad y no les era permitido a los paganos acercarse a más distancia que hasta una columna, como torre. Ahora el mismo Simeón trajo a los paganos, que saludaron muy reverentes y pidieron ser enseñados.

Jesús habló con ellos en una sala, tan extensamente, que tuvieron que encenderse las luces. Los consoló, les habló en una parábola de los Reyes Magos y les

anunció que la luz de la verdad pasaría a los gentiles.

IV Jesús con varios discípulos en el camino de Tiro Cuando los dos discípulos mandados por Jesús a Cafarnaúm regresaron a Sichor, le anunciaron el arribo de los cuatro discípulos mandados a buscar.

Jesús les salió al encuentro en un camino dé tres o cuatro horas, a través de una montaña y se reunieron en un albergue en territorio de Galilea. Además de los llamados, había otros siete, entre ellos Juan y algunas mujeres, entre las cuales reconocí a María Marcos, de Jerusalén, y a la madre de una hermana del novio Natanael, de Cana. Los discípulos llamados eran Pedro, Andrés, Santiago el menor y Natanael Chased. Cuando ya oscurecía anduvo Jesús con estos cuatro y los otros discípulos de vuelta a Sichor; los otros siete no llamados volvieron a Galilea.

Era una noche espléndida de verano. El aire estaba perfumado y el cielo sereno, tachonado de estrellas. Caminaban unas veces juntos, otras uno delante y los demás detrás, y Jesús en medio de ellos. Descansaron una vez bajo árboles cargados de frutas, en una comarca muy fértil y de ricas praderas. Cuando volvieron a andar se levantó una bandada de pájaros que había volado encima de ellos hasta allí. Eran grandes como gallinas, tenían picos colorados y grandes alas negras, como las que suelen pintar a los ángeles y emitían un clamor como una conversación. Estas aves volaron hasta la ciudad, donde se posaron sobre los juncos de las aguas. Yo los veía correr sobre la superficie. Era hermoso ver, en esa noche tranquila, cuando Jesús callaba, oraba o enseñaba cómo callaban también esas aves y se posaban tranquilamente. De este modo siguieron a la caravana de Jesús a través de la montaña. Simeón les salió al encuentro, lavó los pies a todos, les dio una copa y una refección, y los llevó a su casa. Los pájaros pertenecían al dueño de la casa, y revoloteaban allí como las palomas. Durante el día enseñó Jesús aquí y por la tarde celebraron el sábado en casa de Simeón.

Además de Jesús y los discípulos, se habían reunido unos veinte judíos. La sinagoga se hallaba en un porticado subterráneo; tenía escalones y estaba muy bien ordenada. La casa de Simeón estaba en una elevación. Presidía la reunión un cazador, que leía y cantaba. Después enseñó Jesús. Jesús y los discípulos descansaron en esa misma casa.

Durmieron pocas horas, porque muy de madrugada los he visto ya en camino a través de sendas tortuosas, en dirección a una pequeña ciudad en la tierra judía

de Chabul. Allí vivían judíos exilados que solían reunirse en oración común. Los fariseos no los querían admitir en sus reuniones. Habían tenido largo tiempo el deseo de ver a Jesús entre ellos pero no se estimaban dignos y por eso no le habían mandado mensajeros. Dados los muchos vericuetos del camino anduvieron como cinco o seis horas de camino.

Cuando se acercaron a la ciudad judía se adelantaron algunos discípulos para anunciar al jefe de la sinagoga la llegada de Jesús. Aunque era sábado hizo Jesús este camino porque en estas comarcas no observaba Jesús estrictamente este precepto cuando había alguna necesidad. Se fue a los jefes de la sinagoga, que le recibieron muy humildemente; les lavaron a Él y a sus discípulos los pies y les dieron alimento.

Después se hizo llevar a todos los enfermos, y sanó a unos veinte de ellos.

Entre ellos había algunos completamente encorvados, baldados, mujeres con flujo de sangre, ciegos, hidrópicos, muchos niños enfermos y algunos leprosos. Estando en el camino clamaron algunos endemoniados, y Jesús los libró. Todo procedía con orden y en silencio, sin tumulto. Los discípulos ayudaban a levantar a los enfermos, instruir a las gentes que los seguían y se agolpaban a las puertas. Jesús exhortó a los enfermos a creer, antes de sanarlos, y a mejorar de vida; a otros que eran creyentes los sanó sin más.

Levantó los ojos en alto y oró sobre ellos. A algunos los tocaba y a otros pasaba las manos sobre ellos. Lo he visto bendecir el agua y rociar con ella a las gentes y hacer rociar las casas con el agua. En una de estas casas tomaron Jesús y sus discípulos algún alimento. Algunos de los sanados se levantaron y se echaban a los pies de Jesús, le seguían luego como en una procesión y a la distancia, con temor reverencial. A otros les decía que se quedasen en su lugar. A algunos les mandó bañarse en el agua que Él había bendecido: eran niños y leprosos. Luego fue a un pozo de la sinagoga y lo bendijo; para esto bajó algunas gradas y echó también sal, que había bendecido. Enseñó aquí sobre Eliseo, que cerca de Jericó echó sal a las aguas para sanarlas, y dio el significado de la sal. Dijo que los enfermos se lavasen con las aguas de ese pozo cuando tuviesen necesidad. Cuando bendecía, lo hacía en forma de cruz; los discípulos le sostenían a veces el manto, que Él se quitaba y le alcanzaban la sal, que Él echaba en las aguas.

Todo esto lo hacía con seriedad grande y santamente. Yo recibí en esta ocasión la advertencia de que los sacerdotes recibían la misma facultad y poder de sanar.

Algunos enfermos eran traídos en camillas y Él los sanaba.

Jesús llevó a cabo una enseñanza más en la sinagoga y no tomó alimento.

Todo el día lo empleó en enseñar y sanar enfermos. Por la tarde, después del sábado, dejó con sus discípulos el lugar, y despidiéndose de los entristecidos habitantes, les dijo que se quedasen, lo que ellos hicieron humildemente.

Les bendijo y sanó las aguas porque tenían agua malsana. Había dentro de las aguas víboras y otros animales con gruesas cabezas y colas.

Se dirigió con sus discípulos a un gran albergue distante unas horas, sobre una montaña, y allí comieron y descansaron en la noche. Esta posada la habían dejado de lado cuando vinieron. Días después acudieron muchas gentes a la posada con sus enfermos, ya que sabían que Jesús debía llegar.

Eran las que vivían en las laderas de la montaña, en chozas y cavernas. En el Oeste vivían, hacia Tiro, los paganos que también se acercaron y en el Este vivían los judíos muy pobres. Jesús enseñó hablando de purificación, de lavarse y hacer penitencia, y sanó unas treinta personas. Los paganos estaban aparte, y Jesús les enseñó cuando los demás se hubieron retirado; los consoló, y su conversación duró hasta la tarde. Esta gente tiene pequeñas huertas y plantaciones en torno de sus cuevas, y se alimenta de leche de oveja con la cual hacen quesos que comen como pan y de las frutas de sus huertas y otras frutas silvestres que venden en el mercado. Llevan agua buena en recipientes a lugares y ciudades donde se detuvo Jesús ayer. Había muchos leprosos y Jesús bendijo las aguas, mandándoles que se bañasen en ellas.

A la tarde llegó Jesús de vuelta a Sichor-Libnath, donde enseñó de nuevo y dijo que al día siguiente bautizarían allí. Había en la gran casa de Simeón una fuente redonda y bastante plana rodeada de un borde hundido, donde afluían las aguas sobrantes. El agua tampoco era buena aquí: tenía un sabor desagradable y Jesús la bendijo. Echó dentro sal, como pequeñas piedras, ya que muy cerca había una montaña salitrosa. En esa fuente, que se llenó de agua y se vació repetidas veces para purificarla, se hizo el bautismo de unas treinta personas. Se bautizaron el dueño de casa, los hombres de su familia, otros judíos del lugar, varios paganos de los que habían estado antes con Jesús y algunos de los esclavos de las chozas con los cuales había hablado frecuentemente cuando volvían del trabajo. Los paganos tuvieron que esperar el último turno y hacer antes otras abluciones.

Jesús había echado antes en el agua de la fuente un poco de aquella agua del Jordán que traían siempre en los viajes, y bendijo las aguas. Se había dejado también agua en los canales transversales, de modo que los bautizandos podían estar en el agua hasta las rodillas. Jesús enseñó y los preparó durante este tiempo. Los bautizandos aparecieron con mantos largos, oscuros, con capucha sobre la cabeza, especie de vestidos de penitencia. Cuando llegaban a la excavación donde estaba la fuente, se quitaban el manto, permaneciendo cubiertos hasta la mitad del cuerpo con un especie de escapulario que les tapaba el pecho y las espaldas, y les dejaba libres los brazos. Uno de los discípulos le ponía las manos sobre la cabeza y otros sobre las espaldas. El bautizador derramaba varias veces el agua sobre la cabeza con un recipiente pequeño, sacando agua de la fuente, en nombre del Altísimo. Primero bautizó Andrés; luego, Pedro, y más tarde, Saturnino. Los paganos fueron bautizados a continuación de los judíos. Todo esto duró hasta la tarde. Cuando la gente se hubo retirado, iba Jesús caminando apartado de sus discípulos, saliendo del lugar y reuniéndose de nuevo en el camino. Se dirigieron por el Oriente, a Adama, cerca del lago Merom. Descansaron durante la noche en una pradera de mucho pasto, bajo los árboles.

# V

## Jesús en Adama, en el Jardín de la Gracia

unque la ciudad de Adama parecía estar cerca, tuvieron Jesús y sus A discípulos que andar por un camino algunas horas más lejos para poder pasar por las aguas del lago Merom, lo que hicieron en una balsa preparada para los viajeros. Al mediodía alcanzaron la ciudad de Adama, rodeada de agua por todos lados. Al Este de la ciudad está el lago Merom; el agua rodea la ciudad y se reúne en el lugar de los baños, para entrar nuevamente en el lago. Había cinco puentes a diversas distancias. Las orillas escarpadas del lago, a un nivel bajo, estaban cubiertas de juncos y de plantas; las aguas aparecen turbias hasta el centro del lago, donde corre más claro el río Jordán. En torno del lago veo muchos animales carniceros, que merodean. Cuando Jesús se acercaba al lugar de los baños se llegaron algunos hombres principales de la ciudad, que le aguardaban; le acompañaron a la ciudad y le presentaron al jefe, que habitaba un castillo con un vestíbulo y otras habitaciones situado en un lugar espacioso. El vestíbulo estaba adornado con chapas y baldosas brillantes de varios colores. Aquí lavaron los pies a Jesús y a sus discípulos, les sacudieron los mantos y limpiaron las ropas. Se les trajo abundancia de frutas y de hierbas para comer. La gente de Adama tiene esta costumbre, heredada de sus mayores, de recibir y llevar al castillo a todo extranjero, y allí inquirirle el por qué de su venida. Si le agrada el forastero, lo sirven y atienden, pensando que esto, tarde o temprano, les traerá algún provecho.

A los viajeros que no les agrada llegan hasta a ponerlos en la cárcel. Adama y otras veinte poblaciones pertenecen a una comarca bajo uno de los Herodes. Los habitantes de la ciudad eran judíos samaritanos, los cuales por haberse alejado de los demás habían admitido otras aberraciones. No se practicaba, sin embargo, la idolatría, y aún los paganos que habitaban aquí tenían sus ídolos en secreto. Jesús fue conducido por los hombres de la ciudad a la sinagoga, que tenía tres pisos, adonde se habían reunido gran cantidad de personas, los hombres delante y detrás las mujeres. Primero rezaron, pidiendo a Dios que fuera para su mayor gloria lo que iban a entender de la enseñanza de Jesús. Éste habló primero de las promesas, diciendo que todas se habían cumplido, una tras otra. Enseñó sobre la gracia: que no se pierde, sino que pasa a otro que en mérito esté más cerca, cuando por los méritos de los antepasados no pudo pasar a aquel primero, por

haberse hecho indigno. Les dijo que por las obras de sus antepasados, que habían hecho un bien, que ellos ni siquiera sabían ahora, todavía gozaban de las consecuencias de esa obra buena. En tiempos lejanos habían sus antepasados recibido en la ciudad a gentes echadas de otra comarca.

Jesús y sus discípulos se alojaban en una gran posada, junto a la puerta por la cual habían entrado. En las cercanías de los baños, más al Sur, había un lugar donde se enseñaba. Alrededor de una colina cubierta de verdor se había erigido un sillón para enseñar: era un asiento de piedra. En torno había un gran espacio con cinco hileras de árboles que daban espesa sombra contra los ardores del sol. Era un sitio ameno y lo llamaban el Jardín de la Gracia, porque, decían las gentes, aquí habían recibido una vez una gracia muy grande; como había otro lugar en la parte Norte de la ciudad, de donde, decían, les había venido una gran calamidad en otros tiempos. Los discípulos entraban en las casas y avisaban a la gente que se reuniese en el Jardín de la Gracia, porque Jesús quería tener allí una gran reunión. La tarde anterior había tenido lugar un banquete en un pórtico abierto de la casa del jefe de la ciudad, donde se congregaron unas cincuenta personas principales en cinco mesas. Jesús tomó asiento con el principal y los discípulos se distribuyeron entre los demás comensales. Creo que Jesús y sus discípulos habían contribuido con algo en esta comida. Sobre las mesas se veían montones de fuentes con viandas. Jesús enseñaba durante la comida, y a veces se levantaba e iba de una mesa a otra, conversando con unos y otros.

Sobre las mesas habían colocado arbolitos en macetas. Cuando se levantaron y dieron gracias, quedaron esas plantas sobre las mesas y todos los comensales se reunieron en torno de Jesús, en semicírculo. Tuvo con ellos una conversación y los invitó para la mañana a un gran sermón en el lugar llamado de la Gracia.

Al día siguiente, a eso de las nueve, se dirigió Jesús con sus discípulos al sitio indicado donde ya se habían reunido más de cien personas de las principales de la ciudad, bajo la sombra de los árboles, y en círculos más alejados, cierto número de mujeres. Andando pasaron por el castillo del jefe de la ciudad, que con gran aparato y en traje de etiqueta se dirigía al lugar de la conferencia. Jesús le dijo que no lo hiciera con ese aparato, sino que fuese allá, como los demás hombres, vestido de largo manto y en traje de oración y penitencia. En efecto, estos hombres vestían mantos de lana multicolores y una especie de escapularios, cruzados sobre el pecho, sujetos por los hombros con una correa angosta, que caían por las espaldas en tiras anchas y largas. Estas tiras eran negras y sobre ellas estaban escritos, en diversos colores, los siete pecados

capitales. Las mujeres estaban con la cabeza cubierta. Cuando Jesús llegó al sillón, la gente hizo una inclinación profunda y reverente; el jefe y los principales se colocaron cerca del sillón.

Los discípulos tenían también cierto número de oyentes aparte, entre ellos mujeres y les enseñaban las cosas oídas a Jesús.

Jesús levantó sus ojos al cielo y oró en voz alta a su Padre, del cual viene todo bien, para que entrase la enseñanza en corazones contritos y dispuestos y mandó a la gente que repitiese con Él su plegaria, cosa que hicieron todos.

Su gran sermón duró sin interrupción desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Se hizo una pausa solamente cuando trajeron a Jesús una bebida en una copa y un poco de alimento. Los oyentes iban y venían conforme tenían sus ocupaciones en casa. Jesús habló de la penitencia y del bautismo, del cual decía que era una purificación espiritual y una ablución.

He visto que hasta Pentecostés no se bautizaba a las mujeres. Los niños y niñas, de cinco a ocho años, fueron también bautizados; pero no mayores.

Yo no sé explicar ahora el misterio que todo esto encerraba. También habló Jesús de Moisés, cuando quebró las tablas de la ley, del becerro de oro, de los truenos y de los relámpagos del Sinaí.

# VI

**Conversión milagrosa de un judío obstinado** uando Jesús hubo terminado su gran sermón y muchos de los C principales de la ciudad se habían vuelto a sus casas con el jefe, se adelantó osadamente un anciano judío de luenga barba y se acercó al sillón de Jesús. Era un hombre alto, de aspecto noble y dijo: "Ahora quiero yo también hablar contigo. Tú has enunciado 23 verdades y en realidad son 24". Diciendo esto comenzó a enumerar cierta cantidad de verdades, una tras otra, y a discutir con Jesús sobre ellas.

Jesús le contestó: "Yo te he permitido estar aquí para tu propia conversión, pudiendo hacerte salir delante de todo el pueblo, puesto que has venido sin invitación. Tú dices que son 24 las verdades y que yo enumeré 23; en cambio, tú aumentas tres al número, pues son en realidad 20, como lo he enseñado". Jesús enumeró entonces 20 verdades, correspondientes a las 20

letras del alfabeto hebreo, con las cuales también el judío había contado. A continuación Jesús habló del castigo que merece el pecado de añadir algo a las verdades conocidas. Pero el obstinado judío no quería de manera alguna darse por vencido y confesar que se había equivocado. Había algunos que le daban razón y que se alegraban de lo que creían era un apuro de Jesús por contestar. Jesús al fin le dijo: "Tú tienes un hermoso jardín; tráeme las más hermosas frutas y las más sanas, y ellas se pudrirán aquí, ante tu vista, para que veas que te equivocas. Tú tienes también un cuerpo sano y recto y te verás encorvado, porque no tienes razón; para que veas que hasta lo mejor y más sano se echa a perder cuando a la verdad se añade algo que no corresponde. Si tú, en cambio, puedes hacer un solo milagro, serán verdades tus 24 dichos".

Oído esto, el viejo se fue con un ayudante a su cercano jardín. Tenía allí cuanto había de precioso y raro en frutas, hierbas y flores; en jaulas he visto pájaros raros y hermosos, y en medio del jardín una fuente de agua con graciosos pececillos. Prontamente juntó con su ayudante las mejores frutas, peras amarillas, manzanas y uvas tempranas y las puso en un par de pequeños canastos, y otras frutas menores las acomodó en una fuente tejida de una materia transparente y de color. Además llevó consigo, en un canasto cerrado, varios pajaritos y unos animales parecidos a conejos y un gatito.

Jesús, mientras tanto, enseñó acerca de la obstinación y el castigo que merece añadir algo a las verdades conocidas. Cuando el viejo judío trajo en los canastos y jaulas todas sus rarezas y las depositó junto al sillón de Jesús, se suscitó gran expectativa entre los presentes. Como el viejo, lleno de orgullo, insistía en sus anteriores afirmaciones, se cumplió la palabra de Jesús sobre los objetos que había traído el viejo y sobre éste mismo. Las frutas comenzaron a moverse y salieron del interior gusanos asquerosos que se comieron toda una manzana, de modo que de ella no quedó sino un pedazo, de cáscara sobre la cabeza de un enjambre de gusanos. Los animales que había traído enfermaron de pronto y salió de ellos una materia purulenta y luego gusanos que devoraban las carnes de los pájaros y de los animales.

Todo se volvió repugnante, y la turba, que se había aproximado, comenzó a clamar y a gritar, tanto más cuando vieron al viejo inclinarse de un lado, ponerse amarillo y quedar contrahecho de cuerpo.

El pueblo, al ver esto, comenzó a gritar lleno de admiración, y el viejo alzó la voz, quejándose, reconociendo su sin razón y rogando al Señor se compadeciese de su miseria. Se hizo un tumulto tan grande, que el jefe de la ciudad, que se había retirado, fue llamado de nuevo para restablecer el orden, mientras el viejo clamaba y decía públicamente que había sido injusto, que reconocía su error y que había añadido algo a la verdad. Cuando vio Jesús que el viejo se arrepentía y pedía a los presentes que rogasen por él para volver a su primer estado, bendijo los objetos traídos por el anciano judío, y todo volvió de nuevo a su primera forma, tanto los frutos como los pájaros y animales, y el mismo viejo, que llorando, lleno de agradecimiento, se postró a los pies de Jesús con mucha humildad. La conversión de este anciano fue tan sincera que de allí en adelante fue el más fiel de los discípulos, y convirtió a muchos otros con su palabra. Por penitencia repartió gran parte de las hermosas frutas de su huerta a los pobres. Este prodigio produjo una saludable impresión en todos los que iban y venían para comer o por negocios. Este milagro fue necesario aquí, donde la gente, aunque deseosa de oír, era algo obstinada en su error, como acontece en lugares donde hay matrimonios mixtos, y conviven diferentes religiones: éstos eran samaritanos unidos con paganos que habían sido echados de Samaria. He visto que hoy ayunaban, no por la destrucción del templo de Jerusalén, sino por haber sido ellos echados de Samaria. Reconocían que estaban en error, pero no estaban dispuestos a salir de él. Habían recibido a Jesús con todos los honores, porque según una revelación antigua recibida de los mismos paganos, muchas señales habían sucedido en un tiempo cuando obtuvieron de Dios una gracia grande. Esa

revelación había sido recibida en el sitio que llamaban ellos "Lugar de la Gracia". Recuerdo de esto sólo que mientras estos paganos estaban en grande apretura, habían levantado sus manos al cielo pidiendo ayuda a Dios y se les anunció que recibirían una gracia grande cuando aparecieran nuevas corrientes de agua que iban al mar y otra nueva en el lugar de los baños, y cuando la ciudad se extendiera hasta la fuente de baños. Ahora se habían cumplido todas estas señales. Se derramaban entonces cinco corrientes en el mar y en el Jordán.

También se había cumplido una señal con un brazo del Jordán y al pozo de los baños habían corrido nuevas corrientes de aguas saludables. Allí se va a bautizar, y las profecías se refieren a este lugar. Habían tenido aquí aguas malsanas. La ciudad se había extendido precisamente hacia el lado de la fuente.

En el Norte de la ciudad se halla una comarca baja y nebulosa, llena de pantanos, donde viven paganos de miserable condición en chozas y taperas.

En la parte Sudeste, en cambio, había muchas huertas y viviendas nuevas casi hasta el lugar llamado de la Gracia. El sitio era algo bajo y en derredor llano. Por unos cambios en las riberas del río Jordán y una montaña, se había desviado un brazo del río hasta ese lugar, que se reunía luego con un pequeño río y volvía a entrar en su cauce. Comprendía esto una extensión considerable. Cuando las aguas del Jordán llegasen a afluir hasta allí se cumplía la señal convenida.

Cuando Jesús al día siguiente volvió a enseñar en la sinagoga, en medio de la cual había un espléndido armario con rollos de las Escrituras, acudieron los judíos descalzos. En ese día no les era permitido lavarse, cosa que ya habían hecho el día anterior, bañándose, por ser día de ayuno. Traían sobre los vestidos de los pasados días un manto largo y negro con una capucha: estaba abierto de lado y sujeto con cintas. En el brazo derecho tenían dos manípulos ásperos de color negro, en el izquierdo otro y detrás un colgajo.

Rezaron y cantaron en tono de lamentación, se metieron por unos momentos en unos sacos abiertos en medio y se echaron en esa forma de rostro en el piso de la sinagoga. Las mujeres hicieron lo mismo en sus casas. Todo fuego estaba cubierto desde ayer. Sólo por la tarde he visto que hicieron una comida, sin poner la mesa, en el albergue de Jesús, el cual comió con sus discípulos. Los demás comieron en un gran vestíbulo, en el patio. Se trajeron viandas frías de la casa del jefe de la ciudad y Jesús enseñó sobre las comidas y los alimentos. Venían muchos junto a la mesa, turnándose unos con otros; al fin acudieron los

enfermos y baldados. Sobre la mesa pusieron muchos recipientes con ceniza. El anciano judío convertido repartió hoy muchas de sus mejores frutas a los pobres.

El sábado enseñó Jesús en la sinagoga, después anduvo con los discípulos y con otros diez judíos hacia el Norte de la ciudad, dentro de la montaña. Esta comarca era más áspera y salvaje. Delante de una casa descansaron bajo unos árboles y tomaron de los alimentos que habían llevado consigo. Jesús dio toda clase de reglas y advertencias, y les dijo que pronto se ausentaría y no volvería sino una vez más. Entre otras cosas les dijo que no hiciesen tantos movimientos durante el rezo; también que no fuesen tan duros con los pecadores y paganos, sino que se compadeciesen de ellos. Aquí les contó la parábola del mayordomo infiel y la propuso como una adivinanza que debían solucionar. Ellos se maravillaron y Jesús les declaró por qué se alababa al mayordomo infiel. Me pareció que entendía Jesús, bajo el mayordomo infiel, a la sinagoga, y bajo los deudores, a las sectas y los paganos. La sinagoga debía disminuir la deuda de las demás sectas y paganos, ya que tenía el poder y la gracia en su favor; esto es, que sin mérito ni merecerlo poseía la riqueza, para que si un día fuese desechada ella misma, se pudiera refugiar entre los deudores tratados humanamente.

Durante este tiempo he visto frecuentemente a la Santa Virgen. Moraba sola en la casa situada junto a Cafarnaúm. La veía trabajando u orando. Recibía la visita de las santas mujeres, y los discípulos le traían noticias de Jesús. He visto que a veces no recibía a las personas que venían de Nazaret o de Jerusalén solamente para verla. En Jerusalén todo está tranquilo respecto a Jesús. Lázaro está retirado en su castillo, y recibe frecuentemente noticias de Jesús, por los discípulos, y él envía sus noticias por el mismo conducto.

# VII

**La parábola del mayordomo infiel**

esde niña yo veía esta y otras parábolas como si fuesen figuras D vivientes que pasaban delante de mis ojos y me parecía luego que veía en realidad a unos u otros personajes, reconociéndolos en la vida real.

Lo mismo me pasó con este mayordomo, al cual yo veía siempre como un hombre algo jorobado, con cargo de administrador, de barba rojiza, muy ágil en su andar y como él hacía escribir a sus arrendatarios con una especie de caña. He visto vivir a este mayordomo en un lugar desierto de la Arabia no lejos de donde los hijos de Israel murmuraron contra Moisés; vivía en una tienda. Tenía su señor, muy lejos de allí, cerca del monte Líbano, un campo de cereales y de frutos, que llegaba a los límites con la Tierra Santa: en los dos extremos del campo vivían dos capataces, a los cuales él había subarrendado. Este mayordomo era un hombre pequeño, muy listo, que pensaba entre sí: "El señor no vendrá". Por eso dejaba correr las cosas y descuidaba su obligación; lo mismo hacían sus dos capataces, que derrochaban en bebida y fiestas. De pronto vi que el señor del campo se puso en camino. Muy lejos vi a una hermosa ciudad y un palacio donde vivía el dueño y había un camino que salía de allí en dirección del campo.

Vi salir de ese lugar al rey de la ciudad con gran acompañamiento de camellos, sobre un carro bajo y pequeño, tirado por un par de asnos, y con él venía toda su corte. Yo veía esto de tal manera que me parecía como si del cielo partía esa senda hermosa, saliendo de la Jerusalén celestial, y me parecía un rey del cielo que tuviera aquí en la tierra un campo de cereales y frutales. Venía este rey al modo de los antiguos reyes. Lo veía bajar desde lo alto a la tierra.

El mayordomo, el pequeño hombre, había sido, en efecto, acusado de disipar los bienes de su señor. Los deudores del mayordomo eran dos hombres que vestían largos sacos con muchos botones hasta abajo, y el mayordomo llevaba una especie de gorra. La tienda del mayordomo estaba situada hacia el desierto, y el campo de las mieses, frutales y olivares, en cuyos extremos vivían los dos capataces, estaba hacia la parte de Canaán.

Estos campos estaban unidos como en forma de triángulos. El dueño cayó sobre el campo de los cereales. Los dos capataces derrochaban todo con el mayordomo, y como éstos tenían otros trabajadores a su mando tenían que reponer todo lo que malgastaban sus principales. Me pareció entender como si fuesen dos malos sacerdotes párrocos, y el mayordomo un obispo igual; pero me pareció también que eran mundanos, pues todo lo tenían que ordeñar.

El mayordomo vio de lejos la venida del rey; se llenó de turbación y preparó un gran banquete y se mostró muy servicial y adulador. El rey dijo al mayordomo: "¡Ah! ¿qué es lo que tengo que oír?, ¿qué tú derrochas los bienes que te había encomendado? Dame cuenta, porque ya no podrás seguir siendo mi mayordomo". Entonces vi que el mayordomo llamó prontamente a los dos capataces. Tenían rollos, que abrieron. Les preguntó cuánto debían, pues ni eso sabía el mayordomo, y ellos mostraron sus deudas. Él tenía en las manos un cañito algo retorcido, y les hizo escribir prestamente menos cantidad de lo que debían, pensando: "Cuando yo sea removido de mi puesto, por lo menos me refugiaré entre ellos, y podré vivir, pues no puedo ya trabajar". Después de esto vi que los capataces y el mayordomo mandaban a los subordinados que fuesen a llevar al rey los frutos y el tanto por ciento de los campos, y éstos llegaron con camellos y asnos cargados trayendo cereales en bolsas y olivos en canastos. Los que traían los olivos, venían también con dinero: eran pequeñas placas de metal reunidas en rosario, unas más grandes que otras, sujetas con anillos. El señor notó, comparando con lo que en años anteriores habían pagado, que era mucho menos de lo que debían y notó, en los escritos falsificados, la intención del mayordomo. Con una sonrisa se dirigió a los miembros de su cortejo, diciendo: "Mirad, este hombre es listo y prudente; quiere hacerse amigos entre sus deudores; los hijos del siglo son más prudentes en sus manejos que los hijos de la luz, los cuales poca veces obran en el bien como estos en el mal. Así serían compensados como estos serán castigados".

Después de esto vi que el mayordomo jiboso fue removido y enviado más adentro, en el desierto. En ese lugar había comarcas de arena dura y estéril, de color ocre. El hombre se contristó mucho y se confundió grandemente.

He visto que, al fin, él empezó también a trabajar y a cultivar el campo y a cortar leña de unos árboles duros que allí había. Los dos capataces fueron también desalojados y enviados a otros campos de arena, aunque no tan estériles. En cambio, los pobres trabajadores subordinados fueron recompensados, porque les confió a ellos el cuidado del campo que había tenido el mayordomo infiel.

# VIII

## Jesús y sus discípulos en Seleucia

esús y sus discípulos se repartieron por la ciudad de Adama. Jesús se J quedó más bien en la ciudad, mientras los discípulos fueron a sus términos, hasta las viviendas de los paganos, y entrando de casa en casa llamaban e invitaban al bautismo y a la enseñanza de Jesús para dos días adelante al otro lado del lago, en un lugar de verdor y cercado, cerca de Seleucia. Mientras invitaban, enseñaban. Esto duró hasta la entrada de la noche. Los discípulos se dirigieron entonces fuera de la ciudad, a la parte Oeste, donde los pescadores estaban con sus barcas, ocupados al resplandor de sus antorchas en la pesca, en donde el Jordán se echaba en el lago. La claridad de las antorchas atraía a los pescados, que sacaban con anzuelos y con pinchos. Los discípulos ayudaban en el trabajo y enseñaban e invitaban a los pescadores. Les decían también que llevasen sus pescados al lugar de verdor, junto a Seleucia, donde tendría lugar el gran sermón de Jesús, que allí se los pagarían bien.

Ese lugar era una especie de parque de animales, cercado con vallado. Solía encerrarse allí a los animales salvajes que cazaban: por eso se veían todas clases de cuevas para ellos. El lugar pertenecía a Adama, y estaba a una hora y media de Seleucia. Al amanecer fue Jesús junto a sus discípulos y se dirigieron a unos recovecos donde había pobres chozas detrás de la ciudad.

Luego, en la ciudad, fue Jesús con los suyos a la casa del jefe y tomó algún alimento en un lugar abierto. Consistía la comida en pequeños panes unidos de a dos. Había también pescados con cabezas levantadas, en una fuente que parecía de vidrio multicolor. Jesús puso un pescado entero sobre el pan, a cada uno de sus discípulos. La mesa tenía honduras excavadas, donde se colocaban las porciones, como si fuesen platos. Después de la comida Jesús dio una instrucción en vestíbulo abierto, delante del jefe y los familiares que debían recibir el bautismo; luego se dirigió al lugar de enseñanza, fuera de la ciudad, donde le aguardaba mucha gente, y los preparó para el bautismo.

La gente iba y venía en grupos, turnándose, y pasaban a la sinagoga; oraban, se ponían ceniza en la cabeza y hacían penitencia; luego iban al huerto de los baños, junto al lugar de la Gracia y se purificaban en baños, separados por

cortinas. Cuando los últimos abandonaron el lugar de la enseñanza, se dirigió también Jesús allí. El sitio para bautizar era aquel donde un brazo del Jordán afluía a la fuente, que era tan espaciosa y tenía el borde con excavaciones tan ancho que podían pasar dos a la vez. Corrían cinco canales, que podían cerrarse a voluntad y tiene al lado cinco pasajes para acercarse. En medio de la fuente había un palo con un brazo tan largo que podía cerrar o abrir la fuente. Esta fuente con cinco entradas no había sido arreglada ahora para el bautismo: era una forma común en Palestina que tenía relación con los cinco canales del estanque de Bethesda, con el pozo de Juan en el desierto, con la fuente del bautismo de Jesús, y con las cinco llagas del Señor. Jesús se refirió al próximo bautismo. Los bautizandos vestían largos mantos de los cuales se despojaban y entraban, cubiertos hasta la mitad del pecho con una especie de escapulario, en las excavaciones que rodeaban la fuente llena de agua. Sobre los bordes de la entrada estaban el bautizador y los padrinos. El agua era derramada tres veces sobre la cabeza en nombre de Jehová y de su Enviado. Cuatro discípulos bautizaban al mismo tiempo y dos ponían las manos sobre los bautizandos. Esta ceremonia y las enseñanzas de Jesús duraron hasta la tarde. Muchos fueron rechazados y postergados.

Al amanecer se embarcaron los discípulos a Seleucia, al lugar cubierto de verdor que estaba del otro lado. A cierta distancia de Adama el lago tiene la forma de un violín, algo más angosto, como a un cuarto de hora de camino.

Seleucia era una fortaleza con murallas y vallados. Del lado Norte era casi inaccesible por lo empinada, y estaba llena de soldados paganos. Las mujeres vivían en casas y en cámaras particulares. Los judíos que moraban aquí eran bastante despreciados y vivían en cuevas, abiertas en las mismas murallas, y trabajaban en labores forzadas, en cuevas y en terrenos pantanosos. No he visto ninguna sinagoga; pero había un templo de forma redonda, situado sobre un círculo de columnas que presentaban figuras sosteniendo pesos. En el centro había una columna gruesa donde estaba la escalera que llevaba a lo alto del templo.

Abajo, en los sótanos, ponían los recipientes con las cenizas de sus muertos.

Cerca de allí sé veía un lugar renegrido donde solían quemar los cadáveres.

En este templo había figuras de serpientes con caras de hombres y figuras de hombres con cabeza de perros, y un ídolo con la luna y un pez. La tierra era más

bien estéril; pero la gente era trabajadora, preparaba toda clase de aperos para cabalgaduras y había muchos herreros. Casi todos los trabajos eran para los soldados.

Los discípulos anduvieron por las calles de Seleucia invitando a las gentes a un sermón y a una comida. Mientras tanto, hacía esto mismo Jesús entre los paganos en Adama. Después se dirigieron los discípulos al parque de los animales, que estaba cubierto de hermosas plantas y flores, y arreglaron la comida con los pescados que los pescadores tenían guardados en una cisterna. Las mesas eran anchas tablas, que fueron sacadas del lago: serían anchas como de dos pies. Detrás del parque había hogares donde se cocían los pescados. Parece que aquí se suele hacer a menudo esta comida porque hay excavaciones planas en la roca como hechas por la naturaleza y dentro de las cuevas, donde se pueden colocar los alimentos. Prepararon panes, pescados, hierbas y frutas. Cuando todo estuvo preparado y había unos cien paganos reunidos, llegó Jesús a través del lago. Le seguían once judíos con el jefe y algunos paganos de Adama. Jesús predicó desde una colina. El jefe y los demás judíos tenían derechos sobre esa comida preparada, y junto con Jesús y los discípulos servían a los comensales. Jesús explicó que el hombre se compone de cuerpo y de alma, y del alimento que necesitan el cuerpo y el alma; dijo que ellos podían seguir comiendo o escuchar su enseñanza. Dijo esto para probarlos. En efecto, algunos fueron en seguida a las mesas y una tercera parte quedó escuchándole. Jesús enseñó acerca de la vocación de los infieles y les contó la venida de los tres Reyes, cosa que no les era desconocida. Cuando acabaron el sermón y la comida, se dirigió Jesús con sus discípulos hacia Seleucia, como a hora y media al Sur, y no junto al lago. La mayoría de la gente había vuelto a sus hogares. Jesús fue recibido por los principales de la ciudad y obsequiado con una bebida y alimento, así como los discípulos y los judíos que habían venido con ellos.

Fueron llevados a la ciudad y Jesús enseñó a las mujeres en un lugar no lejos de la puerta, donde se habían reunido en sitio apropiado para ver a Jesús. Vestían como las judías, pero no llevaban velo; en general era gente de baja estatura, pero fuerte y bien plantada. Jesús entró luego en un gran albergue donde le habían preparado una comida. Había en esta región mucho tráfico.

Jesús, sus discípulos y los judíos comieron en una mesa aparte. Los judíos no querían al principio comer allí. Jesús les dijo entonces que lo que entraba por la boca no era lo que manchaba al hombre: de modo que si no querían comer con Él, no eran seguidores de su doctrina. Mientras duró la comida, siguió enseñando

a los comensales. Los paganos tenían mesas más altas que los judíos, a veces mesas particulares, y estaban sentados sobre almohadas, con las piernas cruzadas, como he visto en las gentes del país de los Reyes Magos. Los alimentos eras pescados, verduras, miel, frutas y carne asada.

Jesús los conmovió de tal manera con sus enseñanzas, que cuando se despidió de ellos quedaron tristes y apesadumbrados. Le rogaron mucho que se quedase con ellos y Jesús les dejó a Andrés y Natanael. Los paganos también manifestaban mucho interés por oír cosas nuevas. Era ya de noche cuando los dejó. Las viviendas de las mujeres estaban edificadas con la parte trasera hacia los muros de la fortaleza y sólo por delante miraban a una calle muy ancha. Había bastantes casas hermosas, algunas con jardines y patios, donde trabajaban o lavaban. Jesús les habló del bautismo, como de una purificación; y como aún querían saber más, les dijo que hasta ahora no podían entender más de lo que les había dicho.

# IX

## Jesús vuelve a Adama y enseña en Berotha

e Seleucia volvió Jesús a Adama. Se celebraba ahora allí una fiesta D para los nuevos bautizados en la sinagoga. Estaban delante de los demás entonando cantos de acción de gracias. Jesús enseñaba. Fueron bautizados más cuando volvieron Andrés y Natanael desde Seleucia. El anciano judío convertido hace en todas partes de sirviente y se muestra humilde y servicial con todos. Gran cantidad de enfermos no habían podido asistir a las enseñanzas de Jesús ni al bautismo; por eso fue Jesús con Saturnino y con el discípulo pariente a visitarlos en sus casas. Los otros fueron a las ciudades de Azor, Kades, Berotha y Thisbe, a dos o tres horas al Norte de Adama, para invitarlos a un sermón que Jesús iba a pronunciar en una colina de suave ladera que estaba en dirección de Kades hacia Berotha.

En la altura de este monte había un antiguo sitial para enseñanza en un lugar cercado; el monte estaba cubierto de verdor. Los discípulos pidieron al jefe del lugar que invitara a la gente al sermón que iba a tener el profeta de Galilea, sobre el monte, el día siguiente al Sábado. Otros entraban en las casas y los invitaban a concurrir.

Mientras tanto seguía Jesús en Adama en medio de judíos ricos y pobres, y paganos; y sanó a los enfermos hidrópicos, baldados, ciegos y con flujo de sangre. Me admiró ver entre los judíos a diez endemoniados, hombres y mujeres. Entre los paganos nunca veía tantos como entre los judíos. Había algunos de las mejores familias encerrados en cámaras con rejas. Cuando Jesús se acercaba a esas casas comenzaban a gritar furiosamente. Cuando se aproximaba se aquietaban y le miraban fijamente, confundidos. He visto cómo, con su sola mirada", echó al demonio de ellos, que huyó visiblemente como un vapor negro en forma de una figura humana y que escapó de allí.

La gente se espantaba y se admiraba, mientras los endemoniados palidecían y caían desmayados. Jesús les habló, les tomó de la mano y les mandó que se levantasen. Entonces despertaron como de un sueño y cayeron de rodillas, dando gracias. Volvieron a ser otros hombres. Los exhortó Jesús y les señaló los pecados de los cuales tenían que guardarse.

Cuando volvieron los discípulos a Adama, tomaron alimentos con Jesús en casa del jefe de la ciudad. Habían comprado en aquel lugar pescados y pan que llevaron hasta el monte donde hubo el sermón para alimentar a los oyentes. Jesús recibió de algunas personas regalos, entre estos pequeñas plaquitas de oro. Estos obsequios se utilizaban luego para pagar las comidas a las turbas. Jesús no había comido desde su partida de Seleucia. El Sábado volvió a enseñar- en la sinagoga de Adama. Había aquí un grupo de hombres, enemigos de Jesús, que dos fariseos habían mandado al lugar del bautismo de Juan con encargo de espiar lo que éste decía de Aquél, y también a Bethabara y a Cafarnaúm, donde dieron parte a otros fariseos de que Jesús estaba ahora en medio de ellos y bautizaba y hacía partidarios. Al volver esta gente de su espionaje hablaba mal de Jesús y murmuraba, aunque tenían pocos partidarios. Una vez preguntaron algunos principales a Jesús qué pensaba de los esenios. Querían tentarle, porque les parecía que tenía Jesús algo de parecido con esa gente, y porque Santiago el Menor, su pariente, pertenecía a esa secta. Culpaban a estos hombres de que se apartaran de los demás, haciéndose singulares y especialmente de que no quisieran casarse. Jesús les contestó que no se podía culpar a esta gente; que si tenían esa vocación era de alabarse; que cada uno tenía su vocación, y si uno no se sentía llamado a eso no debía hacerlo: de otro modo sería como si un baldado quisiera caminar derecho, sin conseguirlo. Cuando le reprochaban que en los esenios había tan pocas familias, Jesús les enumeró muchas familias de esenios y les habló de la buena educación que daban a sus hijos. Habló también del estado matrimonial bueno y malo. Jesús ni se declaró por los esenios ni los reprendió por su vida: de este modo la gente no lo entendió. Ellos pensaban, con estas preguntas, reprocharle que tuviera entre sus discípulos a algunos esenios y que tratara con ellos.

La noche del Sábado al Domingo salió Jesús antes del día de Adama, sin decir que no volvería, y se dirigió con sus discípulos y varios judíos a la montaña para el sermón al cual había invitado. Salió de la puerta de Adama pasando por el puente por donde había entrado. Si hubiesen salido por la otra hubieran debido atravesar el río que corre de Azor hacia Adama y Kades para echarse en el Jordán. Dejaron a Kades a la derecha y caminaron hacia Occidente por las faldas suaves de la montaña. Esta comarca tenía altos peñascos que arriba formaban grandes explanadas y no había aquí tantas cuevas y quebradas como en las montañas de Palestina. Dejaron a la izquierda la ciudad de Thisbe, que se veía a gran altura.

Aquí vivió algún tiempo Tobías; había casado a un cuñado o hermano y había

estado también en la ciudad de Amichoris (ciudad del agua). Habría podido quedarse allí, pero prefirió vivir con sus paisanos en la cautividad, para poder ayudar a su pueblo. Elías había estado también en Thisbe, y Jesús la había ya atravesado. La turba ya estaba reunida en lo alto del monte. La tarde anterior habían subido algunos hombres después del Sábado para ordenar el lugar allá. Había arriba un lugar no cercado y un sillón para enseñar. Las gentes que vivían en casitas, a ambos lados de la montaña, se ocupaban de alzar tiendas y tenían ya los palos y las sogas tendidas. Este lugar era histórico. Josué había celebrado aquí una fiesta a raíz de una victoria contra los canaanitas. Habían llevado agua en odres, y panes y pescados en canastos de mimbre que se podían poner unos sobre otros, en unos casilleros. Cuando Jesús llegó a la cumbre se alzó un clamor general:

"Tú eres el verdadero Profeta, el Salvador". Cuando pasaba, la gente se inclinaba ante Él. Serían como las nueve de la mañana cuando llegó. Había desde Adama hasta allí unas seis o siete horas de camino. Habían llevado arriba a muchos endemoniados que gritaban enfurecidos. Jesús los miró y callaron de inmediato cuando les mandó quedarse quietos, y se encontraron libres de los demonios por la fuerza de su mandato. Cuando Jesús llegó a la tribuna puso orden en la turba por medio de los discípulos, haciéndola callar. Luego oró a su Padre, del cual se debe esperar toda ayuda y el pueblo oró con Él. Habló del lugar y de lo allí había sucedido a los hijos de Israel; cómo había aparecido Josué en este lugar para librarlos de los canaanitas y del paganismo, y como fue arrasada Azor. Declaró esto como figuras de otros hechos que estaban sucediendo ahora: que venía la verdad y la luz nuevamente a este lugar con gracia y mansedumbre para librarlos del poder del mal y del pecado. Dijo que no opusiesen resistencia como los canaanitas, para que no viniese el castigo de Dios como había venido sobre Azor. Contó una parábola, que está en el Evangelio y que usaba muchas veces; creo que era la de la siembra del trigo y del campo. Habló también de la penitencia y del reino, y habló de Sí y de su Padre con más claridad de lo que lo había hecho hasta ahora en este país.

# X

## Los mensajeros enviados por Lázaro

legaron mensajeros enviados por Lázaro para prevenir a Jesús de los L espías que los fariseos de Jerusalén habían enviado a Adama. Estos mensajeros eran los hijos de Juana Chusa y de Serafia (Verónica). Los discípulos, aprovechando una pausa, llevaron a estos mensajeros ante Jesús, el cual respondió que no se inquietasen por Él, que debía cumplir su misión y que agradecía la atención. Los espías enviados por los fariseos de Jerusalén y los contrarios de Adama, estaban arriba, en la montaña. Jesús no habló con ellos; pero mientras enseñaba, dijo, en alta voz, que le espiaban y le perseguían. Añadió que no conseguirían impedirle que cumpliera lo que su Padre celestial le había encomendado. Les dijo que pronto volvería para anunciarles la verdad y el reino.

Se habían congregado muchas mujeres con sus hijos y les pedían la bendición para éstos. Los discípulos estaban preocupados: pensaban que Jesús no debía hacerlo por causa de los espías presentes. Jesús rechazó sus temores: dijo que la intención de las mujeres era buena y que los hijos serían mejores y pasó por la fila de ellas, bendiciendo. Duró el sermón hasta la tarde, desde las diez horas, y luego fue ordenado el pueblo para la comida.

A un lado de la montaña había cierto número de parrillas, donde se podían asar los pescados. Reinaba un orden admirable. Los habitantes de cada ciudad se sentaban juntos, aún los de la misma calle y entre ellos los de la misma familia o vecinos. Cada grupo de una calle tenía un encargado para buscar los alimentos y repartirlos. Los comensales tenían, cada uno, o uno para varios del grupo, una especie de cuero enrollado, que abierto servía de fuente, y tenían también instrumentos de mesa, como cuchillos de hueso y cucharas, que llevaban consigo unidos por el cabo. Algunos llevaban recipientes hechos de calabazas, otros de corteza y tomaban el agua de los odres. Otros se hacían estos vasos allí mismo o en el camino con mucha facilidad. Los encargados recibían los alimentos de manos de los discípulos, que repartían una porción para cuatro o cinco comensales, a los cuales ponían panes y pescados sobre los cueros que tenían delante. Jesús bendijo los alimentos antes de ser repartidos. Hubo también aquí una multiplicación de alimentos, pues no hubiese alcanzado lo que se tenía preparado para los millares que acudieron al sermón de Jesús. He visto que cada

grupo no recibía sino una pequeña porción; a pesar de esto, al terminar todos quedaron satisfechos, y sobró aún mucho, que fue recogido por los pobres en canastos y llevado a sus casas. Había allí algunos soldados romanos de paso por la ciudad y de esos que Léntulo tenía a sus órdenes o que le conocían; quizás habían sido enviados por él para traerle noticias de Jesús: se llegaron a los discípulos y pidieron algunos de los panes bendecidos por Jesús para enviárselos a Léntulo. Recibieron esos panes que guardaron en saquitos que traían sobre sus espaldas.

Cuando terminó la comida ya había oscurecido y se necesitaron antorchas para andar. Jesús bendijo al pueblo y abandonó con sus discípulos la montaña. Se separó luego de ellos; los discípulos tomaron un atajo para llegar a Betsaida y Cafar-naúm, y Jesús con Saturnino y otros se dirigió al Sudoeste, a una ciudad cerca de Bertha, que se llama Zedad, y pasó la noche en un albergue fuera de la ciudad.

# XI

### Jesús se dirige a Cafarnaúm por Gatepher

i a Jesús la noche del lunes al martes caminando por la montaña con V Saturnino y otros discípulos. Jesús andaba solo y rezaba, y los discípulos le preguntaron la razón; Él les habló entonces de la oración en común y de la oración a solas. Les trajo una comparación de serpientes y escorpiones. Si un niño pide un pescado no le dará el padre un escorpión.

Este mismo día le he visto sanar enfermos y exhortar en casa de pobres pastores. Lo mismo hizo en la ciudad de Gatepher, patria de Jonás, donde vivían algunos parientes de Jesús. Sanó enfermos en esta ciudad y por la tarde se dirigió a Cafarnaúm. ¡Cómo era de incansable Jesús y cómo obligaba también a los discípulos al trabajo de continuo! Al principio quedaban completamente rendidos. ¡Qué diferencia veo con lo que pasa hoy en día!... Estos discípulos tenían que seguir a las gentes cuando iban por los caminos, catequizarlos o invitarlos a los sermones de Jesús.

En la casa de María, en Cafarnaúm, estaban ya Lázaro, Obed, los sobrinos de José de Arimatea, el novio de Cana y otros discípulos; además habían llegado siete de las santas mujeres parientes o amigas de María. Todos esperaban a Jesús. Salían y entraban y miraban a lo largo de los caminos para ver si llegaba. Acudieron también discípulos de Juan, trayendo la noticia de que había sido tomado preso, lo cual, causó gran tristeza en todos.

Los discípulos fueron al encuentro de Jesús, no lejos de Cafarnaúm y le dieron la noticia sobre Juan. Jesús los tranquilizó y se fue adonde estaba su Madre, sola. A sus discípulos les había mandado que le precedieran.

Lázaro salió a recibirle y le lavó los pies en el vestíbulo de la casa. Cuando Jesús entró los hombres se inclinaron profundamente. Él los saludó, y yendo hacia su Madre, le dio la mano. Ella se inclinó con mucho amor y humildad.

No había aquí nada de echarse en los brazos: reinaba una sencilla renuncia a esos extremos; todo era amor, cariño y bondad interiores, que llenaba los corazones. Después fue Jesús hacia donde estaban las otras mujeres, las cuales, veladas, se

hincaron delante de Jesús. En estas ocasiones, cuando llegaba y cuando partía, solía bendecir a todos. Después vi preparar una comida; los hombres estaban aparte en las mesas, y en el otro extremo estaban las mujeres con las piernas cruzadas. La conversación versó especialmente sobre la prisión de Juan, expresándose dolor y sentimiento por ello. Jesús les advirtió que no debían juzgar mal ni irritarse; que todo esto debía suceder así; que si Juan no fuera removido, no podría Él cumplir su misión ni llegarse ahora hasta Betania. Luego habló de las gentes entre las cuales había estado.

De la llegada de Jesús nadie sabía nada sino los presentes y los discípulos más fieles. Jesús pasó la noche en un edificio contiguo, donde se recogieron los otros forasteros. Citó a los discípulos para el próximo sábado en las cercanías de Bethoron, en una casa solitaria que había en la altura. Después lo he visto hablar a solas con María, su Madre. Ésta se afligía y lloraba pensando que Él quería ir a Jerusalén, donde había tanto peligro. Jesús la consoló y le dijo que no se inquietase, que debía cumplir su misión, que aún no habían llegado los días más tristes. La ilustró cómo debía conducirse en la oración, y luego recomendó a todos los demás que se guardasen de todo juicio, de hablar de la prisión de Juan y de las maquinaciones de los fariseos contra su persona; que esto no haría más que entorpecer su misión y aumentar el peligro. Las maquinaciones de los fariseos entraban también en los designios de Dios: ellos obraban en su propia perdición.

Se habló también de la Magdalena, y Jesús pidió de nuevo que rezasen y pensasen bien de ella; que ya vendría ella también y seria tan buena que daría ejemplo a muchos.

Después de esto vi que Jesús caminaba con Lázaro y cinco discípulos de Jerusalén hacia Betania. Se celebraba el principio del novilunio, y he visto otra vez en las sinagogas de Cafarnaúm y en otros lugares las largas telas con nudos que colgaban fuera y los acostumbrados frutos con sogas en las casas principales.

# XII

**Juan Bautista en la prisión de Macherus**

a una vez Herodes había llevado preso por algunas semanas a Juan Y Bautista, pensando intimidarlo y hacerle cambiar de sentimiento respecto de su conducta con Herodías. Pero atemorizado el rey por la gran muchedumbre que acudía al bautismo, lo había soltado. Juan volvió a su lugar anterior junto a Ainon frente a Salem, a una hora y media del Jordán, al Sur de Su-coth, donde se encontraba su fuente bautismal a un cuarto de hora del gran mar del cual salían dos arroyos rodeando una colina y se echaban en el río Jordán. Junto a esta colina se encontraban los restos de un antiguo castillo con torres, rodeado de galerías y de habitaciones. Entre el mar y la colina estaba el pozo de Juan y en la cumbre de la colina, en un caldero amplio y hundido, habían sus discípulos arreglado una tienda sobre los restos de muralla con escalones. Allí enseñaba Juan.

Esta región pertenecía a Felipe, pero sobresalía como una punta en el territorio de. Herodes, razón por la cual éste se abstenía de llevar a cabo su intención de apoderarse del Bautista. Había de nuevo un gran concurso de gentes hacia Juan, para oír su palabra: caravanas de Arabia, con camellos y asnos, y muchos centenares de personas de Jerusalén y de toda la Judea, hombres y mujeres, acudían allí. Las multitudes se turnaban y llenaban la plataforma del montículo, las laderas y se estacionaban en la colina. Los discípulos de Juan mantenían un orden perfecto. Unos están echados, otros sobre sus rodillas, otros de pie, y así todos pueden ser vistos. Los paganos están separados de los judíos, así como los hombres de las mujeres, siempre detrás de éstos. Los que están adelante, en las laderas están de cuclillas, apoyando la cabeza en las rodillas, con los brazos, o están echados o sentados de lado. Juan parece ahora, desde que volvió de la prisión, como encendido de nuevo ardor. Su voz resuena dulce, de un modo particular, sin embargo, poderosa, y va lejos, de modo que se entiende cada una de sus palabras. Clama, y un millar de gente escucha constantemente su voz. Está de nuevo vestido de piel, y más austero que en On, donde a menudo se ponía un vestido largo. Habla de Jesús, cómo se le persigue en Jerusalén y señala hacia Galilea, donde Él sana, enseña y camina: añade que pronto volverá por estas comarcas, y que sus adversarios nada podrán contra Él, hasta que haya cumplido su misión.

También Herodes acude con una tropa de soldados. Está viajando desde su castillo de Livias a once horas de Dibón y debe pasar por dos brazos de río.

Hasta Dibón es el camino muy bueno; después se hace pesado y desigual, sólo transitable para andantes y animales de carga. Herodes viajaba sobre un carro largo y angosto, donde estaba sentado o echado de lado, y había algunos con él. Las ruedas comunes eran gruesos y pesados discos, sin rayos; detrás llevaban otras ruedas colgadas. El camino era desigual, y de un lado habían puesto ruedas más altas y del otro más bajas y así procedían andando con mucho trabajo. La mujer de Herodes iba también sobre uno de estos carros en compañía de otras damas de su cortejo. Los carros eran llevados delante y detrás de Herodes. Herodes va al lugar de Juan, porque éste predica ahora con más fuerza que antes, porque le suele oír de buena gana y porque quiere saber si dice algo contra él. La mujer, en cambio, está espiando la oportunidad de excitarlo más contra él; se muestra dispuesta a acompañar a Herodes, pero está llena de rencor contra Juan.

Había otro motivo más y es que Herodes había oído que el rey Aretas, de Arabia3, y padre de la mujer de Herodes repudiada, solía ir a oír a Juan, manteniéndose incógnito entre los oyentes. Quería ver si éste estaba allí y maquinaba algo ocultamente contra él. La primera mujer de Herodes, que era buena y hermosa, se había retirado de nuevo junto a su padre, el cual había oído que Juan se declaraba contra Herodes, y así para su propio consuelo había venido a escuchar la voz de Juan. Pero este rey no había aparecido en modo ostentoso sino sencillamente vestido y se ocultaba entre los discípulos de Juan pasando por uno de ellos. Herodes entró en su antiguo castillo y se acomodó cerca de donde Juan hablaba, sobre una terraza de escalones, y su mujer se situó sobre almohadones, rodeada de su gente y de soldados debajo de una tienda. Con voz potente Juan clamó al pueblo que no se escandalizase del casamiento de Herodes: debían honrarlo, pero no imitarlo. Esto alegró e irritó al mismo tiempo a Herodes. La fuerza con que ahora clamaba Juan era indescriptible. Su voz era como un trueno y sin embargo dulce y asequible a todos. Parecía que daba todo lo que le quedaba.

Ya había anunciado a sus discípulos que su tiempo terminaba; que no le abandonasen por eso; que lo visitasen cuando estuviera preso. Hacía tres días que no comía ni bebía: sólo enseñaba y clamaba de Jesús, y repudiaba el adulterio de Herodes. Los discípulos le rogaban que cesase y tomase algún alimento, pero él no cejaba y estaba como fuera de sí por el entusiasmo.

Desde el lugar donde Juan enseña y clama se disfruta de una vista estupenda: se ve el Jordán en una gran extensión, las lejanas ciudades, los campos sembrados y las huertas de frutales. Deben haber habido aquí grandes edificaciones, pues veo aún restos de gruesas murallas y arcadas de piedras, cubiertas de hierbas, que parecen puentes. En el castillo donde está Herodes hay varias torres restauradas. La comarca es muy abundante en aguas y el lugar de baños está en buen estado; es una obra maestra, pues el agua procede de un canal cubierto desde la colina donde enseña Juan. El lugar del bautismo, de forma oval, tiene tres terrazas cubiertas de verdor que lo rodean y está abierto por cinco pasajes. Es más hermoso aunque más pequeño que el estanque de Bethesda de Jerusalén que suele estar manchado con plantas y hojas de los árboles que le rodean. La fuente del bautismo está detrás de la colina y detrás de ésta, quizás a 150 pasos, hay una gran laguna, con muchos pescados, que veo salir a flote, vueltos hacia Juan, como si quisieran oír su predicación. Veo aquí pequeñas barcas de árboles ahuecados para apenas dos hombres, con asiento en el medio para poder pescar.

Juan se alimenta mal y aún cuando está en compañía de sus discípulos, come muy poco. Ora solo y de noche con la mirada fija en lo alto del cielo.

Sabía que su prisión era inminente; por esto hablaba con este ardor y se había despedido de sus discípulos. Había clamado y señalado a Jesús con voz más poderosa que nunca. Decía: "Él viene ahora y yo debo irme; a Él deben acudir todos. Yo seré quitado muy pronto". Les echaba en cara que eran un pueblo rudo y duro de corazón. Que considerasen lo que había hecho, para preparar los caminos del Señor: había hecho puentes y caminos, removido piedras, hecho fuentes y dirigido las aguas hasta allí. Había sido un trabajo pesado, con tierra infecunda y dura, con rocas ásperas y nudosos troncos. Que había tenido mucho que hacer con el pueblo, de dura cerviz, grosero y protervo. Que aquéllos, en fin, a quienes había podido ablandar y mover, fuesen ahora hacia Jesús, que era el amado Hijo del Padre. Aquél a quien Él admite, será tomado, y aquél a quien Él deseche, será desechado.

Él vendrá ahora y enseñará y bautizará y perfeccionará lo que él (Juan) había comenzado. Repudió delante del pueblo el adulterio de Herodes repetidas veces, con toda fuerza. Éste, que por otra parte lo veneraba y temía, parece que disimulaba, aunque internamente estaba furioso contra Juan. La enseñanza había terminado; las turbas iban descendiendo en todas direcciones y las gentes venidas de Arabia y con ellas Aretas, el rey, mezclado con su gente. Herodes no pudo reconocerlo ni verlo. La mujer de Herodes ya se había ausentado y ahora

partía también Herodes, ocultando su irritación y se despidió de Juan amigablemente. Juan envió varios mensajeros a diversas partes, despidió a los demás y se retiró a su tienda para recogerse en oración.

Ya oscurecía y los discípulos se habían retirado. De pronto unos veinte soldados rodearon la tienda de Juan, mientras otros mantenían guardia en todos lados. Uno después de otro entraron en la tienda. Juan declaró que los seguiría sin resistencia, pues sabía que su tiempo era llegado y que debía dar lugar a Jesús. No necesitaban ponerle ligaduras, pues él iba a seguirlos voluntariamente; que lo llevasen sin hacer ruido. De este modo los veinte hombres se alejaron de allí con Juan. Juan llevaba solamente su piel de camello y su bastón de caminante. Se aproximaron, sin embargo, algunos discípulos cuando lo llevaban. Juan, con una mirada, se despidió de ellos y les dijo que lo visitasen en su prisión. Empezó a juntarse la gente: los discípulos y muchos otros, y decían: "Se llevan a Juan". Se oyó entonces un clamor de llantos y de quejas. Querían seguirle y no sabían que camino habían tomado, pues los soldados se habían apartado del sendero acostumbrado y seguían otro completamente nuevo, en dirección al Sur. Se levantó un gran clamoreo, llantos y gemidos. Los discípulos se desparramaron en todas direcciones y huyeron como en la prisión de Jesús.

De este modo se esparció la nueva por todo el país de la Palestina.

Juan fue llevado primero a una torre de Hesebon; los soldados habían caminado con él durante toda la noche. A la manaña vinieron otros soldados al encuentro de éstos, pues ya se había hecho público que Juan estaba preso y la gente se reunía aquí y allá. Los soldados que lo llevaron eran una especie de guardias de su real persona; tenían coraza escamada, el pecho y las espaldas protegidas y largas lanzas. En Hesebon se reunieron muchas personas delante de la prisión de Juan, de modo que los guardianes tenían bastante trabajo en alejarlos. Había aberturas arriba del encierro, y Juan, estando en su prisión, gritaba, de modo que lo oían los de fuera, diciendo que había arreglado los caminos, quebrado rocas, derribado árboles, dirigido corrientes de agua, cavado pozos, teniendo que hacerlo todo con mil dificultades y contrariedades; que así era también el pueblo y por eso ahora estaba preso. Les dijo que se dirigiesen a Aquél que les había señalado, que ya llegaba sobre los caminos preparados. Cuando el Señor viene deben alejarse los preparadores del camino; todos deben dirigirse ahora al Señor Jesús, del cual él no era digno de desatar las correas de sus zapatos. Jesús era la luz y la verdad y el Hijo de Dios. Estas y otras cosas semejantes les decía. A los discípulos les pedía que lo visitasen en su prisión, pues aún no se atreverían a

poner las manos en él, y que su hora aún no había llegado.

Decía todas estas cosas tan claras y tan altamente como si todavía estuviera en su antiguo lugar de enseñanza ante la muchedumbre. Poco a poco fue desalojada esta turba de pueblo.

Esta' aglomeración de gente ante su prisión y estos discursos de Juan a los de afuera se repitieron varias veces. Juan fue llevado después por los soldados desde Hesebon a la prisión de Macherus, que estaba en una altura.

Lo vi sentado con otros en un carro bajo, cubierto y angosto, parecido a un cajón y tirado por asnos. Llegados a Macherus lo llevaron a la fortaleza; pero no lo metieron por la puerta común, sino que lo llevaron a un portillo donde abrieron una entrada cubierta de hierbas, y bajaron algunos escalones hasta una puerta de bronce que llevaba a un sótano espacioso, que tenía aberturas arriba para la luz y que habían limpiado pero dejado sin ninguna comodidad.

Herodes se había retirado desde el baptisterio de Juan a su castillo de Herodium, que había edificado el viejo Herodes, y donde una vez por diversión había hecho ahogar algunas personas en un estanque. Allí se mantenía apartado por el mal humor y no dejaba verse de nadie. Algunos pedían audiencia para quejarse de la prisión de Juan; por esto estaba algo temeroso y se mantenía encerrado en sus departamentos. Después de algún tiempo pudieron los discípulos, aunque pocos, acercarse a la prisión, hablar con él y alcanzarle algunas cosas a través de las rejas. Si eran muchos, los soldados los alejaban. Juan mandó a sus discípulos de Ainon que bautizaran hasta tanto viniese Jesús e hiciese bautizar por los suyos. La prisión de Juan era espaciosa y clara, pero para descansar sólo había un banco de piedra.

Juan se mantenía serio y tranquilo. Siempre tuvo algo de triste y de impresionante en su rostro, como quien debía anunciar al Cordero de Dios y señalarlo a las gentes, aunque sabiendo que a ese Cordero de Dios lo habían de matar los mismos a quienes él lo anunciaba y lo señalaba.

# XIII

### Jesús otra vez en Betania

esde Cafarnaúm se dirigió Jesús camino de Betania, con Lázaro y los D cinco discípulos de Jerusalén a la comarca de Betulia. En realidad, no entraron en esta ciudad situada en una altura; el camino los llevaba por los contornos en dirección de Jezrael, cerca de donde Lázaro tenía una especie de posada con jardín. Los discípulos los habían precedido para preparar la comida. Un hombre de confianza de Lázaro cuidaba el puesto. Era muy de mañana cuando llegaron, se lavaron los pies, se sacudieron el polvo, tomaron algún alimento y descansaron. Desde Jezrael pasaron un riachuelo y dejando a Scythopolis y a Salem a la izquierda atravesaron la ladera de una montaña en dirección del Jordán. Cruzaron el Jordán al Sur de Samaria y descansaron, porque ya era de noche, algunas horas en una altura a orillas del Jordán, donde vivían unos buenos pastores. Antes de amanecer estaban ya andando entre Gilgal y Hay, a través del desierto de Jericó. Jesús y Lázaro marchaban juntos. Los discípulos habían tomado otro camino, adelantándose algún tanto. Jesús y Lázaro anduvieron todo el día por caminos solitarios y no entraron en ninguna población ni albergue, aunque Lázaro tenía algunos en estos lugares poco poblados.

Pocas horas antes de llegar a Betania se adelantó Lázaro y Jesús siguió solo su camino. En Betania estaban ya reunidos los cinco discípulos de Jerusalén, otros quince adeptos de Jesús y siete de las santas mujeres. He visto allí a Saturnino, Nicodemus, José de Arimatea, sus sobrinos (Aram y Themeni), los hijos de Simeón (Obed y otros dos), los hijos de Juana Chusa y de Verónica y los de Obed. Entre las mujeres estaban Serafia (Verónica), Juana Chusa, Susana (hija de un hermano mayor de San José llamado Cleofás), María Marcos, la viuda de otro Obed, Marta y su fiel criada, que lo era también de Jesús y sus discípulos. Todas estas personas esperaban silenciosas la llegada de Jesús, en un gran salón subterráneo en la casa de Lázaro. Hacia la tarde llegó Jesús y entró por una puerta reservada en el jardín. Lázaro le salió al encuentro en una sala de la casa y le lavó los pies.

Había una fuente cavada a la cual afluía el agua desde la casa y Marta había mezclado agua fría con caliente para templarla. Jesús se sentó en el borde de la fuente y puso los pies dentro, mientras Lázaro los lavaba y los secaba.

Luego sacudió los vestidos de Jesús del polvo del camino, le acomodó otras suelas a los pies y le trajo alimento.

Después fueron Jesús y Lázaro a través de una enramada larga, hacia la sala subterránea. Las mujeres se cubrieron con el velo y se hincaron delante de Él; los hombres sólo se inclinaron profundamente. Jesús saludó a todos y los bendijo. Después se sentaron a comer. Las mujeres estaban en un extremo de la mesa, sentadas, con las piernas cruzadas. Nicodemus se manifiesta siempre muy ansioso de la palabra de Jesús. Como los hombres hablaban, quejándose, irritados, por la prisión de Juan, Jesús dijo: "Esto debe suceder así y entra en la voluntad de Dios. Mejor es no hablar de esto y no excitar a nadie ni llamar la atención, para no aumentar el peligro". Si Juan no hubiese sido removido no hubiera podido obrar Él en estos lugares. "Las flores, añadió, deben caer de los árboles cuando llega el fruto". Hablaban, también irritados, por el espionaje de los fariseos y sus persecuciones. Jesús les mandó callar y permanecer tranquilos. Lamentó la ceguera de los fariseos y contó la parábola del mayordomo infiel. Los fariseos son también mayordomos infieles; pero no tan prudentes como aquél, y por consiguiente no tendrán ya refugio el día de su reprobación.

Después de la comida pasaron a otra sala donde ya estaban las lámparas encendidas y Jesús guió las oraciones, porque se celebraba el Sábado. Habló aún con los hombres y luego se retiraron a descansar. Cuando todo estaba en silencio y todos dormían, se levantó Jesús secretamente, sin que nadie lo notara, y se fue a la cueva del Huerto de los Olivos, donde más tarde, antes de su pasión, sudó sangre. Jesús rogó varias horas a su Padre celestial pidiéndole fuerzas para su misión. Antes de rayar el alba, volvió a Betania sin ser notado.

Los hijos de Obed, que eran servidores del templo, fueron con otros a Jerusalén; los demás permanecieron quietos en casa y nadie se enteró de la presencia de Jesús en Betania. Jesús habló hoy, durante la comida, de sus viajes a las ciudades de la Alta Galilea, Amead, Adama y Seleucia; y como los hombres hablaron con .vehemencia contra las sectas, les reprochó su dureza en juzgar y les contó la parábola de un hombre que había caído en mano de los ladrones en el camino de Jericó, y cómo un samaritano se compadeció más de este infeliz que los levitas. He oído varias veces ésta y otras parábolas, pero siempre con nuevas aplicaciones. Habló también de la suerte y del fin de Jerusalén. De noche, mientras todos dormían, fue Jesús de nuevo a la gruta del Huerto de los Olivos a rezar. Derramó muchas lágrimas y tuvo gran miedo y turbación. Era como un hijo que se dispone a emprender una gran obra de su padre y que antes se echa

en los brazos de su Padre para recibir consuelo y fuerza.

Mi guía (el ángel custodio) me dijo que cuantas veces estaba en Betania y tenía algunas horas libres, se venía aquí a rezar. Era esta una preparación para su última oración y lucha en el Huerto de los Olivos. Me fue mostrado que Jesús oraba y se recogía especialmente en este lugar, porque Adán y Eva, echados del Paraíso terrenal, pisaron la tierra maldecida por primera vez en este Huerto de los Olivos. Los he visto en esta gruta lamentarse y llorar y orar. Vi también que Caín, trabajando aquí, comenzó a pensar y determinó matar a su hermano Abel. Yo pensé en Judas. He visto que Caín llevó a cabo la muerte de su hermano en el monte Calvario, y que luego aquí, en el Huerto de los Olivos, lo llamó Dios a cuentas. Jesús, al rayar el día, se encontraba de nuevo en Betania.

# XIV

## Tratan las santas mujeres de proveer

## posadas para Jesús y sus discípulos

uando terminaron las fiestas del sábado se llevó a cabo una obra por la C cual Jesús había principalmente venido a Betania. Las santas mujeres habían sabido con dolor que Jesús y sus discípulos habían sufrido mucha penuria en sus viajes, especialmente en el último apresurado a Tiro, donde les faltó lo necesario, y el mismo Jesús tuvo que comer un pedazo de pan duro que Saturnino había alcanzado a obtener de limosna, que debió Jesús antes ablandarlo en el agua. Las mujeres se ofrecieron para elegir en determinados lugares albergues y posadas, y proveerlas de lo necesario, y Jesús aceptó esta idea. Por eso también había venido Jesús hasta aquí. Como Jesús declaró que desde ahora se proponía enseñar públicamente en todos los lugares, se ofrecieron Lázaro y las mujeres a erigir y arreglar albergues, ya que los judíos de los alrededores de Jerusalén, por instigación de los fariseos, negaban a Jesús y a sus discípulos las cosas que necesitaban.

Pidieron entonces a Jesús que señalase los puntos principales de los viajes que emprendería y el número de los discípulos que llevaría, para ordenar los albergues que debían preparar y la cantidad de provisiones que debían almacenar. Jesús señaló los puntos principales de sus viajes apostólicos y el número de los discípulos que llevaría, y así se determinaron quince albergues a erigirse y poner cuidadores de confianza, parientes o conocidos, repartidos en todo el país, a excepción de la tierra de Chabul, cerca de Tiro y de Sidón. Las santas mujeres se reunieron y trataron qué comarcas y qué clase de albergues iba a tomar cada una, y se distribuyeron para buscar los cuidadores, los utensilios, mantas, vestidos, suelas y sandalias, quiénes cuidarían de los mismos, de su lavado y conservación, no olvidando la provisión de pan y alimentos. Todo esto se hizo antes, durante y después de la comida. Marta parecía que estaba verdaderamente en su oficio. Después se sortearían entre ellas para cubrir los gastos, y cuanto correspondería a cada una de ellas.

Después de la comida estuvieron Jesús, Lázaro, los amigos y las santas mujeres reunidos reservadamente en una gran sala. Jesús estaba sentado a un lado del

salón en un asiento levantado y los hombres, unos de pie, otros sentados, en torno de Él; las mujeres estaban sentadas en otro lado de la sala, sobre gradas cubiertas de almohadones y esteras.

Jesús enseñó sobre la misericordia de Dios para con su pueblo; cómo enviaba un Profeta después de otro; cómo todos estos habían sido desconocidos y maltratados, y cómo este pueblo rechazará también la última gracia; y lo que le sucederá por eso. Como hablara largamente sobre esto, dijeron algunos: "Señor, enséñanos esto mismo en alguna hermosa parábola". Jesús dijo de nuevo la parábola del Rey que manda a su Hijo a la viña, después que los viñateros hubieron matado a los enviados anteriores, y cómo también mataron al Hijo. A continuación, como algunos hombres habían salido de la sala, Jesús se puso a pasear de un lado a otro con algunos. Marta, que iba y venía entre las mujeres, se acercó a Jesús y le habló de nuevo de su hermana Magdalena, después de haber oído las cosas que le contó Serafia, la Verónica.

# XV

**La parábola de la perla perdida y encontrada** ientras Jesús se paseaba en la sala con los hombres, las mujeres se M sentaron a jugar a una especie de lotería o suerte para ver a quien le tocaba proveer lo que habían tratado. Había allí una mesa con rollos que tenía la forma de una estrella de cinco rayos terminada en una caja alta como de dos pulgadas. En la parte superior de la caja, que estaba vacía y dividida en varios compartimentos, salían de las cinco puntas hacia el medio otros cinco canalitos hondos y cavados, y entre éstos varios agujeros que conducían al interior de la caja. Cada una de las mujeres tenía una cuerda larga con sarta de perlas y otras muchas piedras preciosas consigo, de las cuales, según el juego, mezclaban algunas que apretadas, las metían en uno de los canalitos, después ponía una tras otra una pequeña caja al extremo del canalito, detrás de la última perla y con un golpe de mano arrojaba una pequeña flecha de la caja contra la perla más próxima; con lo cual toda la hilera de perlas recibía un golpe, de modo que algunas saltaban y caían por la abertura o en el interior de la caja o saltaban sobre los otros canalitos.

Cuando todas las perlas estaban fuera de las hileras, se sacudía la mesa que estaba sobre rodillos, algún tanto, y con este movimiento las perlas caídas adentro pasaban a otras cajitas pequeñas que se sacaban del extremo de la mesa y que pertenecían a cada una de las mujeres. De este modo sacaba cada una de ellas una cajita y veía lo que había ganado para su empleo o lo que había perdido de su sarta de perlas. La viuda de Obed había perdido a su marido hacia poco tiempo y aún estaba de luto; su marido había estado aquí mismo con Lázaro y Jesús, antes de ir Éste al bautismo de Juan.

En este juego de sorteo se les perdió a las mujeres una perla de mucho valor, que había caído entre ellas. Mientras estaban removiendo todo y buscaban con cuidado la perla, después de haberla encontrado con mucho contento de las mismas, entró Jesús y les contó la parábola de la dracma perdida y de la alegría de haberla encontrado; y con esta parábola de la perla perdida y de la alegría de haberla encontrado pasó a referirse a Magdalena. Él la llamó perla más preciosa que otras muchas, que había caído de la mesa del amor al suelo y se había extraviado. "¡Con qué alegría, añadió, vais a encontrar de nuevo esa perla perdida!" Entonces preguntaron las mujeres ansiosas: "¡Ah, Señor! ¿Y esa perla se volverá a encontrar?" Jesús les dijo: "Es necesario buscar con más diligencia

de lo que la mujer busca la dracma y que el pastor busca la oveja descarriada". Por estas palabras de Jesús prometieron todas hacer más diligencia para buscar a Magdalena y así alegrarse más que por la perla encontrada.

Algunas mujeres rogaron al Señor quisiera recibir al joven de Samaria entre sus discípulos, que le había rogado después de la Pascua en el camino de Samaria. Hablaron de la gran virtud y de la ciencia de ese joven, el cual, creo, estaba emparentado con alguna de esas mujeres. Jesús les contestó que difícilmente vendría: "Está ciego de un lado", explicándoles que estaba demasiado aficionado a sus riquezas.

Por la tarde resolvieron muchos hombres y mujeres ir a Bethoron, donde Jesús iría al día siguiente a enseñar. Jesús había estado de nuevo secretamente en la gruta del Huerto de los Olivos, y oró allí con gran ansiedad; después con Lázaro y Saturnino se encaminó a Bethoron, como a seis horas de camino. Era ya una hora después de medianoche. Cruzaron el desierto y cuando estaban como a dos horas de la ciudad viniéronles al encuentro algunos discípulos que habían sido enviados el día antes a Bethoron y estaban en un albergue. Estaban allí Pedro, Andrés, su medio hermano Jonatán, Santiago el Mayor, Juan, Santiago el Menor y Judas Tadeo, que por primera vez había acompañado a los otros; Felipe, Natanael Chased, Nata-nael el novio de Cana y alguno que otro de los hijos de las viudas. Jesús descansó con ellos en el desierto bajo un árbol durante algún tiempo mientras enseñaba. Volvió a hablar sobre la parábola del Señor de la viña que envía a su Hijo. Luego fueron al albergue y comieron. Saturnino, que había recibido monedas de las mujeres, fue a comprar los alimentos.

# XVI

**Jesús en Bethoron. Fatiga de los discípulos** acia las ocho de la mañana llegaron a Bethoron. Unos discípulos se H fueron a la casa del jefe de la sinagoga y pidieron las llaves diciendo que su Maestro quería enseñar. Otros recorrieron las calles llamando las gentes al sermón. Jesús entró con los demás en la sinagoga que pronto quedó llena. Comenzó nuevamente la parábola del Señor de la viña, cuyos enviados fueron muertos por los viñateros infieles, y del propio Hijo a quién mataron hasta que el Señor entregó la viña a otros trabajadores. Habló de la persecución contra los profetas, de la prisión de Juan Bautista, y de su propia persecución hasta que pusieran manos en Él. Sus palabras despertaron gran admiración entre los judíos: algunos se alegraron, otros se irritaron y decían: "¿De dónde viene Éste de nuevo aquí? Y eso que nada sabíamos de su venida". Algunos sabiendo que las mujeres se encontraban en un albergue del valle, fueron allá a preguntarles el motivo de la venida de Jesús.

Sanó aquí a algunos enfermos de fiebre y abandonó la ciudad. Al albergue habían llegado Verónica, Juana Chusa y la viuda de Obed y habían preparado la comida. Jesús y sus discípulos comieron algo, de pie; luego se ciñeron y emprendieron viaje de inmediato. El mismo día enseñó en la ciudad de Kibzaim y en algunas localidades pastoriles. En Kibzaim no estaban todos los discípulos juntos; se reunieron recién en un edificio junto a una casa de pastores bastante espaciosa, en los confines de Samaria, en el mismo lugar donde María y José, en el viaje a Belén, fueron recibidos después de haber pedido hospitalidad en otros lugares. Aquí comieron y pasaron la noche. De ellos he visto aquí unos quince. Lázaro y las santas mujeres habían vuelto a Betania.

Al día siguiente salió Jesús con sus discípulos, a veces juntos, a veces separados, con mucho apuro, a través de grandes y pequeñas poblaciones.

Pasaron por Najoth y Gabaa, como a cuatro horas de Kizbaim. En todos estos lugares no dio tiempo el Señor para disponer la sinagoga, sino que enseñaba sobre alguna colina al aire abierto, en algún lugar apropiado y a veces a la vera de algún camino donde podía reunirse la gente. Los discípulos le precedían, entrando en las chozas y casas de los pastores, e invitando a reunirse en un punto donde Jesús podía enseñar. Sólo algunos discípulos quedaban con Él. Todo el día anduvieron con infinito trabajo y fatiga, de pueblo en pueblo. Jesús sanó a

muchos enfermos que clamaban por salud. Había entre ellos algunos lunáticos. Muchos endemoniados gritaban detrás de Él, y Jesús les mandaba callar y salir de esas personas.

Lo que hacía más pesada esta jornada era la mala voluntad de parte de los judíos y la sorna de los fariseos. Estos lugares cercanos a Jerusalén estaban llenos de gentes que se habían declarado contra Jesús. Sucedía entonces como pasa ahora en los pequeños pueblos, donde de todo se charla y nada se hace. Además de esto la aparición de Jesús con tantos discípulos y su severa enseñanza agriaron más los ánimos. En estos lugares dijo Jesús lo que había dicho en otros: que era el tiempo de la última Gracia y de la postrera llamada; que luego vendría el juicio y el castigo. Hablaba del mal trato a los profetas, de la prisión de Juan y de la persecución que se hacía de su misma Persona. Repetía la parábola del Señor de la viña, que ahora enviaba a su Hijo; que el reino de Dios se acercaba y como el Hijo de ese Rey tomará posesión del reino. Clamó varias veces con ayes contra Jerusalén y contra aquéllos que no quieren aceptar su reino y no hacen penitencia. Estas severas enseñanzas se mezclaban con exhortaciones amorosas y con la curación de muchos enfermos. De este modo se procedía de un lugar a otro.

Los discípulos tenían mucho trabajo; traíales todo esto una extraordinaria fatiga. Donde llegaban y anunciaban el sermón de Jesús oían replicar sarcásticas expresiones contra Él: "¡Ya viene Ése de nuevo! ¿Qué es lo que quiere?... ¿De dónde viene?... ¿No se le ha prohibido?...". También a veces se reían de ellos; gritaban detrás de ellos y se burlaban. Algunos se alegraban del anuncio de Jesús; pero no eran muchos. A Jesús directamente nadie se atrevía a increpar. Pero donde enseñaba y los discípulos estaban cerca, o le seguían en los caminos y calles, todos los gritos se dirigían contra ellos; los detenían a veces y preguntaban. Habían oído a veces mal las palabras de Jesús, o no las habían entendido, y querían una explicación.

Después resonaban de nuevo gritos de alegría. Jesús había sanado a algunos enfermos y ellos se irritaban y se alejaban de Él. De este modo se sucedían los días, hasta la tarde, en apuros y trabajos, sin descanso y sin probar bocado. Yo veía como eran al principio flacos y descorazonados los discípulos. A menudo cuando Jesús enseñaba y ellos eran preguntados, se ponían cabizbajos y no entendían lo que realmente se quería de ellos. Y así no estaban contentos con su situación. Ellos pensaban y hablaban: "Lo hemos dejado todo y ahora venimos a parar en este barullo y en esta confusión. ¿Qué es este reino de que habla tan a

menudo? ¿Lo alcanzará en realidad?" Esto es lo que pensaban, pero calladamente; aunque se notaba muchas veces que estaban dudosos y desconfiados. Sólo Juan iba del todo despreocupado, como un niño obediente y confiado. Y todo esto a pesar de haber visto y de estar viendo tantos milagros a cada momento. Era admirable ver como Jesús, que conocía todos sus pensamientos y angustias, proseguía imperturbable su misión, sin cambiar de aspecto ni inmutarse, siempre igualmente apacible y seriamente amable. Jesús anduvo ese día hasta la noche; después descansaron, con un pastor, donde no recibieron nada o casi nada, al otro lado de un riachuelo que limita con Samaria. El agua del riacho no era potable; el lecho era muy angosto y tenía, no lejos de su nacimiento, al pie del Garizim, un curso rápido hacia Occidente.

# XVII

## Jesús junto al pozo de Jacob

l día siguiente pasó Jesús el riachuelo, dejando el monte Garizim a la A derecha, hacia la ciudad de Sichar. Sólo Andrés, Santiago el Mayor y Saturnino estaban con Él; los demás habían tomado diversas direcciones.

Jesús fue al pozo de Jacob al Norte del monte Garizim y al Sur del Ebal, en la herencia de José, sobre una pequeña colina, de donde dista Sichar un cuarto de hora al Oeste en un valle que se extiende en torno de la ciudad. De Sichar hacia el Norte a una hora está situada Samaria, sobre una montaña.

Varias sendas abiertas en la roca y entre piedras suben de diversas partes a lo alto de la colina, donde hay un edificio octogonal rodeado de árboles y de asientos de verdor que encierra el llamado pozo de Jacob. Este edificio está rodeado de una arcada abierta, debajo de la cual pueden estar cómodamente unos veinte hombres. Frente al camino a Sichar hay una puerta, generalmente cerrada, que lleva, por debajo de la galería, al pozo de Jacob, que tiene un techo con una abertura a veces cerrada con una cúpula. El interior de esta edificación tiene tanto espacio que se puede andar cómodamente. El pozo está cerrado con un cobertor de madera. Cuando se abre éste se ve un pesado cilindro frente a la entrada, hacia el lado contrario, sobre el borde del pozo, en posición transversal, al cual, por medio de una manivela, está unido el balde para sacar el agua. Frente a la puerta hay una bomba por medio de la cual se puede alzar al agua del pozo, hasta la pared de la casa, que sale por tres canales al Este, al Oeste y al Norte, y se dirigen a pequeñas fuentes hechas afuera, para lavarse los pies los viajeros, para limpieza de sus vestidos y para abrevar sus animales. Era mediodía cuando llegó Jesús con sus tres discípulos a la colina. Mandó a éstos a Sichar para comprar alimentos y subió solo a la colina para esperarlos. Era un día muy caluroso; Jesús estaba rendido y con mucha sed. Se sentó a la vera del camino, cerca del pozo que llevaba de Sichar hacia arriba; parecía, mientras apoyaba la cabeza sobre la mano, esperar que alguien abriese el pozo y le diese de beber. Vi entonces salir una mujer samaritana, de unos treinta años, con el odre colgando del brazo, acercarse y subir al pozo para sacar agua. Su aspecto era hermoso. Ascendió con soltura y vigor, a grandes pasos, la colina del pozo. Su ropa era más distinguida que las, comunes y un tanto rebuscada. Llevaba un vestido azul

y colorado, con grandes flores amarillas; las mangas, en la mitad del brazo superior e inferior con pulseras amarillas, parecían rizadas en los codos. Tenía una pechera adornada con lazos y cuerdas amarillas; el cuello cubierto con un paño de lana amarilla adornado con abundantes perlas y corales. El velo, de costoso y fino trabajo, que colgaba hacia abajo, podía ser recogido y atado a mitad del cuerpo.

Recogido el velo por detrás terminaba en un cabo formando a los lados del cuerpo dos pliegues en los cuales podían descansar cómodamente los brazos con los codos. Si tomaba con ambas manos el velo sobre el pecho quedaba todo el cuerpo cubierto como un manto. La cabeza estaba cubierta de modo que no se veían los cabellos; de la frente salía un adorno que recogía la parte anterior del velo, que podía ser bajado sobre el rostro hasta el pecho. La mujer llevaba una especie de delantal de color más oscuro, que parecía de pelos de camello o de cabra, con bolsillos arriba; lo llevaba en el brazo, de modo que cubría en parte el odre de cuero pendiente de su brazo. Parecía a propósito para estos trabajos de sacar agua a fin de resguardar los vestidos.

El odre era de cuero como un saco sin costura; en dos partes estaba abovedado como si estuviera forrado con planchas de madera; las otras dos partes se plegaban como una cartera vacía. En las dos partes tiesas había sujetas dos agarraderas y pasaba una correa de cuero con la cual tenía la mujer sujeto el odre a su brazo. La abertura del odre era angosta; cuando se llenaba formaba como un embudo y se cerraba como las blusas de los obreros. Cuando estaba vacío, el odre colgaba plano del brazo y cuando estaba lleno ocupaba el espacio de un balde lleno.

Esta mujer subió ágilmente la colina para buscar agua del pozo de Jacob para sí y para otros. Yo le tengo cariño: me parece bondadosa, ingeniosa y sincera. Se llama Dina4, es hija de matrimonio mixto y de la secta de los samaritanos. Vive en Sichar, aunque no es nacida allí. Por su vida pasa por desconocida con el nombre de Salomé. La toleran en esta ciudad a ella y a su marido por su buena índole natural, sincera, amigable y servicial. Debido a los vericuetos del camino no pudo Dina ver a Jesús hasta que estuvo frente a Él. Su presencia aquí, donde estaba tan solitario y sediento en el camino del pozo, tenía algo de sorprendente. Jesús estaba vestido con una indumentaria larga y blanca, de lana fina, con ancha faja, como un alba. Era la vestimenta que usaban los profetas. Los discípulos solían llevársela en los viajes. Solía ponérsela cuando aparecía en lugares y solemnidades públicas, para enseñar o profetizar. Al verse frente a Jesús de

pronto e inesperadamente Dina dejó caer su velo sobre la cara y permaneció indecisa sin pasar adelante, pues el Señor estrechaba el camino. He podido ver su íntimo pensamiento: "¡Un hombre! ¿Qué quiere aquí?... ¿Es esta una tentación?"

Jesús, a quien ella reconoció como judío, la miró amigablemente, con luminosa mirada, y mientras retiraba los pies, porque el sendero era allí muy angosto, díjole: "Pasa adelante y dame de beber". Esto admiró a la mujer, porque los judíos y samaritanos no estaban acostumbrados sino a miradas despreciativas de unos a otros. Quedó suspensa y dijo: "¿Por qué estás Tú aquí, tan solo, en esta hora? Si me ven contigo habría un escándalo".

Replicó Jesús que sus compañeros fueron a la ciudad a comprar alimentos.

Dina contestó: "En verdad he visto a tres hombres en el camino, pero poco conseguirán en esta hora. Lo que los siquemitas han preparado hoy lo necesitan para si". Decía esto porque había en Sichar una fiesta o un día de ayuno, y nombró otro lugar donde podrían todavía conseguir alimentos.

Jesús dijo de nuevo: "Pasa adelante y dame de beber".

Entonces Dina pasó adelante. Jesús se levantó y la siguió hasta el pozo, que fue abierto por ella. Mientras caminaba, dijo Dina: "¿Cómo puedes Tú que eres judío pedirme de beber a mí que soy samaritana?" Jesús le contestó: "Si conocieras el don de Dios y Quien es el que te pide de beber, le hubieras pedido tú que te diera de beber, y Él te habría dado las aguas vivas".

Entonces destapó Dina el pozo, sacó el balde y habló a Jesús, que se había sentado al borde del pozo: "Señor, Tú no tienes recipiente para sacar agua y la fuente del pozo está muy profunda. ¿De dónde sacarás esas aguas vivas?... Eres acaso más grande que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozos y bebió él mismo de él y sus hijos y sus animales?" Mientras decía estas cosas vi en cuadros cómo Jacob cavaba este pozo y cómo saltó el agua contra su persona.

La mujer entendió como si se tratase de fuentes de aguas naturales. Dejó bajar el balde, que cayó pesadamente y luego lo levantó. Alzóse las mangas, que se hincharon en la parte de arriba, y con los brazos descubiertos llenó su odre con el balde, y luego llenó un recipiente de corteza pequeño que tenía y alcanzó el agua a Jesús, que bebió y dijo: "Quien toma de esta agua tiene sed de nuevo; pero quien bebiere del agua viva que Yo le daré a beber, no tendrá ya sed para

siempre. Porque el agua que Yo le daré será para él una fuente que se alzará hasta la vida eterna". Dina dijo contenta a Jesús:

"Señor, dame de esa agua viva para que no tenga más sed y no tenga que venir hasta aquí a sacar agua con tanto trabajo". Ya estaba conmovida con las expresiones de agua viva: sin entender del todo lo que Jesús quería decirle, tenía ya una idea de que Jesús se refería al cumplimiento de la promesa. Cuando pidió1 el agua viva ya había experimentado un movimiento profético en su corazón. Siempre he sentido y sabido que las personas con las cuales Jesús tuvo algo que hacer, no estaban como personas particulares, sino que representaban la figura completa de una totalidad de personas o clase de personas con tales sentimientos. Y porque eran así, ya eso expresaba el cumplimiento de los tiempos. En Dina, la samaritana, estaba toda la secta samaritana, separada de la verdadera religión de los hebreos, y una secta separada de la fuente de agua viva, el Salvador. Jesús tenía, pues, sed de la salud del pueblo samaritano y deseos de darle el agua viva de la cual se habían apartado. Aquí se encontraba la parte salvable de la secta de Samaria que deseaba el agua de la vida y que extendía la mano abierta para recibirla. Samaria hablaba, pues, por medio de Dina: "Dame, Señor, la bendición de la promesa, apaga mi sed tan antigua, ayúdame a conseguir esa agua viva, para que tenga consuelo, algo más que con este pozo de Jacob, que es lo único que aún nos une con el pueblo judío".

Cuando Dina dijo esas palabras, Jesús contestó: "Vete a casa y llama a tu marido y vuelve aquí". Oí que le dijo esto dos veces, porque no estaba allí para instruirla a ella sola. Era como si dijera a la secta: Samaria, llama, a aquél a quien tú perteneces, a aquél a quien en sagrada unión estás unida.

Dina contestó: "No tengo marido". Con esto confesaba Samaria al Esposo de las almas, que ella (la secta) no tenía ninguno a quien pertenecía. Jesús respondió: "Dices bien: seis hombres has tenido, y aquél con quien ahora vives no es tu marido. En esto has hablado rectamente". Era como decir Jesús a la secta: Samaria, tú dices la verdad; con los ídolos de cinco pueblos5 estabas enredada y tu presente unión con Dios no es una unión '

matrimonial. A esto respondió Dina, bajando los ojos e inclinando la cabeza: "Señor, veo que Tú eres un profeta". Esto diciendo, bajóse de nuevo el velo, dando a entender la secta samaritana que entendió la misión divina del Señor y se confesó culpable. Como si entendiera Dina las palabras de Jesús: "Aquel hombre con quien ahora vives no es tu marido"; esto es, tu presente unión con el

Dios verdadero no es legal; el culto a Dios de los samaritanos ha sido, por el pecado y el amor propio, separado de la alianza de Dios con Jacob.

Como si percibiera el sentido de estas palabras, hizo referencia a los pecados del cercano monte Garizim y dijo buscando enseñanza: "Nuestros padres han adorado sobre este monte y vosotros decís que Jerusalén es el lugar donde se debe adorar". Entonces dijo Jesús: "Mujer, créeme, viene la hora en que vosotros ni en Garizim ni en Jerusalén adoraréis al Padre". Con esto quería decir: Samaria, viene la hora en que ni aquí ni en el templo en el Sancta sanctorum habrá que adorar, porque está entre vosotros. Y dijo más:

"Vosotros no sabéis lo que adoráis, pero nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salud viene de los judíos". Aquí le dijo una parábola de los brotes infructuosos y salvajes de los árboles que se van todo en madera y hojas y no dan fruto. Con esto quería decir a la secta: Samaria, tú no tienes seguridad de la adoración, no tienes ninguna alianza, ningún sacramento, ninguna prenda de la alianza, ninguna arca de la alianza, ningún fruto. Todo esto, en cambio, lo tienen los judíos; de ellos nace el Mesías. Y continuó Jesús: "Pero viene la hora, y ya está, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; pues el Padre quiere tales adoradores. Dios es espíritu y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad". Con "esto quiso decir: Samaria viene la hora y ya está cuando el Padre debe ser adorado por los verdaderos adoradores en el Espíritu Santo y en el Hijo, que es el camino y la verdad. Dina contestó al Señor: "Yo sé que el Mesías viene. Cuando Él venga nos enseñará todas las cosas". Con estas palabras habló aquella parte de Samaria y la secta a la cual se le podía reconocer una participación de la promesa en el pozo de Jacob: Yo espero y creo en la venida del Mesías, Él nos ha de ayudar. Jesús contestó: "Yo soy; Yo, el que hablo contigo". Esto era tanto como decir a todos los de Samaria que deseaban convertirse: Samaria, Yo he venido al pozo de Jacob y tuve sed de ti, agua de este pozo, y ya que tú me diste de beber, te prometí aguas vivas para que no tengas sed; y tú has manifestado que crees y esperas en estas aguas vivas. Mira, premio tu buena voluntad porque has apagado mi sed de ti, con tu deseo de Mí. Samaria, yo soy la fuente de las aguas vivas.

Yo soy el Mesías, que hablo ahora contigo.

Cuando Jesús dijo: "Yo soy; Yo, el que hablo contigo", miróle Dina admirada, temblando de santa alegría. Prontamente se resolvió: dejó su odre allí, y el pozo abierto, y descendió la colina con rapidez, hacia Sichar, para anunciar a su

marido y a todos lo que le había sucedido. Estaba severamente prohibido dejar abierto el pozo de Jacob; pero, ¿qué le importaba ya del pozo de Jacob, qué de su odre de agua terrenal?... Había recibido aguas vivas y su corazón, lleno de amor y de alegría, quería llenar a todos de esa agua. Mientras salía apresurada por la puerta abierta de la casa del pozo, pasó junto a los tres discípulos que habían traído alimentos y que llegados momentos antes habían esperado a distancia de la puerta del pozo extrañados de que hablase tan largo con la mujer samaritana. Con todo, no le hicieron pregunta alguna por respeto. Dina dijo a su marido y a otras personas, en la calle, con grande entusiasmo: "Venid arriba al pozo de Jacob; allí veréis a un hombre que me ha dicho todos los secretos de mi vida. Venid, debe ser el Cristo".

Se acercaron los discípulos a Jesús y le ofrecieron panes y miel de sus cestas, diciendo: "Maestro, come". Jesús se levantó, abandonó el lugar del pozo y dijo: "Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis". Los discípulos se preguntaban entre sí por si acaso alguno le habría traído alimentos y pensaron secretamente: "¿No le habrá traído de comer la mujer samaritana?" Jesús no quiso demorarse en comer. Se dirigió monte abajo a Sichar, y mientras los discípulos le seguían detrás, comiendo, hablóles, diciendo: "Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado, para cumplir su obra". Quería decir: convertir las gentes de Sichar, puesto que tenía su alma sed de la salud de ellos.

En las cercanías de la ciudad ya venía Dina, la samaritana, al encuentro de Jesús. Se acercó humildemente llena de contento y sincera con Él. Jesús habló todavía con ella, a veces parado, a veces andando. Le descubrió todas sus andanzas y todos sus sentimientos. Ella estaba toda conmovida, y prometió de su parte y de su marido dejarlo todo y seguir a Jesús, que le sugirió varios modos de expiar sus culpas personales y borrar sus pecados.

Dina era una mujer franca, nacida de matrimonio mixto, pues su madre era judía y su padre un pagano, y había nacido en un lugar de Damasco. Perdió muy pronto a sus padres y fue criada por una nodriza perversa, de la cual sorbió también las malas inclinaciones. Había tenido ya cinco hombres: éstos habían sucumbido en parte por los disgustos y en parte desplazados por sus amantes. Tenía tres hijas y dos hijos, ya crecidos, que habían quedado entre los parientes de sus padres, cuando Dina abandonó la ciudad de Damasco. Los hijos fueron más tarde discípulos de Jesús, entre los 72. El hombre con el cual vivía ahora era pariente de otro de sus anteriores, un rico comerciante. Se vino con él a Sichar porque era de la secta de los samaritanos; le guardaba el orden de la casa y vivía

con él, sin ser casados, aunque en la ciudad se los tenía por casados. El hombre era de fuerte musculatura, de unos 36 años de edad, de rostro encendido y barba rojiza.

Dina tenía mucho de parecido con Magdalena en su vida, aunque había caído más hondamente en la culpa. He visto también que en los principios de la mala vida de Magdalena un rival había caído muerto por las iras de otro. Dina tenía un carácter muy franco, generoso, amable y muy servicial, y aunque era alegre y muy movida, en su conciencia no estaba contenta. Vivía ahora más honradamente en compañía de su presunto marido, pero en departamento aparte, en una casa rodeada de un canal, cerca de la puerta del pozo en Sichar. La gente, aunque no trataba mucho con ellos, no los despreciaban tampoco. Ella tenía costumbres algo diferentes de los demás y sus vestidos eran más elegantes que los de las demás mujeres del lugar, cosa que se le perdonaba por tratarse de una extranjera.

Mientras Jesús hablaba con la mujer, le seguían los discípulos a alguna distancia pensando: ¿Qué tratará ahora con esa mujer?... Hemos comprado los alimentos con tanto trabajo, y Él ahora ¿por qué no come?

Cerca de Sichar la mujer dejó a Jesús y entró apresurada al encuentro de su marido y de muchos otros que habían salido a la puerta para ver a Jesús. Al acercarse Éste, Dina, que estaba a la cabeza de todos, señalóles a Jesús. Las gentes, contentas, clamaron a su vista y le dieron la bienvenida. Jesús les indicó con la mano que se callaran, les habló unos minutos con mucha amabilidad y les dijo, entre otras cosas, que creyeran todo lo que les decía Dina. Fue también en esta conversación muy amigable y amable, su mirada era tan escrutadora e impresionante que todos los corazones se sintieron conmovidos y atraídos hacia Él. Con muchas instancias le rogaron que entrara también en su ciudad para enseñarles. Él así lo prometió; pero por ahora pasó de largo. Todo esto aconteció entre las tres y las cuatro de la tarde.

# XVIII

**Los discípulos se reúnen con Jesús**

ientras Jesús hablaba con los samaritanos a las puertas de la ciudad, M llegaron los demás discípulos, entre ellos Pedro. Éstos habían tomado otra dirección en la mañana, quizás para arreglar o encargar algo. Pedro como los demás estuvieron bastante extrañados de que hablara tanto tiempo con esos samaritanos. Se sentían contrariados porque desde su niñez habían oído que no debían tratar con ese pueblo y se habían acostumbrado. Estaban tentados de escandalizarse por esto. Pensaban en el cansancio del día anterior y de anteayer, en las burlas y sornas, en la carencia de todo lo más necesario que habían sufrido. Habían visto todo cuanto las mujeres de Betania habían prometido y esperaban que las cosas mejoraran. Ahora presenciaban esta conversación con los samaritanos, y entonces pensaban que no sería extraño que no fueran bien recibidos en otras partes adonde llegaran. Tenían siempre en la cabeza extrañas ideas y pretensiones humanas sobre el reino que fundaría Jesús en la tierra, y suponían que si todo esto se llegase a saber en Galilea, serían burlados. Pedro había hablado mucho en Samaria con aquel joven que debía ser recibido como discípulo; pero éste no acababa de decidirse. Pedro habló de ello a Jesús.

Jesús caminó con ellos como media hora en torno de la ciudad, al Noreste, y descansaron bajo los árboles. Les habló Jesús de la cosecha, y dijo: "Hay un proverbio que vosotros también usáis: Aún cuatro meses y viene la cosecha". Los haraganes quieren diferir siempre el trabajo; les dijo que mirasen los campos ya blanqueando para la cosecha. Se refería a los samaritanos y a todos los otros, que estaban maduros para recibir sus enseñanzas. Ellos, los discípulos, estaban llamados a la cosecha, aunque no habían sembrado, sino los profetas, Juan Bautista y Él mismo. Quien cosecha recibe la paga y junta los frutos para la vida eterna; de modo que el sembrador y el cosechador se alegran igualmente. "Aquí entra el refrán: Uno es el que siembra y otro el que cosecha. Yo os he mandado cosechar lo que no habéis sembrado; otros han trabajado y vosotros entráis en su trabajo".

Estas cosas les dijo para darles ánimo para el trabajo.

Descansaron poco tiempo y luego se dispersaron. Quedaron con Jesús Andrés,

Felipe, Saturnino y Juan; los otros se dirigieron hacia Galilea, entre Thebez y Samaria. Jesús caminó con sus discípulos, dejando a Sichar a su derecha, a una hora hacia el Sudeste de un campo donde había unas veinte casitas de pastores dispersas. En una casa más grande le esperaban María Santísima, María Cleofás, la mujer de Santiago el Mayor y dos de las viudas. Habían estado todo el día aquí, habían traído alimento y pequeños frascos de bálsamo. Prepararon una comida.

Jesús al ver a su Madre le tendió ambas manos. Ella inclinó su cabeza delante de Él; las mujeres saludaron, inclinándose y poniendo las manos sobre el pecho. Delante de la casa había un árbol y allí tomaron algún alimento. Entre los pastores vivían los padres de aquel joven que Jesús llevó consigo, después de la resurrección de Lázaro, en su viaje a la Arabia y a Egipto. Esta gente había acompañado al cortejo de los tres Reyes hasta Belén. Algunos se quedaron en el país a raíz del apresurado viaje de los Reyes y se casaron con hijas de pastores que vivían en los valles de Belén.

Estas viviendas de pastores se extienden por los valles y desfiladeros hasta Belén. La gente del lugar cultivaba también la heredad de José que habían alquilado a los siquemitas. Estaban reunidos aquí muchos de ellos; no eran samaritanos.

María Santísima rogó a Jesús que curase a un niño estropeado traído por pastores vecinos que ya habían pedido su intercesión. Esto acontecía con frecuencia y era conmovedor ver cuando María rogaba a Jesús. Jesús hizo que le trajesen al niño y los padres lo trajeron sobre una camilla delante de la casa: era un niño de unos nueve años. Jesús exhortó a los padres, y como se mostrasen algo retraídos, se adelantaron los discípulos a Jesús. Habló al niño y se inclinó un tanto hacia él; luego lo tomó de la mano y lo levantó. El niño se alzó de su camilla y corriendo se echó en brazos de sus padres, los cuales después, con el niño, se echaron de rodillas delante de Jesús. Todos estaban llenos de contento y Jesús les dijo que alabasen a su Eterno Padre.

Enseñó algún tiempo más a los pastores reunidos y comió con los discípulos el alimento preparado por las mujeres, bajo las ramas de un grueso árbol que había delante de la casa. María estaba con las otras mujeres sentadas aparte al extremo de la mesa. Creo que éste sería una de esos albergues que adquirían las santas mujeres de Cafarnaúm para los viajes de Jesús.

# XIX

**Dina y la gente de Sichar acuden a ver a Jesús** e acercaron, algo cohibidas, algunas personas de Sichar con Dina, la S samaritana. No se atrevían aproximarse en seguida porque no acostumbraban a tratar con estos pastores judíos. Dina se acercó la primera y habló con María y las otras mujeres. Jesús, después de la comida, se despidió de las mujeres, que se dispusieron en seguida a volver a Galilea, adonde irá también Jesús pasado mañana. Jesús, pues, con Dina y los demás, se dirigió a Sichar. Dicha ciudad no es grande, pero tiene anchas calles y grandes palacios. La casa de oración está más adornada exteriormente que las sinagogas de los judíos. Las mujeres de Samaria no son tan retraídas como las de Judea y tratan más con los hombres. Apenas llegó Jesús a Sichar, le rodeó una gran multitud de gente. No entró en su sinagoga, sino que fue enseñando de un punto a otro en las calles y en un lugar donde había una tribuna. En todos estos lugares la afluencia de la gente era grande; estaban muy contentos de que el Mesías hubiese llegado hasta ellos.

Dina, aunque muy conmovida y vuelta en sí misma, está ahora en primera fila, más cerca de Jesús entre las mujeres. Se la considera ahora con más atención por haberse encontrado con el Mesías la primera. Mandó al hombre que vive con ella a Jesús, el cual le dijo pocas palabras de exhortación. El hombre estuvo muy compungido y avergonzado de sus pecados delante de Jesús. Jesús no se quedó mucho tiempo en Sichar y salió por la puerta opuesta, y enseñó delante de la ciudad y en varios puntos, en casas y huertas extendidas por largo trecho fuera de la ciudad. Permaneció luego más de media hora en un albergue y prometió enseñar dentro de ella al día siguiente. Cuando volvió a Sichar enseñó todo el día desde el sillón de enseñanza, y afuera, sobre colinas, y, por la noche, otra vez en el albergue.

Se habían reunido gentes de todas partes que iban de un lado a otro donde hablaba Jesús. Decían: "Ahora habla allí, ahora habla más allá". El joven de Samaria oyó también la enseñanza de Jesús, pero no se acercó a hablar con Él en particular. Dina es siempre la primera y pasa entre la multitud para acercarse a Jesús. Está muy atenta, muy conmovida y muy seria. Ha hablado de nuevo con Jesús y quiere separarse en seguida del hombre. Quiere emplear todos sus bienes, de hoy en adelante, para la comunidad, según la voluntad del Señor. Jesús le dijo como debía hacerlo. Mucha gente, conmovida, decía a la mujer: "Tú

has dicho bien; ahora le hemos oído nosotros mismos: Él es el Mesías". La buena Dina está ahora muy contenta y muy seria y es bien vista. Yo la he querido desde el primer momento.

Jesús habló de la prisión de Juan, de la persecución de los profetas, del Precursor, del preparador de sus caminos, del Hijo enviado a la viña a quien habrán de matar. Aquí dijo más claramente que el Padre le había enviado. Habló también de las cosas que le había dicho a la mujer junto al pozo de Jacob, de las aguas vivas, del monte Garizim, de que la salud viene de los judíos, de la proximidad del reino y del juicio, del castigo de los malos trabajadores que mataron al Hijo del dueño de la viña. Muchos preguntaron donde debían hacerse bautizar, ya que sabían que Juan había sido apresado. Jesús les dijo que los discípulos de Juan siguen bautizando detrás del Jordán, en Ainon, y que así, hasta que Él mismo vaya, se bauticen allá. En el mismo día salieron muchos para hacerse bautizar. Al día siguiente enseñó Jesús en el albergue, sobre las colinas y donde había pueblo, trabajadores y aún esclavos, que eran aquéllos que ya había visto en el campo de los pastores en Betharaba y que había consolado. Estaban presentes muchos espías mandados por los fariseos de los alrededores.

Escuchaban con enojo todas sus enseñanzas, bajaban la cabeza o la arrimaban junto al vecino y murmuraban con sorna. No se atrevían, empero, a interrumpirle, y Jesús ni los miraba siquiera. Varios maestros de Samaria y otras personas presentes, escuchaban tiesos y malhumorados su enseñanza.

# XX

## Jesús en la ciudad de Ginnim

uando Jesús con cinco discípulos abandonó el albergue de Sichar C marchó en dirección de la ciudad de Ginnim, dejando a Thebez a su derecha y a Samaria a su izquierda, a una distancia de seis horas de camino, en un valle sobre los límites de Galilea y Samaria. Llegaron entrada la noche, con los vestidos ceñidos, a la ciudad de Ginnim y entraron en seguida en la sinagoga, porque comenzaba el sábado. Los otros discípulos enviados ya estaban allí. Salidos de la sinagoga fueron todos a una casa de Lázaro sobre una altura, no lejos de la pequeña ciudad de Thirza. Allí había estado ya Jesús hospedado y allí mismo se habían refugiado José y María en su viaje a Belén. El guardián, hombre anciano, de antiguo temple, tenía muchos hijos. Pasaron allí la noche. Esta posesión de Lázaro está como a tres cuarto de hora de Ginnim. Las santas mujeres habían pernoctado en Thebez, después de haber salido de Sichar. Se hacía el día anterior al sábado un ayuno por causa de las murmuraciones de Israel contra Moisés. El sábado enseñó Jesús en la sinagoga.

La lectura trató de la travesía del desierto por los Israelitas, de la repartición de la tierra de Canán y del profeta Jeremías. Jesús explicó todo esto aplicándolo a la proximidad del reino de Dios. Habló de la murmuración de los hijos de Israel en el desierto y cómo podían haber tomado un camino mucho más corto a través del desierto si hubiesen observado los Mandamientos que Dios les había dado en el Sinaí; por sus pecados eran rechazados siempre e impedidos de llegar, y los murmuradores murieron en el desierto. Explicó que aún ahora están caminando en el desierto y que morirían allí si murmuraban contra el reino de Dios que está cerca, y que es también el último aviso e invitación de Dios. Su vida era como el caminar en el desierto; debían tomar el camino más corto para entrar en el reino de Dios prometido, que se les mostraba. Dijo también cómo los hijos de Israel, no conformes con el gobierno de Samuel, gritaron pidiendo rey, y como obtuvieron a Saúl. Ahora, que las profecías se han cumplido y que el cetro salió de Israel, por sus pecados, piden de nuevo un rey para la restauración de su reino. Dios les envía a un Rey, a su propio Rey, como el Señor de la viña envió a su propio Hijo después que sus criados y enviados habían sido muertos por los viñateros infieles. De la misma manera tratarán a este Rey, desechándolo y dándole muerte. Enseñó sobre la piedra angular del salmo, que los edificadores

echaron a un lado, y lo explicó refiriéndolo al Hijo del Señor de la viña. Habló del castigo que vendría sobre Jerusalén: que el templo no existiría ya y Jerusalén no sería reconocida. Se refirió también a Elías y a Elíseo.

Había entre los oyentes once fariseos empedernidos que querían disputar con Jesús. Tenían en sus manos rollos de Escritura y preguntaban qué significaba que Jonás hubiera estado tres días en el vientre de la ballena.

Jesús les contestó: "Así estará tres días descansando en el sepulcro vuestro Rey, el Mesías; descenderá al seno de Abrahán y volverá a resucitar". Los fariseos se echaron a reír sobre esta explicación. Después se adelantaron tres fariseos y dijeron: "Reverendo Rabí, Tú hablas siempre del próximo camino; dinos cuál es ese nuevo camino". Simulaban respeto y eran hipócritas. Jesús les contestó: "¿Conocéis los Diez Mandamientos del Sinaí?" Respondieron: "Sí, los conocemos". "Guardad el primero de ellos y amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; no impongáis a los subordinados cargas pesadas y preceptos que vosotros mismos no observáis.

Este es el camino". Contestaron: "Esto lo sabíamos también nosotros". Jesús replicó: "En que vosotros lo sabéis y no lo practicáis, ahí está vuestra culpa, por la cual seréis castigados". Les echó en cara que imponían muchas cosas al pueblo que ellos mismos no cumplían, ni siquiera los preceptos, cosa que sucedía precisamente en esa ciudad. Habló del significado del traje de los sacerdotes, según los designios de Dios dados a Moisés y cómo ellos no cumplían lo que estos trajes indicaban, y en cambio añadían muchas cosas exteriores y superfluas. Los fariseos estaban muy irritados, pero nada pudieron hacer contra Él. Algunas veces decían entre si: "¿Y Éste es el profeta de Nazaret, el hijo del carpintero?" La mayoría de los fariseos abandonaron la sinagoga antes que terminara Jesús la explicación. Uno solo permaneció hasta el final, e invitó a Jesús y a sus discípulos a una comida.

Era mejor que los otros; con todo, era también espía. Habían traído algunos enfermos delante de la puerta de la sinagoga, y los fariseos pidieron a Jesús que los sanase, para ver una prueba. Jesús no sanó allí a los enfermos y les dijo a los fariseos: "Vosotros no queréis creer y por eso no tendréis tampoco la señal". Precisamente querían ellos que sanase en sábado para poder acusarlo. Cuando hubo terminado el sábado, los discípulos de Galilea marcharon, la mayor parte de ellos a sus casas. Jesús fue con Saturnino y otros dos discípulos a la posesión de Lázaro. Conmovedor fue ver aquí cómo Jesús hizo una instrucción, primero a

los niños del cuidador y de otros más que se reunieron, y después otra instrucción a las niñas. Les habló de la obediencia a los padres y del respeto que deben a los ancianos. "El Padre celestial, dijo, os ha dado padres; si honráis a vuestros padres, honráis también al Padre celestial". Les habló también sobre los hijos de Jacob y los hijos de Israel, que habían murmurado y no pudieron entrar en la tierra prometida; y esa tierra era tan buena. Les mostró los hermosos árboles y los frutos del jardín, y habló del reino del cielo que se nos ha prometido si cumplimos los mandamientos de Dios. Añadió que el cielo era mucho más hermoso; que la tierra mejor era, en su comparación, como un desierto. Les mandó que fuesen obedientes y recibieran agradecidos todo lo que Dios les mandase; que no murmurasen para poder entrar en el cielo; que no dudasen de su hermosura, como los israelitas en el desierto; que creyesen que era mucho mejor de lo que aquí lo más hermoso podía ser. Les dijo que no olvidasen nunca estas cosas y procurasen merecer ese cielo con las obras de cada día y el trabajo. En esta enseñanza tenía Jesús a los más pequeños delante de su Persona; a algunos los alzó y los estrechó a su pecho, o los abrazaba de a dos en sus brazos.

# XXI

### Jesús y el cadáver del fariseo de Atharot

esde la propiedad de Lázaro fue Jesús con sus tres discípulos de D nuevo al Sudeste, a unas cuatro horas más atrás, hacia la población de Atharot situada sobre una altura, ciudad de saduceos. Los saduceos de esta localidad habían perseguido, junto con los fariseos de Gennebris, a los discípulos, después de la Pascua; a algunos los habían tomado presos y molestado con interrogatorios. Algunos de ellos habían estado también en Sichar espiando las enseñanzas de Jesús, especialmente cuando reprochó la dureza de los fariseos y saduceos contra los samaritanos. Desde entonces habían planeado tentar a Jesús y le habían pedido que celebrara el sábado en Atharot. Jesús, que conocía sus intenciones, se dirigió a Ginnim. Los saduceos se entendieron con los fariseos de Ginnim y le enviaron mensajeros el sábado por la mañana, que dijeran: "Él había hablado tan bien del amor al prójimo; que uno tiene que amar a su prójimo como a sí mismo; por eso le rogaban viniese a Atharot para sanar a un enfermo. Si hacía este prodigio querían ellos, como también los fariseos de Ginnim, creer en Él y esparcir sus enseñanzas en toda la comarca".

Jesús conocía su maldad y la trampa que maquinaban contra Él, sirviéndose de un hombre que estaba ya desde algunos días inmóvil y muerto; pero ellos afirmaban, contra los habitantes de la ciudad, que ese hombre estaba sólo fuera de sí. Su misma mujer no sabía que en realidad estaba muerto. . Si Jesús lo hubiera resucitado, ellos habrían dicho que en realidad no estaba muerto. Salieron al encuentro de Jesús y lo llevaron delante de la casa de aquel hombre, que había sido uno de los principales saduceos y que mayormente se había ensañado contra los discípulos de Jesús. Lo sacaron fuera sobre una camilla a la calle por donde venía Jesús. Había allí unos quince saduceos y todo el pueblo permanecía en expectativa. El cadáver presentaba un hermoso aspecto; lo habían desentrañado y embalsamado para engañar a Jesús.

Jesús, al verlo, dijo: "Este hombre está muerto y muerto quedará". Ellos replicaron que estaba sólo fuera de sí, en éxtasis, y que si estaba muerto ahora, es porque habría muerto en este momento. Jesús respondió: "Este hombre ha negado la resurrección y no ha de resucitar aquí. Vosotros lo habéis embalsamado con especies; pero, mirad con qué especies: descubrid su pecho".

Entonces vi que uno de ellos abrió el pecho del muerto, como si fuese una válvula y salieron multitud de gusanos repugnantes que se agitaban allí adentro. Los saduceos se irritaron sobremanera, pues Jesús declaró también sus pecados y sus delitos públicamente, y que esos gusanos eran los gusanos de su mala conciencia, que él había sabido encubrir y que ahora devoran su corazón. Les reprochó descubriendo su hipocresía y engaño, y habló duramente de los saduceos y del juicio sobre Jerusalén y sobre todos aquellos que no reciben la salud que ha venido. Ellos llevaron prontamente al muerto a su casa y se suscitó allí un desorden y un tumulto espantoso. Cuando Jesús y sus discípulos pasaron por la puerta de la ciudad, la chusma, soliviantada, les tiraba piedras: el haber descubierto los gusanos del muerto y la maldad de los saduceos los había irritado grandemente.

Entre tantos malos había algunos buenos que lloraban. Vivían en una de esas calles algunas mujeres con flujo de sangre, que creían en Jesús, y rogaban desde lejos, puesto que no podían acercarse a Jesús. Él pasó, sabiéndolo, por esa calle, y cuando hubo pasado, las mujeres caminaban sobre sus huellas y las besaban. Jesús las miró y quedaron sanas de su enfermedad.

Jesús anduvo tres horas hasta una colina cerca de Engannim, casi en la misma dirección de Ginnim, pero algunas horas más al Este, en un valle. Es esta la línea recta de Nazaret, a través de Endor y Naím. De Naím está como a siete horas. Jesús pasó la noche en esa colina, donde algunos discípulos de Galilea le salieron al encuentro; pernoctaron en el salón de un albergue abierto, después de haber comido algo. Estaban allí Andrés, Natanael el novio de Cana y dos criados del jefe de Cafarnaúm. Estos pedían instantemente diciendo que el hijo del jefe estaba enfermo, que se apresurase en ir allá. Jesús les dijo que llegaría a tiempo. Este capitán retirado era un gobernador de Herodes Antipas sobre una parte de Galilea.

Era de buen natural y había defendido a los discípulos en la última persecución de los fariseos y les había ayudado con dinero y alimentos. No era del todo creyente, aunque pensaba que Jesús podía obrar milagros.

Deseaba mucho la venida de Jesús, ya sea por la salud de su hijo como también para avergonzar a los fariseos. Deseaba que Jesús hiciese el milagro, y también los discípulos lo deseaban. Éstos se habían entendido con el jefe, diciendo: "Tendrán los fariseos que ver... Ya tendrán que escandalizarse... Verán entonces quien es Aquel a quien seguimos". Por esto habían Andrés y Natanael aceptado

el mensaje. Jesús sabía de todo lo convenido. Enseñó todavía la mañana del viaje. Los dos criados del capitán, que eran paganos, se convirtieron y volvieron con Andrés y Natanael a Cafarnaúm, llevando comida consigo.

# XXII

## Jesús en Engannim

esde el albergue sobre la colina anduvo Jesús con Saturnino y con un D hijo de una hermana de la madre del novio de Cana y un hijo de la viuda de Obed, de Jerusalén, joven de unos diez y seis años, y dirigióse a la cercana ciudad de Engannim. Tenía aquí algunos parientes de la familia de Ana, que eran esenios. Esta gente recibió a Jesús muy humilde y muy amablemente. Vivían en una parte separada de la ciudad y su vida era casta; había muchos sin casarse y haciendo vida en común, como en un convento.

A pesar de todo ya no reinaba tampoco allí el rigor de los antiguos tiempos: vestían como los demás e iban a la escuela con los otros. Mantenían en la ciudad una especie de hospital donde se reunían muchos enfermos y pobres de todas las sectas y eran allí alimentados en largas mesas. Recibían a todos los que se presentaban y los instruían y mejoraban. En la sala del hospital ponían si había uno malo entre dos buenos para que éstos lo aconsejasen y mejorasen. Jesús entró en este hospital y sanó a algunos de los enfermos. En la sinagoga enseñó todo el día. Había acudido muchísima gente de los alrededores. Venían por grupos y se turnaban en la sinagoga, porque no cabían todos adentro. Un grupo salía y otro entraba. Aquí enseñó sin amenazas, como en el camino, porque la gente era buena. Sucedió como al presente: cada pueblo tenía un modo diverso, según las ideas de los sacerdotes y principales del lugar. Jesús les dijo que cuando terminara de enseñar, iba a sanar los enfermos. Habló de la proximidad del reino y de la llegada del Mesías. Por las Escrituras de todos los profetas les iba señalando que el tiempo había llegado. Habló de Elías y de lo que dijo y de lo que vio y nombró la cuenta de los años conforme lo había visto, añadiendo que Elías había erigido en una gruta un altar para honrar a la futura Madre del Mesías.

Describió el tiempo presente, que no podía ser otro, que el cetro de Judá había pasado a manos extrañas y recordó también la venida de los Reyes Magos. Hablaba del Mesías, en general, como si hablara de una tercera persona y no se nombró a Sí mismo ni a su Madre. Habló también de la compasión y del buen trato de los samaritanos, y contó la parábola del samaritano, pero no nombró a Jericó. Añadió que Él mismo había experimentado como son de compasivos en

el trato con los judíos, al contrario de lo que son los judíos con ellos. Contó la historia de la samaritana que le dio agua, cosa que un judío quizás no hubiera hecho con un samaritano y con qué miramientos lo habían recibido. Hablo del castigo y del juicio contra Jerusalén y de los publícanos, de los cuales había algunos en este lugar.

Cuando Jesús enseñaba en la sinagoga le traían enfermos de todas partes de la ciudad. Los habían estacionado por las calles donde tenía que pasar, en camillas y en otras formas, a lo largo de las casas; sobre algunos habían tendido tiendas como techos y los parientes estaban allí atendiéndolos.

Habían ordenado que los enfermos estuviesen juntos los de una y otra clase.

Parecía aquello un mercado de miserias humanas. Jesús salió fuera, después de la enseñanza, y recorrió las filas de los enfermos que le pedían humildemente la salud, y entre enseñanzas y exhortaciones sanó a unos cuarenta de ellos, baldados, ciegos, mudos, afiebrados, gotosos, con flujo de sangre. No he visto aquí a ningún endemoniado. Enseñó todavía sobre una colina de la ciudad, porque la multitud era muy grande; la avalancha se hizo al fin tan avasalladora que subían sobre los techos y las paredes y hasta cayeron algunas de ellas.

Cuando se produjo este desorden, se perdió Jesús entre la multitud, salió de la ciudad y tomando un camino lateral a través de la montaña, pronto se encontró solo. Los tres discípulos lo estuvieron buscando y lo encontraron por la noche cuando estaba en oración. Como le preguntaran qué debían rezar mientras rezaba Él, Jesús les repitió algunas peticiones cortas del Padre Nuestro: "Santificado sea tu nombre. Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos y líbranos del malo". Añadió: "Orad así, por ahora, y hacedlo también".

Les comentó admirablemente estas peticiones. Ellos lo hacían así siempre que Jesús caminaba solo> repitiendo esas preces. Veo que tienen ahora siempre algunos alimentos en sus bolsas, y cuando ven a otros viajeros que pasan cerca o lejos, ellos, siguiendo el mandato de Jesús, los llaman o los siguen y reparten su alimento, especialmente si son pobres y necesitan de algo que ellos llevan.

Engannim es una ciudad de levitas y está situada en la bajada de un valle que corre hacia Jezrael a través de una zarpa de la larga falda de la montaña.

En el valle corre el río hacia el Norte. Los habitantes se ocupan de tejer y teñir vestidos para los sacerdotes y hacen borlas y franjas de seda y botones de todas

clases que cuelgan de esas vestiduras. Las mujeres cosen y arreglan esos vestidos. El pueblo es bueno y bien dispuesto.

# XXIII

**Jesús entra en la ciudad de Naim**

esús pasó por las ciudades de Jezrael y Endor, sin entrar y hacia el J mediodía llegó a Naím y entró, sin llamar la atención, en un albergue fuera de la ciudad. La viuda de Naim, que era hermana de la mujer de Santiago el Mayor, supo por Andrés y por Natanael de su próxima venida y mandó que le esperasen. Llegó, pues, con otra viuda al albergue de Jesús, y, veladas, se echaron a sus pies, La viuda de Naim rogó al Señor quisiera recibir el ofrecimiento de la otra viuda que ofrecía todo lo suyo y lo ponía en la caja de las santas mujeres para cuidar a los discípulos y para los pobres, y ella misma quedaba a disposición de la comunidad. Jesús recibió el ofrecimiento de la viuda y consoló y exhortó a ambas. Traían también alimentos de regalos que recibieron los discípulos. La viuda les dio además dinero que enviaron a las mujeres de Cafarnaúm para el sostenimiento de la comunidad. Jesús descansó aquí con los discípulos, pues habíase fatigado mucho el día anterior enseñando y sanando a los enfermos y había hecho siete horas a pie.

La viuda recién recibida presentóle a otra mujer, de nombre María, que también quería dar todo lo suyo. Jesús le dijo que lo guardara para más adelante, que sería más necesario. Esta mujer era en verdad una adúltera y había sido despedida por su infidelidad por su marido, un rico comerciante de Damasco.

Había oído esta mujer hablar de la bondad de Jesús para con los pecadores; estaba muy conmovida, y no tenía otro deseo ahora que hacer penitencia y encontrar gracia y perdón. Fue a buscar a Marta, con la cual tenía lejano parentesco, reconoció sus culpas y pidió intercedieran por ella con María, la Madre de Jesús; y entregó a Marta una parte de sus bienes. Marta, Juana Chusa y Verónica tomaron a pecho la petición de esta mujer y la llevaron a Cafarnaúm, donde estaba María. María la miró seriamente, a cierta distancia. La mujer clamaba Con grande llanto y decía: "¡Oh Madre del Profeta, ruega a tu Hijo por mí, para que yo encuentre perdón delante de Dios!" Estaba poseída a intervalos de un demonio mudo, y cuando le venían ataques se arrojaba al fuego o al agua, y no le era posible pedir ayuda.

Cuando volvía en sí, lloraba, arrepentida, arrinconada en algún ángulo de la casa.

María envió un mensajero a Jesús pidiendo por ella y Jesús contestó que llegaría el tiempo en que ayudaría a esa mujer.

# XXIV

### El mensajero del capitán de Cafarnaúm

esde Naim Jesús pasó por el Tabor, dejando a Nazaret a la izquierda, D yse dirigió a Cana, donde se hospedó en casa de un escriba, cerca de la sinagoga. El vestíbulo se llenó en seguida, porque habían conocido su llegada de Engannim y le esperaban. Enseñó toda la mañana, cuando de pronto llegó el criado del centurión de Cafarnaúm con varios acompañantes montados en mulos. Venía muy apurado con grande ansia y temor, buscando la manera de acercarse a Jesús, sin poder conseguirlo. Como inútilmente intentara varias veces penetrar, por la turba, al fin alzó la voz, clamando: "Señor, reverendo Maestro: deja que tu siervo se acerque a tu presencia. Yo soy un enviado de mi señor de Cafarnaúm, y como si yo fuese el señor y el padre del niño te ruego que vengas en seguida conmigo, pues que el hijo está muy enfermo y cercano a la muerte". Jesús no prestó atención a su clamor y el siervo buscaba la manera de llamar la atención sobre si y de penetrar entre la multitud, sin lograrlo. Volvió a clamar: "Ven en seguida conmigo, porque mi hijo está para morir".

Jesús volvió la cabeza hacia él y dijo: "Si vosotros no veis prodigios y señales no acabáis de creer. Conozco tu necesidad.

Vosotros queréis hacer alarde y hacer irritar a los fariseos, y tenéis tanta necesidad como ellos. No es mi misión que Yo haga prodigios para vuestros fines. No necesito vuestro testimonio. Yo obraré donde sea la voluntad de mi Padre y haré prodigios donde lo pida mi misión". En esta forma habló largamente, avergonzándolo delante de la turba. Todo esto escuchó el hombre sin inmutarse; sin darse por entendido se esforzó por acercarse más gritando de nuevo: "¿Qué me aprovecha esto, Maestro? Mi hijo está por morir, ven en seguida conmigo; quizás está ya muerto". Entonces díjole Jesús: "Vete, que tu hijo vive". El hombre preguntó: "¿Esto es verdad?"

Jesús le respondió: "Está sano desde esta hora; te doy mi palabra".

Entonces creyó el hombre y no insistió en que Jesús marchase con él; montó en su cabalgadura y marchó en dirección de Cafarnaúm. Jesús dijo al pueblo: "Esta vez lo quiero hacer; en otro caso semejante ya no lo haré". Yo he visto a este

hombre no como un simple siervo del capitán real, sino como verdadero padre del niño. Este mensajero era el primer siervo de aquel capitán de Cafarnaúm, que no tenía hijos aunque mucho lo deseaba, y al fin había adoptado a un hijo de este su criado que había tenido con su mujer. El niño tenía ahora catorce años de edad. El mensajero venía como enviado y como verdadero padre del niño. Lo he visto todo y me fue aclarado todo; por eso lo dejó Jesús clamar así y le dijo esas cosas. Por lo demás, nadie sabía nada de la paternidad del niño, que hacía tiempo pedía la presencia de Jesús. Primero era la enfermedad leve y pidieron ya a Jesús por causa de los fariseos. Desde catorce días la enfermedad se hizo grave y el enfermo había dicho respecto a los remedios que le daban: "Las muchas bebidas no me aprovechan; sólo Jesús, el Profeta de Nazaret, me puede ayudar". Como ahora el peligro había aumentado, habían mandado mensajeros a Samaria con las santas mujeres, luego por medio de Andrés y Natanael en Engannim; finalmente marchó el mensajero y padre del niño donde estaba Jesús. Jesús había diferido la curación para castigar sus torcidas intenciones. Había desde Cana hacia Cafarnaúm un día de viaje, pero el mensajero se apuró tanto que llegó a la misma noche. A la distancia de algunas horas ya le salieron al encuentro algunos criados diciéndole que el niño estaba sano. Le salían al encuentro para avisarle que no se molestara más, si acaso no había encontrado a Jesús: se podía ahorrar el trabajo porque el niño había sanado de repente a las siete horas del día. Entonces el mensajero les dijo la palabra de Jesús, y se admiraron y fueron con él a la casa. He visto al centurión Serobabel salirle al encuentro con el niño a la puerta de la casa. El niño lo abrazó y él contó las palabras de Jesús y los criados que le acompañaron atestiguaron lo mismo. Entonces fue un contento general. He visto que prepararon una gran comida. El niño estaba sentado entre su padre putativo y su verdadero padre. Estaba también la madre allí. El niño amaba a su verdadero padre como al putativo y aquél tenía también gran autoridad en la casa.

Después que Jesús despachó al enviado de Cafarnaúm sanó todavía a muchos enfermos que habían juntado en un patio de la casa. Había entre ellos algunos endemoniados, pero no eran de los peores. Por esto habían sido llevados varias veces para oír las enseñanzas de Jesús. Sólo delante de Él se enfurecían y agitaban terriblemente. No bien Jesús les mandaba callar, se aquietaban; después de algún tiempo parecía que ya no podían aguantar más y comenzaban de nuevo a convulsionarse. Entonces Jesús les hizo señal con la mano y callaron otra vez. Al fin mandó Jesús a Satanás salir de ellos.

Caían como desfallecidos; luego volvían en sí; daban gracias contentos, y no se

acordaban de lo que les había sucedido. He visto que había entre ellos algunos que estaban poseídos sin culpa propia y que eran buenos. Yo no lo puedo explicar claramente; pero he visto aquí y en otras ocasiones la relación que hay en esto: de cómo queda a veces perdonado y libre un hombre malo por gracia y misericordia, mientras el diablo toma posesión de otro inocente y débil, pariente del malo. Parece como que el bueno tomara parte del castigo del otro sobre sí mismo. No alcanzo a explicar esto más claramente[6]. Tal cosa sucede porque todos somos miembros de un cuerpo, y sucede entonces como si un miembro sano enferma también por culpa de otro pecador en fuerza de una interna correlación de uno y otro. De estos poseídos había aquí algunos. Los malos y pecadores son siempre más malignos y obran en cooperación con el demonio mismo. En cambio, los poseídos sin culpa, sufren solo la posesión y son, a pesar de ello, buenos y piadosos.

Jesús enseñó en la sinagoga a la cual le habían invitado algunos escribas y fariseos de Nazaret. Decíanle que había llegado hasta ellos la fama de los grandes prodigios obrados en Judea, Samaria y Engannim. Añadieron que Él sabía lo que pensaban en Nazaret: que quien no hubiese estado en la escuela de los fariseos no podía saber mucho; que era su deseo que fuese a Nazaret y enseñara allí algo mejor. Pensaban con esto halagar a Jesús. Éste les respondió que no pensaba por ahora ir allá y que cuando fuera no iban a conseguir de Él lo que pensaban. Después de la sinagoga asistió Jesús a una gran cena en casa del padre del novio de Cana. Este novio de Cana, llamado Natanael, fue seguidor de Jesús y ayudó a mantener el orden en la enseñanza de Jesús y mientras sanaba a los enfermos. Estos esposos viven solos y reciben sus alimentos de casa de sus padres. El padre renguea un poco: son gente buena. La ciudad de Cana es hermosa, limpia, sobre una alta explanada. Pasan por aquí varios caminos carreteros y uno en dirección a Cafarnaúm. Después de la cena se retiró Jesús a su vivienda y sanó a varios enfermos que le esperaban. Para curar no procede siempre de la misma manera: a veces sólo manda; a veces pone las manos sobre el enfermo; otras se inclina sobre él; otras manda que se purifique y se bañe, o mezcla saliva con el polvo del suelo y lo pasa sobre los ojos de los ciegos.

Unas veces los exhorta; otras les dice sus pecados, y en algunas ocasiones los despacha, dejándolo para otra vez.

# XXV

### Jesús en Cafarnaúm

uando Jesús se dirigió desde Cana a Cafarnaúm con los discípulos, le C siguió también Natanael. Su mujer, su tía y otras ya habían partido para Cafarnaúm. El camino, a unas siete horas, va en línea bastante recta y lleva a un pequeño lago como el de Ainon, rodeado de casitas y jardines.

Aquí empieza el fértil valle de Genesaret. Se ven torrecitas y guardianes que cuidan los huertos. Cuando Jesús se acercó a Cafarnaúm empezaron a enfurecerse varios endemoniados delante de la puerta: "¡Viene el Profeta!

¿Qué es lo que quiere? ¿Qué tiene que ver Él con nosotros?" Cuando Jesús llegó a la ciudad huyeron los endemoniados. Habían erigido una tienda delante de la ciudad.

Le salieron al encuentro el centurión de Cafarnaúm y el mensajero llevando al niño en medio de ellos, seguidos de toda la familia, los parientes, los siervos y los esclavos. Éstos eran paganos, enviados por Herodes. Parecía una procesión. Todos se echaron de rodillas delante de Jesús y le agradecieron; luego le lavaron los pies y le dieron alimento y bebida. Jesús puso sus manos sobre la cabeza del niño, hincado delante de Él, y recibió el nombre de Jessé, pues antes se llamaba Joel. El centurión se llamaba Serobabel. Éste le rogó encarecidamente que fuera a su casa a tomar parte de una comida. Jesús se negó, reprochándole su ansia de ver prodigios para mofarse de otros, y añadió: "No hubiera Yo sanado al niño, si la fe del mensajero no hubiese sido con su petición tan insistente". Después continuó su camino. Serobabel había preparado un gran banquete; los siervos y trabajadores de sus campos y huertas habían sido invitados. A todos se les había contado el prodigio. Todos creían conmovidos en Jesús. Los invitados y muchos pobres entonaron un canto de alabanza en el vestíbulo. Los pobres fueron generosamente obsequiados. La fama del prodigio se había difundido desde la mañana. Serobabel envió aviso a la Madre de Jesús y a los apóstoles, a los cuales he visto de nuevo ocupados en su oficio de pesca. He visto también que la noticia llegó a la suegra de Pedro, que estaba enferma.

En Cafarnaúm, Jesús se dirigió hacia la vivienda de su Madre, donde estaban

reunidos cinco mujeres y Pedro, Andrés, Santiago y Juan. Éstos fueron al encuentro de Jesús, y reinó allí mucha alegría por su venida y por el prodigio en favor del centurión. Tomó parte aquí en una comida y se dirigió casi en seguida a Cafarnaúm para la fiesta del sábado. Las mujeres quedaron en la casa. En Cafarnaúm se habían reunido muchísima gente y numerosos enfermos. Los endemoniados corrían por la ciudad gritando, cuando Jesús llegaba. Él les mandó callar y a través de ellos se dirigió a la sinagoga. Después de la oración se llamó a un empedernido fariseo de nombre Manases, a quien le tocaba hacer la lectura.

Jesús pidió los rollos de las Escrituras y dijo que quería hacer la lectura. Le dieron los rollos y Jesús comenzó a leer desde el principio del quinto libro de Moisés hasta la murmuración de los hijos de Israel, y enseñó acerca de la ingratitud de sus antepasados y de la misericordia de Dios para con ellos y de la proximidad del reino de Dios, y que ahora se guardasen de obrar como habían obrado sus antepasados. Explicó aquellos caminos por el desierto como figura de sus errores actuales y comparó la tierra prometida con el reino de Dios ahora prometido a todos. Después leyó el primer capítulo de Isaías. Él lo explicó aplicándolo a estos tiempos: habló de los pecados y de los castigos, y cómo habiendo esperado tanto tiempo a un profeta, ahora que tenían a uno, más tarde lo maltratarían. Habló de los animales que conocen a sus dueños, y ellos no conocerán al suyo que ha venido. Habló también de cómo se vería reducido Aquél que había venido para ayudarlos, por sus malos tratos, y cómo sería castigada Jerusalén, y quedaría la comunidad de los suyos muy reducida; pero que el Señor la haría grande mientras los otros serían exterminados. Les mandó que se conviertan; que aún cuando estuviesen manchados con sangre, debían clamar a Dios y arrepentirse, y serían purificados. Habló también del rey Manases, que había blasfemado contra Dios y había pecado tanto, y por esto castigado y llevado en esclavitud a Babilonia; y cómo allí se convirtió, había orado a Dios y encontrado misericordia y perdón. Abrió luego, como al acaso, una página y leyó el versículo de Isaías 7-14: "Mirad, una Virgen dará a luz". Y explicó este punto refiriéndolo a su persona y a la venida del Mesías. Esto mismo había explicado cuando estuvo en Nazaret, antes de su bautismo, y lo había comentado, y ellos, mofándose, decían entre si: "Manteca y miel no le hemos visto comer mucho en casa de su padre el pobre carpintero".

Los fariseos y otras personas no estuvieron conformes de que Jesús les hablase tan severamente sobre la ingratitud: esperaban algo más halagador, pues lo habían recibido bien. La enseñanza duró bastante tiempo y cuando hubo

terminado y salían los fariseos, oí que alguno decía a otro: "¿Han traído enfermos?... Vamos a ver si se atreve a sanar en día de Sábado".

Habían iluminado las calles con antorchas y muchas casas con lámparas. La gente había colocado a los enfermos delante de sus casas iluminadas por donde debía pasar Jesús, y otros habían sido traídos con luces en los brazos de sus parientes. Hubo un tumulto considerable y gemidos en la calle.

Muchos endemoniados clamaban, y Jesús los mandó callar y salir de los posesos. A uno de ellos vi enfurecido y rabioso lanzarse contra Jesús, y con rostro descompuesto y los cabellos levantados, gritar: "Tú, ¿qué quieres aquí? ¿Qué tienes Tú que hacer aquí?" Jesús lo rechazó, diciéndole: "Sal de allí, Satanás". He visto al hombre caer como si hubiera de romperse el cuello y quebrantarse los huesos. Con todo, se levantó cambiado y manso; se hincó delante de Jesús, llorando y dando gracias. Jesús lo exhortó a mejorar de conducta. He visto que a muchos los sanaba de pasada.

# XXVI

## Jesús en casa de su Madre en Bethsaida7

esús se dirigió por la noche con sus discípulos a la casa de su Madre. En J el camino habló Pedro de sus intereses familiares; que habíase atrasado en el negocio de la pesca por haber estado ausente tanto tiempo y que debía pensar en su mujer, en sus hijos y en su suegra. Juan le replicó que él y Santiago debían pensar en sus padres, que eran más que una suegra. De este modo hablaban con naturalidad, a veces chanceándose un poco. Jesús les dijo que se acercaba el tiempo en que debían! dejar del todo la ocupación de pescar, que debían ocuparse de pescar otra clase de pescados. Juan era más familiar; tenía una sencillez de niño en el trato con Jesús, más que los demás apóstoles. Era amable y dispuesto a todo, sin preocupaciones ni contradicciones. Jesús fue adonde estaba su Madre y los demás a sus casas.

A la mañana siguiente, temprano, se encaminó Jesús con sus discípulos a Cafarnaúm, saliendo de la casa de su Madre, como a tres cuartos de hora de Bethsaida. El camino sube un trecho y luego baja hacia Cafarnaúm. Antes de llegar a la ciudad hay una casa en el camino que pertenece a Redro, que destinó para Jesús y los suyos, poniendo a un piadoso anciano a su cuidado.

Esta casa estaba como a hora y media de camino del lago. En Cafarnaúm se encontraron todos los discípulos de Bethsaida y de los alrededores, y también María y las santas mujeres. Habían traído el día anterior muchos enfermos cuando Jesús llegó; estaban alineados en las calles. Jesús sanó a muchos en el camino a la sinagoga, en la cual enseñó y usó de parábolas.

Mientras salía de la sinagoga y seguía enseñando, se echaron algunos a sus pies pidiéndole que les perdonase sus pecados. Eran dos mujeres adúlteras repudiadas por sus maridos, y cuatro hombres, entre ellos el seductor de las mujeres. Se deshacían en lágrimas y querían confesar sus pecados ante toda la multitud. Jesús les dijo que conocía sus pecados, que vendría un tiempo en que sería necesario confesar los pecados; que aquí no sería sino ocasión de escándalo para la gente y de persecución para Él. Los exhortó a vigilar sobre si mismos para no caer de nuevo, a no desesperar, sino a confiar en Dios y hacer penitencia. Luego les perdonó sus pecados. Como preguntaran a qué bautismo tenían que ir, si al

bautismo de los discípulos de Juan o esperar a que bautizasen sus propios discípulos, les contestó que fuesen al bautismo de los discípulos de Juan.

Los fariseos que estaban presentes se admiraron de que hubiese perdonado los pecados, y se lo reprocharon. Jesús los obligó al silencio con sus respuestas: les dijo que le era más fácil perdonar pecados que sanar a los enfermos. Añadió que quien se arrepiente de veras a ése ya se le perdona, y no es tan fácil que vuelva a pecar de nuevo; mientras que los enfermos que son sanados, a veces permanecen enfermos de alma y usan de la salud del cuerpo para el pecado. Ellos preguntaron si ya que esas mujeres estaban perdonadas los hombres debían ahora recibirlas de nuevo. Jesús les dijo que para responderles en forma no había tiempo por el momento; que en otra ocasión pensaba hablar de esto y enseñar con más detención. También quisieron pedirle cuenta sobre el sanar en día de sábado y Jesús les contestó que si en día de Sábado se les caía a ellos algún animal en una zanja seguramente se apresurarían a sacarlo.

Por la tarde se retiró a la casa delante de Cafarnaúm con todos sus discípulos; las santas mujeres ya estaban allí. Se hizo una comida dispuesta por el centurión Serobabel. Este jefe y el padre, que se llamaba Salathiel, tomaron parte en la comida mientras el niño sanado, Jesse, servía en la mesa. Las mujeres estaban en otra mesa. Jesús enseñaba entretanto. Trajeron algunos enfermos a la sala, que gritaban pidiendo salud. Jesús sanó a muchos de ellos. Después de la comida se fue de nuevo a la sinagoga; entre otras cosas lo he oído leer y explicar lo que el profeta Isaías decía al rey Achaz: "He aquí que una Virgen dará a luz y tendrá un Hijo".

Cuando abandonó la sinagoga, sanó a muchos enfermos colocados en las calles y esto duró hasta entrada la noche. Entre éstos había muchas mujeres con flujo de sangre que estaban a cierta distancia, tristes y veladas, porque no podían acercarse a Jesús ni al pueblo. Jesús que conocía su necesidad dirigió sus ojos hacia ellas y las sanó con una sola mirada. Nunca tocó a semejantes enfermas: hay en esta prohibición un misterio que yo no sé explicar. La misma tarde comenzaba un día de ayuno.

Cuando Jesús y sus discípulos se dirigían a casa de su Madre, se suscitó la conversación de que a la mañana siguiente quería Jesús viajar con ellos por el lago, y oí que Pedro se excusaba por el mal estado de su nave.

Veo que las personas a quienes Jesús había perdonado sus pecados tienen ahora

vestidos de penitencia y están veladas. En el último sábado estaban también los judíos vestidos de negro. Estos últimos tiempos eran días de penitencia por la conmemoración de la destrucción de Jerusalén. Por esto Jesús habló tan severamente de los castigos que habían de sobrevenir a Jerusalén. Al salir Jesús de Cafarnaúm llevaba el camino alrededor de un edificio rodeado de agua, donde habían sido encerrados los endemoniados más furiosos durante la noche. Gritaban enfurecidos al pasar Jesús: "Allí anda Él. ¿Qué quiere con nosotros?. .. ¿Por qué nos quiere echar de aquí?"

Jesús les mandó: "Callad y permaneced allí hasta que Yo vuelva. Entonces será vuestro tiempo de iros". Al punto callaron y se aquietaron.

# XXVII

## Consejo de los fariseos y Serobabel

uando Jesús abandonó la ciudad se reunieron los fariseos y los C príncipes del pueblo en consejo. El centurión Serobabel estaba presente. Habíanse reunido para tratar de todo lo que habían visto en Jesús y de cómo conducirse con Él. Decían: "¡Mirad qué tumultos y que desórdenes promueve con su presencia este Hombre! Todo lugar tranquilo está agitado con su presencia: los hombres dejan su trabajo y corren detrás de Él, vagando de un lado a otro. Él inquieta y amenaza a todos con castigos.

Habla siempre de su Padre. ¿Acaso no es Él de Nazaret, hijo de un pobre carpintero?... ¿Cómo puede tener este atrevimiento y esta seguridad? ¿Sobre qué se funda su presunción? No observa el Sábado y estorba su observancia y llega hasta a perdonar los pecados... ¿Acaso vendrá su fuerza y su poder de lo alto?... ¿Tendrá alguna fuerza oculta y artes de magia? ¿De dónde saca todas sus raras explicaciones de la Escritura?... ¿Ha frecuentado acaso otras escuelas que las de Nazaret?... Debe tener relación con alguna potencia extranjera. .. Habla siempre de la proximidad del reino, de la venida del Mesías y de la destrucción de Jerusalén. Su padre era de noble linaje; quizás sea Él el hijo bastardo de algún otro príncipe, su padre, que busca abrirse paso en esta comarca, para apoderarse luego de la Judea... Debe tener un lugar oculto donde se refugia, un protector poderoso al cual se confía. De otro modo no podría mostrarse tan osado y seguro y obrar contra las costumbres y usos recibidos, como si Él tuviera todos los derechos. Estuvo bastante tiempo ausente. ¿Con quién estará en relación? ¿De dónde sacará su poder maravilloso y su ciencia? ¿Qué haremos al fin de cuentas con Él?..."

De este modo hablaban y trataban de Jesús en medio de sus juicios y extrañezas, mostrándose escandalizados. El centurión Serobabel se mantuvo durante este tiempo callado y reflexivo y terminó por tranquilizar a los demás, diciéndoles: "Si su poder es de Dios entonces se ha de consolidar; si no lo es, entonces solo se ha de derrumbar. Mientras Él nos sana y nos mejora, debemos amarle sin duda y agradecer a Aquél que nos lo ha mandado".

# XXVIII

**Conversaciones de los discípulos con Jesús** nos días después caminaba Jesús con sus discípulos, unos veinte, en U las cercanías del lago de Genezaret. No habían tomado el camino directo, sino hacia el Sur, por las alturas donde estaba la casa de María hacia el Occidente. Esta montaña es como el final de una cadena de montes que corren en el Norte, algo separada por un valle. Jesús enseñaba mientras caminaban. Había aquí muchos hermosos arroyuelos que bajando de las alturas corrían por los valles para echarse en el lago. Corría también de este lado el arroyo de Cafarnaúm, Había diversas fuentes de agua en derredor de Bethsaida que enriquecían esta comarca. Jesús se detuvo varias veces en algunos de estos amenos lugares. A veces callaba y a veces enseñaba sobre los diezmos. Los discípulos hablaban de la gran opresión que se ejercía en Jerusalén con el pretexto de los diezmos y expresaban la idea de si tal precepto no podría ser quitado. Jesús les dijo que; el dar el diezmo de los frutos al templo y a sus servidores era mandado por Dios, para que los hombres se acordasen de que no eran dueños de las cosas de la tierra, sino que sólo las tenían en uso; que también debían dar el diezmo de las hierbas para recordar la mortificación y la penitencia.

Los discípulos hablaron también de los samaritanos, expresando su pesar de que habían sido la causa de que saliera más pronto de lo que había pensado del país; que si hubiesen sabido que estaban tan ávidos de la palabra de Dios y los habían recibido tan bien, no habrían insistido para salir pronto de aquel país. Jesús contestó que los dos días que había estado allí eran suficientes; que los siquemitas tenían sangre caliente y se conmovían fácilmente; que quizás sólo veinte de los convertidos permanecían ahora firmes; y que la próxima y más grande cosecha quedaba reservada para ellos (los futuros apóstoles). Los discípulos, conmovidos por la última enseñanza, expresaron su compasión y simpatía hacia los samaritanos, y recordaban en su alabanza la historia del hombre que había caído en manos de los ladrones junto a Jericó, mientras los sacerdotes y levitas pasaron de largo, y alababan al samaritano que había alzado al herido, lavándolo con aceite y vino. Esta historia era conocida y había sucedido en los primeros tiempos junto a Jericó. Jesús tomó ocasión de su compasión para con el herido y de su alegría por la acción del samaritano, para contarles otra parábola. Contó cómo Adán y Eva, por causa del pecado, fueron echados del Paraíso y fueron a parar a un desierto lleno de ladrones y de

salteadores, con sus hijos; y cómo el hombre yace allí, herido de pecados y maltrecho en el desierto.

Contó esto sencillamente, como está en la Biblia. Entonces el Rey de cielos y tierra hizo todo lo posible para ayudar al hombre caído; le dio su ley y sus sacerdotes preparados, y le envió muchos profetas. Todos habían pasado sin salvar al hombre enfermo, porque en parte el hombre también había despreciado la ayuda que se le ofrecía. Finalmente mandó a su propio Hijo, en figura de un pobre, para ayudar a los pobres. Describió su propia pobreza: sin zapatos, sin sombrero, sin cinturón. Éste había derramado aceite y vino en sus heridas para sanarle. Añadió que aquéllos mismos que estaban preparados con todos los medios para ayudar no sólo no se apiadaron del herido, sino que tomaron preso al Hijo del Rey y lo mataron porque había socorrido con aceite y vino al infeliz herido. Les propuso esto para que pensaran sobre ello, diciéndoles que más tarde se lo declararía.

Ellos no lo entendieron. No notaron que hablaba de su persona al hablar del Hijo del Rey, aparecido en pobreza y necesidad, y murmuraban al oído preguntándose quien sería ese Padre de quien siempre hablaba. Jesús les recordó también su conversación sobre sus angustias respecto al negocio de la pesca que habían tenido que abandonar y les dijo que el Hijo del Rey también había dejado todo lo que tenía con su Padre, y que mientras otros dejaban al herido mal parado, Él le había derramado aceite y vino en sus heridas. Les dijo: "El Padre no dejará a los servidores de su Hijo ni los abandonará, y ellos recuperarán todo lo dejado, más ricamente, cuando Él los reúna en su reino".

Con estas y otras conversaciones llegaron al lado de Genezaret, junto a Bethsaida, donde estaban las barcas de Pedro y del Zebedeo. Era esta una parte cerrada de la ribera y había allí varias chozas de tierra para los pescadores. Jesús se aproximó con sus discípulos. En las barcas había varios pescadores paganos esclavos y ningún judío, porque era un día de ayuno. El Zebedeo estaba en la orilla, en una de las chozas. Jesús les dijo que dejasen de pescar y viniesen a la playa, y ellos obedecieron. Jesús enseñó allí.

Después se dirigió a lo largo del lago, hacia Bethsaida, como a media hora.

Los derechos de pesca de Pedro comprendían como una hora de camino de la ribera. Entre el lugar de las barcas y Bethsaida había una ensenada, donde desaguaban muchos arroyuelos, brazos de río, que venían desde Cafarnaúm a

través del valle, recibiendo de paso las aguas de otros arroyos. Delante de Cafarnaúm forma un extenso estanque. Jesús no fue derecho a Bethsaida, sino que torció hacia el Occidente, y se dirigió al Norte del valle, hasta la casa de Pedro, al Este de la pendiente, en cuya parte occidental se encuentra la casa de María.

# XXIX

## Jesús en casa de Pedro

esús entró en casa de Pedro donde estaban reunidas María y otras de las J santas mujeres. Los demás discípulos no entraron; se entretuvieron en los alrededores y en el jardín o fueron a la casa de María. Cuando Pedro entró con Jesús en su casa, dijo: "Señor, hemos tenido un día de ayuno; pero Tú nos has saciado con tus palabras". La casa de Pedro estaba bien ordenada, con un vestíbulo y jardín; era larga y se podía andar por la azotea y desde allí contemplar un espléndido panorama del lago. No he visto en la casa de Pedro ni a la hijastra8 ni a los hijastros que le había traído su mujer viuda. Parece que estaban en la escuela. Su mujer estaba entre las santas mujeres; de ella no tuvo Pedro hijo alguno. Su suegra, una mujer alta, delgada y enfermiza, caminaba apoyándose en las paredes de la casa.

Jesús habló allí largamente con las mujeres sobre el modo de atender a los discípulos en los alrededores del lago, donde Él pensaba demorar bastante tiempo. Las exhortó a no ser gastadoras ni pródigas, pero a no estar tampoco con demasiada ansiedad y preocupación; que Él, para sí necesitaba pocas cosas, y que pensasen más bien en los discípulos y en los pobres. Desde aquí fue con sus discípulos a la vivienda de María, donde habló todavía y luego se retiró solo para orar. El río corre delante de la casa de Pedro y éste puede en una pequeña canoa navegar desde aquí hasta el lago con sus utensilios de pesca.

Cuando oyeron las santas mujeres que Jesús quería ir el próximo sábado a Nazaret, que está a diez horas de camino, no lo vieron bien y deseaban más bien que se quedase o que, a lo menos, volviese muy pronto. Jesús les contestó que pensaba no quedarse mucho tiempo allá; que no estarían contentos con Él porque no podría hacer lo que ellos deseaban. Les dijo otras cosas que les disgustarían, y se lo avisó también a su santa Madre.

Quería decírselo antes de que sucediese.

# XXX

## Jesús en Bethsaida

esús fue con sus discípulos desde la casa de su Madre, por el Norte del J valle a lo largo de la ladera del monte, hacia Bethsaida, a una media hora de camino. Las santas mujeres salieron de la casa de Pedro hacia allá, a la casa de Andrés, al final de la ciudad; era una casa ordenada, pero no tan grande como la de Pedro. Bethsaida es una pequeña población de pescadores, que está en medio de una abertura y se extiende en estrechas viviendas hasta cerca del lago. Desde el lugar de pesca de Pedro, mirando al Norte, se ve la población. Está habitada por pescadores y por tejedores de tiendas y de mantas. Es un pueblo de costumbres rústicas y sencillas, y me recuerda a los trabajadores de la turbera, entre nosotros, comparados con otras gentes. Las mantas que hacen son de pelos de camello y de cabras. Los pelos largos que tienen los camellos en el pescuezo y en el pecho los ponen como franjas y borlas en las orlas de estas mantas, que son brillantes y hermosas.

El anciano jefe Serobabel no estaba aquí: era un hombre enfermizo y no podía caminar mucho. Hubiese podido cabalgar, pero entonces no hubiera oído las enseñanzas de Jesús durante el camino; además, no estaba bautizado aún. Se había congregado mucha gente de los alrededores; también extranjeros del otro lado del lago de las comarcas de Corozaím y de Bethsaida-Julias. Jesús enseñó en la sinagoga, que no era grande, de la proximidad del reino de Dios; y dijo bastante claramente que Él era el Rey de este reino. Despertó la admiración de sus discípulos y oyentes. Enseñó, en general, como en los días anteriores, y sanó a muchos enfermos traídos a la puerta de la sinagoga. Algunos endemoniados gritaban: "Jesús de Nazaret, Profeta, Rey de los Judíos". Jesús les mandó callar: aún no era el tiempo de decir quien era Él.

Cuando hubo terminado su enseñanza y de sanar enfermos fueron a la casa de Andrés para la comida; pero Jesús no entró, y dijo que Él tenía otra hambre. Caminó con Saturnino y otro discípulo un cuatro de hora hacia arriba, desde la casa de Andrés, hasta un hospital apartado junto a la ribera del lago donde había pobres, enfermos, leprosos, mentecatos y otros miserables que desfallecían en la miseria y el abandono. Algunos estaban casi enteramente desnudos. Ninguno de la ciudad le acompañó, para no contaminarse. Las celdas de estas pobres

criaturas corrían en torno de un patio; no podían salir afuera y se les pasaba el alimento a través de los agujeros de las puertas. Jesús los hizo salir por el cuidador y traerles mantas y vestidos con los discípulos para cubrirlos. Les enseñó y los consoló. Fue de uno a otro grupo y sanó a muchos de ellos con la imposición de las manos. A algunos los pasaba, a otros les mandaba bañarse, a otros les ordenaba otras cosas. Los sanados se arrodillaban y daban gracias, llenos de lágrimas. Era un cuadro conmovedor. Algunos de éstos eran hombres completamente degradados. Jesús tomó al cuidador consigo llevándolo a casa de Andrés, para la comida. Acudieron algunos parientes de los curados desde Bethsaida, trayendo vestidos y se los llevaban contentos a sus casas, pasando por la sinagoga para dar gracias a Dios.

La comida en casa de Andrés fue muy buena, de grandes y hermosos pescados. Comieron en una sala abierta y las mujeres en mesa aparte.

Andrés servía. Su mujer era muy hacendosa y diligente: no salía casi de su casa. Tenía en casa una especie de taller de tejido y fabricación de redes de pesca y ocupaba en este trabajo a muchas muchachas pobres del lugar. Todo se hacía con mucho orden. Tenía también entre ellas a algunas mujeres caídas sin albergue, de las cuales se compadecía: les daba trabajo, sustento, y les enseñaba y las exhortaba a la oración. Por la tarde enseñó Jesús de nuevo en la sinagoga; luego se retiró con sus discípulos. Pasó junto a muchos enfermos y no los sanó todavía porque su tiempo no había llegado.

Después de despedirse de su Madre, se dirigió con sus discípulos a la casa-albergue en las afueras de Cafarnaúm. Allí habló largamente con sus discípulos; luego se apartó de ellos y pasó la noche en oración sobre una colina puntiaguda llena de cipreses. Cafarnaúm está situada en una montaña, en semicírculo; tiene muchas terrazas a modo de jardines y viñedos, y en las alturas nace un trigo grueso como el junco. Es un lugar amplio y agradable: al parecer fue en otro tiempo una ciudad más grande, o había otra ciudad allí, pues se ven cerca de la existente ruinas de torres y paredes como restos de una destrucción.

# XXXI

### Jesús en la Pequeña Séforis

esús se dirigió desde Cafarnaúm hacia Nazaret. Los discípulos de J Galilea le acompañaron unas cinco horas. Enseñó, durante el camino, acerca de su futura misión, y le pidió a Pedro que saliera de su habitación, cerca del lago, y fuese a su casa de Cafarnaúm, pues hablándole de su oficio le dijo que convenía dejarlo.

Pasaron por pequeñas poblaciones y junto a las chozas a orilla del lago. En un campo de pastores salieron a su encuentro algunos endemoniados pidiendo ser librados. Eran dueños de campos, y sólo a intervalos eran afligidos por el demonio; en ese momento estaban en buen estado. Jesús no los libró aún: les dijo que primero tenían que mejorar de conducta, les hizo la comparación de cómo uno teniendo dolor de estómago y deseando curarse, volviese a llenarse de comida. Estos hombres se retiraron confundidos de su presencia. Los discípulos dejaron a Jesús a unas horas de Séforis, y Saturnino volvió con ellos a la casa de Pedro. Con Jesús quedaron sólo dos discípulos de Jerusalén, que querían volverse. Jesús se dirigió primero hacia la Baja Séforis, una pequeña ciudad, y se refugió en casa de parientes de Ana. Esta casa no es la paterna que está entre Séforis y la Alta Séforis, un lugar separado como de una hora de camino. Pertenecen a Séforis muchas casas desparramadas como a cinco horas de camino. No estuvo en esta ocasión en la Gran Séforis. Allí hay grandes escuelas de todas las sectas y juzgados. En la Baja Séforis no hay mucha gente rica. Trabajan allí en fabricar lienzos. Las mujeres ricas hacen franjas y borlas para el templo. Toda esta comarca es como un jardín, con muchas aldeas y casas desparramadas con sus huertas y avenidas. La Gran Séforis es importante y está edificada en lugar espacioso con castillos y grandes viviendas. La comarca es rica en pozos y buen ganado. Estos parientes de Jesús tenían tres hijos, uno de los cuales, de nombre Colaya, era discípulo de Jesús9. La madre hubiera deseado que Jesús tomase también a los demás, y habló de María Cleofás. Jesús le dio buena esperanza. He visto que estos hijos, después de la muerte de Jesús, fueron no sólo discípulos sino consagrados sacerdotes por José Barsabas, en Eleuterópolis, donde él era obispo.

Jesús enseñó en la sinagoga donde se había reunido mucha gente de los alrededores. Anduvo con estos parientes por esas comarcas y enseñó en diversos

lugares, en pequeñas reuniones, que a veces le seguían y a veces le esperaban en determinado sitio. Cuando volvió, sanó a muchos enfermos delante de la sinagoga y enseñó en ella sobre el matrimonio y el divorcio.

Jesús reprochó a los maestros y escribas que añadiesen cosas a los escritos y a un anciano maestro o escriba le señaló en un rollo algo que él había añadido; lo convenció de falsedad y le mandó que borrase la añadidura. El escriba se humilló delante de Él, se echó de rodillas delante de todos, confesó su culpa y dio gracias por la advertencia de Jesús.

Jesús pasó la noche en oración. Desde la casa de sus parientes en la Pequeña Séforis fue andando entre la Pequeña y la Gran Séforis en la que fue en otro tiempo posesión de Ana. Llevaba un solo discípulo consigo. Los moradores eran parientes, muy lejanos, por diversos casamientos; sólo había una anciana, enferma de hidropesía, que era pariente bastante cercana; tenía consigo a un pequeñuelo ciego. Jesús oró con la anciana, que repetía las preces. Le puso luego la mano por un minuto en la cabeza y en la región del estómago. Y ella volvió a su estado normal, después de haber estado como desfallecida; no estaba sana del todo; pero poco a poco pudo caminar; con algunas traspiraciones quedó del todo buena. La mujer pidió por el niño que tenía como ocho años de edad y nunca había visto ni hablado; sólo oía lo que se le decía; alabó la piedad y la obediencia del niño. Jesús puso su dedo índice en la boca y sopló sobre los pulgares de sus manos, los mojó en su saliva y los puso sobre los ojos cerrados, orando y mirando a lo alto. El niño entonces abrió los ojos. Lo primero que ve es a Jesús, su Salvador. Fuera de sí de contento se echa a los pies de Jesús, agradeciendo y llorando. Jesús lo exhortó a obediencia y amor a sus padres; ya que siendo ciego había sido obediente, lo fuera ahora que veía a sus padres y no usase nunca sus ojos para el pecado. Llegaron luego los padres, y la gente de la casa, y hubo allí una gran alegría y cantos de alabanzas.

# XXXII

## Modo de sanar de Jesús

esús no sanaba de la misma manera a todos los enfermos que le J presentaban. No sanaba de otro modo que los apóstoles y los santos después y los sacerdotes hasta nuestros días. Él ponía sus manos sobre el enfermo y rezaba con ellos. Él lo hacía más pronto que los apóstoles. Sus curaciones debían ser también modelo para los apóstoles y sucesores. Lo hacía siempre en una forma en relación con la necesidad o gravedad o causa del mal. A los baldados los movía y sus músculos eran desatados y ellos se levantaban sobre sus pies. Si se trataba de miembros quebrados tomaba entre sus dedos la quebradura y los miembros se consolidaban. Si tocaba a los leprosos veía yo que las costras caían y quedaban manchas coloradas, las cuales desaparecían poco a poco según el mérito del enfermo. Nunca he visto que un jorobado se pusiera de repente derecho o que un hueso quebrado se curase de repente. No es que Jesús no pudiera hacerlo así: Él no lo hacía de este modo porque quería que sus curaciones no fuesen como espectáculos teatrales, sino como obras de misericordia; eran como símbolos de su misión: desatar, reconciliar, enseñar, desarrollar, redimir. Y

como Jesús pedía la cooperación del hombre para ser participante de la redención, así debían en estas curaciones intervenir la fe, la esperanza, el amor, el arrepentimiento y la mejoría de conducta como cooperación de la salud corporal. A cada estado del enfermo correspondía un modo diferente, en cuanto que cada enfermedad era símbolo de una enfermedad espiritual, de un pecado y de un castigo, así como cada curación era símbolo de un perdón y de una mejoría espiritual. Sólo tratándose de paganos veía yo que sus curaciones eran más espectaculares y raras. Los prodigios de los apóstoles y santos posteriores fueron más visibles y más contrarios al curso normal de la naturaleza; los paganos necesitaban conmoción y admiración; los judíos, sólo ser librados de sus enfermedades. A menudo sanaba con la oración a distancia; a veces con la mirada, desde lejos, con las mujeres que padecían flujo de sangre, las cuales no se atrevían a acercarse y que no lo podían hacer según prescripción judaica. Aquellos preceptos que tenían un sentido misterioso los observaba Jesús; los demás, no.

# XXXIII

### Los fariseos disputan con Jesús

espués se dirigió Jesús a una escuela que estaba a igual distancia de D Nazaret como de la Pequeña Séforis, donde se le unió el discípulo Pármenas de Nazaret. Este hombre había sido compañero de infancia de Jesús y hubiera seguido en seguida a Jesús, como los otros discípulos, si no hubiera tenido que mantener a sus padres de Nazaret con el servicio de mensajero. En esta escuela se hallaban reunidos muchos escribas y fariseos de la Gran Séforis y de la Pequeña y algunos del pueblo. Los fariseos querían disputar con Jesús sobre el divorcio, que Jesús había declarado al maestro en la sinagoga que era añadidura hecha en el rollo de escrituras. Lo habían tomado muy a mal en la Gran Séforis, porque esta añadidura procedía precisamente de la enseñanza de éstos. Los divorcios se hacían allí con suma facilidad y tenían éstos una casa a propósito para las mujeres divorciadas. El maestro convicto de su culpa había copiado de un rollo y había añadido falsas explicaciones por su cuenta. Disputaron largo tiempo con Jesús y no querían entender que debían borrar las añadiduras introducidas en los rollos. Jesús los hizo enmudecer, pero no reconocieron que estaban en error como confesó el doctor primero. Él les probó la prohibición de las añadiduras y por consiguiente la obligación de borrarlas, les probó la falsedad de su explicación fundada en la añadidura y les reprochó severamente la facilidad de los divorcios en la ciudad. Les dijo también en qué casos no es permitido al hombre repudiar a la mujer, y añadió que si una parte no puede de ninguna manera avenirse con la otra, pueden separarse uno de otro por consentimiento mutuo, pero no puede la parte más fuerte repudiar a la otra sin consentimiento y sin culpa. No consiguió nada con ellos, a pesar de que no pudieron contradecir su doctrina; estaban irritados y eran engreídos de su ciencia. El escriba de la Baja Séforis, convencido por Jesús de la falsedad por sus añadiduras, se convirtió y se apartó completamente de los fariseos y declaró a su comunidad que él enseñaría en adelante la ley sin añadidura, y si no lo querían así, se retiraría de ellos.

Esa añadidura en la ley del divorcio era la siguiente: "Si una parte de los dos casados tuvo relación antes con algún otro, entonces no subsiste el matrimonio, y aquél que tuvo relación con esa parte puede reclamar esa parte como suya, aun en el caso de que ambos vivan perfectamente de acuerdo". Esta añadidura y su

explicación las rechazó Jesús declarando que la ley de la separación y del divorcio es ley dado sólo para un pueblo grosero. Dos de los principales fariseos estaban a punto de declarar una separación semejante para su propia conveniencia y por esto habían introducido esta añadidura a la ley general. Nadie sabía esto; pero lo sabía bien Jesús; por esto les dijo: "¿No estáis vosotros defendiendo con esta añadidura quizás vuestro propio asunto?" Estos fariseos se irritaron sobremanera al verse descubiertos.

# XXXIV

**Jesús en Nazaret**

esús se dirigió a Nazaret para llegar a la cual tenía un camino de dos J horas. Entró en la casa que había sido, fuera de la ciudad, del esenio ya difunto, Eliud, su amigo. Allí le lavaron los pies, le dieron alimento y le dijeron cuanto se alegraban los nazarenos de su venida. Jesús les respondió:

"Esa alegría no durará mucho; pues no querrán oírme lo que les quiero decir". Subió a la ciudad. En la puerta había apostado uno que debía dar el aviso de su llegada. Apenas apareció Él le salieron al encuentro varios fariseos y gente del pueblo. Lo recibieron solemnemente y quisieron llevarlo a un albergue público donde le prepararon una comida de recepción antes del sábado.

Él no aceptó y dijo que tenía otras cosas que hacer, y entró en la sinagoga, adonde le siguieron y donde se reunió mucha gente. Era antes del comienzo del sábado.

Jesús enseñó de la venida del reino, del cumplimiento de las profecías; pidió el rollo de Isaías, lo abrió y leyó (61-1): "El Espíritu del Señor sobre mí, porque el Señor me ha ungido y me ha enviado para evangelizar a1 los mansos, para curar a los de corazón contrito y predicar la redención de los esclavos y la libertad a los que están encarcelados". Estas frases las explicó como si se tratase de Él mismo: de que el Espíritu del Señor había venido sobre Él para predicar la salud a los pobres, a los miserables, y cómo debía ser arreglado todo lo injusto, consolando a las viudas, sanando a los enfermos y perdonando a los pecadores. Habló tan hermosamente y tan amablemente que todos estaban llenos de admiración y de alegría, diciéndose entre sí: "Habla como si realmente fuera Él mismo el Mesías".

La admiración los había entusiasmado de tal manera que ya se tenían por gran cosa porque Él fuera de su ciudad. Jesús siguió enseñando mientras llegó el Sábado y habló de la voz del que prepara el camino en el desierto y como debe ser reparado lo injusto y allanado lo tortuoso. Después de esto estuvo Jesús con ellos en una comida. Se mostraron muy amigos y dijeron que había muchos enfermos y que se dignase curarlos. Jesús no aceptó y ellos lo llevaron a bien,

pensando que a la mañana quizás lo haría. Después de la comida salió fuera de la ciudad, con los esenios. Como éstos se alegraban del buen recibimiento que le habían hecho en la ciudad, Jesús les dijo que esperasen hasta el día siguiente, que ya verían otra cosa muy diferente.

Cuando a la mañana siguiente Jesús entró de nuevo en la sinagoga, quiso un judío, al cual le correspondía el turno acostumbrado, tomar los rollos de las Escrituras; pero Jesús los pidió y leyó el libro quinto de Moisés, capítulo 4, de la obediencia a los Mandamientos, y cómo no se debía hacer nada en contra de ellos, y cómo Moisés les explicó a los hijos de Israel lo que Dios mandaba y cómo ellos los observaban muy mal. Entraron también en la lección los diez Mandamientos y la explicación del primero sobre el amor de Dios. Jesús enseñó con severas palabras y les reprochó que añadiesen muchas cosas a la ley para oprimir al pueblo, mientras ellos no observaban ni siquiera la ley. Les reprochó tan severamente que ellos se irritaron, pues no podían negarle que Él dijera la verdad. Murmuraban entre ellos, diciendo: "¿Cómo es que de repente se ha puesto tan osado?... ¡Faltó algún tiempo de aquí y ahora se presenta como si fuera una maravilla!... Habla como si fuese el Mesías. Pero nosotros conocemos bien al que fue su padre, el carpintero, y a Él le conocemos también. ¿Dónde ha aprendido? ¿Cómo se atreve a decirnos esto?"

De este modo comenzaron silenciosamente a irritarse cada vez más contra Él, porque se avergonzaban delante del pueblo, al verse reprendidos. Jesús siguió enseñando; a su tiempo salió de la ciudad y se retiró con los esenios.

Aquí acudieron a verlo los hijos de un hombre rico, aquéllos mismos que le habían pedido anteriormente que los recibiese entre los discípulos, pero cuyos padres sólo buscaban fama y provecho de ciencia para sus hijos.

Pedían que Jesús comiese con ellos. Jesús no aceptó la invitación. Pidieron de nuevo que los recibiese diciendo que ellos habían cumplido lo que les había dicho. Entonces les contestó: "Si vosotros habéis cumplido todo eso, entonces no necesitáis ser mis discípulos; podéis ser vosotros también maestros". Con esto los despachó.

Jesús comió con los esenios y enseñó en rueda de familia. Ellos le contaron que eran oprimidos allí. Él les aconsejó ir a vivir a Cafarnaúm, donde Él también se retiraría a vivir en adelante.

# XXXV

**Los fariseos se irritan contra Jesús e intentan precipitarlo** ientras tanto habían hecho consulta los fariseos y habían resuelto que M si volvía a hablar tan osadamente como la tarde anterior le mostrarían que no tenía derecho alguno y harían con Él lo que los fariseos de Jerusalén deseaban hace tiempo. Esperaban, no obstante, que se mostraría adulado y que haría prodigios por respeto a ellos. Cuando Jesús llegó a la sinagoga para la conclusión del sábado habían traído algunos enfermos. Jesús pasó entre ellos sin sanar a ninguno. En la sinagoga continuó hablando del cumplimiento de los tiempos, de su misión, del último tiempo de la gracia y de su corrupción y del castigo que sobrevendrá si no se corregían; y de cómo Él había venido para ayudarlos, sanarlos y enseñarles. Entonces se irritaron especialmente cuando dijo: "Vosotros decís: Médico, cúrate a tí mismo. Como has hecho prodigios en Cafarnaúm, hazlos también aquí, en tu patria. Pero no hay profeta acepto en su propia patria".

Añadió que los tiempos presentes eran como tiempos de grande hambre, y comparó las poblaciones a pobres viudas. "En tiempos de Elías, prosiguió, había muchas viudas pobres en el país, pero el profeta no fue enviado a ninguna de ellas, sino a la viuda de Sarepta; y en los tiempos de Elíseo había muchos leprosos, y sin embargo no sanó sino a Naaman, que era un sirio".

Comparó su ciudad con un leproso, que no sería curado.

Los fariseos se irritaron sobremanera de que los igualase con los leprosos; se levantaron de sus asientos, se enfurecieron y quisieron poner las manos en Él; pero Jesús les dijo: "Cumplid lo que vosotros enseñáis sobre el Sábado y no lo quebrantéis; más tarde podréis hacer lo que pensáis hacer".

Entonces lo dejaron enseñando y se fueron murmurando, con expresiones de burla. Dejaron sus asientos y se dirigieron a la puerta. Jesús explicó sus últimas palabras y salió de la sinagoga. Unos veinte fariseos le rodearon a la salida y sujetándolo junto a la puerta, le dijeron: "Vamos, ahora ven con nosotros a un lugar alto; allí podrás repetir tu enseñanza y nosotros te contestaremos como se merece". Él les dijo que lo dejasen libre porque los seguiría, y ellos marchaban rodeándole como guardias y mucho pueblo iba detrás. Se levantó un griterío y una serie de burlas no bien concluyó el Sábado. Se enfurecían cada vez más y

cada uno quería rivalizar en decir alguna burla más hiriente. "¡Queremos contestarte! ¡Queremos que vayas a la viuda de Sarepta! ¡Conviene que vayas a sanar al sirio Naaman! ¡Si eres Elías, conviene que marches al cielo! Nosotros queremos señalarte un buen sitio. ¿Quién eres Tú? ¿Por qué no has traído a tus secuaces? No tuviste valor de traerlos. ¿No tenías el pan asegurado en compañía de tus pobres padres?... Y ahora que estás saciado, ¿quieres burlarte de nosotros?

Nosotros queremos oírte. Debes hablar ahora delante de todo el pueblo, a cielo descubierto, y nosotros te contestaremos".

Con estos gritos sarcásticos y burlas fueron subiendo la pendiente de la ciudad. Jesús continuaba enseñando tranquilo, contestando sus sarcasmos con palabras de la Escritura y profundas reflexiones que los avergonzaba en parte y aumentaba su irritación.

La sinagoga estaba situada en la parte occidental de la ciudad. Era ya oscuro y portaban algunas antorchas consigo. Llevaron a Jesús a la parte oriental de la sinagoga, y detrás de ella se volvieron a una ancha calle hacia el occidente. Llegaron a una alta pendiente en cuyo lado Norte había un pantano y en la parte del Mediodía formaba una prominencia rocosa sobre un precipicio escarpado. Había allí un lugar donde solían precipitar a los malhechores. Una vez en el lugar pretendían primero preguntar y hacer hablar a Jesús, para arrojarlo luego al precipicio, que terminaba en una estrecha garganta rocosa. Cuando se acercaban al lugar, se detuvo Jesús, que estaba entre los fariseos, como un preso, mientras ellos continuaron su camino, injuriando y denostando al Señor. En ese momento vi dos figuras luminosas al lado de Jesús: éste volvió sobre sus pasos y pasó por en medio del populacho que vociferaba (sin ser visto); luego lo vi caminando tranquilamente junto al muro de la ciudad hasta la puerta por donde había entrado ayer. Entró de nuevo a la casa de los esenios. Ellos no habían estado temerosos por Él; creían en Él y esperaban su llegada. Jesús habló con ellos de su caso; les dijo de nuevo se retirasen a Cafarnaúm; les recordó que les había predicho este suceso de Nazaret, y después de media hora abandonó el lugar y partió en dirección de Cana.

Nada puede imaginarse de más ridículo que la locura y la confusión que se originó entre los fariseos y demás cuando no vieron más a Jesús entre ellos, a quien creían tener seguro en sus manos. Era un griterío: "¡Alto! ¿Dónde está?" El populacho que venía detrás, avanzaba irresistiblemente. Ellos querían retroceder para ver donde se ocultaba y en el sendero angosto se formó una

confusión y un desorden de gritos, de órdenes y contraórdenes, de inculpaciones recíprocas, mientras corrían a todos los huecos y cuevas pensando encontrarlo escondido en algún lugar secreto. Con las antorchas iluminaban todos los rincones y corrían peligro de romperse el pescuezo bajando y subiendo por los riscos en busca de Jesús. Terminaron por insultarse unos a otros culpándose de haberlo dejado escapar. Finalmente se dieron por vencidos y se volvieron calladitos a la ciudad. Jesús ya hacía tiempo que estaba fuera de la ciudad, de modo que tuvieron un nuevo desengaño al custodiar las laderas de la montaña y las salidas de la ciudad.

Al regresar quisieron justificar su fracaso, diciendo: "Ya veis qué hombre es éste; un hombre entregado a la magia; un endemoniado; el diablo le ha ayudado; ahora aparecerá en otro rincón del país para perturbar allí el orden y causar trastorno".

A sus discípulos ya les había dicho Jesús que abandonasen la ciudad de Nazaret y le esperasen en un determinado lugar camino de Tarichea.

Saturnino y otros discípulos habían sido citados también en este lugar. A la alborada se encontraron todos juntos con Jesús y descansaron en un valle solitario. Saturnino había traído panes y miel. Jesús habló de los sucesos de Nazaret, mandándoles mantenerse serenos y callados para no estorbar su futura misión. Luego anduvieron por sendas solitarias, junto a algunas ciudades, a través de valles, hacia la desembocadura del Jordán en el mar de Galilea. Había una gran ciudad al pie de una montaña al extremo Sur del mar de Galilea, no lejos de la desembocadura del Jordán, en una especie de península. Había un gran puente y un dique para entrar en la ciudad. Entre la ciudad y el mar se extendía una faja de tierra con suave pendiente cubierta de verdor. La ciudad se llama Tarichea.

# XXXVI

### Jesús sana a los leprosos de Tarichea

esús no entró en la ciudad sino que por un sendero lateral se acercó a J una muralla del Sur, no lejos de la entrada donde había una serie de chozas habitadas por leprosos. Cuando Jesús se acercó a estas chozas, dijo a los discípulos: "Llamad desde la distancia a estos leprosos para que me sigan, que los voy a sanar. Cuando salgan, apartaos para que no os espantéis y no contraigáis impureza legal y no habléis luego de lo que veáis aquí.

Vosotros conocéis la ira de los nazarenos, y no debéis irritar a nadie". Jesús continuó su camino hacia el Jordán, mientras los discípulos clamaban a los leprosos: "Salid fuera y seguid al profeta de Nazaret. Él os ha de sanar".

Cuando vieron que salía la gente ellos se apartaron prontamente de allí.

Jesús caminaba lentamente apartado del camino. Cinco hombres de diversas edades salieron de las celdas hechas en las murallas, y seguían a Jesús en fila hasta un lugar apartado, donde se detuvo. Los leprosos vestían túnica larga y blanca, sin correa, llevaban una capucha sobre la cabeza que les cubría también la cara y delante tenía dos tiras de tela negra con dos aberturas para los ojos. El príncipe de ellos se echó al suelo y besó la orla de su vestido. Jesús, volviéndose a él, le puso la mano en la cabeza, oró, lo bendijo y le mandó ponerse a un lado. Luego hizo lo mismo con los cinco.

Después descubrieron los rostros y las manos. Las costras de la lepra se desprendía de ellos. Jesús les hizo una admonición sobre el pecado por el cual habían contraído la enfermedad, les enseñó cómo debían portarse en adelante y les mandó no decir que Él los había sanado. Ellos decían:

"¡Señor, Tú apareciste tan inesperado entre nosotros!... Tanto tiempo habíamos esperado tu presencia y suspirado por Ti. No teníamos a nadie que representara nuestra miseria y te condujera hasta nosotros. Señor, Tú apareces ahora de repente, ¿cómo quieres que callemos nuestra alegría y el portento que obraste con nosotros?"

Jesús les mandó nuevamente que no hablasen del caso hasta que hubiesen cumplido con las prescripciones de la ley; que se presentasen a los sacerdotes para que vieran que estaban limpios y cumplieran con el sacrificio y las purificaciones legales. Sólo entonces podían decir quién los había sanado. Se echaron de nuevo a sus pies y volvieron a sus celdas. Jesús se acercó a sus discípulos en dirección del Jordán. Estos leprosos no estaban encerrados: tenían marcado el sitio hasta donde podían andar; nadie se acercaba a ellos; se les hablaba desde la distancia; se les ponía la comida en fuentes en determinados lugares: estas fuentes no volvían a los sanos, sino que eran enterradas o deshechas por ellos mismos. Se les traía siempre nuevos cacharros de poco valor.

Jesús anduvo un trecho con sus discípulos, entre amenos lugares llenos de plantas e hileras de árboles hacia el Jordán donde descansaron y tomaron alimento en un paraje solitario. Pasaron luego el río sobre una navecilla. En diversos lugares del río se ven estos esquives para que uno mismo pueda pasar y eran después llevados a su lugar por hombres que trabajan de trecho en trecho en la playa y habitan en chozas de la ribera. Jesús marchó con sus cuatro discípulos no muy cerca del mar, sino en dirección Este, hacia la ciudad de Galaad. Los cuatro discípulos eran: Pármenas de Nazaret, Saturnino y Thar-zissus y su hermano Aristóbulo. Este Tharzissus fue más tarde obispo de Atenas y Aristóbulo ayudante de Barsabas. Yo oí que se hizo esto llamándolo "hermano", pero entiendo que era sólo hermano espiritual. Estuvo mucho con Pablo y Barnabas y creo que fue obispo de Britania. Fueron llevados a Jesús por medio de Lázaro. Eran extranjeros, griegos, me parece y su padre había inmigrado hacia poco tiempo a Jerusalén. Eran comerciantes de ultramar y he visto que los siervos y esclavos de su padre habían venido sobre transportes con sus animales de carga al bautismo de Juan, después de haber escuchado sus enseñanzas. Por medio de estos siervos fueron noticiados los padres de estos jóvenes, que concurrieron con sus hijos adonde estaba Juan; los padres se hicieron bautizar y circuncidar y se establecieron en Jerusalén con toda la familia.

Tenían riquezas y dejaron más tarde todo para provecho de la comunidad cristiana. Ambos hermanos eran de alta estatura, algo morenos, diestros y poseían una esmerada cultura. Eran dos hombres jóvenes osados, resueltos y diestros en preparar lo necesario en los caminos.

# XXXVII

### Conversaciones con los discípulos

esús atravesó el arroyuelo que bajaba a la comarca. El profeta Elías J había estado también en este lugar. Jesús habló de esto y durante todo el camino enseñó con comparaciones y parábolas tomadas de las cosas que se presentaban a la vista: arbustos, piedras, plantas, lugares y de los estados y ocupaciones de la vida. Los discípulos preguntaban sobre las cosas que habían pasado en Séforis y en Nazaret. Jesús habló del matrimonio con ocasión de la disputa con los fariseos de Séforis, contra el divorcio, y de la indisolubilidad de la palabra dada. Añadió que el divorcio sólo fue permitido por Moisés por tratarse de un pueblo grosero y pecador.

Los discípulos interrogaron a Jesús acerca de lo que decían los nazarenos, de que Él no había tenido amor fraterno, pues no había querido sanar a los enfermos en la ciudad paterna, que por eso debía serle más próxima; si no debía, acaso, amarse a los ciudadanos como a nuestros prójimos más cercanos. Les enseñó Jesús intensamente sobre el amor al prójimo con toda clase de comparaciones y preguntas. Tomaba las comparaciones de varios estados de la vida sobre los cuales hablaba, señalando lugares lejanos que se podían ver desde allí y donde se ejercían diversos oficios. Les dijo que los que pretendían seguirle debían dejar padre y madre, aún cumpliendo el cuarto mandamiento. Debían tratar a su ciudad natal, como Él había tratado a Nazaret, y, sin embargo, tener amor al prójimo. Dios, el Padre celestial, es el prójimo más cercano, y es le que le había enviado a Él. Pasó a hablar del amor al prójimo según la gente del mundo, y a propósito de Galaad, adonde iban encaminados, dijo que los publícanos de allí amaban más a aquellos que más dinero les proporcionaban, pagando más impuestos. Señalando luego a Dalmanutha10, que estaba a su izquierda, dijo: "Esos fabricantes de tiendas y de alfombras aman a los prójimos que más tiendas y más alfombras les compran, y dejan a sus pobres sin techo y abandonados".

Luego tomó una comparación de los fabricantes de sandalias y suelas para los zapatos y la aplicó a los nazarenos que le invitaron por pura curiosidad.

Les dijo: "No necesito de vuestras demostraciones de honor, que son como las suelas pintadas en los talleres de los zapateros y que luego se pisan y se llevan

sobre el lodo". Y añadió: "Ellos son como los zapateros de aquella ciudad (y señaló una): desprecian a sus propios hijos y los despachan y cuando vuelven del extranjero y han aprendido algo nuevo sobre suelas pintadas, una nueva moda, entonces los hacen venir de nuevo por curiosidad y vanidad, para pavonearse con las nuevas suelas, que luego serán pisadas y arrastradas por el barro como ese mismo honor". Les hizo también una pregunta: "Si uno rompe una suela en el viaje y va al zapatero para comprar otra nueva, ¿le regalan acaso la otra?" De este .modo habló también sobre la pesca, la edificación y otros oficios manuales de los contornos.

Los discípulos le preguntaron dónde pensaba habitar, si quería edificarse una casa en Cafarnaúm. Él les contestó que no edificaba sobre arena y habló de otra clase de ciudad que deseaba edificar. Yo no entendía bien cuando Jesús hablaba caminando. Cuando les hablaba estando sentado, entendía mejor. Recuerdo que dijo que quería tener una barca propia para ir y venir por el lago, pues deseaba enseñar desde el mar y desde la tierra.

# XXXVIII

**Galaaditis, Galaad, Gamala, Gerasa**

sí llegaron a la comarca de Gelaaditis. Allí se habían detenido A Abrahán y Loth, y hubo aquí una repartición de tierras entre ellos.

Jesús recordó esto, y les dijo que no hablasen de la curación de los leprosos para no irritar a nadie y que debían portarse ahora prudentemente para no despertar la suspicacia de otros, puesto que los nazarenos habían hecho mucho ruido y despertado el enojo en otros. Dijo que el Sábado siguiente quería enseñar de nuevo en Cafarnaúm: allí verían lo que es el amor del prójimo y la gratitud de los hombres. Les anunció que lo recibirían de muy diferente manera que cuando sanó al hijo del centurión.

Habrían andado algunas horas hacia el Noreste en un recodo del mar cuando llegaron frente a Galaad al Sur de Gamala11. Había aquí paganos y judíos como en la mayoría de estas ciudades. Los discípulos hubieran deseado entrar, pero Jesús les dijo que si iba Él con los judíos de aquí no le darían nada y le recibirían mal, y si entraban en casa de los paganos murmurarían los judíos y lo calumniarían. Dijo que esta ciudad sería destruida y que era muy mala. Los discípulos hablaron también de un cierto Agabus, un profeta que vivía ahora de Argob, en estas regiones, que de tiempo atrás tenía visiones de la misión de Jesús y que había profetizado de Él no hace mucho; más tarde fue un discípulo. Jesús les dijo que sus padres eran herodianos y que le habían educado en esa misma secta, pero que se había convertido.

Añadió Jesús que estas sectas eran sepulcros blanqueados, que por dentro estaban llenos de podredumbre. Estos herodianos estaban de la parte oriental del Jordán, en Pe-rea, Traconítidis, e Yturea especialmente. Se mantienen ocultos, llevan una vida tenebrosa y se ayudan unos a otros secretamente.

Acuden muchas pobres gentes a ellos, y ellos, aparentemente, las ayudan, porque en lo exterior son muy farisaicos; trabajan secretamente por la libertad de los judíos del yugo de los romanos y son partidarios de Herodes.

Hacen obra tenebrosa, como entre nosotros los masones.

Tuve el convencimiento, por las palabras de Jesús, de que ellos se mostraban muy observantes y santos, pero que eran hipócritas y fingidos.

Jesús permaneció con los discípulos en un albergue de publícanos. Había aquí muchos publícanos reunidos a quienes los paganos pagaban impuestos por las mercaderías que introducían al país. Parecía que no lo conocían.

Jesús no les habló. Enseñó aquí de la proximidad del reino y del Padre que envía a su Hijo a la viña y les dio a entender muy claramente que Él era el Hijo, añadiendo que todos aquellos que hacían la voluntad de su Padre eran hijos de Dios. Con esto quedó algo oculto lo que les había manifestado antes claramente. Los exhortó al bautismo: se convirtieron algunos y preguntaron si debían hacerse bautizar por los discípulos de Juan. Él les respondió que esperasen hasta que fuesen allá a bautizar sus propios discípulos. Los discípulos preguntaron hoy si su bautismo era diferente del de Juan, porque ellos habían recibido el de Juan. Jesús hizo una diferencia y llamó al de Juan una purificación de penitencia. En esta enseñanza con los publícanos hubo una referencia a la Trinidad, hablando del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en una Unidad; pero lo dijo en otra manera. Los discípulos de aquí no se extrañaban de tratar con los publícanos. Como Jesús había estado con los esenios en Nazaret y los fariseos le reprochaban esto mismo, preguntaron ellos algo sobre los esenios, y he oído que Jesús preguntando varias cosas indirectamente, los alababa. Así, mencionando las faltas que se cometían contra el amor del prójimo y la justicia, preguntaba: "¿Hacen los esenios esto?... ¿Hacen acaso los esenios aquello otro?".

Al llegar cerca de Galaad salieron algunos endemoniados gritando, mientras corrían hacia una comarca desierta. Estaban abandonados y robaban y asaltaban a las gentes de los alrededores, matando y cometiendo toda clase de fechorías. Jesús los miró, los bendijo desde lejos, y de pronto se callaron, se vieron libres y acudieron a postrarse a sus pies. Jesús los exhortó a la penitencia y al bautismo y les dijo que esperasen hasta que sus discípulos bautizasen en Ainón.

Alrededor de Galaad era un terreno pedregoso sobre un suelo blanquizco y deleznable. Se dirigió Jesús con los suyos hacia la montaña en cuyo extremo Sur está la ciudad de Gamala en dirección Noroeste respecto del mar de Galilea. Pasó por Gerasa, que se veía en lontananza, camino de una hora, en una hondonada, y que tenía en torno unos pantanos formados por las aguas detenidas por un dique, que corrían entre peñascos al mar de Galilea. Jesús habló con los discípulos de este lugar. Cierto profeta había sido burlado a causa de su rostro

algo deforme y les había dicho: "Oíd vosotros, que os burláis de mi persona: vuestros hijos quedarán obstinados cuando venga Uno más grande que yo, que enseñará y sanará aquí, y ellos no se alegrarán de la salud, por la pena que tendrán a causa de la pérdida de animales inmundos". Era una profecía sobre Jesús, referente a la entrada de los demonios en los cerdos de los gerásenos.

Jesús habló también de lo que le esperaba en Cafarnaúm. Los fariseos de Séforis, irritados por su enseñanza sobre el matrimonio, habían enviado mensajeros a Jerusalén, y los nazarenos se habían unido a ellos en sus quejas, y ahora hay en Cafarnaúm una cuadrilla de fariseos de Jerusalén, de Nazaret y de Séforis para espiar a Jesús, contradecirle y disputar con ÉL En este camino se encontraron con grandes caravanas de gente pagana con mulos y bueyes, de gruesas bocas, que caminaban con la cabeza inclinada por los pesados y anchos cuernos. Eran mercaderes que venían de Siria e iban a Egipto y que en parte pasaban el río en Gerasa y en parte más arriba, por los puentes del Jordán. Había mucha gente que se había agregado a la caravana para oír al profeta y así una parte acudió a Jesús y preguntaron si el profeta enseñaría en Cafarnaúm. Él les dijo que no fueran ahora a Cafarnaúm sino que se estacionaran en la ladera de la montaña, junto a Gerasa, que el Profeta pasaría por allí. Él habló de tal manera con ellos, que preguntaron: "Señor, ¿eres también un profeta?" Y por su aspecto se pusieron a pensar si no sería Él mismo el profeta.

Cuando Jesús entró con los discípulos en un albergue, cerca de Gerasa, había un tumulto tal de paganos y viajeros, que se retiró de allí. Los discípulos hablaron con los paganos del Profeta y los instruyeron. Gerasa está situada en la bajada de un valle, como a hora y media del mar de Galilea. Es más grande e importante que Cafarnaúm, con mezcla de paganos, como casi todas las ciudades de los contornos. Veo templos. Los judíos son la minoría y son oprimidos; con todo, tienen su escuela y sus maestros. Hay mucho comercio y manufactura, porque pasan por aquí las caravanas de Siria y de Egipto. Delante de la puerta he visto un largo edificio, como de un cuarto de hora de camino, donde fabricaban largas barras y caños de hierro. He visto que fabricaban las barras planas y luego las unían soldándolas y redondeándolas. También hacían caños de plomo.

No trabajaban quemando troncos de leña, sino una especie de ladrillos negros que sacaban de la tierra. El hierro les llegaba de Argob. Los viajeros paganos se habían estacionado al Norte de Gerasa, en la parte Sur de la montaña, en una ladera. Había paganos y judíos que se mantenían apartados de los demás. Los paganos vestían diferente de los judíos: tenían ropas hasta la mitad de las

piernas. Debía haber ricos entre ellos, porque he visto mujeres que tenían los cabellos recogidos con una gorra de perlas y piedras preciosas. Otras tenían el velo y los cabellos afuera, recogidos, como formando un cestillo, adornado con perlas.

Jesús se dirigió a esta ladera y enseñó a las gentes, caminando, mientras iba de un grupo a otro, o parándose ya en uno ya en otro. Caminaba y enseñaba como en conversación con viajeros. Usaba preguntas y enseñaba con las respuestas. Preguntaba: "¿De dónde sois? ¿Qué os mueve a viajar? ¿Qué esperáis vosotros del Profeta?" Y les decía como tenían que hacer para hacerse partícipes de la salud. Decía: "¡Dichosos los que de tan lejos vienen a buscar la salud! ¡Ay de aquellos entre los cuales está la salud y no la reciben!" Les explicó las profecías del Mesías, la vocación de los infieles, y contó el llamado de los tres Reyes Magos, de lo cual tenían ellos conocimiento. Entre los de la caravana había algunos de la región de Edesa, donde el siervo del rey Abgaro había llevado la carta y el retrato de Jesús, y pernoctado en el horno de ladrillos. Jesús no sanó aquí a ningún enfermo. La gente en general era buena. Con todo había una parte a la cual le pesaba haber tomado parte en el viaje: se había imaginado una cosa muy diferente del profeta, según sus sentidos y gustos.

Después de esta enseñanza fue Jesús con los cuatro discípulos a comer con un maestro judío 'fariseo, que vivía delante de la ciudad y le había invitado, y que por soberbia no había aparecido en su enseñanza a los paganos.

Estaban presentes otros fariseos de la ciudad. Recibieron a Jesús cortésmente, pero con hipocresía, y en la mesa se presentó la ocasión para decirles de una vez toda la verdad. Un esclavo pagano trajo una hermosa fuente variopintada con una torta de confituras artísticamente hecha, formando figuras de pájaros y flores, para depositarla sobre la mesa. Uno de los fariseos promovió un tumulto diciendo que en la fuente había algo de impuro, rechazó al pobre esclavo, lo injurió y lo mandó afuera. Jesús dijo entonces: "No es la fuente, sino lo que está dentro lo que está lleno de impureza". El dueño de la casa replicó: "Tú te equivocas; la confitura es absolutamente pura y muy costosa". Jesús quería decir tanto como esto: "Es muy impuro, pues esto no es sino un compuesto de sensualidad amasado con el sudor, la sangre, los huesos y las lágrimas de las viudas, los huérfanos y los pobres". A continuación les dirigió una severa reprensión a su conducta de derroche, avaricia e hipocresía. Ellos se irritaron mucho y como no pudieron replicarle, abandonaron la casa todos, menos el dueño de ella, que continuó halagando a Jesús, porque tenía ]a consigna de

espiarlo para llevarlo a la reunión que los fariseos pensaban celebrar en Cafarnaúm.

Hacia la tarde enseñó nuevamente a los paganos, junto a la montaña. Al preguntar si debían hacerse bautizar por los discípulos de Juan y al manifestar el deseo de establecerse en esta región, les aconsejó Jesús que en cuanto al bautismo esperasen un poco hasta que estuviesen mejor instruidos y en cuanto a lo demás, se fuesen al otro lado del Jordán, en la alta Galilea, en la región de Adama, donde había paganos bien instruidos y gente buena, donde pensaba Él ir dentro de poco a enseñar. Continuó su instrucción a la luz de las antorchas. Después los dejó y caminó por la orilla del mar hasta un lugar donde los criados de Pedro le esperaban con una barca.

Era ya muy tarde, y los tres criados de Pedro usaban teas encendidas cuando se embarcaron a una media hora de Bethsaida-Julias. La barca donde subió Jesús la habían acomodado Pedro y Andrés con sus siervos para Jesús. Éstos eran no sólo pescadores y marineros, sino que sabían hacer sus barcas.

Pedro tenía tres de estas barcas, una de ellas tan grande como una casa. La barca que hizo para Jesús podía contener como diez hombres y por el ancho y largo tenía forma de un huevo. La parte delantera y la posterior estaban cerradas, y se podía guardar allí lo necesario y había comodidad para lavarse los pies. En medio se alzaba el mástil y desde los bordes salían pértigas que iban al mástil. Sobre las pértigas se enderezaban las velas. En torno del mástil estaban los asientos. Desde esta barca enseñó Jesús muchas veces y muchas navegó de una a otra orilla entre las otras naves. Las naves grandes tenían en torno del mástil pabellones redondos en forma de terrazas, como galerías, unas sobre otras, desde donde se podía ver, y arriba se podía uno retirar a solas. En las pértigas que iban al mástil había resaltos para poder subir y a ambos lados de la nave había cajones como lastre o balsas para que la nave no volcase en las tormentas y con las cuales se aligeraba la nave o se hundía a voluntad del conductor. A veces estos cajones estaban llenos de agua, a veces flotaban vacíos. También solían meter allí los pescados. Se podían acomodar tablas delante y detrás de estas naves para llegar mejor a las balsas o pasar de una nave a otra o recoger las redes. Cuando no pescaban usaban estas naves para pasar caravanas de mercaderes. Los siervos de estos pescadores y marinos eran en su mayor parte esclavos paganos. Pedro tenía cierto número de ellos a su servicio.

# XXXIX

**Jesús en casa de Pedro. Medidas de los fariseos** esús desembarcó arriba de Bethsaida, no lejos de la casa de los leprosos, J donde le esperaban Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Menor y Felipe.

Jesús no entró en Bethsaida, sino que anduvo con ellos por el camino más corto, sobre una altura, hasta la casa de Pedro, en el valle entre Bethsaida y Cafarnaúm. Allí estaban María y las santas mujeres. La suegra de Pedro estaba enferma, en cama. Jesús la visitó, pero no la sanó aún. Le lavaron los pies y se preparó una comida, durante la cual la principal conversación fue que los fariseos de diversas escuelas de Judea y de Jerusalén habían mandado a quince fariseos a Cafarnaúm para espiar las enseñanzas de Jesús.

De los centros más grandes vinieron dos, de Séforis uno, y de Nazaret aquel hombre joven que varias veces había pedido a Jesús que lo admitiese entre sus discípulos y había sido rechazado. Había sido nombrado escriba por esa comisión y hacía poco había contraído matrimonio. Jesús dijo a los discípulos: "¿Veis por quién me habéis rogado? Viene para espiarme y pide ser mi discípulo". Este joven había querido ser discípulo por vanidad y adquirir fama, y como no fue recibido se había unido a los enemigos de Jesús. Estos fariseos debían permanecer largo tiempo en Cafarnaúm.

De los llegados a Cafarnaúm uno debía volver para referir y el otro permanecer para espiar a Jesús. Habían celebrado una reunión y tenían delante de sí al centurión Serobabel, al padre y al hijo preguntándoles sobre su curación y la enseñanza que habían oído. No podían negar la curación ni rechazar su enseñanza; pero no se mostraron satisfechos del modo como había sucedido. Les irritaba que Jesús no hubiese estudiado con ellos; que anduviera con gente despreciada, como eran los esenios, pescadores, publícanos y pecadores; que no tuviera mandato de Jerusalén; que Él no les preguntara a ellos, que eran sabios y doctores; que no fuera ni fariseo ni saduceo; que enseñara entre los samaritanos, y que sanara en día de Sábado.

En una palabra, no les gustaba, porque debían humillarse y avergonzarse si le reconocían como Mesías. El hombre joven de Nazaret era enemigo declarado de los samaritanos, a los que perseguía en toda forma. Los amigos y parientes de

Jesús deseaban que no fuera Jesús a enseñar el sábado en Cafarnaúm. María estaba muy preocupada y expresó el deseo de que pasase a la otra parte del mar. En tales ocasiones Jesús solía contestar brevemente, sin mayores explicaciones.

Había en Bethsaida y Cafarnaúm grandes multitudes de enfermos, de paganos y de judíos. Varios grupos de viajeros que habían encontrado a Jesús al otro lado del mar, le aguardaban aquí. En Bethsaida había grandes albergues abiertos cubiertos con juncos, separados, para los paganos y los judíos; en la parte superior estaban los baños para los paganos y en la parte inferior para los judíos.

Pedro había recibido a muchos enfermos judíos en el circuito de sus posesiones y alrededor de su casa. Jesús sanó a muchos de ellos al día siguiente, muy de madrugada. Jesús le había dicho ayer tarde que dejase hoy su oficio de pescar y le ayudase en la pesca de hombres: que pronto lo iba a llamar para ese oficio. Pedro obedeció, pero se encontraba en una angustia.

A él siempre le pareció que la vida con Jesús era para él demasiado elevada, que no podría comprenderlo. Pedro creía, veía los milagros, daba todo lo que podía de buena gana, hacía todo con voluntad; pero siempre pensaba que él no era para tanto, que no servía para eso, que era demasiado simple, que no era digno, y a todo esto se mezclaba un secreto temor por su propio oficio y su negocio. También le era muy duro, cuando se burlaban de él, de que siendo un simple pescador alternaba con un profeta, andaba en pos de él y permitía que en su casa hubiese esa turba de gente que iba y venía, descuidando sus intereses. Todo esto batallaba dentro de Pedro: él no era tan ardiente como Andrés y los demás, aunque lleno de fe y de amor a Jesús; pero era corto, humilde y acostumbrado a su trabajo, y se mantenía sencillo en su humilde ocupación.

Jesús caminó con Pedro desde la casa, a través de la ladera del monte, hasta el extremo Norte de Bethsaida. Todo este camino estaba lleno de enfermos, paganos y judíos, aunque separados, y los leprosos puestos a distancia.

Había allí ciegos, baldados, mudos, sordos, quebrados y judíos hidrópicos.

Las curaciones se hacían con gran orden y con cierta solemnidad. Esta gente estaba allí desde hacía dos días, y los discípulos Andrés, Pedro y los demás a los cuales Jesús anunció su venida, los habían ordenado cómodamente, pues había en el camino algunos rincones apartados con sombra entre las rocas y en los jardines. Jesús enseñaba y sanaba a los enfermos, que eran traídos en grupos a su

presencia. Varios querían confesar con Él sus pecados, y Jesús se apartaba con ellos a solas. Ellos se hincaban, llorando y confesando sus culpas. Entre los paganos había algunos que habían cometido asesinatos y robos en su viaje. Algunos los dejaba Jesús yaciendo allí y pasaba a otros, y luego volvía a aquéllos y les decía: "Levántate, tus pecados te son perdonados". Entre los judíos había adúlteros y usureros.

Cuando Él veía su arrepentimiento y les había impuesto la reparación, oraba con ellos, ponía, sus manos sobre ellos, y se sentían entonces sanos. A muchos los mandaba bañarse. A algunos paganos los enviaba al bautismo o a los paganos convertidos de la Alta Galilea. Un grupo venía en pos de otro, y los discípulos guardaban el orden.

# XL

## Cura en Bethsaida a muchos enfermos

esús pasó a través de Bethsaida, que estaba llena de gentes, como en una J gran romería, y sanó a muchos enfermos en los albergues y en las mismas calles. En la casa de Andrés le habían preparado una refección.

Aquí había también niños: la hijastra de Pedro de unos diez años con otras niñas de su edad y otras dos niñas de diez y de ocho años, respectivamente, y un hijito de Andrés vestido con túnica amarilla y cinturón. Con ellas había algunas mujeres de edad. Estaban bajo el techo de la casa y hablaban del Profeta: corrían, iban y volvían, mirando si estaba cerca el Profeta. Estaban allí para verlo, porque ordinariamente los niños eran apartados en estas ocasiones. Jesús los miró al pasar y los bendijo.

Después he visto a Jesús volver a la casa de Pedro y sanar a muchos enfermos. Creo que eran más de cien las personas que sanó hoy, perdonándoles sus pecados y diciéndoles lo que debían hacer en lo sucesivo.

He visto aquí que sanaba de diversos modos a los enfermos. Lo hacía así para enseñar a los apóstoles como debían hacerlo después ellos, y para la Iglesia de todos los tiempos. En su modo de obrar y andar era como un hombre en la forma y en la figura: nada había en estas curaciones de teatral o de espectacular. En todas las curaciones había siempre un pasaje gradual de la enfermedad y del pecado a la salud y al perdón. He visto que aquellos a los que ponía las manos sobre la cabeza o sobre los que oraba, sentían una conmoción interna de unos momentos, y se veían sanos después de una especie de desvanecimiento momentáneo. Los baldados se levantaban lentamente, echaban sus muletas a un lado y se hincaban de rodillas para agradecer; pero las fuerzas completas y el vigor entraba en ellos de a poco; en algunos a las pocas horas, en otros después de unos días. He visto a hidrópicos que apenas podían llegar a Él y a otros que eran llevados: les ponía la mano sobre la cabeza y en la región del estómago; podían andar sanos después de su palabra, pero el agua se les iba luego poco a poco en sudor o en otra forma. Los leprosos perdían, ante su palabra, las costras enfermas; pero quedaban manchas encarnadas que desaparecían después de algún tiempo. Los que sanaban de la ceguera, mudez o de los oídos sentían al

principio una sensación desacostumbrada por no haber usado esos sentidos. He visto a hidrópicos que se sentían sanos, pero que conservaban algún tiempo la hinchazón, que se les iba luego lentamente. Los que tenían convulsiones sanaban en seguida; los que tenían fiebre la perdían también de golpe; pero en general no se sentían de repente sanos, frescos y fuertes, sino que mejoraban como una planta reseca con el agua de la lluvia. Los endemoniados caían frecuentemente en desmayo breve y luego se levantaban libres, pero con la mirada cansada e intranquila. Todo procedía con orden y quietud, y sólo los incrédulos y los enemigos de Jesús podían encontrar en sus milagros algo

que los atemorizaba.

Los paganos que habían venido hasta aquí eran generalmente gentes que habían estado en el bautismo o predicación de Juan: procedían de la Alta Galilea, donde los paganos habían ya oído a Jesús y visto sus milagros, y deseaban ser ellos instruidos y convertirse. Algunos tenían el bautismo de Juan, otros no lo tenían. Jesús no le mandaba a nadie la circuncisión.

Enseñaba, cuando se le preguntaba, de la circuncisión de los afectos del corazón y de los sentidos y como debían portarse en adelante. Los exhortaba al amor del prójimo, a la templanza, a la mortificación, a cumplir los diez mandamientos de Dios; les enseñaba partes de una oración, como algunas peticiones del Padre Nuestro, y les prometía enviarles a los apóstoles.

# XLI

**Jesús enseña y hace curaciones en Cafarnaúm** n la pasada tarde se veían banderas con los nudos de costumbre y E colgajos de frutas sobre la sinagoga y en los edificios públicos, porque entraba el último día del mes Ab y con el sábado empezaba el primer día del mes EliuK12. Después que Jesús hubo sanado a muchos enfermos judíos en Bethsaida, se dirigió con los discípulos a la casa de Pedro, junto a Cafarnaúm, adonde habían acudido ya las mujeres y donde le esperaban de nuevo muchos enfermos. Había allí dos sordos a quienes Jesús puso los dedos en los oídos. Trajeron a otros dos que apenas podían caminar, que tenían los brazos inmóviles y los dedos hinchados. Jesús les puso las manos, oró con ellos, y tomándolos de ambas manos, movió los dedos, y quedaron sanos. La hinchazón permaneció y desapareció después de algunas horas.

Los exhortó a usar sus manos en adelante para la gloria de Dios; pues por causa de pecados habían quedado en ese estado. Sanó a muchos aun y después marchó para el sábado a la ciudad. Había allí una gran multitud.

Habían dejado libres a los endemoniados, que corrían por las calles al encuentro de Jesús y clamaban en pos de Él. Jesús les mandó callar y salir de ellos. Entonces quedaron callados, y silenciosos acompañaron a Jesús a la sinagoga, con maravilla de todos los presentes, y escucharon su enseñanza allí dentro.

Los fariseos, especialmente los quince que habían venido para espiar, estaban sentados en torno de su asiento y le trataban con fingida reverencia.

Le dieron los rollos de la Escritura. Jesús enseñó sobre Isaías, capítulo 49, de que Dios no ha olvidado a su pueblo. Leyó: "Aunque una mujer olvide a su hijo, Dios no olvidará a su pueblo", y lo explicó con lo que sigue: Dios no puede, por la perversidad de los hombres, ser impedido de compadecerse de los desamparados. Es llegado el tiempo del cual el profeta habla, que ve siempre los muros de Sión. Ahora es el tiempo en que los destructores tienen que huir y vienen los maestros de obra. Él juntará a muchos para adornar su santuario. Muchos se harán piadosos y buenos, muchos serán bienhechores y guías del pobre pueblo, de modo que la sinagoga infructuosa tendrá que decir: ¿quién me ha criado todos estos hijos? Los paganos se convertirán a la Iglesia y los reyes la

servirán. El Dios de Jacob quitará al enemigo, a la perversa sinagoga su gente y dejará a aquéllos que se harán culpables, como asesinos del Salvador, que se irriten y se destrocen entre ellos. Todo esto lo refirió a la destrucción de Jerusalén, si no recibía ahora el reino de la gracia. Dios pregunta: si se ha apartado de la sinagoga, si tiene una carta de repudio, si ha vendido a su pueblo. Sí, por causa de los pecados fue vendido. Las sinagogas son desechadas por causa de sus delitos. Él ha llamado y advertido, y nadie se dio por entendido. Dios es poderoso: puede remover cielos y tierra (Isaías 50-1). Todas estas cosas las refirió Jesús a su tiempo. Demostró que todo se había cumplido, que su Padre le había enviado a Él, para anunciar la salud y traerla, y para juntar a los dejados por la sinagoga y a los pervertidos por ella.

Cuando Jesús dijo las palabras de la Escritura, aplicándolas a Sí mismo, que Dios, el Señor, le había dado una lengua sabia para llevar a los dejados y a los extraviados al camino, que le ha abierto desde temprano los oídos para oír sus mandamientos, y que Él no había contradicho; cuando Jesús dijo estas cosas, las tomaron los fariseos tal como sonaban naturalmente y decían que se alababa a Sí mismo. Aunque estaban penetrados de su enseñanza y después de oír decían: "Nunca profeta alguno ha hablado así", con todo murmuraban luego uno a otro en los oídos. Jesús explicó todavía las palabras del profeta: de que Él se había tomado trabajo por ellos, que se había dejado pegar en el rostro y había dejado azotar su cuerpo, y sufrido la persecución, y sufrirá aún más. Habló del mal trato en Nazaret, diciendo que quien pudiera condenarle, se adelantara. Todos sus enemigos envejecerán y se marchitarán en sus enseñanzas y el Juez vendrá sobre ellos. "Los que temen a Dios, que oigan sus palabras; los ignorantes sin luz, rueguen a Dios por luz y esperanza. El juicio vendrá y los que han encendido el fuego perecerán" (Isaías 50-11). Todo esto lo refirió a la destrucción del pueblo judío y de Jerusalén. Los fariseos no pudieron contradecir ni una de sus palabras. Oían callados; sólo se hablaban al oído, y escarnecían, aunque se sentían heridos y conmovidos. Luego Jesús explicó algo más sobre Moisés, y esto viene siempre por último, y añadió una parábola, hablando en esto más para sus discípulos, y especialmente para el joven escriba nazareno y traidor. Era la parábola de los talentos que Dios da; porque este joven estaba muy pagado de su ciencia. Interiormente he visto que quedó herido y avergonzado, pero no se mejoró. Jesús no dice las parábolas del todo como están en el Evangelio; pero muy parecidas.

Delante de la sinagoga sanó algunos enfermos y fue con sus discípulos fuera de la puerta, hacia la casa de Pedro. Habían venido Natanael Chased, Natanael de Cana y Tadeo desde Cana a la fiesta del sábado. Tadeo viaja a menudo, porque

negocia en el país con redes de pescadores, velas de naves y sogas. La casa se llenó de nuevo de enfermos durante la noche. Aparte se encontraban varias mujeres con flujo de sangre. Otros trajeron mujeres enfermas todo envueltas en telas, sobre camillas. Aparecen pálidas y míseras, y desde tiempo esperaban a Jesús. Esta vez puso sus manos sobre ellas y las bendijo: a las que estaban en camillas las mandó levantarse y desatarles las vendas. Unas ayudaban a las otras. Las exhortó y las despachó sanas. En la noche se retiró Jesús a orar solo. Los fariseos espías de Cafarnaúm no habían manifestado públicamente su intento. Al centurión Serobabel lo habían interrogado privadamente. Se mantenían aquí con otros pretextos, como otros fariseos, por la festividad del sábado, por ser un lugar donde había un maestro de fama, y también porque muchos suelen venir a la región de Genesaret por razón de comercio, o por la belleza del lugar-a descansar en esta región de fertilidad privilegiada.

A la mañana siguiente, muy temprano, fue Jesús de nuevo a Cafarnaúm.

Había muchísima gente y enfermos reunidos en torno de la sinagoga, de los cuales sanó a muchos. Cuando entró en la sinagoga, donde estaban ya reunidos los fariseos, empezaron a gritar los endemoniados, y uno especialmente, que era furioso, se adelantó hacia Jesús, gritando: "¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? Tú vienes para perdernos. Yo sé que eres el Santo de Dios". Mandóle el Señor que callase y saliese de allí.

El hombre cayó al suelo y se agitó con furia, pero el diablo tuvo que salir gritando. El hombre se encontró sano y se hincó delante de Jesús. Dijeron entonces muchos, especialmente los discípulos, para que lo oyeran los fariseos, que se irritaron por ello: "¿Qué nueva enseñanza es esta? ¿Quién será Éste que hasta tiene fuerza y poder sobre los espíritus inmundos?"

Había tanta gente reunida y tantos enfermos dentro y en derredor de la sinagoga, que Jesús fue a enseñar a un lugar donde podía volverse a los que estaban dentro y fuera en el vestíbulo. En torno de Él estaban los fariseos en el interior, y Jesús, mirando hacia fuera, enseñaba al pueblo: ya se dirigía a los de adentro, ya a los de afuera. Los pórticos de la sinagoga estaban abiertos y los oyentes llenaban no sólo el vestíbulo sino los techos de los edificios, en torno de la sinagoga, a los cuales habían acomodado escaleras para subir. Debajo había tiendas y celdas para los que oraban y hacían penitencia. Para los enfermos habían preparado lugares aparte.

Jesús enseñó de nuevo muy vivamente de Isaías y aplicó todo a su tiempo y a su Persona. "Los tiempos se cumplieron y el reino se acerca". Siempre habían sentido ansias del cumplimiento de las profecías y habían pedido profetas y suspirado por el Mesías, para que viniera a quitarles la carga; pero cuando está con ellos no le querrán, porque Él no será como se lo imaginan en sus equivocadas ideas. Indicó las señales de los profetas según habían deseado que se cumpliesen; cosas que habían leído en las escuelas, en las Escrituras, y por las cuales habían orado y pedido; les mostró que se habían cumplido las señales. Les dijo: "Los baldados caminarán, los ciegos verán y los sordos oirán. ¿Acaso no ha sucedido? ¿Qué quieren estos paganos que han venido a la enseñanza? ¿Qué gritan los endemoniados?

¿Por qué alaban a Dios los sanados de sus males? ¿Acaso no me persiguen los malos? ¿Acaso no me espían los que me rodean? Ellos habrán de echar afuera al Hijo del Dueño de la viña y lo matarán, y luego ¿qué les sucederá a ellos? ¿No queréis recibir la salud? Pues no irá perdida. Vosotros no podréis impedir que vaya a los pobres, a los enfermos, a los pecadores, a los publica-nos, a los arrepentidos, a los paganos, lo que vosotros no queréis recibir". De este tenor fue el conjunto de su predicación. Dijo también:

"Vosotros tenéis como un profeta a Juan, a quien han tomado preso. Id a él, a su prisión; preguntadle qué camino ha preparado él, quién ha dado testimonio él".

Mientras así hablaba el enojo de los fariseos había crecido sobremanera y susurraban y murmuraban entre sí. Trajeron a ocho hombres medio enfermos y a cuatro nobles que padecían de enfermedad impura. Eran de Gafarnaúm y los pusieron en un lugar del vestíbulo donde Jesús los podía ver y pudieran ellos oír su voz. No podían ser traídos sino a un lado por razón de su enfermedad. Como ahora todo estaba ocupado con la multitud de oyentes no pudieron acercarse y entonces alzaron a estos enfermos sobre una muralla en alto y luego se abrieron camino entre la multitud, la cual se apartaba por tratarse de enfermos impuros. Cuando vieron esto los fariseos se irritaron mucho y murmuraban contra la osadía de esta gente, a la que tachaban de pecadores públicos, que padecían de enfermedades impuras, y alzaron la voz diciendo que era un desorden que semejante gente se acercara a ellos. Como estas palabras llegaron a oídos de los enfermos, éstos se pusieron tristes, pensando que si Jesús conocía su enfermedad no iba a querer sanarlos. Estaban llenos de arrepentimiento y hacía tiempo que deseaban ser socorridos.

Cuando Jesús oyó las murmuraciones de los fariseos se volvió afuera con la mirada, hacia donde estaban estos enfermos tristes y habiéndoles les dijo:

"Vuestros pecados os son perdonados". Entonces estos hombres se desataron en lágrimas, mientras los fariseos comenzaron a murmurar con enojo: "¿Cómo puede decir Él esto? ¿Cómo puede decir que perdona los pecados?" Jesús les dijo: "Seguidme, y veréis lo que voy a hacer con ellos.

¿Por qué os irritáis de que Yo cumpla la voluntad de mi Padre? Vosotros no queréis recibir la salud; entonces no impidáis que la reciban los arrepentidos. Vosotros os irritáis porque sano en día de sábado. ¿Acaso descansa la mano del Omnipotente en hacer bien en día de sábado y en castigar el mal? ¿Y en día de Sábado no alimenta Dios, no sana, no bendice?

¿No deja Dios que os enferméis en día de sábado o que muráis en ese día?

No os irritéis de que el Hijo haga en Sábado la voluntad de su Padre".

Cuando estuvo cerca de los enfermos, dijo a los fariseos: "Quedad ahí, porque ellos son para vosotros impuros; para Mi no lo son, puesto que sus pecados les son perdonados. Y ahora contestad: ¿es más fácil decir a un pecador arrepentido: tus pecados te son perdonados, que decir a un enfermo: levántate, toma tu camilla y vete?" No sabían qué responder, y Jesús, acercándose a los enfermos, puso sus manos sobre ellos, a uno después de otro; dijo una breve oración sobre cada uno, los levantó de las manos, y les mandó agradecer a Dios, no pecar más y que llevasen sus camillas. Los cuatro se levantaron de sus camillas, y los ocho que los habían traído, que habían estado medio enfermos, se vieron completamente sanos y ayudaron a los demás a salir de sus envoltorios. Estos cuatro sólo se sintieron algo cansados y no acostumbrados; no obstante, juntaron las maderas de sus camillas, las tomaron sobre sus hombros, y los doce pasaron llenos de contento entre la multitud, cantando: "Alabado sea el Señor Dios de Israel.

Él ha obrado grandezas en nosotros. Él se ha compadecido de su pueblo y nos ha sanado por medio de su Profeta". Con estas palabras se apartaron de la multitud, que se quedó llena de admiración.

Los fariseos, enojados y avergonzados, se fueron sin saludar. Todo les disgustaba, lo que Jesús hacía y cómo lo hacía: que Él no compartiera las ideas de ellos; que ellos, que se creían los sabios, los justos, los elegidos, no lo fueran,

y que Jesús estimara a gentes de las cuales ellos huían y a las que despreciaban. Tenían siempre mil reparos que hacerle: que no observaba los ayunos como se debe; que iba con los pecadores, paganos, publícanos, samaritanos y toda la gentuza; que era de baja estirpe y condición; que dejaba a sus discípulos en demasiada libertad y no los tenía a raya. En una palabra, nada les agradaba, y, sin embargo, nada podían reprocharle: no podían negar su sabiduría y su poder extraordinario, y, a pesar de eso, se envolvían cada vez más en críticas e irritantes murmuraciones. Cuando se considera así la vida real de Jesucristo, uno ve que el pueblo y los sacerdotes de entonces eran como serían hoy en día. Si Jesús viniera ahora, le pasaría mucho peor aún con muchos escribas, sabios y doctores y con la policía.

La enfermedad de aquellos cuatro era un flujo impuro. Parecían resecos como si los hubiera herido un ataque de apoplejía. Los otros ocho estaban en parte baldados. Las camillas eran dos tablas con patas y maderas transversales y una lona tendida en el medio. Se podía enrollar todo para ser llevado sobre los hombros como un par de leños. Era algo conmovedor ver a estos hombres cantando alabanzas al Señor mientras atravesaban la multitud admirada.

# XLII

**Jesús sana a la suegra de Pedro. Humildad del apóstol** esús salió sin tardanza con los discípulos y se dirigió a lo largo de la J montaña hacia la casa de Pedro, junto a Bethsaida: lo habían llamado con urgencia pues parecía que la suegra de Pedro estaba a punto de morir.

Su enfermedad había aumentado y tenía fiebre muy alta. Jesús entró en su cámara. Estaba allí creo que la hijastra de Pedro. Jesús se acercó a la cama y se inclinó, medio de pie y medio sentado. Habló algunas palabras con ella y puso su mano sobre la cabeza y el pecho, y ella quedó sosegada completamente. Luego de pie, delante de ella, la levantó de la mano hasta sentarla, y dijo: "Dadle de beber", y la hijastra de Pedro le dio de beber en una taza en forma de nave. Jesús bendijo la bebida, y le mandó levantarse, y ella se levantó de su camilla baja. Estaba toda envuelta y tenía además un amplio vestido de dormir. Dejó los lienzos, se levantó y dio gracias al Señor, y con ella toda la casa. Durante la comida esta mujer sirvió en la mesa con las otras mujeres y estuvo del todo sana.

Después de esto fue Jesús con Pedro, Andrés, Santiago, Juan y otros discípulos más al lugar de pesca de Pedro, junto al mar, y habló allí especialmente de que pronto deberían dejar esta ocupación para seguirle a Él sólo. Pedro se asustó enteramente, se echó a los pies del Señor y le pidió que mirase a su ignorancia y su flaqueza, y no pidiese que tomase parte él en cosas tan importantes, que no era digno de esos asuntos tan grandes ni era capaz de instruir a otros. Jesús le contestó que no tuviese preocupación mundana alguna, y que Aquél que daba salud a los enfermos daría también fuerza, alimento y lo necesario para cumplir su misión13. Los otros estaban del todo conformes. Sólo Pedro, en su humildad, no podía comprender como él, pobre pescador, pudiera ser otra cosa que pescador y no maestro.

No era todavía el llamamiento que está en el Evangelio: este llamamiento no había tenido lugar aún. Con todo, desde entonces Pedro daba al Zebedeo su oficio más que antes,

Después de este camino junto al mar se fue Jesús hacia Cafarnaúm y encontró muchos enfermos en la casa de Pedro, cerca de la ciudad. Sanó a varios de ellos y enseñó en la sinagoga. Cuando a la tarde la multitud aumentó más todavía,

Jesús se retiró casi sin ser notado y se fue solo hacia un barranco natural agradable que se extendía al Sur de Cafarnaúm, desde la posesión de Serobabel hacia la de su siervo y de sus trabajadores. En esta garganta había cuevas, arbustos, fuentes de agua y eran guardados allí muchos pájaros y animales raros. Era como una selva conservada por la mano del hombre, perteneciente a Serobabel. Por un lado estaba abierta a todos, como parte de ese país de recreo que era el de Genesaret. Jesús pasó allí la noche en oración, sin que sus discípulos lo supieran. He visto que levantaban aquí la segunda cosecha del país. Por la mañana muy temprano dejó Jesús el lugar. No volvió a Cafarnaúm, sino que mandó a Pedro, quien con otros discípulos lo habían estado buscando, que le enviase a los discípulos Pármenas, Saturnino, Aristóbulo y Tharzissus a un determinado punto donde se juntaría con ellos, y marchó luego hacia los baños de Betulia. Recorrió las alturas donde está situada Magdalum, a un par de horas al Este, a su izquierda. Al Mediodía está la ciudad de Jotapata.

# XLIII

**Jesús en los baños de Betulía. Entretenimientos** l principio creí que Jesús iba hacia Gennebris, como a tres horas al A Oeste de Tiberíades. Pero no fue allá, sino al Norte del valle, al pozo de Betulia. Muchos nobles y ricos de Galilea y de Judea tienen aquí sus casas de campo y sus jardines, donde pasan temporadas en la hermosa estación del año. Al Mediodía del mar, en la ladera Norte de la altura de Betulia, hay una hilera de casitas con baños calientes. Los baños del Este son más calientes; los del Oeste son apenas tibios. Estos baños tienen un estanque grande común y en derredor celdas y entradas individuales, donde se puede yacer en gamellas altas y bajas, y se puede pasar al estanque común. Hay muchas posadas y casas que se pueden alquilar por la temporada con sus jardines y todo lo necesario. Las entradas son para el bienestar de Betulia y los de la ciudad administran el negocio y arriendo de casas. El lago es aquí muy claro y se ven los fondos de piedras blancas muy hermosas. Las aguas del estanque vienen del Oeste y luego salen hacia el valle de Magdalum. El estanque está lleno de pequeños esquives que a distancia parecen ánades que nadan. En la parte Norte están las viviendas de las mujeres mirando al Mediodía. Los senderos y los recreos se unen en el río que allí afluye al lugar de juego de los hombres. El valle está inclinado por ambos lados suavemente hacia el mar. Desde las habitaciones y los baños se extienden en torno sendas de comunicaciones, avenidas y caminos sombreados por árboles; el suelo está cubierto de hierba alta, verde, con jardines de frutas, picaderos y lizas. El panorama es espléndido, lleno de colinas, rebosantes de verdor, con mucha fruta, especialmente uvas. Se hace ahora la segunda cosecha del año.

Jesús permaneció cerca de la parte del lago donde había un albergue de viajeros. Se reunió la gente junto a Él, y Jesús enseñó delante del albergue con mucha mansedumbre. Había muchas mujeres oyendo la predicación. A la mañana siguiente he visto acercarse muchas pequeñas embarcaciones del Mediodía del lago donde estaban los baños; un grupo de los principales hombres venían a invitar a Jesús a pasar al otro lado a enseñar. Jesús accedió y se hospedó en un albergue donde se le dio alimento. Enseñó por la mañana al fresco y por la tarde en una colinita, delante del albergue, bajo la sombra de los árboles. La mayor parte de los oyentes estaba de pie en torno de Él, y de otro lado las mujeres con velos. Reinaba aquí un orden agradable. La mayor parte era gente bien inclinada, que se mostraba alegremente educada y buena. Como no había aquí partidos,

nadie se guardaba del otro para manifestar a Jesús su reverencia y su respeto, y todos lo trataron con suma consideración. Cuando lo hubieron escuchado se manifestaron muy contentos y satisfechos. Enseñó con ocasión de la purificación por medio de las aguas, de la amistad que reinaba aquí entre la sociedad, de la igualdad y del sentimiento de confianza que se notaba entre ellos. Pasó a hablar del misterio de las aguas, de la purificación de los pecados, del agua del bautismo, de Juan, de la hermandad de los bautizados y de los convertidos. Usó varias comparaciones del hermoso tiempo del año, del paisaje, de las montañas, de los árboles, de los frutos y del ganado que pacía por los campos, en, fin, de todo lo que estaba a la vista. He visto que los oyentes se iban cambiando ordenadamente, turnándose, y Jesús repetía sus comparaciones y enseñanzas a los nuevos grupos. He visto enfermos de gota que se arrastraban en torno. La mayor parte de esta gente eran empleados y oficiales que se recreaban. Los conocí en sus vestidos cuando abandonaban el lugar y se marchaban a su oficio o empleo. Cuando estaban aquí todos vestían igual: los hombres de fina lana amarilla, como en sacos de cuatro partes distintas que llegaban hasta la rodilla; los pies calzados con sandalias y otros sin ellas. La parte superior del cuerpo la tenían cubierta por una especie de escapulario abierto a los lados con una ancha faja en la cintura. En los hombros llevaban una tela hasta el codo y la cabeza la tenían descubierta.

Estos hombres se entretenían en diversos juegos: peleaban con espadas de palos y corazas de hojas tejidas; se acometían en filas unos contra otros tratando de desalojarse de sus filas. Corrían carreras hasta un punto fijo o saltaban sobre cuerdas tendidas o con sortijas de las cuales colgaban toda clase de objetos brillantes. Corrían a través de arcos donde colgaban objetos que no debían tocar, pues sonaban al contacto y caían al suelo y así perdían el juego según el número de objetos caídos. Jugaban por frutas. Unos tocaban flautas, y otros tenían unos tubos largos a través de los cuales miraban a distancia o el paisaje del mar, y con los mismos, soplando adentro, arrojaban flechas contra los peces. He visto que estos tubos los arrollaban como anillos para tenerlos colgados al brazo. He visto que ponían bolitas de vidrio de color sobre la punta de estos tubos y luego, moviéndolos contra el sol, se espejaba en ellos el paisaje, pero al revés, y parecía que el mar estaba sobre sus cabezas y desaparecía. Con esto y otros entretenimientos se alegraban y divertían. Había frutas muy hermosas, especialmente uvas, y he visto que algunos, con toda reverencia y agrado, traían a Jesús y le ofrecían las mejores frutas.

Las viviendas de las mujeres están del otro lado del lago, aunque los baños están

de este lado, pero más hacia el Oeste, de modo que de la parte de los hombres no se ve allá. En la orilla del estanque he visto niños vestidos de lana blanca que guiaban y hacían nadar de un lado a otro con sus ramitas de sauce variopintas a bandadas de aves acuáticas. El agua del lago y del mar es bombeada hasta arriba, a los baños de los albergues, y allí apresada en regueras y levantada de nuevo. He visto a las mujeres entretenidas en diversos juegos sobre la pradera. Estaban vestidas con toda modestia, con largas vestimentas de lana blanca, de muchos pliegues y dos fajas que las sujetaban. Las mangas anchas podían ser levantadas o bajadas y en torno de las manos tenían gorgueras con muchos pliegues. Llevaban una especie de gorra con plumas de seda o plumas naturales, que en círculos cada vez más estrechos cubrían toda la cabeza; detrás estaba recogida y colgaba hacia abajo terminando con una borla. No llevaban velo, pero sí delante de la cara como dos partes de un abanico transparente, que les cubría hasta la nariz y que tenía dos aberturas para los ojos. Podían bajarlo o retirarlo según lo deseaban, para protegerse contra el sol. En presencia de los hombres llevaban este antifaz siempre bajo. He visto que estas mujeres practicaban un juego alegre. Cada una de ellas llevaba sujeta en su faja en torno del cuerpo un lazo y con una mano sujetaban el lazo de la vecina, teniendo la otra mano libre. En la pradera había oculto un dije o una alhaja y el círculo iba dando vueltas en torno hasta que viendo una de las mujeres la alhaja, se inclinaba para tomarla; las demás daban vuelta prontamente al círculo y mientras otra se inclinaba para alcanzar la alhaja, debían sostenerse para no caer una sobre otra; a veces caían a pesar del esfuerzo por sostenerse, y entonces era la risa y la diversión de todas.

# XLIV

## Jesús en Betulia

etulia está situada a una hora y media al Sur del mar, en una altura B bastante solitaria y agreste. Tiene arriba una gran torre y muchos muros derruidos. Debe haber sido más grande y más fuerte en otra época; ahora crecen árboles y plantas sobre estos muros y se podría ir con carros encima de ellos. Desde el lugar de los baños he visto gente que paseaban sobre estas ruinas, sobre la montaña. Aquí es donde estuvo Judith. El ejército de Holofernes se extendía desde el mar, a través de la garganta de Jotapata, hasta Dothán, algunas horas al Mediodía de Betulia. Aquí había gentes de la ciudad de Jotapata; pero no oyeron la predicación de Jesús, sino que volvieron a Jotapata y contaron allí que Jesús estaba en el lugar de los baños. Jotapata está situada a una hora y media de aquí al Este, caminando al Mediodía, edificada en una entrada de la montaña como en una cueva.

Delante tiene una montaña desde la cual se puede ir a la ciudad a través de agrestes y profundas excavaciones. Está edificada en una quebrada, mientras la montaña está arriba. Al Norte de esta montaña, como a dos horas de distancia, está Magdalum, al borde de un precipicio, y sus alrededores de avenidas, jardines y toda clase de torres se extienden hasta la mitad del precipicio. Entre la montaña y Magdalum existen los restos de unos canales de agua que ahora están cubiertos de hierbas y a través de sus arcadas se puede contemplar el panorama de los alrededores. Al Sur de Jotapata se ve una montaña agreste y a derecha e izquierda hay barrancos. Era una espléndido escondrijo.

Vivían aquí muchos herodianos, quienes en un muro de la fortaleza tenían sus reuniones secretas. Esta secta se componía de gente muy avisada, prudente, ilustrada y se regía con superior secreto. Tenían señales misteriosas por las cuales se conocían y los jefes podían saber si algún miembro traicionaba en algo a la sociedad; no recuerdo ahora en qué forma lo llegaban a saber. Eran enemigos secretos de los romanos y se comprometían a trabajar por la causa de Herodes. Aunque eran secretamente secuaces de los saduceos, pasaban por fariseos y pensaban utilizar ambos partidos para sus fines. Sabían bien que era el tiempo del Rey de los judíos y pensaban sacar provecho de esa general creencia. En lo exterior eran en general mansos y amables, pero en lo interior maquinaban traiciones. En cuanto a religión, no tenían ninguna; pero bajo pretexto de religión

trabajaban por un reino temporal libre de los romanos. Herodes los favorecía de todas maneras. Cuando los de la sinagoga de Jotapata conocieron la cercanía de Jesús mandaron algunos herodianos a los baños de Betulia, para espiarlo e invitarlo a ir a Jotapata. Jesús no les dio una respuesta clara. Habían llegado también unos siete discípulos de Jesús, que antes anduvieron con Él algunas semanas. Eran discípulos antiguos de Juan, algunos parientes de Hebrón y uno de los sobrinos de la Pequeña Séforis. Lo habían buscado en Galilea y lo encontraron aquí en Betulia.

He visto a Jesús durante el día tratar con familiaridad a algunos: deben ser algunos de sus secuaces. Cuando los herodianos volvieron a su ciudad, se preparó al pueblo para el caso que Jesús fuese a predicar. Se le dijo al pueblo que era posible que el profeta de Nazaret viniera para el próximo Sábado desde Betulia a Jotapata; que había hecho un gran espectáculo el Sábado pasado en Cafarnaúm y el Sábado anterior en Nazaret. Se les avisaba para que no se dejasen seducir ni aclamarlo; no dejarlo hablar mucho tiempo, y que, no bien dijera algo incomprensible o extraño, se le interrumpiera con voces y susurros; así se preparaba al pueblo para la llegada de Jesús. Jesús, entretanto, tuvo una sencilla conversación en los baños de Betulia. Había muchos hombres en torno de Él y Él iba en medio de ellos. Detrás y a cierta distancia había enfermos de gota que necesitaban los baños termales del lugar y que no se habían atrevido a acercarse a Jesús.

Éste repitió lo que había dicho ayer y anteayer y los exhortó a la limpieza de los pecados.

Todos lo amaban aquí y algunos dijeron: "Señor, en verdad, el que te escucha no puede contradecirte". Jesús preguntó: "Vosotros habéis oído hablar mucho de Mí o me habéis oído. ¿Qué pensáis que soy Yo?"

Respondieron algunos: "Señor, Tú eres un profeta". Otros: "Tú eres más que un profeta. Ningún profeta ha enseñado como Tú, ninguno ha obrado lo que Tú obras". Otros callaban. Y Jesús, que veía lo que pensaban los que callaban, dijo, mirándolos: "Éstos tienen razón". Uno de ellos-dijo: "Señor, Tú lo puedes todo. ¿Es todo verdad? Algunos dicen que has resucitado a los muertos, a la hija de Jairo". Se refería al Jairo de una ciudad no lejos de Gibea, donde había sido catequizado aquel pueblo tan perdido. Jesús respondió: "Sí". Y aquél habló todavía preguntándole por qué vivía aquel hombre en lugar tan perdido. Habló Jesús entonces de la fuente en el desierto, y que es natural y bueno que los flacos

tengan un guía.

Como los hombres lo trataban con tanta familiaridad, Jesús preguntó: "¿Qué sabéis vosotros de Mi? ¿Qué os dicen de malo sobre mi Persona?" Dijeron algunos: "Dicen que Tú no dejas de obrar en día Sábado y sanas a los enfermos". Entonces señaló Jesús un estanque lleno de juncos, donde había unos niños de pastores que cuidaban corderitos y animalitos pequeños, y dijo: "Mirad a los pequeños pastores y a esos tiernos animalitos. Si uno de esos corderitos cae en el pantano ¿no quedan los otros allí balando y dando voces tristes? Y si esos niños no pudieran ayudar a ese corderito y pasara en día de Sábado, el Hijo del dueño de esos corderitos, mandado expresamente para ayudar a esos corderos y apacentarlos, ¿no se compadecerá de esos corderos y los sacará del pantano?" Entonces levantaron todos las manos en alto, como los niños en el catecismo, y dijeron: "Sí, sí, lo hará". "¿Y si en lugar de ser corderitos, fuesen hijitos del Padre celestial los caídos?... ¿si fuesen vuestros hermanos?... ¿si fueseis vosotros mismos?... ¿No debería el Hijo del Padre celestial ayudar a esos hermanos?..." Todos clamaron de nuevo: "Sí, sí". Luego, señalando a los hombres enfermos que estaban a distancia, dijo Jesús: "¿Veis a esos hombres enfermos? ¿No deberé ayudarlos si me lo piden en día de Sábado? ¿No deben obtener perdón de los pecados, si lo piden en día de sábado? ¿No podrán el Sábado arrepentirse y clamar al cielo?" Levantaron todos las manos y dijeron: "Sí, sí". Entonces Jesús llamó a aquellos enfermos, que se acercaron pesadamente a Él. Les dijo algunas palabras de fe, oró con ellos y les mandó: "Extended vuestras manos". Extendieron entonces las manos contraídas hacia Él. Jesús pasó las manos sobre sus brazos, sopló sobre sus manos solo un momento, y ellos se sintieron sanos y pudieron mover sus brazos y manos. Jesús les dijo que fueran a bañarse y les mandó abstenerse de ciertas bebidas. Ellos se echaron de rodillas, dieron gracias y toda la reunión se deshizo en alabanzas y acción de gracias.

# XLV

### Jesús en Jotapata

omo Jesús quisiera alejarse de allí, le rogaban se quedase algún tiempo C más; se mostraban llenos de amor y se sentían muy conmovidos. Jesús les dijo que tenía que ir a otros lugares para cumplir su misión; le acompañaron un trecho del camino en compañía de sus discípulos, y luego los bendijo y se dirigió a Jotapata, como a hora y media hacia el Este. Era la tarde cuando Jesús llegaba. Delante de la ciudad se lavó los pies y comió en un albergue. Llegados a Jotapata los discípulos precedieron y fueron a pedir las llaves de la sinagoga al jefe de ella para el Maestro que quería enseñar.

Acudió mucha gente. Los fariseos y los herodianos estaban llenos de expectativa para espiarlo en su enseñanza.

Cuando estuvo en la sinagoga le hicieron preguntas sobre la proximidad del reino, sobre la cuenta y el cumplimiento de las semanas de Daniel y sobre la venida del Mesías. Jesús tuvo una larga enseñanza de esto demostrando el cumplimiento de las profecías y el término del tiempo, que era el presente.

Habló de Juan y de su profecía. Dijeron ellos, en tono hipócrita, que en sus enseñanzas y modo de obrar observase los usos de los judíos, que mirase por Sí ya que sabía que Juan había sido tomado preso. Lo que Él dijo del cumplimiento de las semanas de Daniel y de la proximidad del Mesías y Rey de los judíos era exacto y era también el parecer de ellos; pero que no veían al Mesías por ningún lado por donde mirasen. Jesús había declarado las profecías en general sobre su Persona y ellos lo habían entendido así; pero se hacían los ignorantes, como que no hubiesen entendido. Deseaban que Él dijese claramente que era el Mesías para acusarlo. Díjole entonces Jesús: "¡Vosotros estáis fingiendo y sois hipócritas! Os apartáis de Mí y me aborrecéis. Vosotros espiáis mis palabras y queréis con los saduceos hacer un nuevo complot como en la Pascua pasada en Jerusalén. ¿Qué me estáis diciendo que me guarde de Herodes y me recordáis la prisión de Juan?"

Luego les mencionó a la cara todos los crímenes de Herodes, todos sus asesinatos, su temor en presencia del recién nacido Rey de los judíos, su

execrable matanza de los inocentes y su abominable fin, como también los crímenes de su sucesor, el adulterio de Antipas y la prisión de Juan. Habló también de la hipócrita y secreta secta de los herodianos, que están en combinación con los saduceos, y dijo qué Mesías y qué reino de Dios esperaban. Señaló en diversas direcciones y añadió: "No podrán nada contra Mí mientras no haya cumplido mi misión. Aún tengo que atravesar dos veces la Samaria, la Judea y la Galilea. Habéis visto grandes prodigios en Mí: veréis aún más grandes y quedaréis ciegos, a pesar de todo". Luego habló del juicio, de la matanza de los profetas y del castigo sobre Jerusalén.

Los herodianos, que se guardaban de aparecer a la luz, se pusieron pálidos cuando Jesús habló de los crímenes de Herodes y publicó los secretos intentos de la secta. Callaron y abandonaron poco a poco la sinagoga, como también los saduceos que tenían en sus manos la escuela. No había aquí fariseos. Cuando estuvo solo con los siete discípulos y el pueblo, enseñó largo tiempo aún. Muchos estaban conmovidos y decían que jamás habían oído tal enseñanza, y que Jesús enseñaba mejor que sus maestros. Éstos se mejoraron y más tarde le siguieron. Una parte considerable del pueblo, en cambio, asustado por los herodianos, murmuraban e hicieron tumulto.

Entonces abandonó Jesús la ciudad y se fue caminando con sus discípulos hacia el Sur, por el valle, y subiendo en un par de horas un campo de cosecha entre Betulia y Gennebris, entró en la casa espaciosa de un pastor del lugar. En esa casa había gente buena que ya le conocía. Las santas mujeres solían pernoctar aquí frecuentemente cuando iban camino de Betania, y los mensajeros paraban cuando iban y venían con partes de Jesús y de las santas mujeres.

# XLVI

### Jesús en el campo de cosecha de Dothaim

esús enseñó aquí en este campo haciendo comparaciones sobre el corte, J la cosecha y el atado de las espigas: es el mismo campo donde más tarde, pasando con sus discípulos, tomó algunas espigas desgranándolas para comerlas. Él iba de un grupo a otro de los trabajadores y hablaba del sembrador y del campo pedregoso, porque el suelo estaba aquí también lleno de piedras. Decía que Él había venido para juntar los buenos granos, y contó la parábola de la cizaña entre el buen grano. Comparó la cosecha con el reino de Dios. Contaba la parábola en los descansos del trabajo e iba de un campo a otro. Los tallos quedaban allí altos; sólo las espigas eran cortadas y atadas en forma de cruz. Por la tarde tuvo una gran enseñanza delante de todos los trabajadores, terminada la cosecha, en una colinita. Con ocasión de un arroyo que allí corría, habló del curso manso y tranquilo que trae bendición, de la gracia que pasa, expresando que se debe dirigir esa gracia sobre el campo de nuestro corazón. Después envió a dos discípulos de Juan hacia Ainón para que dijesen a los discípulos que allí estaban se fuesen a Macherus a tranquilizar al pueblo, pues sabía Jesús que se había producido un gran tumulto en Macherus por causa de Juan. En efecto, habían llegado muchos bautizandos a Ainón, y cuando oyeron que el profeta había sido tomado preso por Herodes, se dirigieron a Macherus y muchos empezaron a clamar que dejasen libre a Juan, que tenía que enseñar y bautizar; arrojaron también piedras contra el castillo de Herodes, quien dio a entender que no estaba allí, mientras mandó a cerrar bien las puertas por los guardias.

Por la tarde enseñó Jesús en otra casa de pastores, cerca de Gennebris, haciendo comparaciones, entre otras la del grano de mostaza. El hombre en cuya casa se alojaba se quejó con Jesús de un vecino que le había hecho mucho daño desde hacía tiempo en su campo, obrando contra justicia. Jesús fue con el hombre al campo pidiéndole que indicara dónde y cuánto era el daño padecido. Era un pedazo bastante considerable de campo el que se le había quitado y el hombre se lamentaba de que no podía entenderse con su vecino. Jesús le preguntó si con lo que tenía podía aún mantenerse él y su familia, y el hombre respondió que sí, que tenía una buena entrada, a pesar de todo. Replicó entonces el Señor que nada había perdido; que nada nos aprovecha, mientras se tiene para pasar la vida, eso basta; que aún diese más a aquel hombre insaciable para que contentase su

hambre de bienes terrenos.

Le dijo que todo lo que él dejase aquí con ánimo alegre para mantener la paz, lo encontraría de nuevo en su reino; que aquel hombre obraba de conformidad con su ideal, que era tener un reino sobre la tierra, y crecer y prosperar en este mundo y que nada quería saber de otro reino; que tomase una enseñanza del proceder de aquel hombre y viera donde convenía engrandecerse y que procurase adquirir y aumentar, los bienes en el reino de Dios. Jesús tomó como punto de comparación un río, del cual dijo: si es impetuoso de un lado, come y saca tierra, destruyendo, y el otro, bien dirigido, puede fertilizar la tierra. Era una comparación como la del mayordomo, en cuya parábola se puede ver el deseo de riquezas y la avaricia terrena conseguidas con astucia y engaño, y lo que debe hacer el bueno para obtener los bienes espirituales. El bienestar temporal y terreno se ponía frente al espiritual y celestial. La enseñanza era algo velada, pero era para el caso de los judíos y su religión; porque todo lo entendían y lo apreciaban terrena y corporalmente.

Era este el campo donde estaba el pozo de José, y Jesús contó un pleito semejante del Antiguo Testamento en el cual Abrahán le dio de lo que pedía a Loth. Jesús, explicando esto mismo, dijo: "¿Dónde están los hijos de Loth? En cambio, ¿no recibió Abrahán todo por haber dejado aquello? ¿No se debe hacer, acaso, como Abrahán? ¿No se le ha prometido a él el reino?

¿No lo ha recibido acaso?" Y aquel reino no es sino una figura del reino de Dios, y el pleito de Loth contra Abrahán es una figura del pleito de este hombre con su vecino: que obre entonces como Abrahán y se asegure el reino de Dios. Jesús citó el pasaje de esta cuestión entre Loth y Abrahán (I Moisés, 13-7). Y habló largo tiempo de este asunto y del reino de Dios14

delante de todos los trabajadores reunidos después de la cosecha. Aquel injusto dueño del campo estaba presente con sus ayudantes; pero se mantuvo silencioso, a cierta distancia. Había este hombre aleccionado a los suyos para que interrumpieran a Jesús con algunas preguntas importunas.

Así uno de ellos preguntó qué es lo que al fin pretendía con su enseñanza y qué debería sacarse de todo eso. Jesús le contestó de modo que nada pudieron hacer con la respuesta. Dijo algo así como lo siguiente: "Para unos será esta enseñanza larga, para otros será corta", y siguió haciendo comparaciones de la cosecha, del sembrador, del recoger las mieses, del desechar la cizaña, y luego del pan y de la

comida de la vida eterna.

El hombre que recibió a Jesús siguió sus enseñanzas: no sólo no acusó a su vecino, sino que puso sus bienes a disposición de la comunidad cristiana, y sus hijos fueron discípulos de Jesús. Había aquí mucha conversación sobre los herodianos, quejándose la gente de que todo lo espiaban y que hacía poco habían acusado y llevado a los tribunales de Jerusalén a varios adúlteros de aquí y de Cafarnaúm y que serían juzgados. Deseaban que semejante gente fuera alejada de entre ellos, pues no podían conformarse de verse siempre espiados por los herodianos. Jesús habló abiertamente contra estos herodianos. Dijo a las gentes que se guardasen del pecado, pero también de los juicios e hipocresía de los demás. Que debe reconocer cada uno sus propios pecados antes de juzgar a los demás. Habló de la mala condición de esta gente y enseñó conforme al capítulo de Isaías, que se había leído el Sábado pasado en la sinagoga, referente de los perros mudos que no ladran, que no evitan los pecados y que desgarran a las gentes y les dijo que esos herodianos acusaban y llevaban a Jerusalén a los adúlteros, mientras su jefe y amigo Herodes vivía en adulterio. Enseñó también a las gentes cómo reconocerían a los herodianos. Había aquí en diversas chozas en los alrededores algunos enfermos y baldados por accidentes de trabajo.

Jesús visitó estas chozas y sanó a los buenos y les dijo que fuesen1* a su enseñanza y al trabajo. Ellos así lo hicieron, dando gracias y cantando alabanzas a Dios.

**XLVII**

# Herodes y Juan en Macherus

esús envió desde aquí otros pastores hacia Macherus con encargo para J los discípulos de Juan de decir al pueblo reunido en Macherus, que se dispersase: que este tumulto era ocasión de más dura prisión para Juan y podía ser causa de su muerte. Herodes y su mujer estaban entonces en Macherus. He visto que Herodes hizo llamar a su presencia a Juan Bautista.

Herodes estaba sentado en una gran sala cerca de la prisión de Juan, rodeado de guardias, de empleados y de escribas, especialmente de herodianos y saduceos. Juan fue traído a través de un pasadizo a esta sala y estaba de pie delante de la gran puerta abierta entre los guardias. He visto a la mujer de Herodes, con gran osadía y desvergüenza y con sorna, pasar delante de Juan para ir a sentarse en su elevado asiento. Esta mujer tenía en el rostro un aspecto diverso de las mujeres judías. Todas sus formas eran mordaces y agudas; su misma cabeza en forma aguda y sus modales siempre en movimiento. Era hermosa y bien desarrollada; en su traje muy atrevida y provocativa y muy ceñidos al cuerpo sus vestidos. Debía ser ocasión de escándalo para toda persona bien nacida, porque cautivaba con sus ojos la atención de las personas.

Herodes preguntó a Juan que le dijese claramente lo que pensaba de Jesús, que promovía tanto tumulto en Galilea: quién era, si Él venía a ocupar su lugar, ya que había oído decir que él (Juan) había anunciado su venida; que hasta ahora no había prestado mayor atención a ese anuncio; que ahora le dijese claramente todo su parecer, puesto que ese Hombre, decía Herodes, habla cosas maravillosas, habla de un reino, se llama Hijo de un Rey en sus comparaciones, a pesar de que se sabe que es hijo de un pobre carpintero.

Entonces vi cómo habló Juan como si estuviese delante del pueblo, con voz entonada y fuerte, dando testimonio de Jesús. Dijo que él no era sino un preparador de los caminos; que él no era nada en su comparación; que nadie había sido ni podía ser lo que Él era, ni siquiera los profetas; que era el Hijo del Padre, el Cristo, el Rey de los Reyes, el Salvador y Restaurador del reino; que no había fuerza alguna contra Él, que era el Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo, y otras cosas semejantes. Así habló de Jesús, en alta voz, llamándose a sí mismo un precursor y preparador de su camino, y su humilde siervo. Dijo todo esto en tono tan encendido y tenía un aspecto tan extraordinario en su ser,

que Herodes apareció presa de grandísimo temor y angustia, y terminó por taparse los oídos por no oír más. Al fin dijo a Juan: "Tú sabes que te quiero bien; pero tú hablas de mi de un modo que levantas tumulto contra mi, porque me reprochas siempre mi casamiento. Si moderas tu celo indiscreto y reconoces delante del pueblo mi casamiento, te dejaré libre, y podrás ir a enseñar y a bautizar". Entonces levantó Juan de nuevo su voz contra Herodes, con gran severidad y reprochó su vida delante del pueblo y su mal ejemplo, y añadió: "Yo conozco tus sentimientos y sé que reconoces lo que es justo y que tiemblas ahora delante del juicio..., pero te has cargado con sacos pesados, que no te dejan mover y te has enredado en los lazos de la impureza". La ira de la mujer en ese momento no es para describirse, y Herodes cobró un temor tan grande que hizo alejar en seguida a Juan y lo mandó poner en otra prisión que no tenía vista hacia afuera, de modo que ya no podía ser oído por el pueblo. Tuvo Herodes esta reunión con Juan por causa del tumulto del pueblo que iba al bautismo y porque habían llegado a sus oídos, por los herodianos, las maravillas que obraba Jesús.

En todo el país se hablaba de la justicia severa que se había hecho en Jerusalén de algunos adúlteros que los herodianos habían acusado y llevado desde Galilea. Se decía que a los pequeños pecadores se los castigaba y a los grandes se los dejaba libres, pues precisamente los herodianos eran amigos de Herodes, el adúltero, y que este rey tenía preso a Juan precisamente porque le reprochaba su adulterio. Herodes no estuvo conforme con lo que sucedía en Jerusalén. He visto cómo ejecutaron a estos pecadores. Se les leyó su pecado y luego se les confinó en un lugar donde había un hoyo angosto, a cuyo borde estaban ellos. Caían de ahí sobre una cuchilla, que les cortaba la garganta, y abajo había unos encargados de sacar el cadáver.

Caían en una máquina preparada donde les era cortada la cabeza. Era en el lugar donde después fue muerto Santiago.

Al día siguiente Jesús enseñó todavía entre los campesinos. Habían venido Andrés, Santiago y Juan a este lugar con Jesús. Natanael se encontraba en su casa en las afueras de la ciudad de Gennebris. Jesús dijo a sus discípulos que iría a través de Samaria, hacia el Jordán, al lugar de los bautismos. Del campo donde Jesús enseñaba no estaba lejos el pozo de Dothaim, donde fue vendido José por sus hermanos. Las gentes preguntaron si hacían bien manteniendo y alimentando a los trabajadores que se habían quedado baldados o enfermos y ya no podían trabajar. Jesús les dijo que cumplían un deber; pero que no se alabasen por ello; de otro modo perderían su premio.

Fue luego a las chozas de esos enfermos, sanó a muchos y los mandó a la enseñanza y al trabajo.

# XLVTII

**Jesús en Gennebris**

e dirigió Jesús a Gennebris para la fiesta del sábado. Esta ciudad es tan S grande como Münster: está como a media hora desde la altura del campo donde estaba Jesús, hacia el Oriente, en una ladera con jardines, baños y lugares de recreo. Del lado de donde venía Jesús estaba fortificado con zanjas profundas de agua cavadas en las piedras. Después de media hora de camino llegó Jesús con sus discípulos a las murallas y las torres de la puerta de la ciudad. Habían llegado hasta allí varios discípulos de los alrededores y estaban como doce cuando entró en la ciudad. Estaban reunidos muchos fariseos, saduceos y herodianos para el Sábado. Se habían propuesto tender lazos a Jesús con preguntas, y decían entre sí que en pequeños lugares era difícil hacerlo porque allí se mostraba más osado, pero que aquí, entre ellos, no iba a ser lo mismo: estaban seguros de su triunfo.

Por causa de esta disposición que llevaban, los más de los presentes se mantuvieron quietos y no hicieron demostración alguna ante su venida.

Entró sin ruido en la ciudad y los discípulos le lavaron los pies en un lugar fuera de la sinagoga. Los escribas y fariseos estaban reunidos en la sinagoga y recibieron a Jesús sin demostraciones, con fingida reverencia. Le dejaron leer y explicar. Jesús leía a Isaías y explicaba. Eran los puntos de 54, 55 y 56 y se trataba de cómo Dios establece su Iglesia; cómo la quiere edificar costosamente; cómo todos deben acudir a beber las aguas, y los que no tienen dinero, que acudan y coman pan. Se esforzaron por saciar su hambre en la sinagoga, pero allí no había pan, y la palabra de su boca (del Mesías) debía completar su obra. En el reino de Dios deben los extranjeros, los paganos, trabajar también y ser fructíferos, si tenían la fe. Llamó a los paganos cortados de la rama, porque no tenían parte en la descendencia del Mesías, como los patriarcas. Jesús explicó todas estas cosas en relación, con su reino, con la iglesia, con el cielo. Comparó también, a los maestros presentes de los judíos a perros mudos, que no vigilan, sino que comen, engordan y se divierten. Entendía a los herodianos y saduceos que sólo espiaban y, sin ladrar, asaltaban a las gentes y al mismo pastor. Su enseñanza fue muy severa y muy oportuna. Por conclusión leyó a Moisés, 5, 11-29, de la bendición y de la maldición, desde Garizim y Hebal, y mucho sobre los Mandamientos y sobre la tierra prometida. Todo se refería al reino de Dios. Un

herodiano se adelantó y preguntó con mucha reverencia de cuántos sería el número de los que entrarían en su reino. Querían, con esta pregunta, ponerlo en apreturas, porque, según ellos, todos los circuncidados tendrían parte y, según Él, había hablado de circuncisos y de paganos y reprobaba a muchos judíos. Jesús no tocó directamente el punto de la pregunta, sino que enseñó en torno de la misma, llegando a un punto que hizo inútil la pregunta. Les respondió con otras preguntas: "¿Cuántos de los judíos del desierto entraron en la tierra prometida? ¿Acaso habían pasado todos por el Jordán? ¿Cuántos en realidad habían poseído la tierra prometida? ¿La habían poseído toda? ¿No la habían poseído acaso en parte con los paganos? ¿No habían sido nunca desalojados de ella?" Les dijo también que nadie entrará en su reino sino por el camino estrecho y la puerta de la esposa.

Me fue mostrado que esta puerta era María y la Iglesia, en la cual somos renacidos por el bautismo, y de la cual nació el Esposo, para que Él nos lleve a la Iglesia y por medio de la iglesia, a Dios. Contrapuso el entrar por la puerta de la Esposa al entrar por alguna puerta lateral. Era una comparación como la del buen pastor y la del mercenario (Juan I). Repitió que sólo por esa puerta era la entrada. La palabra de Jesús en la cruz, antes de su muerte, cuando nombró a María, madre de Juan, y a Juan, hijo de María, tiene un significado misterioso con este renacimiento por la muerte de Jesús. No pudieron esa tarde reprocharle nada y en realidad se habían preparado para la conclusión del sábado.

Es una cosa notable la que observo en estos hombres: cuando están juntos, se glorían y tienen por seguro que pondrán en apuros a Jesús por su enseñanza, y cuando están en su presencia, no atinan a decir nada, se muestran admirados y callan, parte por admiración y por parte por la ira que los domina. Jesús dejó la sinagoga muy tranquilo y le llevaron a una comida con un fariseo donde tampoco fueron capaces de hablarle nada reprensible.

Les contó aquí una parábola de cierto rey que preparó una comida e invitó a los comensales para determinada hora y a los que llegaron tarde no los dejaron entrar. De aquí se fue a dormir a casa de un fariseo, conocido de Andrés: este hombre recto había defendido a los discípulos, entre ellos a Andrés, los cuales habían sido citados ante el juicio después de la Pascua.

Su defensa fue eficaz. Este hombre, de poco tiempo viudo, no era anciano aún y más tarde se juntó con los discípulos. Su nombre era Dinocus o Dinotus y su hijo de doce años se llamaba Josafat. Su casa está fuera de la ciudad, por la parte del

Oeste. Jesús había entrado en la ciudad por el Mediodía, pues había caminado por la altura de Dothaim más al Mediodía que Gennebris y después vuelto a ese mismo paraje. La casa del fariseo estaba en el Oeste y la casa de Natanael al Norte, hacia Galilea.

Hoy he visto que Herodes, después de la entrevista que tuvo con Juan, mandó a un empleado que hablara con suavidad al pueblo amotinado y le dijera que no tuvieran temor por causa de Juan y que volvieran tranquilos a su casa; que se encontraba bien de salud y tenía buen trato; que Herodes sólo quería tenerlo más cerca de si, y que si persistían en sus tumultos podían perjudicar al mismo Juan y hacerlo sospechoso; que se volvieran a casa, pues pronto volvería a aparecer de nuevo para bautizar en el Jordán.

Como también llegaron los mensajeros enviados por Jesús, la gente se fue dispersando, aunque Herodes se mantuvo en grande ansiedad y temor. La ejecución de los adúlteros en Jerusalén despertó en todos el recuerdo de su propio adulterio y se decía en alta voz que había tomado preso a Juan porque decía la verdad y sostenía el derecho por causa de cuya trasgresión habían sido ejecutados aquellos de Jerusalén. Además oía decir los prodigios y las enseñanzas de Jesús que quería venir al Jordán para enseñar.

Estaba en grande temor pensando que con esto se levantaría aún más el pueblo y con esta agitación he visto que celebró una reunión de fariseos y herodianos para ver cómo podrían detener a Jesús. La conclusión fue que envió a ocho de ellos a Jesús con el encargo de decirle buenamente que se detuviese en la Alta Galilea y del otro lado del mar de Galilea y allí enseñase e hiciese prodigios y no pasase al territorio de Herodes en Galilea ni bajara al Jordán, en la comarca del mismo rey. Que le recordasen el caso de Juan, que Herodes podría fácilmente verse obligado a juntarlo con Juan en la misma prisión. Esta misión salió hoy mismo para la Alta Galilea.

A la mañana siguiente enseñó Jesús de nuevo en la sinagoga, sin mayores contradicciones; pues pensaban asaltarlo con preguntas recién en la enseñanza de la tarde. Jesús enseñó sobre Isaías y Moisés, 5. Vino también la oportunidad de enseñar sobre la manera digna de celebrar el sábado y habló mucho tiempo sobre ello. Los enfermos de esta ciudad no se atrevieron a presentarse para pedir salud: tanto habían sido atemorizados por los adversarios. Jesús habló en la sinagoga, para que lo oyeran los espías, del mensaje que enviaba Herodes a Él: Cuando vengan digan a esos zorros que le lleven esta noticia al Zorro: que no tenga

cuidado por Él y que prosiga y cumpla el designio que tiene contra Juan; que Él no se detendría por consideración alguna y enseñaría adonde tuviese misión de hacerlo, en cualquier lugar, y en Jerusalén, si fuera necesario; que Él cumpliría su misión para dar cuenta de ella ante su Padre celestial. Los oyentes se irritaron sobremanera al oír estas cosas.

Por la tarde fue Jesús con sus discípulos desde la casa del fariseo Dinotus a caminar un rato, y como pasaran, al llegar a la puerta, junto a la casa de Natanael, entró Andrés y lo llamó fuera. Natanael presentó a Jesús a un sobrino suyo, hombre joven, a quien él pensaba entregarle el negocio, para seguir luego a Jesús, despreocupado ya. Creo que está disponiendo las cosas para ir con Jesús desde este momento, siguiéndole en su viaje. Después de este' paseo entraron en la ciudad en la parte donde estaba la sinagoga. Unos doce pobres trabajadores que habían enfermado en el trabajo o accidentes habían oído la curación de sus hermanos del campo de las mieses y con la esperanza de igual curación se habían introducido en la ciudad y se habían dispuesto en fila delante de la sinagoga para implorar su curación. Jesús pasó entre ellos consolándolos y diciéndoles que tuvieran paciencia por algún tiempo. Pero detrás ya venían los escribas irritados porque estos extranjeros se hubiesen atrevido a pedir salud a Jesús, puesto que hasta ese momento habían logrado ellos detener a los enfermos. Fueron con furia contra estos pobres enfermos y aparentando mirar por Jesús, dijeron que no promovieran aquí estorbo y admiración y se alejasen, que Jesús tenía cosas más importantes que hacer que tratar con ellos; que ahora no era el tiempo de conversar con Él; y como los pobres enfermos no se apuraban a salir, los sacaron a viva fuerza.

En la sinagoga enseñó Jesús la manera de celebrar el sábado. Trataba de esto el pasaje de Isaías que hoy leía. Cuando así estaba enseñando miró y señaló a la zanja honda que corría en torno de la ciudad, al borde de la cual estaban pastando los asnos en que habían viajado. Si uno de estos asnos cae en la zanja ¿podrán sacarlo para que no perezca? Ellos callaron. Preguntó si eso lo pueden hacer con un hombre. Callaron. ¿Permitirían ellos que les favorecieran en el cuerpo o en el alma en día sábado? ¿Es lícito hacer una obra de misericordia en día Sábado?... También callaron. "Ya que calláis, debo concluir que vosotros no tendréis nada en contra. ¿Dónde están los enfermos que pidieron ayuda delante de la sinagoga? Traedlos aquí". Y

como no quisieran hacerlo, dijo: "Como no lo queréis hacer, lo haré por mis discípulos". Entonces se consultaron entre ellos e hicieron venir a los enfermos.

Éstos entraron en estado miserable; eran doce, unos baldados, hinchados "otros por la hidropesía, de modo que algunos tenían los dedos separados unos de otros. Ahora estaban muy contentos, ya que antes habían quedado sumamente entristecidos por el rechazo de los escribas. Jesús les mandó ponerse en hilera. Era conmovedor ver cómo los menos enfermos dejaban a los más dañados ponerse delante y ayudarse unos a otros para que Jesús los pudiera curar antes. Jesús bajó algunos escalones y llamó a los primeros, que tenían en su mayoría los brazos en mal estado. Jesús oró sobre ellos, en silencio, mientras alzaba los ojos al cielo, y pasó su mano sobre los brazos dañados; luego movió sus dedos, manos y brazos y les dijo que pasasen atrás y alabasen a Dios. Estaban sanos. Los hidrópicos apenas podían avanzar. Jesús les puso las manos sobre la cabeza y el pecho: se sintieron mejorados y con fuerzas, pudiendo volver a su lugar. El agua les fue saliendo luego en un par de días.

Mientras sucedía esto, se suscitó un gran concurso de pueblo y de otros enfermos que alababan a Dios en compañía de los recién sanados. El concurso fue tan grande que los escribas y fariseos, llenos de ira y de rabia, se fueron alejando; al fin terminaron con salir de la sinagoga. Jesús entonces enseñó al pueblo sobre la proximidad del reino, de la penitencia y de la conversión hasta la conclusión del sábado. Los escribas con todo su aparato de preguntas y de capciosas interrupciones no atinaron a decir palabra. Es en verdad una cosa que causa risa como habían creído entre ellos poner en apreturas a Jesús y luego ni siquiera atinaron a decir una palabra y perdían toda autoridad delante de Él, no sabiendo siquiera contestar ninguna pregunta que Jesús les hacía.

# XLIX

**Jesús invitado a una comida. Otros viajes** espués del sábado hubo una gran comida en un sitio abierto de recreo, D con motivo de la terminación de la cosecha, y Jesús y sus discípulos fueron invitados. Estaban presentes los más distinguidos habitantes, algunos extranjeros y varios de los campesinos más acomodados del lugar. Había varias mesas preparadas. Sobre las mesas había todas clases de productos de la cosecha: frutas, trigo, aves y en general algo de todo lo propio de esa estación y en doblada cantidad. Había unos animales ya asados prontos para comer y otros muertos y preparados para ser asados, como señal de abundancia. Se le había señalado a Jesús y a sus discípulos un lugar principal; pero un orgulloso fariseo se había adelantado y acomodado en un lugar principal. Jesús al llegar a la mesa habló en voz baja con él, preguntándole cómo se ponía en ese lugar. Contestó el fariseo: "Porque aquí está establecida la loable costumbre de que los más sabios y más nobles ocupen el primer lugar". Jesús le replicó que aquellos que en la tierra toman los primeros puestos, no encontrarán lugar alguno en el reino de su Padre. El hombre, avergonzado, salió de allí y se fue sentar en otro lugar más retirado, pero de tal modo disimulando como que elegía él, por gusto, otro lugar. En la mesa explicó Jesús algunas cosas más sobre Isaías, 58-7: "Lleva al hambriento tu pan y a los que están en miseria, llévalos a casa". Luego preguntó si no tenían allí alguna buena costumbre, como la acción de gracias por la abundante cosecha, de invitar a los pobres y de repartir con ellos los alimentos. Se maravillaba de que hubiesen dejado esa costumbre y preguntaba dónde estaban los pobres. Puesto que lo habían invitado y que presidía como maestro debía Él, añadió, cuidarse de que asistiesen los invitados naturales y de ley y mandó que llamasen a los que había sanado en la sinagoga y a todos los demás pobres del lugar. Como no lo hicieron en seguida, salieron sus discípulos a la calle y llamaron a los pobres, y cuando llegaron les dejó Jesús su lugar en la mesa y los discípulos hicieron lo mismo. Los fariseos, contrariados, poco a poco fueron abandonando las mesas. Jesús con sus discípulos y otras buenas personas sirvieron a los pobres y repartieron todo lo que sobraba, de modo que quedaron sobremanera contentos. Después se dirigió Jesús con los suyos a la casa del fariseo Dinotus para tomar algún descanso.

Al día siguiente vinieron innumerables enfermos de Gennebris y de los alrededores a la casa donde se albergaba, y Jesús se pasó toda la mañana sanando y exhortándolos. Había muchos mancos e hidrópicos. El hijo de Dinotus, que

tenía unos doce años y se llamaba Josafat, siguió a Jesús cuando su padre se hizo discípulo. Los niños judíos llevaban un vestido largo con un cuchillo a ambos lados, cuyo ribete estaba partido; delante, hasta los pies, tenía botones y ligaduras. Cuando el vestido de los niños llevaba faja, entonces era rizado; de, otro modo caía como una túnica que a menudo se recogía un tanto. Cuando Jesús se separó de Dinotus, lo estrechó contra su corazón, y el hombre lloró de ternura. Jesús se encaminó en compañía de varios de sus discípulos hacia el Sur a través de valles, por dos o tres horas, y pernoctó en una ladera de monte donde había un galpón de cosechadores vacío. Estaban con Él, Natanael, Andrés, Santiago, Saturnino, Aristóbulo, Tharzissus, Pármenas y otros cuatro discípulos. El lugar estaba entre dos ciudades, la de la izquierda Ulama y la de la derecha, Japhia.

Ulama está enfrente de Tarichea, como Gennebris está enfrente de Betulia.

Se encuentran a respetable distancia, pero la montaña está de tal manera que parecería que Betulia se halla sobre estas ciudades. Este lugar está, en el viaje de Jesús, al parecer muy cerca; pero el camino tuerce, de modo que se lo pierde de vista. Aquel campo donde Jesús enseñó a los hombres de la cosecha, es realmente el campo donde José encontró a sus hermanos con el ganado, y el pozo cuadrangular allí existente es la misma cisterna donde echaron a José.

# L

## Jesús en Abelmehola

esús caminó desde ese refugio nocturno unas cinco horas más lejos J hacia el Mediodía y llegó a eso de las dos de la tarde a la pequeña ciudad de Abelmehola, donde había nacido el profeta Elíseo. Está en una altura, de modo que las torres aparecen a nivel con los barrancos del lugar.

Se halla sólo a algunas horas de Scytópolis y por el Oeste se entra en el valle de Jezrael, en la misma línea. No lejos de Abelmehola, próximo al Jordán, está el pueblo de Bezech. Samaria dista varias horas hacía el Sudoeste. Abelmehola está en los límites de Samaria, habitada por judíos.

Jesús y sus discípulos se sentaron delante de la ciudad en un lugar de descanso, como es costumbre en Palestina, de donde son generalmente invitados a entrar en la casa por algún caritativo habitante que los vea allí descansando. Así sucedió aquí: pasaron algunos que los reconocieron porque habían estado aquí en la fiesta de los Tabernáculos, y lo anunciaron en casa. Vino entonces un acomodado campesino, con siervos, y trajo a Jesús y a sus discípulos bebida, pan y miel, los invitó a su casa, y ellos le siguieron. Les lavó los pies y cambió sus vestidos; sacudió y limpió los de ellos, que volvieron a ponerse después. En seguida preparó una comida, a la cual convidó también a varios fariseos con los cuales estaba en buenas relaciones, y éstos aparecieron bien pronto. Se mostró extremadamente amigo y cortés; pero internamente era un granuja: pretendía gloriarse después de que el Profeta había estado en su casa y dar ocasión a los fariseos de espiar a Jesús. Pensaban que solos en la mesa les sería más fácil que delante de todo el pueblo en la sinagoga. Apenas se había preparado la mesa cuando aparecieron todos los enfermos del lugar en la casa y en el patio del hombre que había invitado, cosa que irritó a los fariseos no menos que al dueño de casa. Salió fuera y quiso echarlos; pero Jesús le dijo: "Yo tengo otra hambre que la de alimentos", y no se sentó a la mesa, sino que salió afuera, donde estaban los enfermos, y comenzó a sanarlos, y todos sus discípulos le siguieron en este trabajo. Había también varios endemoniados que clamaban: los libró con una mirada y con una orden. Muchos de estos enfermos tenían una o las dos manos baldadas. Jesús pasó sus manos sobre sus miembros doloridos y los movió una y otra vez; otros eran hidrópicos y les puso sus manos sobre la cabeza

y el pecho; otros estaban como tísicos, otros con granos malos. A unos les mandaba a bañarse, a otros les decía que sanarían en pocos días y les prescribía ciertas obras. Lejos de allí, apoyados a un muro, estaban, veladas y avergonzadas, varias mujeres que miraban temerosas hacia Él; padecían flujo de sangre. Por último fue Jesús a ellas, las tocó y ellas se echaron a sus pies, sanas. Todos alababan y bendecían a Dios, mientras los fariseos, adentro, habían cerrado las puertas y entradas a la sala y comían allí, y de tanto en tanto miraban por las rejas la escena y se irritaban. Todo esto duró tanto tiempo que los fariseos, si quisieran volver a sus casas, debían atravesar entre los enfermos y sanados y de todo el concurso del pueblo que cantaba y alababa a Dios. Esto hubiera sido una lanzada a su corazón. Al fin se hizo tan grande el gentío que Jesús tuvo que retirarse al interior de la casa para que se dispersaran.

Era ya al anochecer cuando vinieron cinco levitas e invitaron a Jesús y a sus discípulos a su escuela y a albergarse con ellos. Dejaron la casa del rico campesino, dándole las gracias, y Jesús dio una lección breve y usó de la palabra "zorros'", como cuando habló de los herodianos. El hombre, por su parte, se mostró siempre deferente. En %la casa de la escuela tomó Jesús algún alimento con sus discípulos y pasaron la noche en un largo corredor donde habían preparado con alfombras lugares de descanso, divididos por biombos. En la misma casa hay una escuela de niños. En otra pieza se instruyen las jóvenes, ya algo crecidas, que necesitan una educación a fondo si piden ser judías de religión.

Esta escuela existía desde los tiempos de Jacob. Como Jacob era perseguido siempre por Esaú, Rebeca, su madre, lo había mandado a Abelmehola donde vivía en secreto cuidando su ganado y tenía consigo algunos peones y siervos. Vivía allí Jacob en tiendas y Rebeca mantenía una escuela para niñas cananitas y otras paganas que deseaban ser judías. Como Esaú, sus hijos y sus siervos solían casarse con estas extranjeras, Rebeca tenía esta escuela donde instruía a las jóvenes paganas que iban a casarse con judíos, para que practicasen su religión y tuviesen sus costumbres. Esto lo hacía por necesidad, aunque tenía aversión a estas extranjeras; este campo le pertenecía. Jacob se mantuvo aquí mucho tiempo oculto y cuando preguntaban se les decía que Jacob estaba en el extranjero guardando su ganado. A veces venía secretamente a ver a su madre, que lo ocultaba algún tiempo, hasta que volvía a su escondite de Abelmehola. Allí cavó un pozo, que es el mismo donde estuvo Jesús sentado; este pozo era tenido en grande veneración y estaba cubierto. Jacob había cavado también otros pozos y cisternas cuadrangulares adonde se bajaba por escalones. Más tarde se vino a

conocer su refugio y antes que él mismo se comprometiese con alguna cananita, Rebeca e Isaac lo mandaron a Labán, su tío, donde se ganó las manos de Raquel y de Lía.

# LI

**Noticias sobre la escuela de Rebeca y la gente de Canaán** uvo que poner Rebeca su escuela lejos de su casa, en el país de Heth, T porque Isaac tenía frecuentemente disputas con los filisteos que le arruinaban sus posesiones. Había puesto Rebeca en aquel lugar a un hombre de su país Mesopotamia y a su nodriza, que creo era su mujer. Las alumnas vivían en tiendas y eran instruidas en todas las cosas que necesitaban saber las mujeres de pastores que llevaban el orden en la casa. Aprendían los deberes de una mujer en la religión de Abrahán y sus costumbres. Tenían jardines y huertas; y plantaban zapallos, melones, sandías y pepinos y una variedad de trigo. Tenían ovejas de gran tamaño y bebían leche de cabras, o la comían en forma de quesos. Se instruían en leer y escribir, cosa que para ellas les resultaba muy difícil. No se escribía entonces tanto como ahora y se hacía sobre retazos gruesos y oscuros. No eran rollos, como más tarde, sino cortezas de ciertos árboles: he visto cómo las sacaban de las plantas. Para escribir marcaban con fuego las letras en la corteza. Tenían una cajita con casilleros y he visto que estos casilleros eran brillantes por arriba porque contenían toda clase de signos de metal dentro. Para escribir calentaban estos signos y los grababan en la corteza uno después de otro.

He visto el fuego donde calentaban estos signos, que usaban también para cocinar, asar, cocer y como lámpara, y cómo la usaban, y pensé en ese momento que tenían la lámpara bajo el celemín. En un recipiente que me recordaba algo parecido que tienen los ídolos sobre la cabeza, se veía encendida una masa negra que tenía en medio un agujero, creo, para el aire.

Unas torrecitas en torno del borde del recipiente eran huecas y allí se echaba lo que había que cocer. Sobre este bracero ponían boca abajo un cobertor, arriba delgado, con agujeritos por encima y en torno torrecitas, en el cual se podía calentar algunas cosas. En estos braceros había en torno aberturas y hacia donde querían tener luz se abría o corría una de esas ventanitas y la llama de ese lado iluminaba el aposento. Solían abrir sólo por el lado donde no corría el viento, que en las tiendas de campaña suele colarse con facilidad. Debajo del bracero había un cenicero donde ponían, al rescoldo, tortas, y por la parte de arriba calentaban agua para baños, lavados y cocina.

También asaban sobre estos braceros. Estos recipientes eran livianos y podían

llevarlos en sus viajes. Sobre uno dé estos braceros se calentaban las letras y luego eran grabadas en las cortezas.

Los cananitas eran de cabellos negros y más oscuros que Abrahán y su gente; éstos eran más amarillentos y de un rojizo brillante. Las mujeres cananitas vestían diferente de las judías. Tenían un vestido de lana amarillo que llegaba a las rodillas; se componía de cuatro trozos atados debajo de la rodilla y una ancha bombacha que no estaba sujeta a medio cuerpo, como en las mujeres judías, sino que caía en anchos pliegues; en torno del cuerpo estaba esta bombacha recogida. La parte superior del cuerpo estaba cubierta de dos trozos de telas que cubrían el pecho y la espalda. Estos trozos de tela estaban recogidos y atados sobre los hombros: era una especie de escapulario ancho abierto a ambos lados y cerrado en torno del cuerpo.

Parecían de este modo el cuerpo y las caderas como un saco largo atado en el medio y terminado de pronto en las rodillas. Llevaban suelas atadas con correas hasta las rodillas, a través de las cuales se veían las piernas. Los brazos estaban cubiertos con trozos transparentes y anillos de metal brillante que se cerraban como mangas. Teníán en la cabeza una gorra de plumas finas terminada en punta por detrás como un yelmo con tupido mechón.

Eran de hermosa contextura, pero mucho más ignorantes que las hijas de Israel. Algunas llevaban mantos largos, arriba estrechos y abajo anchos. Las mujeres de Israel llevaban una prenda interior, luego un camisón largo y encima un vestido largo abotonado por delante; la cabeza cubierta con el velo o si no con telas rizadas como suelen llevar hoy las gentes en torno del cuello.

He visto también lo que aprendían en tiempos de Rebeca. Era la religión de Abrahán: la creación del mundo; y de Adán y Eva, su estadía en el paraíso, la tentación de Eva por Satanás y la caída del primer hombre en la culpa por faltar a la obediencia de abstenerse de la fruta que Dios les había prohibido.

Con la comida de la fruta entró la concupiscencia en el hombre. Se les enseñaba qué Satanás les había prometido una ciencia divina a nuestros primeros padres; mas el hombre se sintió como ciego después del pecado: se le cubrieron los ojos como con una piel, perdieron una vista clara de las cosas que antes tenían, ahora deben trabajar, criar hijos con dolor y esforzarse mucho para adquirir cualquier conocimiento de las cosas.

Aprendían que a la mujer se le había prometido un Hijo que aplastaría la cabeza de la serpiente; de Caín y Abel; y de los descendientes de Caín, cómo se malearon, y cómo los hijos de Dios, es decir, los buenos, se dejaron seducir por la belleza de las hijas de los hombres, y cómo de su unión nació una raza de estatura gigantesca, llena de fuerza diabólica, y ciencias y artes malas. Estos gigantes habían inventado todas artes de engaño y seducción, falsa ciencia, todo lo que aparta de Dios y lleva al pecado, y habían pervertido de tal manera a los hombres, que Dios determinó exterminarlos salvando sólo a Noé y su familia. Esta raza había tenido su asiento en una alta montaña y había avanzado cada vez más hasta que Dios los exterminó en el diluvio, y la alta montaña se hundió y se formó allí un mar (el mar Negro). Se les enseñaba del diluvio, de la salvación de Noé en el arca; de Sem, Cam y Jafet; del pecado de Cam y de la malicia de los hombres en la edificación de la torre de Babel. Esta edificación de la torre, su destrucción, la confusión de las lenguas y la enemistad de los hombres se les decía que tenía relación con aquellos soberbios gigantes de artes diabólicas que habitaban la montaña y que era el resultado de las uniones ilícitas con las cananitas; y que también en la torre de Babel se practicaban cultos idolátricos. Con estas enseñanzas se apartaban a esas jóvenes paganas de toda comunicación con los idólatras, de las artes de seducción y de los adornos inmodestos, de la magia, de la sensualidad y de todo la que aleja de Dios, previniéndolas contra todo lo que pertenece al pecado, causa por el cual Dios castiga a los hombres. Se las exhortaba, por el contrario, al temor de Dios, a la obediencia, a la sumisión y al cumplimiento de todas las obligaciones y a la observancia de la sencilla vida de los pastores. Se las instruía en los mandamientos que Dios había dado a Noé, por ejemplo, no comer carne cruda. Se les enseñaba cómo Dios eligió a la familia de Abrahán para formar un pueblo elegido, de cuya descendencia debía nacer el Mesías15 sacando a Abrahán de la tierra de Ur y separándolo de los demás. Se les enseñaba cómo Dios había enviado a Abrahán a hombres sabios, es decir, hombres que aparecían con vestidos blancos y resplandecientes, y que éstos le dieron a Abrahán el misterio de la bendición de Dios para que su descendencia fuera más grande que todos los demás pueblos de la tierra. De la entrega del misterio sólo se les hablaba en general, como de una bendición de la cual debía nacer el Mesías. Se les hablaba de Melquisedec como de un hombre sabio que había ofrecido pan y vino y había bendecido al mismo Abrahán. También se les enseñaba del castigo caído sobre Sodoma y Gomorra.

# LII

### Jesús visita la escuela de Rebeca

uando Jesús entró en la escuela estaban las jóvenes haciendo un C cálculo sobre la venida del Mesías y todas llegaron con sus cuentas a determinar el tiempo presente. La entrada de Jesús produjo una impresión extraordinaria. Jesús enseñó sobre esto mismo y explicó todo claramente. El Mesías estaba allí y no era reconocido. Habló del Mesías desconocido y del cumplimiento de las señales que deben hacerlo reconocer. De las palabras:

"Una Virgen dará a luz un Hijo", habló Jesús en términos oscuros: esto les era difícil comprenderlo ahora. Les dijo que debían considerarse dichosas de vivir en este momento tan deseado por los patriarcas y los profetas, que no lo alcanzaron. Habló de las persecuciones y de los sufrimientos del Mesías, les explicó varios pasajes y les dijo que pusieran atención a lo que había de suceder en la próxima fiesta de los Tabernáculos, en Jericó. Habló de prodigios y de un ciego que había de sanar. Les hizo un cálculo del tiempo del Mesías, habló de Juan y de su bautismo, y preguntó si ellas deseaban también el bautismo. Les enseñó la parábola de la dracma perdida.

Estas niñas estaban sentadas en la escuela con las piernas cruzadas, a veces con una rodilla levantada; cada una tenía un banquillo al lado que formaba un ángulo; de un lado se apoyaban lateralmente y sobre la parte más ancha ponían sus rollos cuando escribían; .a menudo estaban de pie para escuchar las lecciones. Había en la misma casa una escuela de niños; era una especie de asilo, una fundación para educar niños huérfanos o niños judíos rescatados de la esclavitud, que habían crecido lejos de toda enseñanza judaica. Tenían parte en la enseñanza fariseos y saduceos, y eran recibidas también niñas pequeñas que eran instruidas por otras mayores.

Cuando entró Jesús en la escuela de los niños, estaban éstos ocupados en calcular algo sobre la historia de Job y no acababan de salir del paso. Jesús les explicó lo que no entendían y les puso en la pizarra algunos signos para aclararlo. Les explicó también algo que trataba de una medida de dos horas de camino o de tiempo, que ahora no recuerdo, y les habló mucho a los niños del libro de Job, que era desechado por algunos rabinos como verdadera historia,

porque los edomitas, de cuyo país era Herodes, se burlaban de los judíos por ser crédulos de la historia de un hombre del país de Edom, donde nadie lo conocía. Decían que lo de Job sólo era una fábula o parábola para entretener a los israelitas en el desierto. Jesús explicó a los niños la historia de Job, cómo sucedió en realidad, y lo explicó al modo de los profetas y maestros de la niñez, como si viera todo ante sus ojos, como si fuese su propia historia, como si hubiese Él visto y oído todo, o como si Job mismo le hubiese contado a Él su historia. Parecíales a los niños que Él había vivido con Job, o que era un ángel de Dios o el mismo Dios. Y esto no les extrañaba a aquellos niños: sentían por momentos que era un Profeta, y sabían algo de Melquisedec de quien nadie sabía lo que era en realidad. Les habló, en una parábola, del significado de la sal y del hijo pródigo.

Mientras tanto habían llegado los fariseos, los cuales se irritaron porque Jesús se aplicaba a Sí mismo muchas cosas que decía del Mesías. Por la tarde anduvo Jesús con esos levitas y con los niños delante de la ciudad. Las niñas pequeñas, guiadas por las mayores, venían detrás. Algunas veces se detenía Jesús hasta que llegaran las niñas, mientras los niños caminaban delante. Les enseñaba, haciendo comparaciones con las cosas que veían en la naturaleza. De todas las circunstancias sacaba lección: de la vista de los árboles, de los frutos, de las flores, de las abejas, de los pájaros, del sol, de la tierra, del agua, del ganado y del trabajo del campo. Les habló maravillosamente de Jacob y del pozo que cavó en este lugar; y cómo ahora venía a ellos (a los niños) el agua viva; y lo que significa cegar el pozo, taparlo con basura, como hacían los enemigos de Abrahán j de Jacob, y aplicó esto a los que intentan desacreditar los prodigios y las enseñanzas de los profetas, como hacen los fariseos.

# LIII

## Jesús va de Abelmehola a Bezech

uando Jesús a la mañana siguiente volvió a la sinagoga, estaban todos C los fariseos y saduceos presentes con mucho pueblo. Jesús abrió los rollos y explicó a los profetas. Los fariseos disputaron con Jesús obstinadamente, pero Él los avergonzó a todos. Se había introducido en la sinagoga un hombre con el brazo y las manos baldadas; había deseado tanto tiempo poder acercarse y ahora esperaba que Jesús al salir lo viera junto a la puerta de la sinagoga. Algunos fariseos se irritaron contra él y le mandaron se apartase, y como él se resistiese, intentaron sacarlo a empujones. Él se plantó lo mejor que pudo en la puerta y miraba con aire de piedad a Jesús, bastante distante, por la mucha gente, en un sitial alto. Jesús se volvió al enfermo y le dijo: "¿Qué pides de Mi?" Habló entonces el enfermo: "Señor, te pido que me sanes, porque sé que lo puedes, con tal que lo quieras". Jesús le dijo: "Tu fe te ha salvado; extiende tu mano sobre el pueblo". Y en el mismo momento le vino salud al hombre desde distancia. Extendió sus manos a lo alto y clamó, alabando a Dios. Jesús le dijo: "Vete a tu casa y no hagas tumulto". El hombre contestó: "Señor, ¿cómo podré ocultar un favor tan grande que he recibido?" Salió fuera y publicó por todas partes el prodigio. Acudieron entonces muchos enfermos delante de la sinagoga, y Jesús, al pasar, los sanó. Después de esto estuvo con los fariseos en una comida, porque a pesar de su irritación y de su rabia interna, lo trataron con cortesía exteriormente, para tener ocasión de espiar mejor sus palabras y sus hechos. Por la tarde lo vi todavía sanando enfermos.

Durante la mañana estuvo Jesús en la escuela de los niños. Por último lo vi rodeado de las más pequeñas, que estaban jun-titas a Él, tocando sus vestidos y tomándole de las manos. Jesús se mostró muy cariñoso con ellas y las exhortó a ser obedientes y a temer a Dios. Las mayores estaban detrás de las pequeñas. Los discípulos, a distancia, estaban extrañados y deseaban que se retirase de ellas. Ellos pensaban, al modo de los judíos, que tal familiaridad no era conveniente para un profeta, y que podría dar que hablar. Jesús desestimó sus vanos temores, y después que hubo exhortado a todos los niños, animado a los más crecidos y fortalecido a los maestros, mandó a uno de sus discípulos que hiciera a cada niña un regalito.

Recibieron monedas unidas una con otra, creo que un par de dracmas.

Luego bendijo a todas las niñas, abandonó con sus discípulos el lugar y se encaminó al Este, en dirección del Jordán.

En el camino enseñó a grupos de labradores y pastores, y llegaron a eso de las cuatro de la tarde frente a Bezech, que está como a dos horas al Este de Abelmehola, en dirección al Jordán. Hay allí dos lugares a ambos lados del río. La comarca es montañosa y quebrada y las casas están desparramadas.

Bezech está formada más bien por dos poblaciones. Los habitantes viven como aislados y no tienen mucho comercio; la mayor parte son labradores que trabajan en un terreno pedregoso con mucha fatiga y se ocupan de fabricar instrumentos de labranza, que llevan al mercado, y hacen toscas mantas y telas para tiendas de campaña. Como a hora y media de allí hace el Jordán una vuelta hacia el Oeste, como si quisiese correr hacia el Huerto de los Olivos; pero da luego media vuelta y forma así una península en la ribera Oriental, sobre la cual hay una hilera de casas. Cuando vino Jesús de Galilea a Abelmehola tuvo que pasar un río; ahora desde Bezech hasta Ainón podrá haber cuatro horas de camino al otro lado del río. Delante de la ciudad, Jesús entró en un albergue, el primero de los que las mujeres de Betania habían destinado para Jesús y sus discípulos cuando andaba por esos contornos. Estaba al cuidado del albergue un hombre piadoso y bien intencionado, el cual salió al encuentro de los viajeros, les lavó los pies y les servio alimento. Jesús entró en la ciudad donde los jefes de la escuela le recibieron en la calle y entró en las casas de algunos enfermos, dándoles la salud. Se han reunido como unos treinta discípulos en torno de Jesús. Con Lázaro han venido varios discípulos de Jerusalén y de los alrededores y otros de Juan. Algunos venían ahora de Macherus, con un mensaje de Juan para Jesús. Juan le pedía que dijese claramente que era el Mesías y se presentase públicamente. Entre los mensajeros estaba un hijo del viudo Cleofás. Entiendo decir Cleofás de Emaús, pariente del otro Cleofás, marido de la sobrina de María Santísima, y que por eso se llama María Cleofás.

Otro de estos discípulos era José Barsabas pariente de Zacarías de Hebrón.

Sus padres habían vivido primeramente en Nazaret y ahora en Cana. Entre estos discípulos de Juan acuden otros a mi memoria. Los hijos de María Helí, la hermana mayor de María Santísima, eran discípulos de Juan: habían nacido tan después de su hermana María Cleofás, que apenas eran mayores que los hijos de

ésta. Éstos fueron discípulos de Juan y le siguieron hasta la muerte del Bautista; luego se pasaron a Jesús. Los esposos que cuidaban el albergue de Bezech eran piadosos y vivían, según voto que habían hecho, en continencia, aunque no eran esenios. Eran parientes lejanos con la Sagrada Familia.

Jesús habló varias veces a solas con estas personas. Todos los discípulos presentes comieron y durmieron en este albergue. Había allí, dispuestos por Lázaro y las mujeres de Betania, utensilios de cocina, mantas, alfombras, camillas, tabiques de separación, suelas, vestidos. Marta tenía, en una casa junto al desierto de Jericó, todo lo necesario para estos albergues. Había allí viudas pobres y algunas arrepentidas que trabajan en eso y se mantenían ellas mismas. Todo esto se hacía en silencio, sin llamar la atención. Pero no era poco trabajo tener todo lo necesario para tantas personas y vigilar continuamente estos lugares, enviar mensajeros o ir personalmente para ordenar y proveer. Jesús hizo un gran sermón a la mañana sobre una colinita, en un lugar donde los habitantes habían dispuesto un sillón para Jesús. Se habían reunido muchas personas para oír a Jesús, entre ellas unos diez fariseos de los alrededores para espiarlo.

Enseñó, con gran mansedumbre y amor hacia el pueblo, que era de buena índole y que por haber oído a Juan y haber sido bautizado por él, ya estaba convertido y mejorado. Los exhortó a permanecer contentos en su estado de pequeñez, a ser compasivos y trabajadores. Habló del tiempo de la gracia, del reino, del Mesías y más claramente de su misma Persona. Habló de Juan, de su testimonio, de su persecución y prisión. Habló del adulterio de los reyes por cuya causa estaba Juan en la prisión. Contrapuso la severidad de los fariseos que habían ejecutado en Jerusalén a algunos adúlteros, que al fin no cometían el pecado tan escandalosamente como los reyes. Todo lo dijo claramente, sin reticencias. Exhortó a cada uno, según su estado, sexo, condición y edad. Un fariseo preguntó si Él entraba ahora en lugar de Juan, si Él era Aquél del cual Juan hablaba. Jesús contestó en general y le hizo notar su doblez y fingimiento.

Jesús tuvo aquí una conmovedora instrucción para los niños y niñas. Los exhortó a la paciencia: si otro maltrata, no responder con golpes, sino llevarlo con paciencia, apartarse y perdonar al ofensor. Nada devolver al malo, sino amor doble, y hasta a los enemigos debían quererlos bien. Les dijo que no tocasen los bienes ajenos ni los deseasen, y si otro niño deseaba tener sus plumas, sus útiles de escribir, sus juegos, sus frutas, que les diesen lo que deseaban y aún más, para dejarlos contentos, siempre que pudieran lícitamente dar esos objetos. Sólo los mansos, los compasivos y misericordiosos tendrán asiento en su reino. Y este

asiento lo pintó a los niños muy hermosamente, como un trono. Habló de los bienes de la tierra que hay que abandonar para obtener los bienes del cielo. A las niñas les recomendó especialmente no envidiar los trajes de vanidad, la obediencia, respeto y amor a los padres, mansedumbre y temor de Dios.

Acabada la enseñanza pública dirigió una alocución a sus discípulos en particular consolándolos con mucho amor y exhortándolos a llevar con Él todo con paciencia y no tener preocupación por las cosas de la tierra. Les dijo que su Padre en el cielo los recompensaría abundantemente y que poseerían el reino con Él. Habló de la persecución que sufrirían Él y ellos, y les dijo claramente: "Si los fariseos, saduceos o herodianos os alaban, entonces pensad que os habéis apartado de mi enseñanza y que ya no sois mis discípulos". Nombró estas sectas con los nombres que les correspondían. Alabó a los habitantes del lugar por su misericordia y compasión, porque toman a menudo a su servicio niños pobres de Abelmehola y trabajadores necesitados. Los alabó también por la sinagoga nueva que habían edificado costeando ellos mismos los gastos, aunque les habían ayudado gentes buenas de Cafarnaúm. Después sanó a muchos enfermos y fue con los discípulos al albergue. Por la tarde se dirigió a la sinagoga, porque había comenzado el sábado.

# LIV

**Jesús enseña en la sinagoga. Se declara Mesías** esús enseñó sobre Isaías, 51, 12: "Yo soy vuestro Consolador". Habló J contra el respeto humano: que no tuviesen temor de los fariseos y de otros molestadores y pensasen que Dios los ha creado y los mantiene a cada uno.-Las palabras: "Yo pongo mi palabra en tu boca", las explicó en el sentido de que Dios mandó al Mesías y que esta palabra de Dios está ahora en la boca del pueblo suyo, ya que el Mesías dice las palabras de Dios, y ellos son el pueblo del Mesías. Todo esto lo explicó tan abiertamente que los fariseos murmuraban entre sí: "Se despacha por el Mesías". Jesús continuó: que Jerusalén despierte de su somnolencia y borrachera, que la ira había pasado y la Gracia estaba allí. Dijo que la sinagoga infructuosa no daba hijos, y nadie rige y guía al pobre pueblo; pero que ahora los destructores, los hipócritas y los opresores serían castigados e irían a la perdición. ¡Que Jerusalén se despierte y Sión se levante! Todo lo declaró en sentido espiritual con respecto a las gentes piadosas, a los penitentes, a los que a través del bautismo del Jordán entran en la tierra prometida de Canaán, que es el reino de su Padre celestial; que ningún impuro, ninguno que no refrene sus pasiones, ningún pecador, pervierta ya a su pueblo.

Enseñó de la redención y del nombre de Dios, que será anunciado ahora entre ellos; luego habló de Moisés V, 16, 18, sobre los jueces y empleados, sobre el torcer la justicia y el cohecho y reprobó severamente a los fariseos.

Después sanó a muchos enfermos delante de la sinagoga. Al día siguiente volvió a la sinagoga a enseñar de Isaías, 51 y 52, y sobre Moisés V, 16 hasta 31. Habló de Juan y del Mesías, de las señales del Mesías en otra forma, y dio a entender claramente que Él era el Mesías, puesto que aquí hablaba a muchos que ya estaban preparados por el bautismo y la predicación de Juan.

Trató de Isaías, 52-13 hasta 15, y dijo que el Mesías los había de juntar, que estaría lleno de sabiduría, que sería levantado y honrado, y les dijo que así como muchos se maravillaban de ver a Jerusalén pisoteada y devastada por los paganos, así aparecerá el Mesías entre los hombres, perseguido y despreciado. Él bautizará a muchos paganos y los purificará; los reyes callarán delante de Él cuando sean instruidos y aquéllos a los cuales no llegó su noticia tomarán su enseñanza y le verán. Les recordó todas sus obras y prodigios desde su bautismo,

y las persecuciones que padecía en Jerusalén y en Nazaret, el desprecio de los espías y las burlas de los fariseos. Recordó los prodigios de Cana, los ciegos, los sordos, los mudos, los baldados curados y la resurrección de la hija de Jairo de Phasael. Señaló el lugar y dijo: "No es lejos de aquí; id y preguntad y veréis que es así". Les dijo:

"Vosotros habéis visto a Juan y le habéis conocido; él os ha dicho que era el preparador de los caminos, el anunciador y precursor. ¿Era Juan acaso muelle, delicado, distinguido? ¿O era uno venido del desierto? ¿Vivía en palacios, comía viandas delicadas, llevaba vestidos finos y hablaba palabras cultas y halagadoras?" Les dijo que Juan era el precursor: "¿No lleva entonces el siervo los vestidos de su Señor? Si el Mesías que esperáis debiera ser un rey poderoso, brillante, rico y vencedor ¿hubiera tenido por precursor a un tal Juan? Vosotros tenéis al Salvador entre vosotros y no queréis reconocerlo. No es según vuestra soberbia idea, y porque no es así, no lo queréis reconocer como Mesías".

Después enseñó mucho tiempo aún sobre Moisés V, 18, 19. "Yo les despertaré un profeta de entre sus hermanos, y quien no escucha su palabra en mi nombre, de ése tomaré yo cuenta". Fue una exposición fuerte, y nadie se atrevió a contradecirle. Dijo: "Juan estuvo en el desierto y no iba con nadie. Esto no os agradó. Yo voy ahora de pueblo en pueblo, enseño y sano a los enfermos, y esto tampoco os agrada. ¿Qué clase de Mesías queréis entonces? Cada uno de vosotros quiere otra cosa. Sois como los niños que andan por las calles, que cada uno se fabrica un instrumento diferente para soplar dentro; uno toma un caño profundo de corteza y otro una caña vacía".

Y nombró varios juegos de niños, y cómo cada uno pide que le toquen en una u otra forma, en uno u otro tono y a cada uno le gusta sólo su modo propio.

Hacia la tarde, cuando salió de la sinagoga, se había reunido una gran cantidad de enfermos. Muchos yacían sobre camillas y se había extendido una techumbre sobre ellos. Jesús iba de uno a otro con sus discípulos, y los sanaba. Había algunos endemoniados, que clamaban y se irritaban. Jesús los libró del demonio mandándoles callar y pasando entre ellos. Había baldados, tísicos, hidrópicos, otros con granos en la garganta, mudos y sordos. Sanó a todos, en particular, imponiéndoles las manos o tocándolos, aunque su modo de obrar era diferente en cada caso. Los curados se sentían bien en seguida, sólo algo cansados y la curación se seguía pronto según la clase de la enfermedad y la disposición de cada enfermo. Los sanados se alejaban cantando salmos de David. Había,

empero, tantos enfermos que Jesús no podía llegar a cada uno, y entonces los discípulos ayudaban con alzar, levantar, desatar vendas de los enfermos. Jesús puso entonces sus manos sobre las cabezas de Andrés, Juan y Judas Barsabas, y tomando las manos de ellos en su mano les mandó que hicieran en su nombre con algunos enfermos lo que Él hacía. Ellos lo hicieron así y sanaron a muchos enfermos.

Después de esto fue Jesús con sus discípulos al albergue y comieron solos.

Jesús apartó una gran parte de los alimentos que sobraron, los bendijo y los mandó repartir a los paganos pobres que estaban en Bezech. Estas caravanas de paganos fueron catequizadas por los mismos discípulos. Procedentes de ambas orillas del Jordán se había amontonado gran multitud de gente en Bezech. Todos los que antes habían oído a Juan querían ahora escuchar a Jesús. Una caravana de paganos, que había querido ir a Ainón, se detuvo para escuchar la enseñanza de Jesús. Bezech está como a tres cuartos de hora del Jordán, junto a una rápida corriente de agua que divide en dos partes el lugar.

# LV

## Jesús deja Bezech y va a Ainón

esús continuó enseñando y sanando delante del albergue. Los que se J iban a bautizar, la caravana de los paganos y muchos otros se dirigieron al Jordán para pasar al otro lado. El pasaje estaba a una hora y media al Sur de Bezech, cerca de la ciudad de Zarthan, junto al Jordán, a una hora de Bezech. Del otro lado, entre Bezech y Zarthan, hay un lugarejo llamado Adam. Cerca de Zarthan es donde se paró el Jordán cuando pasaron los hijos de Israel. Allí hizo fundir Salomón cacharros y utensilios; hay todavía algunas de estas industrias y al Oeste de la vuelta que da el Jordán existe un taller instalado en una montaña que se extiende hacia Samaria. Encuentran ahí algo como cobre y bronce. Jesús enseñaba durante el camino. Cuando le preguntaron si pararía en Zarthan, contestó que otros lugares lo necesitan más, que Juan había estado aquí con frecuencia, y que le pregunten a él si había comido sabrosamente en buena mesa y si se había divertido en este lugar. Había allí un vado amplio para pasar el Jordán; después tuerce el Jordán hacia el Oeste. Del otro lado caminaron como dos horas hacia el Oriente, a la parte Norte de un arroyo que se echa en el Jordán, no lejos de allí. Llegaron a un arroyo junto a Sukkoth, a la izquierda. Descansaron entre Sukkoth y Ainón, a cuatro horas de distancia, bajo tiendas. Cuando pasaron el Jordán pudieron ver a Salem, del otro lado, que hasta ese momento lo había cubierto la ribera montañosa: estaba en medio de la desembocadura Oeste del Jordán, frente a Ainón. En Ainón había una gran multitud de gente. Los paganos se habían extendido entre la colina de Ainón y el Jordán.

Habían acudido diez fariseos, de Ainón algunos, otros de diversos lugares, entre ellos el hijo del fariseo Simeón, de Beta-nia. Con todo había entre ellos prudentes y moderados. En la parte Norte de la montaña hacia arriba está Ainón, como pequeña ciudad, como suelen ser las casas de lugares de recreo. En esta parte de la ciudad estaba la desembocadura de la fuente del estanque de los bautismos situada al Oriente de la montaña. La fuente de agua era llevada en canales de hierro. Esta desembocadura se había cerrado y se abría sólo según la necesidad. Había una casa para el cuidado de la fuente. Delante del lugar vinieron los fariseos, entre ellos el hijo de Simón el leproso, al encuentro de Jesús. Lo recibieron amigablemente, con deferencia y respeto. Llevaron a una tienda a Jesús y a sus discípulos, les lavaron los pies, sacudieron sus vestidos y

los refocilaron con pan, miel y bebida. Jesús manifestó que estaba contento, que había allí gente bien intencionada; pero le pesaba que pertenecieran a esa secta de fariseos. Siguió con ellos a la ciudad y entró en un patio donde le esperaba gran multitud de enfermos, extranjeros y del país. Yacían en parte bajo tiendas y en parte en las galerías de la casa. Algunos podían caminar. Jesús sanó a todos con la imposición de las manos y con exhortaciones. Los discípulos ayudaban a traer enfermos, a levantarlos, a desatarlos de sus vendas. Varias mujeres con flujo de sangre estaban a distancia pálidas y veladas. Cuando Jesús terminó con los enfermos, fue hacia ellas, les impuso las manos y las sanó. Había baldados, hidrópicos, tísicos, con granos en el cuello y en el cuerpo, que no eran impuros, además de mudos, sordos y dolientes de todas clases. Este patio terminaba en un corredor de columnas, donde había una entrada. Había muchos espectadores, los fariseos y algunas señoras. Jesús estaba con los fariseos aquí, porque había entre ellos algunos moderados y lo habían recibido bien y sinceramente; por eso les dio aquí ciertas preferencias.

Quería mostrarles que no tenían razón en decir que sólo se juntaba con publícanos, pecadores y mendigos. Quería también mostrarles que les daba el honor que les era debido siempre y en todas partes donde se portaban correctamente. Aquí se empeñaron ellos mismos en mantener el orden entre los enfermos y Jesús dejó que hicieran todo como les parecía a ellos.

# LVI

**María de Suplían**

ientras Jesús estaba ocupado en sanar a los enfermos, entró por la M puerta trasera del gran corredor una apuesta señora, de mediana edad, vestida a modo de extranjera. Llevaba cubierta la cabeza y los cabellos con un velo delicado, cuajado de perlas. La parte superior la cubría desde el cuello un corpiño que terminaba en forma de corazón abierto por los lados.

Este corpiño estaba sobrepuesto como un escapulario, ajustado al cuerpo y cerrado con preciosas correas y adornos de perlas en el cuello y el pecho. De allí caían dos sacos plegados hasta los pies, el uno más corto que el otro, ambos de lana blanca, con adornos de hermosas flores. Las mangas eran anchas y en el hombro traía prendido un manto corto que caía sobre ambos brazos. Cubríase todo con un manto largo de lana blanca. Se acercó muy triste y angustiada, llena de confusión y de pesar; su rostro delgado indicaba llanto y su mirada era extraviada. Quería llegar hasta Jesús, y no podía por la multitud. Los atareados fariseos le salieron al encuentro, y ella les dijo:

"Llevadme hasta el Profeta, para que me perdone mis pecados y me sane".

Los fariseos contestaron: "Mujer, vete a casa. ¿Qué quieres aquí? Él no querrá hablar contigo. ¿Cómo podrá Él perdonar tus pecados? Él no querrá tratar contigo: eres una adúltera". Cuando la mujer oyó esto, palideció, se entristeció en extremo, se echó en tierra, rasgó su manto de arriba abajo, se quitó violentamente su velo, y gritó: "¡Ah, entonces estoy perdida! ¡Ahora vuelven a posesionarse de mi!... ¡Me desgarran!... ¡Allí están ellos!..." Y

nombró a cinco diablos que entraron en ella: el diablo de su marido y los de cuatro otros amantes. Era un espectáculo espantoso. Unas mujeres que estaban allí la levantaron y llevaron a la desolada mujer a su casa.

Jesús, que sabía todo esto, no quiso, sin embargo, avergonzar aquí a los fariseos; dejó que hicieran según querían y continuó su enseñanza y sus curaciones con los demás. Su hora aún no había llegado. Se dirigió con sus discípulos, acompañado del pueblo a través de la ciudad, subiendo luego a la altura, al lugar

de enseñanza de Juan, en la colina rodeada de casitas y vallados, a cuyo lado estaba situado el castillo medio derruido que había habitado Herodes cuando la predicación de Juan. Todo el contorno de la colina estaba lleno de pueblo que esperaba a Jesús. Éste subió al lugar de la predicación, cubierto con lonas por arriba y abierto por los cuatro costados.

Tuvo lugar una gran predicación. Jesús habló de la gran misericordia de Dios con su pueblo, en especial, y con todos, y repasó los textos de los profetas, mostrando la providencia de Dios y demostrando que todo se cumplía ahora en este tiempo y momento. Con todo, no dijo tan claramente que Él era el Mesías, como en Bezech. Habló también de Juan, de sus trabajos y de su prisión. Las muchedumbres eran llevadas y alejadas de allí, por turno, para oírle. Jesús preguntó a algunos grupos por qué querían ser bautizados, por qué habían esperado hasta ahora, qué entendían por el bautismo. Los dividió en clases que debían bautizarse primero y luego los que debían esperar hasta después de recibir mayor instrucción. Recuerdo la contestación de un grupo a la pregunta de por qué habían esperado hasta ahora. Dijo uno: "Porque Juan siempre enseñaba que vendría Uno que era más grande que él y así hemos esperado para recibir mayor gracia". Sobre esto levantaron la mano todos los que eran de la misma idea y formaron así un grupo que recibió de Jesús algunos avisos y la indicación del tiempo en que debían bautizarse. Por la tarde, a las tres, se dio por terminada esta gran enseñanza.

Jesús fue con sus discípulos y los fariseos a la ciudad, donde le habían preparado una gran comida en una sala del albergue. Pero cuando Jesús llegó a la sala del festín, no entró, y dijo; "Yo tengo otra hambre", y preguntó, aunque lo sabía perfectamente, por la casa donde vivía la mujer que habían alejado de allí en la mañana. Le señalaron la casa, que no estaba lejos, y dejando Jesús a los demás, entró en el vestíbulo de esa casa. Yo he visto, cuando se acercó Jesús, el terror de la mujer. El demonio que la poseía la arrojaba de un rincón a otro de la pieza: parecía un animal que trataba de esconderse. Cuando Jesús entró al patio y se acercaba adonde estaba la infeliz, salió volando desde su casa y se metió en un sótano, ocultándose en un especie de barril, que era más angosto arriba, y al querer ocultarse, se partió el recipiente con mucho estrépito, porque era un gran tonel de barro cocido. Jesús, al fin, habló, y dijo: "María de Suphan, mujer de... (aquí pronunció el nombre del marido, que yo he olvidado): Yo te mando, en nombre de Dios, que vengas junto a Mi". Vino entonces la mujer, toda envuelta desde la cabeza a los pies, como si el diablo la forzase a envolverse en su propio manto, como un perro que se acerca, esperando ser apaleado; acercóse a Jesús

arrastrándose sobre manos y pies. Jesús le dijo: "Ponte en pie". Se levantó en seguida, pero apretó su velo sobre la cabeza y el cuello tan estrechamente como si intentase estrangularse. Díjole entonces el Señor:

"Descubre tu rostro". Ella levantó el velo. Tenía los ojos bajos y -

extraviados, como si la forzase el diablo a apartarlos de Jesús. Jesús acercó su rostro al de ella y dijo: "Mírame". Y ella lo hizo así. Jesús sopló sobre ella, y un denso vapor salió de la infeliz a todos lados. Ella cayó de rodillas ante Jesús. Las criadas habían acudido por el ruido del recipiente hecho pedazos y estaban ahora a cierta distancia mirando la escena. Jesús les mandó llevar a la mujer a su casa en una camilla y la siguió con sus discípulos.

La encontró allí hecha un mar de lágrimas. Jesús se acercó a ella, le puso las manos sobre la cabeza y le dijo: "Tus pecados te son perdonados". Ella lloraba a mares, y se puso de pie. Luego vinieron sus tres hijos a la pieza: un niño de doce años y dos niñas de nueve y de siete años; éstas tenían un vestido amarillo con adornos y mangas cortas. Jesús se dirigió a los niños, les habló cariñosamente, les preguntó y les enseñó. La madre dijo: "Dad gracias al Profeta; Él me ha curado". Entonces se echaron los niños en tierra, delante de Jesús. Jesús los bendijo y, según su edad, llevó a cada uno de ellos junto a su madre y puso las manos de los niños en las de la madre, y me pareció que con eso quitaba de ellos un baldón, y que ahora eran niños legítimos, pues eran hijos tenidos en su extravío. Jesús consoló a la mujer diciéndole que podía todavía reconciliarse con su marido, y la exhortó a perseverar en la penitencia y en el arrepentimiento y a vivir ordenadamente.

Después se fue con sus discípulos a la cena con los fariseos.

Esta mujer era de Suphán, de la tierra de Moab, y era descendiente de Orpha, viuda de Cheljón, nuera de Noemí, la que por consejo de Noemí no fue a Belén, para acompañar a Noemí, como Ruth, la otra viuda de su hijo Mahalón. Orpha, viuda de Cheljón, hijo de Elimelech, de Belén, casó de nuevo en Moab y de esta familia era María de Suphán. Era la mujer de un judío y era rica, pero adúltera, y los tres hijos que tenía no eran de su marido. Su marido la había repudiado, conservando sus hijos legítimos. Ella vivía en su casa propia, en Ainón; estaba desde hacía tiempo llena de arrepentimiento y de dolor, se portaba bien y algunas mujeres buenas de Ainón se llevaban muy bien con ella. La enseñanza de Juan Bautista y sus reproches a Herodes por su adulterio la habían confirmado en sus

buenos propósitos. Estaba a menudo poseída por cinco demonios, que se habían presentado súbitamente cuando la última vez había ido al patio donde Jesús sanaba, y cuando los fariseos la desecharon, colocándola esa vez al borde de la desesperación. Por su descendencia de Orpha, cuñada de Ruth, tenía esta mujer vínculo con la ascendencia de Jesús, desde David. Me fue mostrado cómo este brazo desviado del río de la descendencia, enturbiado por la culpa, era ahora purificado, y entraba por esa purificación, por medio de Jesús, en la Iglesia.

Jesús, como he dicho, entró en la sala del convite con los discípulos, donde estaban los fariseos, y se sentó a la mesa con ellos. Estaban algo amostazados porque Jesús hubiese prescindido de ellos y hubiese Él mismo buscado a la mujer que ellos, delante de tantos, habían rechazado y alejado; pero guardaron prudente silencio porque temían una reconvención de Jesús.

Jesús los trató durante la comida con toda consideración y enseñó con parábolas y comparaciones. Hacia la mitad de la comida vinieron los hijos de la Suphanita vestidos de fiesta y entraron en la sala. Una de las hijitas traía un recipiente blanco con agua muy olorosa; la segunda, otro recipiente con esencia de nardo, y el niño otro recipiente. Se adelantaron a la parte abierta de la mesa, se echaron a los pies de Jesús y pusieron sus regalos sobre la mesa. La misma mujer entró luego con sus doncellas, aunque no se atrevía a adelantarse. Llevaba un velo y traía una copa de vidrio transparente y brillante, donde había plantas aromáticas rodeadas de hierbas vivas. Los fariseos miraban contrariados a la mujer y a los hijos.

Jesús dijo a la mujer: "Acércate, Mará". La mujer se acercó humildemente y sus hijos, a quienes dio el regalo, lo depusieron junto a los demás sobre la mesa. Jesús agradeció los regalos. Los fariseos murmuraron, como más tarde con Magdalena pensando: "Esto es desperdiciar; es una prodigalidad, contra la moderación y en daño de los pobres". Lo decían sólo buscando qué reprochar en la mujer. Jesús habló muy amigablemente con ella y con los hijos, a los cuales regaló frutas; y luego salieron. La Suphanita continuaba siempre humilde, detrás de Jesús, y dijo Jesús a los fariseos: "Todos los dones vienen de Dios. Para agradecer lo que es costoso hay que dar lo más costoso también, lo que uno tiene de mejor. Esto no es prodigalidad. La gente que trabaja en la confección de estas esencias, debe también vivir".

Con todo, mandó a uno de sus discípulos que el precio de los regalos lo distribuyera a los pobres. Habló todavía del arrepentimiento y la conversión de

esa mujer; reclamó para ella el debido respeto, y la consideración también de los demás habitantes de la ciudad. La mujer no dijo una palabra: sólo lloraba de continuo debajo de su velo. Se echó a los pies de Jesús y salió de la sala.

Jesús enseñó luego acerca del adulterio y añadió: "¿Quién de entre vosotros se encuentra libre del adulterio espiritual?" Dijo que Juan no pudo convertir a Herodes; pero que esta mujer estaba convertida; y trató de la oveja perdida y hallada. Había consolado a la mujer en su casa, deseándole que salieran buenos estos hijos que Dios le había dado; y le había dado esperanza de agregarse a las mujeres que estaban con Marta y trabajar para el hospedaje de los discípulos. Después de la comida he visto a los discípulos repartir muchas cosas entre los pobres. Jesús se retiró a la parte Oeste de la colina de Ainón, de donde estaba a cierta distancia el campamento de los paganos.

Creo que había allí un albergue bajo tiendas, donde enseñó a los paganos.

Ainón estaba en el territorio de Herodes, pero pertenecía, como una posesión al otro lado de los límites, al tetrarca Felipe. A pesar de ello, había varios soldados de Herodes enviados para espiar.

# LVII

## Jesús en Ramoth Galaad

esde Ainón se dirigió Jesús con doce discípulos costeando el río D Jabok y sus contornos. Andrés, Santiago y Juan quedaron en Ainón para bautizar en la fuente que estaba al Este de la colinita. El agua venía de la colina a la fuente, llenaba un pequeño estanque detrás, regaba algunas huertas y era apresada en la parte Norte de Ainón, en una fuente desde la cual podía dejársele correr de nuevo al Jordán. He visto a Jesús y a sus discípulos, a una hora al Este de Sukkoth, enseñando en una ciudad al Mediodía de Jabok. Entre los muchos enfermos que sanó había un hombre ciego de nacimiento. Jesús lo tocó con su saliva, sus párpados se abrieron y el hombre tuvo vista. Jesús caminó a través del Jabok que corre en un valle y tuerce después al Este, hasta Mahanaim, ciudad limpia, dividida en dos partes. Jesús se sentó junto al pozo, cerca de la ciudad; pronto acudieron los jefes de la sinagoga y los ancianos de la ciudad, con lavabos, alimentos y bebida. Le dieron la bienvenida, les lavaron los pies a Él y a sus discípulos, derramaron una esencia en su cabeza, les ofrecieron a Él y a sus discípulos una refección y una bebida, y lo llevaron con gran contento y sencillez .a la ciudad. Jesús hizo una breve explicación del patriarca Jacob, de lo mucho que por allí anduvo y sobrellevó. La mayoría de los oyentes tenía ya el bautismo de Juan. Reinaba aquí una vida patriarcal y muchas costumbres sencillas de los tiempos antiguos.

Jesús no se detuvo mucho tiempo. Era sólo una demostración de afecto y de honor que hacía a este pueblo. Pasó desde Mahanaim a la parte Norte de Jabok, a una hora al Este del lugar donde se encontraron Jacob y Esaú. El valle formaba allí un recodo. Durante el camino iba enseñando a sus discípulos. Después de algún tiempo repasaron el Jabok a la orilla del Mediodía, no lejos donde se unían dos arroyos y se echaban al Jabok.

Caminaron al Este y tuvieron el desierto de Efraín a la derecha. Al Este del monte Efraín está situada, sobre un barranco que mira al valle, la ciudad de Ramoth-Galaad, una ciudad hermosa, limpia y bien trazada, donde había algunos paganos que vivían en calles propias y tenían templo. Había levitas que atendían el culto divino. Un discípulo los había precedido anunciando la venida de Jesús. Los levitas y otras personas distinguidas lo esperaban en una tienda, junto a un pozo, fuera de la ciudad. Lavaron los pies a los recién llegados, les dieron

alimento y los acompañaron a la ciudad, donde había muchos enfermos reunidos en una plaza, que pedían ayuda al Señor.

A la tarde enseñó en la sinagoga, pues era este Sábado, de la fiesta de las ofrendas, un día de tristeza popular con motivo de la recordación de la hija de Jefté, que era de esta ciudad. Se habían reunido especialmente muchas jóvenes de la ciudad y de los alrededores. Jesús y sus discípulos tomaron su comida con los levitas y pernoctaron en casa junto a la sinagoga. En esta comarca no había albergues dispuestos para Jesús y los suyos; en cambio, en Ainón, Kamon y Mahanaim habían sido alquilados con anterioridad.

Ramoth está situada como una terraza en una montaña y detrás de ésta, en un pequeño valle, enfrente, está la parte habitada por los paganos. Tienen allí un templo y se conocen sus casas por las figuras que se ven sobre los techos. En el techo del templo también hay un grupo escultórico: en el medio, una figura coronada que llevaba una fuente en la mano y que estaba sobre otra fuente de agua; otras figuras de niños, en torno, sacaban agua y se la derramaban unos a otros. Las ciudades son aquí mucho más limpias y hermosas que las ciudades antiguas judías. Las calles tienen forma de una estrella que convergen en un punto céntrico; los ángulos son redondos, como también los muros que corren en torno. Era una ciudad libre de refugio para los culpables (Deut., 4-43 y Jos., 20-8) y tiene un gran edificio apartado de los demás, donde debían vivir. Ahora está arruinado y parece que ya no se usa para ese fin. La gente se ocupa de fabricar mantas, y bordar flores y animales en las mantas, parte para el comercio y parte para uso del templo. He visto a muchas mujeres y muchachas trabajar en esto en un gran edificio y en tiendas muy largas. Las gentes visten al modo de los antiguos israelitas y son muy limpios. Sus vestidos son de lana fina.

# LVIII

**La fiesta de la hija de Jefté**

esús tomó parte en una gran fiesta que se hacía en conmemoración del J sacrificio de la hija de Jefté. Caminó con sus discípulos y los levitas al Este de la ciudad, sobre un hermoso lugar al aire abierto donde se había preparado todo. Estaba reunido el pueblo de Ramoth-Galaad en numerosos círculos. Veíase la colinita con el altar donde había sido sacrificada la hija de Jefté y frente a él un semicírculo de asientos sobre la hierba para las jóvenes y asientos para los levitas y los jueces de la ciudad. Se inició una procesión ordenada hacia las afueras de la ciudad al lugar indicado. Las doncellas de Ramoth y las de otras ciudades de los alrededores llevaban vestidos de luto, y una doncella vestida de blanco y con velo hacía de hija de Jefté. Otro grupo de doncellas iban vestidas de oscuro con la barbilla cubierta; de un brazo llevaban pendientes unos correajes con franjas negras.

Eran las que hacían de compañeras llorosas de la hija de Jefté.

Delante del cortejo iban niñas echando flores y otras tocaban en flautas unos aires tristes. Conducían también tres corderitos. Era una fiesta y una recordación en forma con toda clase de usanzas antiguas, enseñanzas y cantos; en parte recordaban el triste hecho y en parte eran cantos de salmos y de otros recordatorios del acontecimiento. La que hacía de hija de Jefté era cantada y consolada en coro por las compañeras, y ella misma pedía ser sacrificada. Los levitas y los ancianos celebraron un consejo sobre el caso con cantos apropiados y ella misma se adelantó recitando algunas palabras, donde pedía se cumpliese el voto de su padre. Traían rollos de los cuales leían trozos y otras partes recitaban de memoria.

Jesús mismo tomó parte en esta fiesta. Fungía de sumo Sacerdote o juez en el caso; dijo algunas de las fórmulas acostumbradas y otras enseñanzas. Se sacrificaron tres corderos, rociando con la sangre en torno del altar, y la carne asada se repartió entre los pobres del lugar. Jesús habló a las doncellas sobre el tema de la vanidad, y de sus palabras entendí que la hija de Jefté hubiera podido ser declarada libre de la muerte si no hubiese sido tan vanidosa.

Esta recordación duró hasta la tarde y varias jóvenes se cambiaban en el papel de hija de Jefté, o Jeftías, porque he visto que ya se sentaba una, ya otra en el banco de piedra, en medio del círculo, y cambiaba en una tienda los vestidos con la doncella anterior. Estaba vestida como la joven Jeftías en su sacrificio. El mausoleo de Jeftías estaba todavía sobre una colinita y el sacrificio de los corderos al lado. Este mausoleo era un sarcófago cuadrado, que se destapaba por arriba. Cuando la grasa y las partes del sacrificio estuvieron quemadas, el resto con las cenizas y los desperdicios se llevaron al mausoleo cercano y lo sostuvieron sobre la abertura de modo que la ceniza y los restos caían en el mausoleo. Cuando se sacrificaron los tres corderitos he visto que se roció con la sangre los contornos del altar mientras las doncellas recibían con un bastoncito un poco de la sangre en el borde final de los largos velos que tenían sobre sus hombros. Jesús explicó:

"Jeftías, tú debías haberte quedado en casa para dar gracias a Dios por la victoria que el Señor había concedido al pueblo; pero tú saliste vanidosa buscando ser saludada como hija del héroe y la fama mundana, y saliste con adornos vanos y con gran estrépito buscando celebridad y gloriándote delante de las demás hijas del pueblo".

Cuando terminaron estas fiestas todos se fueron a un lugar de recreo cercano donde bajo emparrados y arcos de sombra se había preparado una comida.

Jesús intervino también en esta parte de la fiesta y se sentó en una mesa donde eran servidos los pobres del lugar y contó allí algunas parábolas. Las doncellas comieron también en este lugar, pero estaban separadas de los hombres por divisiones. Estando sentados no se veían las mesas de ellas, pero de pie se veían, porque eran de; poca altura las divisiones. Después de la comida fue Jesús con sus discípulos, los levitas y muchos otros de nuevo a la ciudad. Le esperaban muchos enfermos, a los cuales sanó, entre ellos lunáticos y melancólicos. Luego enseñó en la sinagoga sobre Jacob y José y la venta de éste a los egipcios, y añadió: "Un día Otro también será vendido por uno de sus hermanos; también Éste recibirá después a sus hermanos arrepentidos y los consolará en el tiempo de la carestía con el pan de la vida eterna". Luego, la misma tarde, preguntaron algunos paganos a los discípulos humildemente si podrían también ellos tener alguna parte en el gran Profeta, y los discípulos se lo dijeron al Señor, el cual les prometió ir mañana a su ciudad.

Jefté fue hijo de una mujer pagana echado de Ramoth por los hijos legítimos de

su padre y vivió en la cercana comarca de Tob en compañía de soldados y gente de presa. (Ramoth se llama también Maspha). Jefté tenía de su difunta mujer pagana una hija única, de hermosa apariencia, prudente, pero muy vana. Jefté era un hombre decidido, fuerte y de mucha valentía, deseoso de triunfos y mantenía invariable su palabra dada. Aunque era judío de nacimiento era en verdad un guerrero pagano. Era en este caso un instrumento en las manos de Dios. Lleno de ansias de gloria, deseoso de vencer y ser cabeza de su pueblo, del cual había sido echado, hizo el voto solemne de sacrificar a Dios aquella persona que primero le saliera al encuentro de su casa. Como no amaba mucho a los demás de su casa no pensó que podía salir le precisamente su hija. Este voto no agradó al Señor; pero se hizo y su cumplimiento debía servir de castigo a él y a su hija, para acabar con su descendencia en Israel. Esta hija se habría maleado probablemente con la vanidad de la victoria y con la exaltación de su padre; en cambio, entonces hizo dos meses de penitencia y murió por Dios, y esta pérdida trajo al padre al buen camino y a su mejoramiento. He visto que la hija salió al encuentro de su padre a más de una hora de camino de la ciudad con gran acompañamiento de doncellas, con cantos, tocadores de flautas y cítaras. Fue la primera persona que alcanzó a ver al dirigirse a la ciudad.

Cuando supo su desgracia, pidió dos meses para pasar en la soledad con sus compañeras, para llorar su muerte como virgen, pues su padre no tendría descendencia en Israel y también para prepararse con la penitencia a la muerte. Salió con varias doncellas a través del valle de Ramoth y se fue a la montaña, y vivió allí dos meses en tiendas de campaña en oración y penitencia. Las doncellas de Ramoth se turnaban para hacerle compañía.

Ella lloró allí su vanidad y su deseo de ser alabada. Se celebró en realidad un consejo sobre ella, si podía ser librada de la muerte; pero no era posible porque había sido dedicada por su padre con sagrado juramento, y era un voto que nadie podía desatar. He visto que ella misma pedía se cumpliera el juramento, hablando con gran prudencia y emoción. Su muerte fue acompañada de gran tristeza y sus compañeras cantaban cantos melancólicos en torno de ella. Ella estuvo sentada en el mismo lugar donde estaban las doncellas en la fiesta. Aquí volvió a celebrarse un consejo de si podía ser rescatada; pero ella nuevamente se adelantó y pidió ser sacrificada y morir, como en efecto se hizo. Tenía blancas vestiduras y estaba envuelta desde el pecho hasta los pies; desde la cabeza hasta el pecho estaba cubierta sólo de un velo transparente blanco, que dejaba ver su rostro, su espalda y su cuello. Ella misma se adelantó al altar. Su padre no pudo despedirse de ella y abandonó el lugar del sacrificio»16. Tomó una bebida roja

en una taza, creo, para quedar como anestesiada. Uno de los guerreros de Jefté tenía que darle el golpe de muerte. Le vendaron los ojos, para significar que no era él un asesino, puesto que no veía a la persona que iba a matar. A ella se la inclinó sobre su brazo izquierdo y él puso sobre su garganta un cuchillo corto y con él le cortó el cuello. Cuando tomó ella la bebida roja, quedó como desmayada, y entonces el guerrero la sujetó. Dos de sus compañeras, vestidas de blanco, tomaron en una taza su sangre y rociaron con ella el altar. Después fue envuelta por sus compañeras y tendida sobre el altar, cuya superficie era un asador. Se encendió el fuego debajo y cuando todo no era más que una masa negra carbonizada, algunos hombres tomaron el cadáver con el asador, lo depositaron en el borde del mausoleo y dejaron que se deslizara dentro teniendo el asador inclinado; luego cerraron el mausoleo. Este mausoleo estaba aún en tiempos de Jesucristo.

Las compañeras de Jeftías y muchos de los presentes habían teñido sus velos con su sangre y algunos se llevaban las cenizas. Antes de ser envuelta en su traje de sacrificio había sido bañada y adornada en una tienda por sus compañeras. Era un camino como de dos horas, en la montaña al Norte de Ramoth, donde Jeftías fue al encuentro de su padre con sus compañeras.

Cabalgaban en pequeños asnos, adornados con bandas y campanillas que sonaban al caminar. Una cabalgaba delante de Jeftías y dos a su lado; luego seguían los demás con cantos y estruendos. Cantaban el cántico de Moisés con motivo de la perdición de los egipcios. Cuando Jefté vio a su hija rasgó sus vestiduras y quedó desconsolado en extremo. Jeftías, en cambio, no se mostró tan desconsolada; permaneció silenciosa cuando oyó su destino.

Cuando salió para el desierto con sus compañeras, que habían llevado alimentos de ayuno, habló su padre por última vez con ella: era esto el principio del sacrificio. Le puso las manos sobre la cabeza, como se hacía con las cosas que habían de ser sacrificadas y dijo estas solas palabras: "Ve, tú no tendrás a ningún hombre". Y ella contestó: "Sí, yo no tendré a ningún hombre". Y no hablaron más. Después de la muerte dedicó a ella y a la victoria un hermoso recuerdo en Ramoth, con un pequeño templete encima y ordenó una fiesta de recordación cada año en el mismo día, para conservar la memoria de su triste juramento para aviso a todos los osados. (Jue., 39-40).

La madre de Jefté había sido una pagana hecha judía y la mujer de Jefté era hija de una pagana y de un hombre judío nacido fuera de matrimonio. Su hija no

estaba cuando fue echado de su patria y vivió en el país de Tob, porque había quedado todo el tiempo en Ramoth con su madre, que entre tanto había muerto. Jefté no había estado aún en su ciudad natal desde que había sido llamado por sus conciudadanos; en el campamento de Mizpha había concertado el plan, juntado gente y no había ido a su casa ni a ver a su hija. Cuando hizo el juramento no pensó en su hija, sino en los parientes que le habían echado de casa; y por eso fue por Dios castigado.

# LIX

### Jesús entre los paganos de Ramoth

uatro días duraron las fiestas de la conmemoración de Jefté. Después C Jesús fue con sus discípulos al lugar donde habitaban los paganos en Ramoth, que lo recibieron con gran veneración a la entrada de la calle que habitaban. No lejos de su templo había un lugar para enseñar, adonde habían traído a los enfermos y ancianos, a los cuales sanó de sus dolencias. Los que le habían invitado parece que eran sabios, sacerdotes y filósofos; sabían de la venida de los Reyes Magos, cómo habían éstos observado la estrella del Mesías, y pertenecían a esta secta de observadores de astros. Tenían no lejos un lugar apropiado sobre una colina para observar las estrellas, como en el país de los Magos. Habían deseado hace tiempo una enseñanza y ahora la iban a recibir del mismo Jesús.

Habló muy profundamente; también se refirió a la Santísima Trinidad, y en esta ocasión oí estas palabras, que me causaron extrañeza: "Tres son las cosas que dan testimonio: el agua, la sangre y el espíritu, y éstas están juntas en uno". Les habló de la caída del primer hombre en el pecado, de la promesa del Redentor y muchas cosas de la conducta de los hombres, del diluvio, del pasaje del Mar Rojo y del Jordán y del bautismo. Les dijo que los judíos no habían poseído toda la Tierra Santa y que muchos paganos habían quedado dentro; que Él venía ahora a tomar lo que había quedado para incorporarlo a su reino; pero no con la espada y la violencia, sino con el amor y la gracia.

Conmovió a muchos sobremanera y los envió a bautizarse a Ainón. A otros siete hombres de edad que ya no podían ir allá los hizo bautizar aquí por sus discípulos. Se trajo un recipiente que se puso delante de ellos; éstos entraron en una cisterna de baño, de modo que estaban hasta las rodillas en el agua; sobre el recipiente de agua se puso un pasamanos para apoyarse. Dos discípulos pusieron sus manos en el hombro de los bautizandos y Matías, un discípulo de Juan, les echó el agua, a uno después de otro. Usó una especie de taza con mango para echar el agua sobre la cabeza. Jesús les dijo a los discípulos la fórmula que debían repetir en los bautismos. Los hombres se presentaron limpios, vestidos de blanco. Jesús enseñó luego al pueblo en general sobre la castidad y el matrimonio; a las mujeres les recomendó la obediencia, la humildad y la educación de los hijos. Las gentes se mostraron muy bien dispuestas y lo

acompañaron con mucho cariño de regreso.

Cuando Jesús volvió a la ciudad de los judíos, sanó aún a los enfermos que estaban delante de la sinagoga. Los levitas no vieron bien que hubiese estado con los paganos. Jesús enseñó en la sinagoga, donde continuaban aún las fiestas de Jefté, sobre el llamamiento de los paganos y cómo muchos de ellos se sentarían en su reino, preferidos a los hijos de Israel; y que Él había venido a incorporar a la tierra de promisión a aquellos paganos que ellos, los israelitas, no habían podido echar de ella, y que esto se realizaba por la gracia, la enseñanza y el bautismo. Habló también de la victoria y del juramento de Jefté.

# LX

**Las jóvenes celebran la conmemoración de Jeftías** ientras Jesús enseñaba en la sinagoga, las jóvenes celebraban su M fiesta en el monumento de Jeftías, que su padre le había erigido, que luego fue restaurado y adornado ahora con muchas cosas traídas por las jóvenes en su anual recordación. Estaba el monumento en un templo redondo, cuyo techo tenía una abertura. En medio del templo había un templete redondo compuesto de columnas abiertas con una cúpula a la cual se subía por escalones ocultos en una de las columnas. En torno de esa cúpula había una representación de la victoria de Jefté con figuras del tamaño de niños. Esta representación es de una masa delgada, brillante, como de placas de metal; arriba parecía que las figuras miraban dentro del templete. Llegado uno arriba podía estar parado sobre una plataforma de metal, de cuyo medio sale una vara con brotes hacia fuera del techo del templo y desde allí se puede contemplar la ciudad y el paisaje en torno. Esta plataforma era tan ancha que podían dos jóvenes ir alrededor tomando de la mano la vara del centro del templete. En el medio de este mausoleo estaba la figura de Jeftías, de mármol blanco, sentada en una silla, semejante a aquella en la cual estuvo sentada en realidad. La cabeza de esta estatua alcanzaba la primera voluta de la escalera de caracol que subía al templete.

En torno de la figura había tanto espacio como para tres hombres juntos. Las columnas del templete estaban unidas con hermosa rejilla. La parte exterior de este mausoleo era de piedras veteadas de varios colores y las volutas de la escala eran cada vez más blancas al subir. En el templo de este monumento celebraban las jóvenes la fiesta de Jeftías, que tenía en la mano un pañuelo junto a los ojos, como si llorara, y la otra hacia abajo sostenía un ramo quebrado o una flor tronchada. Toda esta fiesta procedió con mucho orden. De vez en cuando extendían cortinas en torno del templo y se juntaban en grupos o separadas unas de otras, en oración, llanto y gemidos.

Miraban la figura del medio y cantaban alternándose unas con otras. A veces venían delante de la figura, echaban flores, la adornaban con guirnaldas y entonaban cantos sobre la brevedad de la vida. Recuerdo esto:

"Hoy a mi, mañana a ti". Alababan la fortaleza de Jeftías y su resignación, y la exaltaban como precio de la victoria. Subían después de a grupos sobre el

templete y cantaban cantos de triunfo. Algunas subían a lo alto y mirando a lo lejos pronunciaban el terrible juramento. Luego volvía el cortejo junto al monumento y lamentaba y consolaba a la joven porque debía morir sin descendencia. Todo el acto estaba lleno de acciones de gracias a Dios, con meditaciones sobre la justicia divina. Había muchas hermosas escenas en toda esta representación, alternando la alegría con la tristeza y la devoción.

Se llevó a cabo también una comida en el templo, y he visto a las jóvenes, no sentadas a la mesa, sino en grupos sobre escalones con las piernas cruzadas, siempre de tres a tres, en torno del templo teniendo pequeñas y redondas mesitas delante de sí. Los alimentos tenían varias figuras representativas. Una masa de pastelería tenía la forma de un cordero echado de espaldas; en el interior del mismo había hierbas y otros alimentos.

# LXI

## Jesús en Arga

esús, después de haber tomado parte en una comida con los levitas, salió J con sus siete discípulos y otros acompañantes de Ramoth y se dirigió hacia el Norte, pasando el Jabok y subiendo la montaña como tres horas al Oeste, en la comarca que fue un día el reino de Basan, y llegó a una ciudad en medio de dos montañas puntiagudas. Se llama Arga y pertenece al distrito de Argob, en la mitad de Manases. A uña hora y media o dos horas de camino hay, en el lugar donde nace el arroyo de Og, una gran ciudad de Gerasa al Oriente de Arga. Al Sudeste de ésta se ve, situada muy alta, la ciudad de Jabesch-Galaad. El terreno aquí es pedregoso; de lejos parecería que no habría árboles; pero en muchos lugares los espacios están cubiertos con arbustos y plantas variadas. Aquí empezaba el reino de Basan. Arga era la primera ciudad al entrar. La media tribu de Manases se extiende un poco más al Sur. A una hora del río Jabok, al Norte, veo una empalizada que señala los límites. Jesús pernoctó con sus discípulos como a media hora de la ciudad, en un albergue abierto en el camino real que va desde el Oriente hasta Arga. Los discípulos habían llevado comida consigo. Mientras en la noche todos dormían, Jesús se levantó secretamente y fue a orar al aire libre.

Arga es una ciudad grande, muy limpia y, como la mayor parte de las ciudades de esta comarca donde habitan paganos con judíos, están las calles trazadas en líneas rectas y convergen en forma de estrella en un punto céntrico. Las gentes tienen otra manera muy diferente de vivir que en Judea y en Galilea y son de mejores costumbres. Hay aquí levitas mandados de Jerusalén y otros centros, que enseñan en las sinagogas y son cambiados de tiempo en tiempo. Cuando la gente no está contenta con ellos, puede quejarse, y los cambian. No se sufren tampoco a gentes de malas costumbres y hay un lugar de castigo adonde son enviadas. He visto que la gente no se ocupa de preparar la comida, sino que hay grandes cocinas donde se cocina, y las gentes van allá a comer o a buscar su alimento.

Duermen sobre las azoteas, bajo tiendas que extienden allí. Veo aquí muchas tintorerías, muy finas, especialmente de color violeta. El confeccionar y el tejer grandes y artísticas alfombras es aquí más extenso que en Ramoth. Entre la ciudad y los muros de la misma hay una hilera grande de tiendas donde muchas

mujeres están sentadas junto a largas tiras que trabajan y tejen. Debido a este oficio, reina aquí una gran limpieza desde tiempos muy antiguos. Los olivares se ven en largas hileras. En los valles que se extienden hacia el Jordán hay excelentes praderas con ganado y camellos. Nace en esta región una preciosa madera que se usó en el Arca de la Alianza y los panes de la proposición. El árbol tiene una hermosa corteza plana, sus ramas cuelgan como las del sauce y las hojas son de forma de peras grandes, verdes de un lado y oscuras del otro. Tiene bayas como majoletas, pero más grandes. La madera es muy dura y resistente y se deja cortar como corteza; es de color amarillo pálido; una vez seca es indestructible y muy hermosa.

Tiene adentro una médula delgada, pero un corte de serrucho destruye el canal de esta médula y no queda sino una vena rojiza en medio. Trabajan esta madera para hacer mesitas y toda clase de utensilios ensamblados.

Comercian también aquí con mirra y otras especias, que veo, sin embargo, que no nacen en esta región: las reciben de las caravanas que a veces quedan durante semanas descansando, cargando o descargando sus mercaderías.

Prensan estas especias con la mirra en balas y fardos para embalsamar, según es uso entre los judíos. Veo grandes bueyes y ovejas.

Cuando Jesús al día siguiente por la mañana llegó a la ciudad con sus discípulos vinieron los levitas y los principales, muy reverentes, a su encuentro, porque habían sido avisados por algunos discípulos; lo llevaron a una tienda, le lavaron los pies y le dieron alimento. Enseñó en la sinagoga y sanó a muchos enfermos, entre ellos tísicos; a otros enfermos los visitó en sus propias casas. Hacia las tres hubo una comida. Comió con los levitas en un salón y se trajeron los alimentos de la cocina común. Por la tarde enseñó de nuevo en la sinagoga, porque había comenzado el sábado. Por la mañana habló mucho sobre Moisés en el desierto, en el monte Sinaí y en el Horeb, se refirió a la fabricación del Arca de la Alianza y a la mesa de la proposición. Las gentes de aquí habían dado sus ofertas para esos trabajos y Jesús les pintó esas ofertas de entonces como figuras, y los exhortó ahora, en la época del cumplimiento, a preparar sus corazones y sus almas por medio de la penitencia y la conversión al sacrificio, y les mostró su sacrificio y oferta de entonces en relación con su estado presente. Ya no recuerdo como fue. Lo principal de su enseñanza era esto. Yo vi durante la enseñanza de Jesús, muy detalladamente, con toda clase de circunstancias, que en el tiempo de la salida de Egipto, Jetró, suegro de Moisés, y Séfora, mujer de Moisés, con sus

dos hijos y una hija, vivían en Arga. He visto que Jetró y Séfora con sus hijos cabalgaron hasta donde estaba él en el monte Horeb. He visto cómo Moisés los recibió con gran contento y contó cómo Dios los sacó de Egipto. He visto a Jetró ofreciendo sacrificio. He visto cómo Moisés mismo gobernaba a los israelitas y cómo Jetró le dijo que instituyera jueces bajo sus órdenes. Después he visto a Jetró volver a su casa, quedando la mujer y los hijos con Moisés. Jetró contó todas las maravillas en Arga, donde mucha gente tomó gran veneración por el Dios de los israelitas. Jetró envió en camellos regalos y ofrendas para los sacrificios, y los de Arga contribuyeron para estos regalos. Estos dones consistían en un aceite muy puro que luego se usó para quemar en la lámpara del Arca, en largos y finos pelos de camello para confeccionar mantas y cobertores, y en maderas de Setim de la cual se hizo el Arca y la mesa de la proposición; Creo que mandaron también una especie de trigo con el cual se hicieron los panes de la proposición: era la médula de una planta como caña, con la cual María cocinaba una sopa para Jesús en Nazaret.

Jesús enseñó por la fiesta del Sábado de Isaías y de Moisés, (V, 21-26).

Llegó a hablar sobre Balac, el profeta Balaam, y he visto muchas cosas de ambas personas, pero no puedo ya poner en orden todo lo que vi. En la enseñanza de la tarde habló, con ejemplos de las leyes de Moisés que se leían, de la historia de Zambri, muerto por Finees junto a los madianitas.

(Aquí Ana Catalina contó una serie de prescripciones del IV libro de Moisés, 25-7-8, que ella nunca había oído decir ni leído del libro V, 21-26, y algunas que le llamaron mayormente la atención, como, por ejemplo: si uno saca nidos de pájaros se deben dejar allí a los padres; si uno cosecha debe dejarse lost restos para los pobres, y otras cosas sobre las prendas de los pobres y sobre' el préstamo. De todas estas cosas habló Jesús, especialmente de no dejar nada sin pagar del salario al obrero, porque los habitantes tenían allí muchos peones. Se alegra mucho de que todo esto, tan conforme a su sentir y modo de ser, esté en la Biblia y lo oye explicar a Jesús).

Después del Sábado fue Jesús a visitar el albergue de los paganos, que le habían rogado mucho por medio de los discípulos. Lo recibieron con mucho cariño y humildad. Les habló de la vocación de los infieles; que Él había venido para conquistar a aquellos infieles que los Israelitas no habían podido conquistar ni desalojar de allí. Le preguntaron sobre el cumplimiento de las profecías y de que el cetro sería quitado de las manos de los judíos en tiempos del Mesías. Jesús les

enseñó sobre esto. Deseaban ser bautizados y sabían de la venida de los tres Reyes Magos. Les explicó el bautismo, diciendo que era para ellos una preparación para la entrada en el reino del Mesías. Estos paganos tan bien inclinados eran de las caravanas que aguardaban a otras que debían llegar. Eran unas cinco familias y en total 37

hombres. No podían ir al bautismo de Ainón porque temían perder la caravana que esperaban. Preguntaron a Jesús donde les convenía quedarse y Él les indicó este lugar. Nunca oí que haya hablado a los paganos de la circuncisión; sólo de la modestia en las costumbres y que no debían tener más que una mujer. Estos paganos fueron bautizados después por Saturnino y Judas Barsabas, discípulo de Juan Bautista. Entraban en una cisterna de baño y se inclinaban sobre un recipiente grande que Jesús había bendecido.

El agua la derramaban tres veces sobre la cabeza. Todos venían vestidos de blanco. Hicieron luego un regalo a Jesús consistente en barritas de oro y aros de oro, porque comerciaban con estos artículos: todo era para la caja común de los discípulos. Se vendió más tarde todo esto y se distribuyó el dinero a los pobres. Después Jesús enseñó aún en la sinagoga, sanó a muchos enfermos allí y tomó parte en una comida en compañía de los levitas.

# LXII

### Jesús en la pequeña población de Azo

espués de haber comido se dirigió Jesús, acompañado de varias D personas, a un lugar situado a varias horas al Norte, llamado Azo. Se reunieron allí muchas personas, porque por la tarde comenzaban unas fiestas con ocasión de la victoria de Gedeón. Jesús fue recibido delante de la ciudad por los levitas; le lavaron los pies y le dieron alimento. Después fue a la sinagoga y enseñó. Azo era una fortaleza en los tiempos de Jefté; cuando él fue llamado del país de Tob, fue destruida. Ahora Azo era una pequeña ciudad, pero muy limpia, que se extendía en una hilera larga de casas. No tenía paganos y las personas eran buenas, trabajadoras, de sanas costumbres y cultivaban olivares. Los olivares están delante de la ciudad, en las laderas, plantados en arden, artísticamente dispuestos. También preparan aquí telas y tejen. El modo de vivir es como en Arga: los pobladores se tienen por judíos puros de la tribu de Manases, porque viven sin mezclarse con paganos.

Todo respira limpieza. El camino lleva por un valle arriba donde está la ciudad al Oeste de una montaña. Cuando Débora era juez en el tiempo en que fue muerto Sisara por Jahel, vivía una mujer descendiente de la extinguida tribu de Benjamín que se ocultaba largo tiempo en Maspha.

Llevaba vestidos de hombre y pudo disimular tan bien su condición que nadie la reconoció. Tenía visiones, profetizaba y sirvió a los israelitas como espía; pero donde eran usados sus servicios siempre salían los sucesos mal.

Estaban acampados aquí los madianitas, a los cuales se juntó en traje de soldado y se decía llamarse Anihuem, uno de los héroes que había escapado del desastre de Sisara (Jueces, IV, 17-20). Se había introducido ya en varios campamentos para espiar y ahora estaba en el del capitán de los madianitas, para entregarle, como decía, en sus manos a todo Israel. No tomaba nunca vino, era muy precavida y vivía castamente; pero aquí se emborrachó y fue reconocida como mujer. Se la clavó sobre una madera de pies y manos y se la arrojó en un hoyo, con la expresión y sentencia: "Perezca aquí con su nombre".

Desde Azo salió Gedeón para atacar a los madianitas. Descendía de Manases y

vivía con su padre en Silo. Estaba entonces Israel en un estado miserable. Los madianitas y otros pueblos paganos invadían el país, arrebataban las cosechas y devastaban el suelo. Gedeón, un hijo de Joás, el primer caballero de Ephra, era muy valiente y muy caritativo. Solía cortar su trigo primero que todos y repartía una parte de lo suyo con los pobres. Lo he visto ir de mañana con el rocío bajo un árbol muy corpulento debajo del cual tenía escondida su era. Era un hombre de buena presencia y robusto. El árbol de roble cubría con sus ramas extendidas una excavación en la roca, disimulada por un borde de piedras que llegaba hasta las ramas del árbol, de modo que de fuera no se sospechaba que había al pie del árbol una gruta donde estaba la era. La rama principal estaba como entretegida con las ramas secundarias. El piso era de piedra dura; alrededor había hoyos donde estaban depositados los recipientes de trigo en vasijas de corteza. Trillaban con un rodillo que se movía a rueda en torno del árbol y había martillos de madera que caían en el rodillo. En la parte superior del árbol había un sitio de donde se podía observar. Los madianitas estaban desde Basan, a través del Jordán, hasta el valle de Esdrelón. El valle del Jordán estaba lleno de camellos que pastaban. Esto le servía a Gedeón para su intento. Por varias semanas estuvo informándose de todo y con sus trescientos hombres se escurrió dentro de Azo. Lo he visto llegar hasta el campamento de los madianitas y escuchar la conversación de una tienda. Decía un soldado a otro: "He soñado que caía aquí un pan desde la montaña y que derribaba la tienda". El otro contestó: "Esto no es buena señal; seguramente Gedeón caerá sobre nosotros". A la noche siguiente Gedeón con pocos soldados entró en este campamento tocando las trompetas, con las antorchas en la mano, mientras otra partida acometía por otro lado. Los enemigos cayeron en la mayor confusión; se mataban unos a otros y así fueron vencidos de todas partes por los hijos de Israel. La montaña de la cual caía el pan, según el sueño del soldado, estaba detrás de Azo; desde aquí en efecto comenzó Gedeón a luchar personalmente.

En Azo, pues, se celebraba ahora la conmemoración de su triunfo. Delante de la ciudad hay un roble muy grande en el seno de una colina y debajo un altar de piedra. Entre este árbol y la montaña del cual vio venir el pan rodando aquel soldado, estaba sepultada aquella mujer profetisa. Esta clase de árboles es diferente de nuestro roble; tiene una fruta gruesa con cáscara verde, debajo del cual está metido el carozo duro en una envoltura, como en nuestras encinas. De estos carozos hacen los judíos las cabezas de sus bastones. Había ahora una hilera grande de arcos con ramas de encinas adornadas con toda clase de frutas desde este árbol hasta la ciudad para la gran muchedumbre que acudía a la fiesta.

Jesús con sus discípulos fue también en una procesión hasta el árbol.

Llevaban delante cinco machos cabríos pequeños con coronas coloradas en el pescuezo, que encerraron en cavernas con rejillas en torno de aquella encina. Llevaron también panes y tortas para el sacrificio, mientras tocaban las trompetas. Se leyeron los rollos de la Escritura sobre Gedeón y su victoria y se cantaron salmos de gloria; luego se mataron los machos cabríos para el sacrificio, puestos sobre el altar con las tortas. La sangre era rociada en torno del altar y un levita tenía un caño, con el cual soplaba sobre el fuego debajo del altar en recuerdo de que el ángel había bendecido el sacrificio de Gedeón con una vara. Jesús desarrolló luego una enseñanza al pueblo reunido y así terminó la mañana. Por la tarde fue con los levitas y los principales del pueblo a un valle al Sur de la ciudad donde en torno de un arroyo había un lugar de baños y de recreo. Estaban allí reunidas, en lugar aparte, las mujeres y las jóvenes, entretenidas en diversas diversiones. Se preparó una comida, donde los pobres tenían también su lugar en unas mesas. Jesús se sentó a la mesa de esos pobres. Contó la parábola del hijo pródigo y habló del carnero que mató su padre para él. La noche la pasó Jesús en el techo de la sinagoga, bajo una tienda, pues era costumbre dormir en las azoteas.

Al día siguiente continuaban las fiestas. Las tiendas y chozas de ramas se dispusieron para la fiesta de los Tabernáculos que venía unos 14 días después. Por la mañana enseñó Jesús en la sinagoga y sanó a muchos enfermos delante de la escuela: eran ciegos, tísicos y algunos endemoniados no furiosos. Después hubo una comida, y Jesús dejó la ciudad acompañado por los levitas y otros. Eran unos treinta los que le acompañaban. El camino llevaba primero por la montaña desde la cual había visto el soldado caer el pan de cebada en el campamento de los medianitas; después bajaron a un barranco a través de una alta montaña y caminaron una hora hacia el Norte en un valle junto a un agradable lago donde había casas pertenecientes a los levitas de Azo. Un río corre desde el lago a través del valle y va al Jordán. A unas seis ¡horas de aquí, al Noreste, está Betha-ramphta-Julias en torno a una montaña. Jesús tomó algún alimento junto al lago. Tenían pescados fritos, miel, panes, botellas con bálsamo: todo esto lo habían llevado consigo. El camino de Azo hasta aquí es como de tres horas. Jesús contó en el camino y aquí parábolas del sembrador y de los campos pedregosos, porque aquí es muy pedregoso el terreno. Como se veían pequeñas canoas en el lago y pescadores con anzuelos, Jesús refirió parábolas de peces y del modo de pescar. Los pescados apresados se distribuían a los pobres.

# LXIII

## Jesús en Ephron

una hora y media está Ephrón, aunque de aquí no se puede verlo, sino A las altas montañas que están enfrente. Jesús se separó de la gente de Azo, que eran las mejores de todos sus caminos, y siguió viaje hasta Ephrón. Delante de la ciudad fue recibido por los levitas. Ya habían dispuesto a muchos enfermos en camastros de madera, a los cuales ponían un techo de tela. Jesús sanó a estos enfermos. La ciudad está en la altura, a Mediodía de un pasaje estrecho en el cual corre un arroyo que se desborda a menudo hacia el Jordán, el cual se puede ver desde aquí en el barranco muy lejos. Enfrente hay una montaña alta y angosta, donde la hija de Jefté con sus compañeras esperaba a su padre vencedor, y luego a una señal que recibía con humo desde lejos, volvió apresurada a Ramoth para salir con grande algazara y esplendor al encuentro de su padre. Aquí enseñó Jesús y sanó a muchas personas. Estos levitas pertenecían a una antigua secta de los recabitas. Jesús les reprochó su demasiada severidad y la dureza de algunas de sus ideas y dijo al pueblo que en eso no debían imitarlos. Jesús recordó en esta ocasión a aquellos levitas que habían examinado y mirado injustamente (con demasiada curiosidad) el Arca de la Alianza que devolvían los filisteos, y que fueron castigados.

Los recabitasí17 descienden de Jetró, el suegro de Moisés. Vivían bajo tiendas en un tiempo, no cultivaban la tierra y no probaban el vino. Eran generalmente los cantores y los porteros del templo de Jerusalén. Aquellos que en Bethsames habían mirado, contra la prohibición de Dios, el Arca que volvía y fueron castigados con la muerte, eran recabitas que vivían allí bajo tiendas (Reyes, I, 6-15). Jeremías intentó una vez en vano hacerles probar vino en el templo y su observancia a los preceptos de la secta era un ejemplo para los israelitas. Ahora, en tiempos de Jesucristo, ya no vivían bajo tiendas, pero tenían aún costumbres diferentes de los demás. Llevaban un efod (escapulario) de pelos como cilicio sobre la carne y un vestido de pieles y otro blanco y hermoso con una faja muy ancha. Por estos trajes se distinguían de los esenios. Observaban exageradas normas de limpieza y algunas costumbres extrañas en los casamientos y juzgaban por la sangre derramada si una persona debía casarse o no y según estas señales casaban o prohibían el casamiento. Algunos vivían en Argob, en Jabesh y en la Judea.

No contradecían a Jesús: eran humildes y recibían los reproches que les hacía. Jesús les reprochó su demasiada severidad contra los adúlteros y asesinos, cuyo perdón y arrepentimiento no querían ellos recibir. Los ayunos los observaban rigurosamente. Junto a la montaña he visto varias fábricas y talleres de fundición y herrerías. Fabricaban ollas y caños para el agua, que hacían en dos partes y las soldaban luego.

# LXIV

**Abigail, la mujer repudiada por el tetrarca Felipe** esde Ephrón anduvo Jesús con sus discípulos y algunos recabitas unas D cinco horas al Noreste, hacia Betharamphta-Julias, hermosa ciudad situada en lo alto. Durante el camino enseñó con motivo de un taller de metales donde se extraía el cobre que se trabaja en Ephrón. En Betharamphta había también recabitas y algunos sacerdotes. Los de Ephrón me parece que están subordinados a éstos. La ciudad es grande y espaciosa en torno a la montaña. La parte Oeste está habitada por los judíos y la del Este, en las alturas, por los paganos. Ambas están separadas por un camino de murallas y parque de recreo con avenidas. Arriba, sobre la montaña, hay un hermoso castillo con torres, jardines y árboles. Allá vive una mujer repudiada por el tetrarca Felipe, que recibe de los impuestos recaudados en la ciudad. Tiene cinco hijas ya crecidas consigo y desciende de los reyes de Gessur. Se llama Abigail; es una mujer de edad, de hermosa presencia, fuerte y de carácter muy bondadoso y compasivo.

Felipe era de más edad que Herodes de Perea y Galilea. Era un hombre de modales pacíficos y bueno, al modo de los paganos, y medio hermano del otro Herodes nacido de otra madre. Había casado primero con una viuda que tenía una hija. Por ese tiempo el marido de Abigail tuvo que ir a la guerra o a Roma y dejó en la corte de Felipe a su mujer. Ésta fue entre tanto seducida por Felipe, quien luego casó con ella, razón por la cual el marido murió de pena y dolor. Cuando después de algunos años estuvo por morir la primera mujer repudiada por Felipe, rogó ésta al tetrarca que se hiciera cargo al menos de su hija. Felipe, cansado ya de Abigail, casó con su hijastra y relegó a Abigail con sus cinco hijas a Betharam, que se llamaba también Julias en honor de un Emperador romano. Abigail vivía pues aquí entregada a obras buenas; era muy amiga de los judíos, con un gran deseo de la salud y de conocer la verdad. Estaba siempre bajo la vigilancia de algunos empleados de Felipe. Felipe tenía también un hijo; su nueva mujer era mucho más joven que él.

Jesús fue recibido bien en Betharam y servido. En la mañana de su llegada sanó a muchos enfermos de los judíos; por la tarde enseñó en la sinagoga, y a la mañana siguiente sobre los diezmos y los primogénitos de Moisés (V, 26-29), y sobre Isaías (cap. 60). Abigail estaba en muy buenas relaciones con los habitantes, que la estimaban; enviaba a menudo regalos a los judíos para servir a

los discípulos de Jesús. Por el primer día de Tisri18 era la fiesta del principio de año y se tocaban todas clases de instrumentos desde lo alto de la sinagoga. Había arpas entre éstos y trompetas con varias aberturas. He visto de nuevo aquel instrumento extraño compuesto de varios otros que había visto en Cafarnaúm: era de fuelles y se soplaba dentro. Todo estaba adornado con frutos, hojas y flores. Había diversas costumbres según las distintas razas o tribus de pueblos. Durante la noche las mujeres, vestidas de largas túnicas, oraban sobre las tumbas, con las luces encubiertas. He visto que todos se bañaban, las mujeres en sus casas y los hombres en los baños públicos. Estaban siempre separados los hombres casados de los jóvenes, como las mujeres casadas de las jóvenes. Estos frecuentes baños entre los judíos procedían con economía, pues no abundaba el agua en todas partes.

Por esto he visto que a veces se tendían de espaldas en un recipiente y derramaban el agua sobre el cuerpo con una taza: más bien se lavaban que se bañaban. Hoy se bañaban fuera de la ciudad, en agua completamente fría.

También he visto que hoy todos se hacen regalos unos a otros: los pobres fueron generosamente socorridos. Se les dio primero una gran comida, había allí largas hileras de regalos en vestidos, mantas y alimentos que se les repartieron. Cada uno que recibía regalos de un amigo daba algo a los pobres. Los recabitas presentes ordenaban todo y miraban lo que cada uno repartía a los pobres. Tenían tres rollos de escritos, donde anotaban las virtudes de cada donador sin que ellos lo advirtiesen. A uno de los rollos lo llamaban el libro de la vida, a otro el libro de la senda del medio, y al tercero el de la muerte. Los recabitas tenían varias de estas ocupaciones, y en el templo eran los porteros, los encargados de contar y calcular, y especialmente cantores, como lo hacían en la fiesta de hoy. También Jesús recibió regalos de vestidos, mantas y monedas, que hizo repartir entre los pobres.

# LXV

**Jesús con los paganos y con Abigail**

ientras se celebraban estas fiestas fue Jesús adonde estaban los M paganos. Abigail le había pedido con mucha instancia y los mismos judíos, a los cuales les hacía muchos favores, le habían pedido que fuera a hablar con ella. Lo he visto, con algunos de sus discípulos, cruzando la ciudad de los judíos, e ir a la de los paganos, por entre un parque, en el centro de la ciudad, que era el lugar de encuentro de judíos y paganos cuando se veían por cuestión de comercio. Allí se había detenido Abigail con sus cinco hijas, con su séquito y con otras muchas jóvenes paganas.

Abigail era una mujer fuerte, de elevada estatura, de unos cincuenta años, como Felipe. Tenía en su rostro algo de triste y de ansioso, deseaba salud y enseñanza; pero no sabía qué debía hacer; se encontraba envuelta en compromisos y era vigilada por los espías de Felipe. Se echó a los pies de Jesús, que la levantó; luego la adoctrinó a ella y a todas las presentes, mientras iba y venía de un lado a otro. Habló del cumplimiento de las profecías, del llamamiento de los paganos y del bautismo. De todos los puntos donde había estado Jesús iban grupos de personas a Ainón y eran bautizadas por los discípulos que Jesús había dejado allí: había entre ellos judíos y paganos, que pedían ser bautizados. Andrés, Santiago el Menor, Juan y los discípulos del Bautista bautizaban allí. Del lugar donde estaba preso el Bautista iban y venían mensajes.

Jesús recibió de Abigail las acostumbradas muestras de reverencia. Había dispuesto servidores judíos que le lavaron los pies y le dieron la bienvenida.

Le pidió humildemente perdón por haber deseado conversar con Él, puesto que hacía tiempo ansiaba la salud y su enseñanza, y le pedía también tomara parte en una fiesta que había preparado. Jesús se mostró sumamente bueno hacia todos y hacia ella en particular. Las palabras de Jesús, como su mirada, la conmovieron profundamente. La enseñanza dada a los paganos duró hasta la tarde. Jesús aceptó la invitación de Abigail y se dirigió a la parte oriental de la ciudad, no lejos del templo de los paganos, lugar de muchos baños, donde se había organizado una fiesta. Los paganos también celebraban el novilunio con especial solemnidad. Antes de llegar Jesús, el camino llevaba a la calle divisoria de

judíos y paganos. Allí vio muchos enfermos tendidos en camastros de madera, en las casas abiertas en los muros: eran paganos y estaban tendidos entre paja y tamo. Los paganos tiene aquí muchos pobres. Por el momento no sanó a ninguno. En ese lugar de recreo de los paganos enseñó Jesús largo tiempo a los paganos, en parte caminando y en parte durante la comida. Habló en parábolas de los pájaros, para mostrar sus trabajos inútiles e infructuosos; habló de las arañas que se desentrañan sin provecho, de la solicitud de las hormigas y de las avispas; y contrapuso el trabajo ordenado y fructuoso de las abejas. La comida en la cual tomó parte Abigail, tendida como las demás a la mesa, fue de provecho para los pobres, porque Jesús ordenó que se repartiese entre ellos. Había también grandes fiestas en el templo de los paganos, que era bastante hermoso y tenía cinco partes abiertas, con galerías de columnas, por las cuales se podía ver. En el medio había una cúpula alta. Había ídolos en varias galerías. El principal de estos ídolos se llamaba Dagón: tenía arriba forma de hombre y terminaba como un pez. Otros ídolos tenían figuras de animales; pero ninguna de formas hermosas, como las estatuas griegas y romanas. He visto a doncellas que ponían coronas y guirnaldas a los ídolos, mientras cantaban y danzaban, y a los sacerdotes que ofrecían incienso sobre un trípode. En la cúpula del templo había una maravillosa representación de la noche en movimiento. Se movía una bola luminosa rodeada de estrellas en torno del techo y se podía ver desde afuera y adentro.

Parecía representar el movimiento de las estrellas, o la luna nueva, o el curso del nuevo año. La bola brillante caminaba despacio y cuando llegaba a la otra parte, cesaban los cantos de este lado y comenzaban del otro donde llegaba la luna. No lejos de donde Jesús había tomado parte en la comida, había un lugar de recreo donde he visto jugar a las doncellas: estaban ceñidas, las piernas con ataduras y llevaban arcos con flechas y picas pequeñas adornadas con flores; corrían en un espacio adornado con flores y otros artificios; tiraban flechas y arrojaban las picas contra aves sujetas y contra varios animales, como cabríos y pequeños asnos amarrados al palco delante del cual corrían. Había allí, cerca del lugar de la fiesta, un ídolo espantoso con las fauces abiertas, como una bestia, y en lo demás parecido a un hombre con las manos puestas delante; estaba vacío y debajo ardía fuego.

Los animales que alcanzaban a matar los ponían en sus fauces y se quemaban allí, cayendo los restos abajo. Los animales que no eran alcanzados, eran tenidos por sagrados y apartados de los demás: se les cargaba, por medio de los sacerdotes, los pecados de los habitantes y lo largaban al desierto. Era algo

semejante a lo que practicaban los judíos con el macho cabrío. A no haber allí el sufrimiento de los animales y ese ídolo espantoso, me habría agradado sumamente la ligereza y la habilidad de esas muchachas en el correr y tirar. La fiesta duró hasta la tarde, y cuando salió la luna se sacrificaron los animales.

Por la noche estaba todo el templo pagano y el castillo de Abigail lleno de antorchas luminosas. Jesús enseñó después de la cena y se convirtieron muchos paganos, que iban luego al bautismo a Ainón. Por la noche subió Jesús, a la luz de las antorchas, hasta el castillo de Abigail y habló con ella en el vestíbulo de su palacio, bajo columnas. Estaban allí algunos empleados de Felipe. La mujer se hallaba así contrariada en todo, porque era espiada, y dio a entender a Jesús su situación con una mirada que dirigió a los hombres que la observaban. Jesús conocía todo su interior y también la banda que la vigilaba; tenía compasión de ella. Ella preguntó si podía reconciliarse con Dios. Un punto era el que la tenía siempre afligida: su anterior adulterio y la muerte prematura de su marido. Jesús la consoló y le dijo que sus pecados le eran perdonados; que siguiera haciendo obras buenas, perseverando y orando. Ella era de la raza de los jebusitas, paganos que tenían por costumbre abandonar a sus criaturas defectuosas y dejarlas perecer, y muchas supersticiones con motivo de las señales observadas en el nacimiento de los niños.

En todos los lugares donde llegaba Jesús, se veían preparativos para la fiesta de los Tabernáculos: se traían artefactos de lata y se hacían tiendas ligeras de campaña y chozas de ramas y hojas en Betharamphta y sobre los techos de las casas. Las doncellas estaban preocupadas en seleccionar flores y plantas y ponerlas en agua o en los sótanos y lugares frescos para conservarlas frescas. Como hay delante de esta fiesta varios días de ayuno, ya se hacen preparativos para las comidas de entonces y los muchos invitados. Las provisiones están repartidas entre varios encargados y se pagan a los pobres que ayudan, y al fin de las fiestas se les da una comida y son recompensados por su trabajo. No se ven en estos lugares públicos casas para comprar o vender mercaderías. En Jerusalén, además de los lugares del templo, hay sitios apropiados con negocios y almacenes; en las otras ciudades, a lo más, hay cerca de la puerta una tienda donde venden mantas, especialmente por donde pasan las caravanas; no se ven gentes que estén sentadas en fondas bebiendo juntas; a lo sumo se ve alguno que otro hombre junto a una tienda, a la entrada de la ciudad, con un jarrón de vino u otra bebida. Pasa un viajero, toma alguna bebida y sigue su camino. Raro será que se quede allí sentado, tomando; por esta causa jamás se ve un borracho por la calle. Hay personas que venden agua: llevan recipientes de cueros puestos

sobre un palo, que apoyan en la espalda, a ambos lados. Los utensilios de cocina y de trabajo de hierro cada cual los va a comprar allí donde se fabrican; viajan en asnos. Al día siguiente pasó Jesús entre la pared divisoria de los judíos y de los paganos y sanó a todos los pobres enfermos paganos que yacían en las cuevas y antros miserables, a quienes los discípulos repartían limosnas. Más tarde Jesús enseñó, a modo de despedida, en la sinagoga. Como en esta fiesta ocurre también la conmemoración del sacrificio de Isaac, Jesús habló del verdadero Isaac y de su sacrificio; pero ellos no lo entendieron. En todos estos lugares habla bien claro del Mesías, pero nunca expresa claramente que Él es ese Mesías esperado.

# LXVI

## Jesús en Abila

esús anduvo con sus discípulos, acompañado por los levitas, tres horas J al Noroeste hacia un barranco donde corre el río Karith, para echarse en el Hieromax, en dirección a la hermosa ciudad de Abila, que está en ese barranco. Los levitas le acompañaron hasta una montaña y luego se volvieron. Eran las tres de la tarde cuando llegó Jesús a las puertas de la ciudad, donde fue recibido por los levitas, entre los cuales había algunos recabitas. Con ellos estaban también tres discípulos de Galilea que esperaban a Jesús. Acompañaron a Jesús, dentro de la ciudad, junto a un hermoso pozo de agua. Era la fuente del arroyo Karith. La casa edificada sobre la fuente estaba sostenida con columnas, en medio de la ciudad, donde estaban la sinagoga y otros edificios. A ambos lados de la ladera de la montaña continuaban los edificios y las casas; las calles estaban trazadas en diagonales o estrellas de modo que de todos los puntos se podía ver este centro donde estaba la fuente. Junto a ella los levitas lavaron los pies a Jesús y a sus discípulos y les dieron la refección que acostumbraban. En los jardines y lugares adyacentes he visto a doncellas y hombres haciendo los preparativos para las fiestas de los Tabernáculos. Desde este lugar fue Jesús con ellos a una media hora de camino afuera de la ciudad, donde había un puente de piedra ancho sobre el río Karith. Había allí un sillón de enseñanza levantado en honor de Elías: la cátedra tenía ocho columnas alrededor sosteniendo la techumbre. Ambas orillas del río estaban arregladas en forma de escalones para los oyentes, y todo estaba lleno de personas deseosas de oír a Jesús, La cátedra consistía en una columna con un sillón arriba. De este modo Jesús al enseñar podía volverse a todos lados, según los casos. Se recordaba ese día a Elías, a quien le había sucedido algo junto al río.

Después de la enseñanza hubo una comida en un sitio de recreo y de baños, delante de la ciudad. Con el sábado se cerraba esta fiesta, porque al día siguiente era día de ayuno por la muerte de Godolías (IV Reyes, 22-25). Se tocaron las trompetas.

He visto en la ladera de la montaña, al Este de la ciudad de Abila, una única hermosa excavación de sepultura con un jardincito delante, y mujeres de tres familias de la ciudad celebraban allí una conmemoración de muertos.

Estaban sentadas, cubiertas con velo, llorando; recitaban salmos de lamentaciones y se echaban a menudo con el rostro en tierra. Mataban hermosos pájaros con plumas de colores, que sacaban y quemaban sobre el sepulcro. La carne de estas aves las repartían a los pobres. El sepulcro era de una egipcia de la cual descendían las mujeres que estaban allí. Antes de la salida de Egipto de los hijos de Israel vivía allí una mujer ilegítima, pariente del Faraón, el cual distinguía a Moisés y a los israelitas haciéndoles grandes favores. Era una profetisa que descubrió a Moisés el escondite donde habían ocultado la momia de José, la última noche que estuvieron en Egipto. Se llamaba Sególa. Una hija de Ségolai fue mujer de Aarón; pero se separó de ella y casó luego con Isabel, hija de Aminadab, de la tribu de Judá. Con Aminadab tenía la mujer repudiada una relación que ya no puedo recordar.

La hija de Sególa, que fue enriquecida por Aarón y su madre, y que llevó muchos tesoros a la salida de Egipto, siguió a los Israelitas en su salida del país, casó luego con otro hombre y se unió a los madianitas de la descendencia de Jetró. Los descendientes de éstos se establecieron en Abila, vivían en tiendas y el cadáver de esta mujer estaba allí enterrado. Después de los tiempos de Elías se edificó a Abila y entonces se establecieron permanentemente en la ciudad. En los tiempos de Elías yo no veía esta ciudad; o se edificó después, o si estaba antes habría sido destruida en alguna guerra. Vivían ahora aún tres familias de esa descendencia y celebraban la muerte de esta hija de Sególa: su momia había sido traída aquí del desierto y sepultada. Las mujeres ofrecían a los levitas aros y joyas diversas en memoria de la muerta. Jesús habló y alabó a esta mujer, y se refirió también a la compasión de su madre Sególa, enseñando desde el sitial de Elías. Las mujeres oían las palabras de Jesús, detrás de los hombres. En la comida, en ese lugar de recreo y de baños, estaban presentes muchos pobres, y cada comensal tenía que darles una parte de su porción.

Al día siguiente he visto a los levitas llevar a Jesús a un gran patio con muchas celdas en derredor, donde había unos veinte ciegos de nacimiento y sordomudos, cuidados por enfermeros y médicos, porque era una especie de hospital. Los sordomudos eran como niños: cada uno tenía un retazo de quinta donde plantaba o se divertía. Se acercaron todos a Jesús y con los dedos indicaban la boca. Jesús se inclinó y escribió con el dedo diversos signos en la arena. Ellos miraban con atención y según lo que escribía indicaban algún objeto de los alrededores: así les hizo entender algo de Dios. No sé si hacía Jesús figuras o letras, y si antes habían sido ya algo instruidos. Después Jesús puso los dedos en sus oídos y les tocó con el pulgar y el índice debajo de la lengua. Se sintieron conmovidos

fuertemente, miraban en torno, oían. Lloraron de alegría, hablaron y se echaron a los pies de Jesús, terminando por entonar una melodía sencilla de pocas palabras.

Parecía algo a lo que cantaban los Reyes Magos en su viaje a Belén. Jesús fue entonces junto a los ciegos, que estaban silenciosos en una hilera. Oró y puso sus dos pulgares sobre los ojos y de pronto tuvieron vista. Vieron a su Salvador y Redentor y mezclaron sus cantos de alabanza con los sordomudos, que lo alababan y podían ya oír sus enseñanzas. Era un espectáculo amable y sobremanera conmovedor. Toda la ciudad acudió a su encuentro, cuando salió Jesús con los sanados, a los cuales mandó que se bañasen y lavasen. Después fue con los discípulos y levitas, a través de la ciudad, hacia la cátedra de Elías.

Se había producido un gran movimiento en toda la ciudad. Habían soltado también, por el anuncio de los prodigios obrados, a algunos endemoniados.

Corrían a un rincón de la calle algunas mujeres mentecatas que charlaban, gesticulaban y gritaban hacia Él: "¡Jesús de Nazaret; Tú eres el profeta; Tú eres Jesús; Tú eres el Cristo, el profeta!" Eran mentecatas y locas, de índole tranquila. Jesús les ordenó que callaran, y obedecieron al instante. Les puso las manos sobre la cabeza, ellas se echaron a sus pies, y lloraron, se pusieron silenciosas, se avergonzaron de sí mismas, y fueron sacadas de allí por sus parientes. También algunos endemoniados furiosos se abrieron paso entre la multitud y hacían ademán como si quisieran despedazar a Jesús. Él los miró y ellos acudieron como perros acosados a echarse a sus pies. Con un mandato hizo salir los demonios de ellos. Cayeron como en un desmayo, mientras salía un oscuro vapor de los cuerpos. Pronto volvieron én si: lloraron, dieron gracias y fueron llevados por sus parientes. Ordinariamente les mandaba Jesús que se purificaran. Luego enseñó de nuevo sobre el sitial de Elías, sobre el río, hablando de Elías, de Moisés y de la salida de Egipto.

Con ocasión de los sanados, habló de las profecías que anunciaban que en tiempos del Mesías, los sordos oirían, los mudos hablarían y los ciegos verían. Refirióse a aquellos que, viendo los signos, no querían creer.

# LXVII

**Descripción de Elías**

n esta ocasión he visto muchas cosas sobre Elías. Era un hombre alto y E delgado, de mejillas rojizas algo caídas, mirada penetrante y vivaz, barba larga y rara, cabeza calva con sólo unos cabellos detrás como una corona. Arriba en la cabeza tenía tres gruesos nudos en forma de cebolla: uno en el medio de la cabeza, y los otros dos más adelante, hacia la frente.

Llevaba un vestido compuesto de dos pieles unidas por los hombros, estaba abierto a los lados y por la cintura atado con una cuerda. Del hombro y las rodillas colgaban los mechones de las pieles de su vestido. Tenía un bastón en la mano y sus tibias eran más oscuras que su rostro. Elías estuvo nueve meses en este lugar, y en Sarepta, en casa de la viuda, estuvo dos años y tres meses. Vivió aquí en una cueva, en la parte Este del valle, no lejos del río.

He visto cómo el pájaro le traía el alimento. Primero venía una figura pequeña y oscura, como una sombra de la tierra, que traía en sus manos una torta delgada: no era éste ningún hombre ni animal: era el enemigo (el demonio) que le tentaba. Elías no tomaba este pan, sino que lo rechazaba.

Después veía yo a un pájaro que venía cerca de su cueva con pan y alimentos, que escondía entre el follaje19. Parecía como que lo escondía para si mismo: debía ser un ave acuática, puesto que tenía membranas entre las garras. Su cabeza era algo ancha y le colgaban como unas bolsas al lado del pico, y debajo como un buche; tableteaba a semejanza de la cigüeña. He visto que este pájaro se había familiarizado mucho con Elías, de modo que éste le indicaba a derecha o izquierda, como si lo mandara ir y venir a algún lugar. Esta misma clase de pájaros los he visto con frecuencia con los solitarios, por ejemplo, con Zósimo y con María de Egipto. Cuando Elías estuvo con la viuda de Sarepta, además de haberse multiplicado la harina y el aceite, eran también traídos alimentos por algún cuervo.

Jesús fue con los levitas a esta cueva de Elías; estaba en la parte Este de la ladera de la montaña. Bajo un bloque de piedra, que sobresalía, había un pequeño asiento de piedra, donde Elías, cubierto por la roca, tomaba su descanso en la

noche. El lugar estaba cubierto de musgo.

Cuando empezaba el sábado del cuarto Tisri y se había terminado el ayuno, se hizo una comida en el parque y lugar de baños, y los pobres fueron nuevamente obsequiados. Cuando Jesús a la mañana siguiente enseñó de nuevo en la sinagoga y sanó a los enfermos, caminó con los discípulos, los levitas, los recabitas y algunos de la ciudad hacia la ladera Oeste de la montaña, durante una hora, entre viñedos. Sobre estas montañas hasta Gadara había montículos de piedras, unas naturales y otras colocadas a propósito, a las cuales estaban apoyadas las vides. Estas viñas eran gruesas, como el brazo de un hombre, estaban muy separadas una de otras y sus ramas se extendían a distancia. Los racimos eran gruesos y largos como un brazo, y los granos grandes como ciruelas. Las hojas eran más grandes que entre nosotros, pero más pequeñas que los racimos. Los levitas preguntaban diversos puntos de los salmos que se referían al Mesías. Decían: "Tú eres el más cercano al Mesías; Tú nos lo puedes decir". Entre otros había este verso: Dixit Dominus Domino meo, y de Isaías los versos que hablan del lagar y de los vestidos manchados de sangre (Isaías, 63-3). Jesús les explicó todos estos puntos, refiriéndolos a su propia Persona. Estaban sentados en ese momento sobre una colinita de estos viñedos y comían uva. Los recabitas no habían querido comer con ellos las uvas, porque les estaba prohibido el vino. Jesús les dijo que comiesen, y se lo mandó, añadiendo que si pecaban en eso Él tomaba sobre sí el pecado. Como viniese la conversación sobre esta prohibición se habló de cómo Jeremías les mandó una vez, por orden de Dios, que lo hicieran, y ellos no1 habían querido obedecer. Ahora, que se lo mandaba Jesús, lo hicieron. A la tarde regresaron, hubo una comida y los pobres fueron servidos. Después enseñó Jesús en la sinagoga y pernoctó en casa de los levitas, sobre la azotea, bajo una tienda.

# LXVIII

## Jesús se dirige a Gadara

compañado por los levitas se dirigió Jesús desde Abila a Gadara, A adonde llegó por la tarde delante de la parte de la ciudad habitada por los judíos, separada de la habitada por los paganos, que era mayor y tenía cuatro templos de ídolos. Conocí que Gadara era una ciudad de paganos, porque allí estaba el ídolo de Baal bajo un grueso árbol. A Jesús lo recibieron bien. Había un sanedrín para esta comarca y fariseos y saduceos, aunque no pasaban de trescientos a cuatrocientos los hombres judíos.

Llegaron algunos discípulos de Galilea: Natanael Chased, Jonatán y creo que Felipe. Jesús se hospedaba en un albergue delante de la ciudad judaica, donde se había dispuesto una gran cantidad de ramas, plantas y hojas para las fiestas de los Tabernáculos. A la mañana siguiente, cuando Jesús se dirigía a la sinagoga para enseñar, habían reunido una gran cantidad de enfermos y algunos endemoniados furiosos. Los fariseos y saduceos, que parecían bien intencionados aquí, querían sacar a los enfermos: que no fuesen cargosos, que no era tiempo todavía. Jesús, en cambio, les habló cariñosamente, mandándoles que se quedasen, que había venido para ellos, y sanó a muchos de los enfermos. El sanedrín judío se había reunido y había tratado si lo dejarían enseñar o no, porque se levantaban en todas partes protestas; pero decidieron unánimemente que podía hacerlo. Habían oído hablar muy ventajosamente de Jesús y sabían de la curación del hijo del centurión de Cafarnaúm. Los discípulos recién venidos le hablaron a Jesús de otro muy necesitado de ayuda de Cafarnaúm, que merecía ser ayudado.

Jesús habló en la sinagoga de Elías, de Achab, de Jezabel y del ídolo Baal levantado en Samaria. También habló1 de Jonás, que no recibió pan de un cuervo porque había sido desobediente. Se refirió al rey de Babilonia, Baltasar, que profanó los sagrados vasos del templo y que vio por eso la escritura en la pared. Sobre el profeta Isaías habló largamente y con fuerza, y aplicó admirablemente a Sí mismo sus palabras hablando de sus padecimientos y de su triunfo. Habló del lagar, de la vestidura teñida en sangre, del trabajo solitario y del pensar de los pueblos. Primero trató de la renovación de Sión, de los guardianes sobre los muros de Sión, y sentí la impresión de que hablaba de la

Iglesia. Jesús habló tan claro, para mí, pero tan honda y seriamente, que los sabios judíos se sintieron conmovidos y tocados, aunque sin lograr entenderlo. Vinieron aún de noche a juntarse entre ellos, revolviendo y consultando rollos y escritos, y hablaban y daban diversos pareceres. Pensaban: "Debe estar Él en combinación con un pueblo cercano, para venir con un gran ejército de soldados y apoderarse de la Judea". El ídolo Baal, que estaba delante de la puerta de la ciudad pagana, era de metal. Estaba debajo de un añoso árbol; tenía una gran cabeza y las fauces abiertas. La cabeza terminaba algo en punta, como un pilón de azúcar, y tenía una corona de hojas. Este ídolo grueso y ancho, aunque corto, estaba como un buey erguido. En una mano tenía unas espigas de trigo y en la otra algo como racimo de uvas o alguna planta. Tenía siete aberturas en el cuerpo y estaba sentado como sobre un caldero, debajo del cual se hacía fuego. En sus fiestas se le adornaba con vestidos. Gadara es una fortaleza. La ciudad pagana es bastante grande y está más baja que la parte más alta de la montaña. En el Norte de la ladera hay baños termales y hermosos edificios. A la mañana siguiente, cuando Jesús sanó a muchos enfermos, vinieron los sacerdotes. Él les dijo: "¿Por qué habéis estado tan preocupados anoche por mis palabras de ayer? ¿Por qué teméis un ejército, cuando Dios protege a los justos? Cumplid la ley y los profetas, y no tengáis miedo". Luego enseñó como ayer en la sinagoga.

# LXIX

**Jesús con una sacerdotisa de los ídolos**

acia el mediodía, vino una mujer pagana, temerosa, rogando a los H discípulos dijeran a Jesús se dignase llegarse hasta su casa, que tenía un hijo a punto de morir. Jesús fue con varios discípulos a la ciudad pagana.

El marido de esta mujer recibió a Jesús en la puerta y lo introdujo en la casa.

La mujer se echó a sus pies y le dijo: "Señor, he oído hablar de tus obras y que haces mayores maravillas de las que hizo Elías. Mira, mi único hijo está por morir y nuestra sabia sacerdotisa no lo pudo sanar. Ten piedad de nosotros". En efecto, el niño estaba recostado en una especie de cajón en un ángulo de la casa: parecía como de tres años de edad. Su padre había estado ayer en la viña con el niño; había comida pocas uvas, y tuvo que traer a casa al niño que se quejaba de dolor. La madre lo había tenido hasta ahora en su regazo, tratando inútilmente de aliviarlo. Parecía muerto, quizás ya lo estaba. Entonces la madre corrió a la ciudad judía y pidió ver a Jesús, porque había oído hablar de las curaciones obradas ayer con los judíos.

Jesús le dijo: "Déjame solo con tu hijo y mándame dos de mis discípulos".

Entraron Judas Barsabas y Natanael el de Cana. Jesús tomó al niño del lecho en sus brazos, y acercó el pecho del niño a su pecho, y su rostro al del niño, y sopló sobre él. Entonces el niño abrió los ojos; se incorporó luego, y Jesús puso al niño delante de Sí, y dijo a los discípulos que pusieran sus manos sobre la cabeza del niño y lo bendijeran. Así lo hicieron. El niño se sintió completamente sano y Jesús lo llevó a sus ansiosos padres, que lo abrazaron, y se echaron a los pies de Jesús. La mujer exclamó: "Grande es el Dios de Israel. Es sobre todos los dioses. Mi marido ya me lo había dicho, y yo no quiero servir sino a ese Dios sólo". Se habían reunido entretanto muchas personas, que le trajeron sus niños. A un niñito de un año sanó con la imposición de las manos. Otro de siete años tenía convulsiones, era mentecato y estaba endemoniado; pero sin ataques furiosos y a veces impedido y mudo. Jesús lo bendijo y mandó lavarlo en un baño de tres aguas: las aguas termales de la fuente Amathus, al Norte de Gadara; de la fuente de Karith, cerca de Abila, y en las aguas del Jordán. Los judíos de aquí solían

tener consigo agua del Jordán del lugar donde Elías pasó el río, y la usaban para los enfermos de lepra.

Se quejaban las madres que tenían tantas desgracias con sus criaturas y que su sacerdotisa no podía ayudarles en todos los casos. Mandó Jesús que llamasen a esa sacerdotisa. Vino ésta de mala gana, y no quería entrar.

Estaba cubierta con su velo. Jesús la mandó acercarse. Ella no quería mirarlo de frente, y apartaba el rostro: su comportamiento era como el de los endemoniados, que eran obligados por una fuerza interior a apartar su mirada de la de Jesús; con todo, se sentía obligada por el mandato de Jesús a acercarse. Jesús dijo entonces a los paganos reunidos allí, hombres y mujeres: "Yo os quiero mostrar qué ciencia y poder veneráis en esta mujer y en su arte". Mandó a los espíritus que saliesen de ella. Salió entonces, a vista de todos, como un vapor negro de ella en forma de toda clase de animales asquerosos: serpientes, sapos, ratas, dragones. Era una vista espantosa, y Jesús dijo: "Mirad qué doctrina seguís vosotros". La mujer cayó de rodillas y comenzó a llorar y a gemir. Luego se tornó tranquila y obsecuente, y Jesús le mandó dijese ante todos cómo procedía para sanar a los niños. Ella, entre lágrimas, aun contra su voluntad, dijo como procedía: que primero, por medio de artes de magia demoníaca, los hacía enfermar, y luego, al parecer, los volvía a sanar para honra de su ídolo y de sus dioses.

Jesús le mandó entonces venir con Él y sus discípulos al lugar donde estaba el ídolo Moloch20, y mandó también que acudieran los sacerdotes de los ídolos. Se reunió gran multitud de gente, porque se había ya propagado la curación del niño. El lugar no era un templo sino una colina rodeada de excavaciones, y el mismo ídolo estaba en una de esas excavaciones y con una techumbre encima. Jesús les dijo que llamasen afuera a su dios, y como lo hiciesen salir por medio de artificio que habían hecho para eso, les dijo Jesús que los compadecía por tener un dios a quien tenían que ayudar para salir de su escondite, ya que no podía hacerlo solo. Dijo entonces Jesús a la sacerdotisa que dijese las alabanzas de su dios, cómo le servían y lo que ese dios les daba. Entonces le pasó a esta mujer lo que al profeta de Balaam: tuvo que decir públicamente todas las atrocidades de su culto y publicó abiertamente las maravillas del Dios de Israel, delante de todo el pueblo allí presente. Jesús mandó entonces a sus discípulos que volteasen al ídolo y ellos lo hicieron así. Jesús les dijo: "Mirad qué ídolo adoráis y qué espíritus son los que están en él y que adoráis". En este momento, a la vista de todo el pueblo, salieron de allí figuras espantosas de demonios de

diversas formas que, temblando, se escurrían, y reptando, se ocultaban debajo de tierra, entre las tumbas y excavaciones del lugar. Los paganos estaban muy atemorizados y avergonzados. Jesús les dijo: "Si vosotros metéis de nuevo a vuestro ídolo en la cueva, se despedazará". Los sacerdotes le rogaron entonces que no lo destruyera y Jesús dejó que ellos lo levantasen de nuevo y lo izasen en alto. La mayoría de los paganos estaban conmovidos y avergonzados, especialmente los sacerdotes; pero algunos de ellos estaban irritados. El pueblo estaba, sin embargo, de parte de Jesús. Les hizo todavía una conmovedora y hermosa exhortación, y muchos de estos paganos se convirtieron.

Este ídolo Moloch parecía un buey sentado sobre sus patas traseras; tenía los brazos como quien quiere abrazar algo, y podía cerrarlos por medio de un mecanismo. La cabeza tenía una boca ancha abierta y en la frente un cuerno retorcido. Estaba asentado sobre una extensa fuente y tenía en el cuerpo varias formas de bolsas abultadas y abiertas. En las fiestas le colgaban del cuello largas correas y adornos. En el tazón, debajo de él, se hacía fuego cuando ofrecían sacrificios. Ardían siempre muchas lámparas en torno de la fuente donde estaba asentado. En otras épocas le ofrecían niños; ahora ya no les era permitido. Le ofrecían toda clase de animales, que quemaban en las aberturas de su cuerpo, o echaban por la abertura de su cabeza. El sacrificio que más apreciaban para él era una alpaca. Había aquí unos aparatos con los cuales descendían hasta el fondo, donde estaba el ídolo entre excavaciones y cavernas. No había ya con el ídolo un culto regular: lo invocaban sólo en actos de magia, y la sacerdotisa tenía que ver con él en estos casos de enfermedades ficticias, que luego aparecían como curaciones milagrosas. En cada una de las aberturas de su cuerpo recibía un don particular. En otros tiempos le ponían los niños en sus brazos, que eran quemados por el fuego debajo de él y alrededor, pues era todo hueco. Por un mecanismo se estrechaban sus brazos de modo que las víctimas no podían dar voces ni hacerse oír sus gritos. Tenía un mecanismo en las piernas y podían por medio del mismo levantarlo sobre sus pies. Tenía además rayos en torno de su cabeza.

# LXX

### Jesús en Dión

os paganos, a quienes había Jesús sanado los hijos, preguntaron a L Jesús adonde debían dirigirse ahora, porque ellos no querían más adorar a su ídolo. Jesús les habló del bautismo, y que por ahora se quedasen quietos allí y esperasen. Les habló de Dios, como de un Padre a quien hay que ofrecer como sacrificio las propias pasiones, puesto que no necesita ningún otro sacrificio; que el de nuestros propios corazones. Cuando Jesús hablaba a los paganos les decía más claramente que a los judíos que Dios no necesita de nuestros sacrificios. Los exhortaba a la penitencia, al agradecimiento por los beneficios y la compasión por los miserables. En la ciudad de los judíos celebró la festividad del sábado, tomó parte en una comida, y luego comenzó el ayuno por causa de la adoración del becerro de oro, que se hacía el ocho de Tisri, porque el siete, que era el verdadero día, caía ese año en día Sábado. Jesús abandonó esta ciudad por la tarde. Los paganos, cuyos hijos había sanado, volvieron a agradecer a Jesús delante de su ciudad. Jesús los bendijo y caminó con doce discípulos a través del valle, al Sur de Gadara; luego, sobre una montaña hasta un arroyo que baja de la montaña de Betharamphta-Julias, donde existen talleres de fundición de metales. Había tres horas de camino desde Gadara hasta el albergue junto al río donde entró Jesús con sus discípulos. Los judíos que vivían allí estaban ocupados con la colecta de frutas y fueron adoctrinados por Jesús. Había también allí un grupo de paganos que juntaban flores blancas de unos arbustos de cerco y juntamente unos gruesos insectos y escarabajos. Cuando Jesús se acercaba a ellos, se retiraban, mostrándose esquivos.

Me fue enseñado que juntaban esos escarabajos para su dios Beelzebub21

que tenían en Dión. He visto a este ídolo sentado bajo un grueso árbol delante de la puerta de la ciudad. Tenía forma de mono, con brazos cortos y piernas delgadas, y estaba sentado como los hombres. Su cabeza era puntiaguda con dos cuernos retorcidos como fases de luna; su rostro espantable con una nariz muy pronunciada. La barbilla era hundida, y la boca grande como de una bestia, el cuerpo esbelto y en torno del vientre como un delantal, las piernas largas y delgadas con garras en los dedos. En una mano tenía un recipiente sobre un estilo y en la otra una figura como mariposa que salía de la larva. Esta mariposa

parecía en parte ave y en parte insecto asqueroso, y era brillante y variopinta. En torno de la cabeza tenía una corona de asquerosos insectos y gusanos voladores: uno tenía al otro agarrado; y sobre la frente y en medio de la cabeza puntiaguda había un insecto más grande y más repugnante. Eran brillantes y de varios colores, pero de formas asquerosas, y venenosos, con vientres abultados, pies, garras, aguijones y pinchos. Cuando Jesús se acercó a estos paganos que juntaban insectos para el ídolo, toda esa corona se deshizo como un oscuro enjambre de insectos, que se refugiaron en los agujeros y escondrijos del lugar, y se vieron toda clase de figuras de espíritus inmundos que se escurrían como escarabajos en los agujeros del suelo. Eran los espíritus inmundos que eran adorados en los cuerpos de esos asquerosos insectos.

Al día siguiente por la mañana llegó Jesús a la ciudad judía de Dión, que es mucho más pequeña que la parte pagana de la misma ciudad, que está mejor edificada sobre la ladera de la montaña y tiene varios templos. Esta ciudad de los judíos está completamente separada de la pagana. En la parte donde entró Jesús estaban ya en gran número hechas las chozas para las fiestas de los Tabernáculos, y en una de ellas fue recibido por los sacerdotes y ancianos, con lavatorio de los pies y una refección, como de costumbre. Se dirigió en seguida a los muchos enfermos allí estacionados en las chozas.

Los discípulos ayudaban a mantener el orden. Había enfermos de todas clases, baldados, mudos, ciegos, hidrópicos, gotosos. Sanó a muchos de ellos, exhortándolos a todos. Había algunos que eran sostenidos con muletas de tres pies; otros, que se apoyaban a estas muletas sin poner los pies al suelo. Después fue también adonde estaban las mujeres enfermas, sentadas, echadas o paradas, más cerca de la ciudad, en una choza larga que se había armado sobre una ladera de la montaña, en forma de una terraza. Estos asientos estaban cubiertos de hierba muy fina y delicada que colgaba desde arriba como hilos de seda y sobre este verdor habían puesto alfombras.

Había allí mujeres con flujo de sangre, a la distancia, veladas, y otras melancólicas, de rostro triste y pálido. Jesús les habló, lleno de amor, a todas, y las iba sanando una después de otra, y les daba diversos avisos para mejorar de ciertas faltas y hacer la debida penitencia. Sanó también y bendijo a muchos niños que le traían las madres. Este trabajo duró hasta la tarde y terminó con una alegría general. Todos los enfermos sanados, cargando sus muletas y sus camillas, se pusieron en orden cantando alegremente, llenos de contento, acompañados de sus parientes, conocidos y siervos, y entraron en la ciudad con

Jesús y sus discípulos en medio de ellos.

Es indescriptible la humildad y la seriedad amable de Jesús en estas ocasiones. Los niños y las mujeres iban delante cantando el salmo 40: Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.

Se dirigieron a la sinagoga y dieron gracias a Dios. Luego hubo una comida bajo un dosel de plantas y ramas, que consistió en frutas, aves, panal de miel y panes tostados. Al comen- zar el sábado se dirigieron todos en trajes de penitencia a la sinagoga: empezaba el gran día de la reconciliación de los judíos. Jesús hizo una exhortación a la penitencia y trató de la inutilidad de las purificaciones sólo corporales, mientras no se purificara el alma. Se azotaban algunos judíos debajo de sus amplios mantos en torno de las caderas y en las piernas. También los paganos de Dión tenían una fiesta con increíble cantidad de inciensos y se sentaban sobre asientos que tenían debajo especies e incienso que, encendidos, llenaban de humo y de perfume el ambiente.

He visto la fiesta de la reconciliación que se celebraba en Jerusalén; las muchas purificaciones de los sacerdotes, sus prolijas preparaciones y ayunos, los sacrificios, el rociar con sangre y el quemar de lo inciensos, y también el cabrón emisario, elegido entre dos: el uno era sacrificado mientras el otro era arrojado al desierto: a éste se le ataba algo en la cola, donde había fuego. En el desierto era atemorizado y caía en el abismo. En este desierto, que se extiende desde fuera del Huerto de los Olivos, estuvo también David.

He visto que el Sumo Sacerdote estaba muy contristado y turbado: hubiera deseado que otro hiciera su oficio y entró con grande temor en el Santuario.

Recomendó al pueblo que rezara mucho por él. El pueblo estaba también persuadido que debía tener sobre sí el sacerdote una grave culpa y temía le sucediera en el Santuario alguna desgracia. Le remordía la conciencia de que él tenía culpa en la muerte de Zacarías, padre de Juan Bautista, y su culpa estaba incubando en su yerno, que condenó a Jesús. No era Caifás: creo que era su suegro Anas. En el Santuario ya no estaba el misterio en el Arca de la Alianza: sólo había allí diversos paños y recipientes. El arca de la alianza era nueva y de distinta forma que la primera; aun los ángeles eran diferentes y estaban sentados rodeados de tres bandas con un pie arriba y otro caído a un lado; la corona estaba aún entre ellos. Dentro había diversas especies de aceites y perfumes de incienso. Recuerdo que el Sumo Sacerdote ofrecía incienso y rociaba con sangre;

que tomó un paño del santuario, y que, hiriéndose en un dedo y sacando sangre, lo mezclaba con agua y luego lo daba a beber a una hilera de otros sacerdotes. Era una especie de santa comunión. He visto que el Sumo Sacerdote fue herido por Dios; estaba muy decaído y enfermo de lepra. Se produjo una gran confusión en el mismo templo.

Oí entonces una lectura muy conmovedora de Jeremías en el templo, mientras veía muchos cuadros de la vida de los profetas y de la abominación del culto de los ídolos en Israel.

# LXXI

**Visión de Elías y Elíseo. La idolatría moderna** e visto en esta ocasión, con motivo de la lectura que se hacía en el H templo, que Elías escribió después de su muerte una carta al rey Joram. Los judíos no lo querían creer: lo explicaban como si Elíseo, que llevó la carta a Joram, la hubiese obtenido antes de la muerte de Elías, como una carta profé-tica que ahora presentaba al rey. A mí me parecía también una cosa extraña esta carta escrita después de la muerte de Elías. De pronto me sentí llevada hacia el Oriente, y vi allí el Monte de los Profetas cubierto de nieve y de hielo. Había, sin embargo, torres allí: quizás era una figura de como estaba en tiempos de Joram. Llegué luego más al Este, al Paraíso terrenal, y vi a los admirables animales que caminaban allí dentro y jugaban, y he vuelto a ver a esas murallas brillantes que vi otras veces, y he visto adentro a Elías y a Enoch enfrente, que descansaban y dormían. Elías veía en espíritu todo lo que sucedía en Palestina. Un ángel trajo y puso delante de él una pluma de caña y un rollo fino, y Elías se levantó y escribió sobre sus rodillas. He visto un carro pequeño como un asiento sobre una colina o gradas, a un lado, cerca de la puerta, y que venía hacia Elías; era llevado por tres hermosos y blancos animales. Elías subió sobre su carro y descendió como sobre un arco iris, con ligereza, a Palestina. Llegó sobre una casa en Samaria y se detuvo. Vi que dentro estaba Elíseo orando, mirando arriba, y que Elías dejó caer la carta junto a Eliseo, y que Eliseo llevó esta carta a Joram. Los tres animales del carro de Elías estaban uncidos, uno delante y dos por la parte de atrás. Eran animales indescriptiblemente hermosos y amables, delicados como pequeños corzos, blancos como la nieve, de pelos largos y finos como seda. Las patas eran delgadas; las cabezas pequeñas y movibles, y sobre la frente tenían un gracioso cuernito algo retorcido. Con semejantes animales vi que estaba uncido su carro cuando subió a los cielos.

He visto también la historia de Eliseo con la Sunamitis. Obró aún mayores maravillas que el mismo Elías. Eliseo era más fino y delicado en sus vestidos y en su modo de obrar que Elías. Elías era un hombre de Dios, y no según el modo común de los hombres; era como Juan Bautista, a cuya clase pertenecía por su misión y oficio. He visto también como el siervo de Elíseo, Giezi, corrió detrás de aquel hombre a quien había sanado de la lepra (Naaman). Era de noche; Elíseo dormía; lo alcanzó cerca del Jordán, y pidió regalos en nombre de su señor. Al día siguiente trabajaba tranquilo este siervo, como si nada supiera, en

maderas, para hacer tabiques y separaciones de cámaras de dormir. Elíseo le preguntó: "¿Dónde estuviste?".

Y le recordó todo lo sucedido durante la noche. Desde ese momento el siervo fue herido de lepra, que pasó a sus hijos.

Cuando me fue mostrada la idolatría de los hombres, la adoración de los animales y de los ídolos de esos primeros tiempos, y la frecuencia con que los Israelitas caían en la idolatría, y al mismo tiempo la gran misericordia de Dios a través de los profetas, y me maravillaba de que los hombres pudiesen adorar semejantes ídolos, me fue enseñado cómo aún ahora subsistía esta misma abominación, aunque de manera diferente, es decir, en cuanto a ídolos espirituales e intelectuales. He visto, en efecto, incontables cuadros de esta idolatría en todo el mundo, y cómo se llevaba a cabo, y lo he visto ahora bajo la figura de como se hacía entonces. He visto, así, sacerdotes que adoraban a serpientes administrando los sacramentos: sus propias pasiones semejaban estos animales y serpientes. He visto cómo entre los grandes y nobles se practicaba la idolatría bajo diversos animales que eran adorados según era la despreocupación que tenían de la religión estos señores. Entre personas de baja condición, pobres y desgraciados pecadores, he visto que adoraban a los sapos y otros animales asquerosos. He visto comunidades que adoraban a estos animales, como una religión reformada del Norte, que he visto, con un altar vacío, oscuro y detestable, sobre el cual había cuervos negros. Ellos, naturalmente, no veían semejantes animales; pero los adoraban, porque seguían sus pasiones, representadas en esos animales. He visto a eclesiásticos que al volver las hojas del breviario, volvían perritos, gatitos y otros mamarrachos. A otros he visto que adoraban en realidad idolillos que tenían entre sus libros y sobre la mesa, como Moloch, Baal y otras figurillas, y que hasta les echaban besos; estos mismos eran los que, por otra parte, se burlaban de las personas piadosas y religiosas. De este modo he visto que ahora es como entonces y aún peor; y he visto que estas figuras de los antiguos ídolos no eran simples figuras, sino que si hoy la idolatría, la impiedad e irreligión tomasen cuerpo como entonces, se adorarían las mismas representaciones de ídolos que antes, y estarían de moda los mismos ídolos de aquellos tiempos.

# LXXII

## Jesús entra en la ciudad de Jogbeha

uando Jesús dejó a Dión, vinieron desde la ciudad de los paganos C algunos muy temerosos a Jesús, porque habían oído las curaciones de Gadara y traían los niños enfermos que Él curó de sus males. Exhortó a los padres a que fueran al bautismo. Después anduvo con sus discípulos unas cinco horas hacia el Sur, pasando el río que baja del valle de Ephron. A una media hora de este río, hacia el Mediodía, está escondida en un barranco, detrás de un bosque, la pequeña ciudad de Jogbeha. Es un lugar pequeño y olvidado. Principió esta población por un profeta y mensajero de Moisés y de Jetró, cuyo nombre suena como Malachai. No es el último de los profetas llamado Malachías. Jetró, el suegro de Moisés, lo tenía como siervo: era muy fiel y prudente, y Moisés lo envió a esta comarca. Estuvo aquí unos años antes que llegase Moisés y recorrió todos estos lugares hasta el lago, y daba luego cuenta de todo. Vivía todavía Jetró hacia el Mar Rojo y recién después de las noticias de su siervo se trasladó a Arga con la mujer de Moisés y los hijos. Este Malachai fue luego descubierto como espía, perseguido y se le quiso dar muerte. No había todavía ciudad alguna aquí; sólo vivían algunos en tiendas de campaña. El perseguido saltó a una cisterna o pantano, del cual lo sacó un ángel, que lo ayudó. El mismo ángel le trajo una orden escrita sobre una larga cinta en la cual decía que debía quedar aún tres años por allí, para informar. Los habitantes de estos lugares lo vistieron con sus trajes: llevaban largas túnicas coloradas y sacos rojos.

Este hombre llegó hasta Betharamphta para dar informes y vivía entre los pobladores de las tiendas de Jogbeha y ayudaba a esas gentes con su destreza. En el barranco había una fuente de agua cerrada y una larga excavación para el agua cubierta de juncos, donde se ocultaba Malachai.

Más tarde brotó el agua de la fuente y despedía mucha arena; a veces salía vapor y arrojaba pequeñas piedrecillas; poco a poco se formó así una colinita alrededor de esta fuente. Este pantano se cubrió luego con los escombros y derrumbes de una montaña, y sobre todo ello se edificó la ciudad. De este modo se vino a edificar en torno de esa fuente la ciudad de Jogbeha, y la fuente se cubrió con una techumbre. El nombre de la ciudad significa: "Se ha de levantar". Ya mucho antes debió haber estado edificada aquí alguna población en torno de esta

cisterna, porque hay restos de murallas llenas de moho y en los muros hay excavaciones para mantener pescados. Parecían ruinas de algún castillo y fundamentos para tiendas de campaña. Malachai les enseñó a las gentes a edificar con ladrillos unidos con betún negro que había en estos lugares.

Jesús fue recibido cariñosamente en esta pequeña Jogbeha. Vivían aquí separados de los demás algunos de la secta de los Karaitas. Llevaban largos escapularios amarillos, vestidos blancos y delantales de pieles; los niños llevaban vestidos cortos y las piernas envueltas. Ahora eran unos cuatrocientos hombres; antes habían sido muchos más, pero fueron muy oprimidos. Descienden de Esras y por un descendiente, de Jetró. Una vez tuvo una gran disputa uno de sus maestros con uno de los grandes fariseos.

Se atenían severamente a la letra de la ley y rechazaban las explicaciones verbales; vivían en mucha sencillez y pobreza y tenían sus bienes en común, y ninguno salía a viajar con dinero o bienes. No había entre ellos ninguno pobre o necesitado, se mantenían unos a otros y aún a los que venían de otros lados. Respetaban mucho a los viejos y había algunos de mucha edad.

Los jóvenes eran muy respetuosos y tenían guardianes sobre ellos a los que llamaban "mayores". Eran contrarios declarados de los fariseos que defendían las explicaciones verbales de la ley y las añadiduras. En algunos puntos tenían algo de los saduceos, aunque no las costumbres, que eran muy puras. Había entre ellos uno casado una vez con una mujer de la tribu de Benjamín y lo habían desterrado de aquí: era en tiempo de la pelea contra los de Benjamín. No sufrían ninguna imagen, pero tenían el error de creer que las almas de los difuntos pasaban a otros y aun a los animales, y se gozaban allá con hermosos animales en el paraíso. Esperaban en el Mesías y suspiraban por Él; pero también ellos esperaban un Mesías guerrero y triunfador temporal. A Jesús lo estimaban por profeta. Eran muy limpios, pero no observaban las purificaciones de los fariseos ni el desechar las fuentes y cosas que no estaban en la ley. Vivían según la ley estricta, pero con interpretación más amplia que los fariseos. Vivían aquí muy silenciosos y apartados, no padecían ninguna vanidad ni lujo y se mantenían de su trabajo. Tenían praderas, tejían canastos y trenzaban utensilios domésticos.

Tenían muchos colmenares. Fabricaban mantas rústicas y recipientes de madera muy livianos. Los he visto trabajar en común en largas habitaciones.

Ya estaban prontas las chozas delante de la ciudad para las fiestas de los

Tabernáculos. Obsequiaron a Jesús con una refección que consistió en panes al rescoldo y miel. Jesús enseñó y ellos lo escucharon muy reverentes. Les dijo que deseaba se fueran a vivir a Judea; les alabó la reverencia de los hijos a los padres, de los discípulos a los maestros y el respeto especialmente a los ancianos. También alabó su gran compasión a los pobres y enfermos, que cuidaban muy bien en casas destinadas a ese efecto.

**NOTAS:**

1 Hablan del hecho del rey Abgaro, entre otros, Eusebio, en su historia de la Iglesia; San Efrem siró, diácono de la Iglesia de Edesa; Evagrio, San Juan Damasceno, Teodoro Estudita, Natal Alejandro y muchos otros historiadores. El Papa Gregorio II escribiendo al Emperador León Isáurico Iconoclasta, le recuerda el hecho del rey de Edesa y se apoya en el mismo para defender el culto de las imágenes.

2 Bartolomé era esenio; su padre Tolmai descendía del rey de Gesur. Como escriba era conocido de Tomás que tenía el mismo oficio y vivía en Arimatea.

3 El historiador Josefo dice que Aretas, rey de los árabes y padre de la primera mujer de Herodes, declaró la guerra a su yerno para vengar la injuria hecha a su hija repudiada.

4 El Martirologio la llama Photina.

5 El rey de Asiría llevó cautivos a los israelitas vencidos y transplantó a Samaria cinco pueblos con sus ídolos y creencias. Los pocos que habían quedado del pueblo judío se mezclaron con los paganos venidos de Asiría.

6 Casos de posesión diabólica sin culpa propia y para expiación de otros culpables, son, entre otros el Padre Lamy, S. J., que se ofreció para librar a otro endemoniado. En el caso reciente de Earling, Norte América, la joven Mary es poseída sin culpa propia, y exorcizada por el Padre Capuchino Riesinger. Se alternan en ella las posesiones diabólicas con las visiones de Jesús y María y la de los santos. De este caso se desprenden algunas enseñanzas interesantes: I9 Los demonios cuando son legión y están en posesión de una víctima, no pueden dañar a otras personas; 2? Si son echados por los exorcismos de la Iglesia, son arrojados al abismo y no vuelven.

7 La vidente distingue dos Bethsaidas: una, la patria de los apóstoles Felipe,

Andrés y Pedro; y Bethsaida-Julias, llamada así por el tetrarca Felipe después de la muerte del emperador Augusto.

8 Esta hijastra de Pedro se llama Petronila y el Martirologio Romano coloca su fiesta el 31

de Mayo.

9 Este discípulo de Jesús, llamado Colaja o Kolaya, es hijo de la viuda Seba, de Nazaxet.

10 La vidente distingue Magdalum de Dalmanutha, que algunos exégetas confunden, porque en Mateo se habla de un desembarco de Jesús en los confines de Magdalum y en Marcos se dice: confines de Dalmanutha.

11 El Doctor Johann Niessen escribe: "He anotado 400 nombres señalados por Ana Catalina de lugares, ciudades, ubicación y descripción, y he buscado luego sn la Biblia, Josefo Flavio, Adricomio, Quaresmius, Calmet, Allioli, Hegel y Badeker, comprobando que la descripción de la vidente concuerda con los datos de estos autores".

12 Los meses de Ab y de Eliul son el onceno y el duodécimo, respectivamente, del calendario hebreo.

13 San Belarmino enumera hasta once privilegios reunidos por Pedro Apóstol, fundados en el Evangelio, como recompensa de su humildad.

14 La frase reino de Dios, que San Marcos y San Lucas emplean más de 50 veces, como el reino de los cielos, según San Mateo, significa la obra, del Mesías, la sociedad cristiana, la Iglesia y también, como coronación, el reino anunciado por Daniel.

15 En otra revelación dice la vidente: "A estas Cananitas que iban a desposarse se les imprimía una señal indeleble en la región del corazón. Parecía que se les grababa también como un blasón de nobleza de Abrahán y que así se las incorporaba a su propia raza y familia".

16 Los autores que admiten la inmolación sangrienta de la hija de Jefté son, además de Targum: Josefo Flavio, Orígenes, San Epifanio, Tertuliano, San Efrén, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo,

Teodoreto, San Agustín, San Am(brosio, y entre los más modernos, Cornelio a Lapide, Calmet y Santo Tomás, el cual caracteriza a Jefté con una frase gráfica: In vovendo fuit stultus, et in reddendo implus.

17 Recabitas, descendientes de Recab, que por mandato de Jonadab, hijo de Recab, se abstenían de beber vino.

18 El mes de Tisri o Ethanim es el séptimo del calendario -judío,: entre Septiembre y Octubre.

19 La palabra hebrea Horeb, que el latín traduce por corvus, significa, según los exégetas, varias clases de aves, entre ellas el corvus aquaticus, con plumas variopintas y pico largo.

(Véase Calmet: Dice. S. Script.).

20 Calmet reunió cuanto se pudo saber sobre este ídolo en su Dissertatio de Moloch, que identifica con Bel, Baal, Chronos, Saturnus. La descripción de Ana Catalina es la más completa.

21 Calnaet, en su Dissertatio de Numinibus Philistinorum, después de exponer dos formas y significaciones de este ídolo, expone la tercera diciendo: "La tercera sentencia hace del ídolo una relación a la mosca, en forma de un, ídolo, teniendo en la mano una mosca, a veces en la cabeza o a, los lados del mismo" (1, 188). La vidente ve estos ídolos debajo de los árboles, a la entrada de/ las ciudades. (Esto concuerda con II, Rey. 17-10; Deut. 12-2; Is.

5T-5; Jer. 2-20 y 3-6-13).